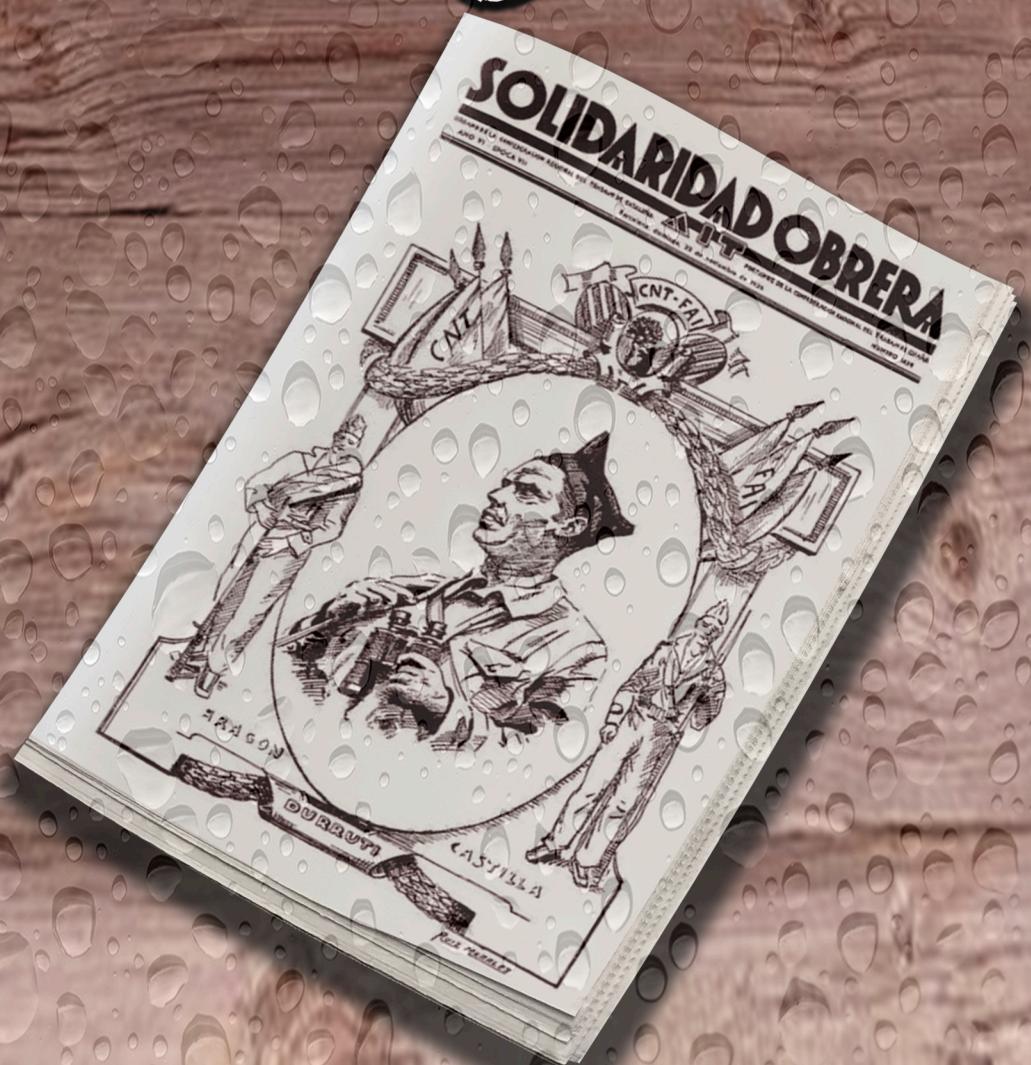


Francisco Álvarez

Lluvia de agosto



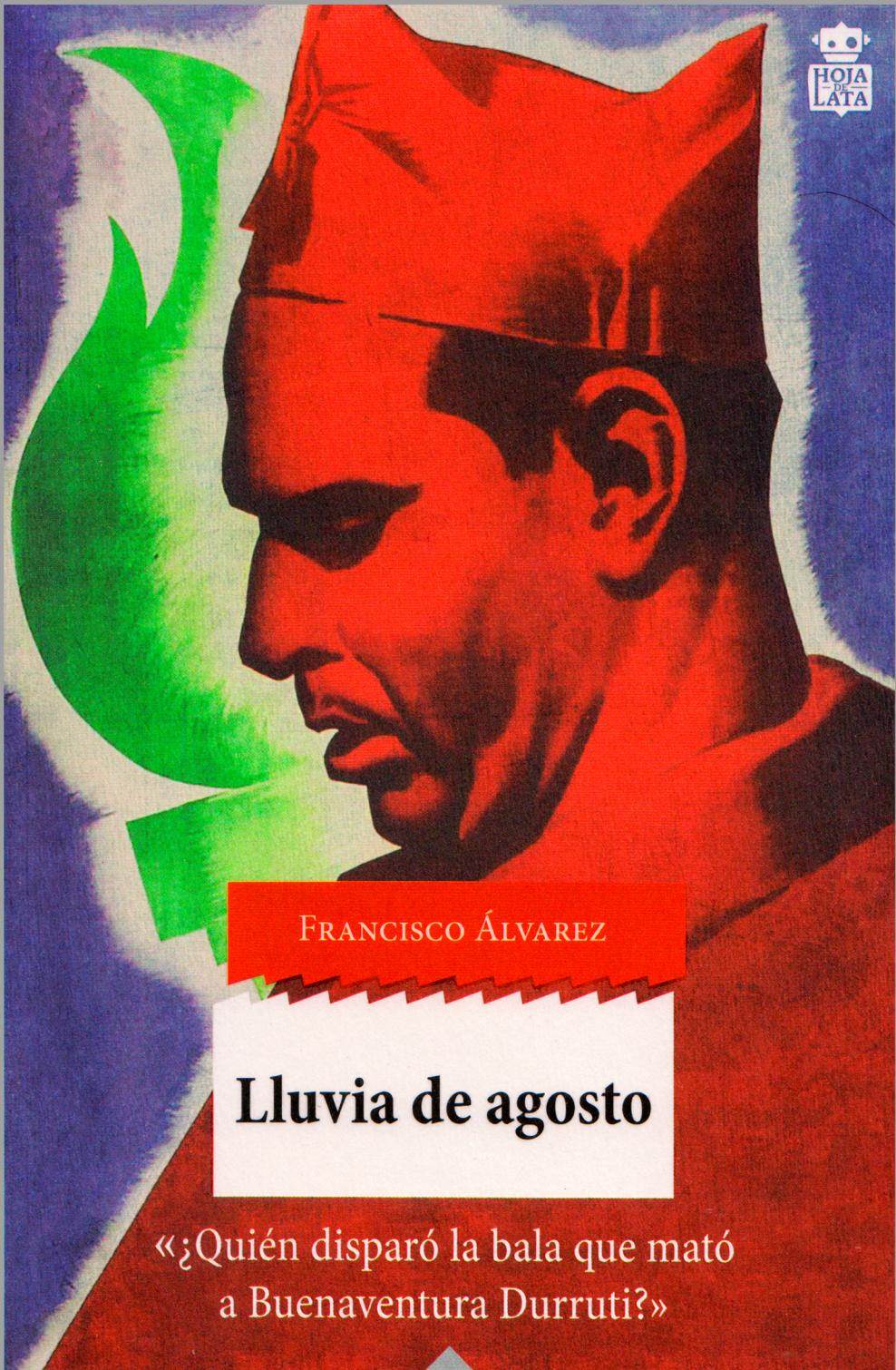
El 20 de noviembre de 1936 moría un hombre y nacía un mito. Buenaventura Durruti, el mecánico, el pistolero anarquista, el expropiador de bancos, el cetenista carismático, el miliciano de la Barcelona antifascista.

Medio siglo después, una periodista francesa pretende aclarar el misterio de la muerte del revolucionario en aquel Madrid que le negaba el paso al fascismo.

Tras una profunda documentación historiográfica, Francisco Álvarez recrea con maestría los ambientes de la época, evoca brillantemente a sus protagonistas y devuelve a la vida, bajo la lluvia fina de agosto, al ícono de aquella revolución libertaria que duró un verano demasiado corto.

«Ante un personaje histórico que cautiva, no es fácil construir una novela con oficio sin incurrir en una suerte de hagiografía. Paco Álvarez sale muy airoso de tal envite.»

Luis Arias Argüelles-Meres, *El Comercio*



Francisco Álvarez

LLUVIA DE AGOSTO

Premio Xosefa Xovellanos de novela 2015

Título original: Lluvia d'agostu, 2015

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

A todos ellos y a todas ellas. Porque la historia les pertenece.

Yo solo he tratado de encontrar las palabras justas para contarla.

I

El viaje desde el aeropuerto de Sheremétievo fue, más que veloz, meteórico. Aquel Lada 1600 de color azafranado, primo lejano del Seat 124 que se había popularizado entre la clase media española en la década anterior, cruzaba las amplias avenidas casi de puntillas, como una bailarina del Bolshoi que atraviesa el escenario con movimientos ligeros y ensayados. La tarde moría y la capital del imperio socialista ofrecía un cuadro más y más triste a medida que la luz del día se desvanecía. No había ninguna lengua común entre el taxista y yo con la que poder comunicarnos, de modo que hicimos todo el trayecto sin abrir la boca, escuchando como hilo musical el sonido rítmico del limpiaparabrisas, que quitaba a manotazos el agua caída del cielo. Pese a la furia hídrica de aquel aguacero de verano, decidí darle unas vueltas a la manivela de la ventanilla para bajar un poco el cristal. Buscaba el aroma y los sonidos de una metrópolis que despertaba tanto interés, o tanto morbo, en los visitantes de Europa occidental. El asfalto destilaba un olor a humedad semejante al de las calles de París bajo la lluvia estival. Y, como en los versos de García Lorca, en ese momento me pareció estar «bajo un silencio con mil orejas y diminutas bocas de agua».

Al cabo de unos minutos llegamos a la Kuznetsky Most, una calle céntrica, con pavimento adoquinado y casas de aspecto funcional, compactas, como gigantescos armarios para guardar gente. El taxista dejó el coche en punto muerto y tiró con brusquedad de la palanca del freno de mano, que sonó como una matraca. Volvió la cabeza hacia mí, apuntó hacia el exterior igual que un autostopista y dijo:

—Ispanki Zenter Moscovi.

Miré de abajo arriba el edificio, intrigada, mientras le entregaba un billete morado de veinticinco rublos que saqué de la cartera. El hombre me dio la vuelta en un amasijo de billetes y monedas, se bajó del vehículo para abrir el maletero y sacó mi maleta de un tirón. La dejó sin mucho cuidado en el suelo bajo el diluvio moscovita y se despidió de mí levantando la palma de la mano con un gesto más protocolario que cordial.

—Spasiva —pronuncié de mala manera para darle las gracias mientras cerraba la puerta trasera del Lada, que arrancó como una flecha atacando el aguacero.

El portal, abierto, estaba en penumbra. Entré y palpé en la pared hasta dar con la llave de la luz, tan pequeña y fuera de mano que en ese momento me pareció el secreto mejor guardado de la Unión Soviética. Subí las escaleras y en el rellano aproveché para sacudir el agua de mi chaqueta, retocarme el pelo mojado y tratar de disfrazar el cansancio y el hastío del viaje que a buen seguro llevaba grabados en la cara. La puerta de entrada estaba flanqueada por un letrero bilingüe en ruso y en español, con la bandera roja y gualda de fondo, y

un trozo de cartulina blanca, poco más grande que una tarjeta de visita, con una escueta indicación en castellano: Toquen el timbre. Llamé y sentí los pasos de alguien que se acercaba desde el otro lado. Abrió la puerta una mujer de una edad rayana a los treinta años, de melena larga y lisa, piel pálida y ojos negros, pequeños y redondos como caviar del Caspio. Sonrió con la dulzura de una muñeca matrioska; era la primera sonrisa que veía desde mi aterrizaje en Moscú.

—Buenas tardes, soy Libertad Casal. Estoy citada con el señor Andrés Tudela. Llego con un poco de retraso, vengo directamente del aeropuerto —le dije uniendo la presentación y la disculpa.

—Pase. Andréi es aquel, el que está sentado en la mesa del fondo, junto al ventanal —respondió la joven en un castellano más que correcto pero con una fonética más cercana al ruso—. Deje su equipaje ahí mismo, si quiere, donde el mostrador.

Llamó mostrador a la barra del bar. Sí, estaba claro que no era española. Aunque llegué a pensar que quizás usaba el término mostrador a propósito, que quizás era el que mejor encajaba con la ortodoxia soviética, con una concepción burocrática de la que no se libraban ni siquiera los establecimientos donde se despachaban bebidas. Caminé por el salón saludando a media voz a las ocho o nueve personas en edad de jubilación que allí había, supongo que todas ellas provenientes del éxodo republicano. Estaban repartidas en varias mesas, apurando la tarde entre la charla y las partidas de dominó y de ajedrez. Gobernaba la estancia un televisor grande y arcaico con aspecto de cachivache y, a pesar de que

estaba encendido, emitiendo imágenes en blanco y negro, nadie le prestaba atención. Avancé con paso prudente hacia el anciano del fondo, que estaba jugando al solitario con una baraja española. La mirada marchita, las arrugas que llenaban de trincheras su rostro y la barba rasa y blanca como una estepa nevada trazaban el minucioso mapa de una existencia que ya encaraba los días fríos del invierno.

—Tome asiento. Llega usted tarde —me regañó sin levantar la vista del tapete verde en el que estaba desplegando y apilando naipes sin demasiado criterio.

—Le ruego que me disculpe. El vuelo salió con media hora de retraso y después, ya sabe, la recogida del equipaje y el control de pasaportes... No he tenido tiempo siquiera de pasar por el hotel.

—¿De Gaulle?

—¿Cómo dice?

—¿No se llama Charles de Gaulle el aeropuerto desde el que ha viajado?

—Ah, sí. Vengo en vuelo directo París-Moscú, con Aero-flot. ¿Conoce usted Francia?

—No —respondió él acompañando el monosílabo con un movimiento de ida y vuelta con la cabeza—. No he salido de la Unión Soviética desde que llegué aquí, en 1939, después de perder la segunda guerra.

—¿La segunda guerra?

—Sí, la primera fue en Asturias, en octubre de 1934. Y de eso hace ya medio siglo, ¿verdad?

Fue en ese momento cuando estableció contacto visual conmigo, aguardando con un ápice de ansiedad que le confirmara las fechas y las cuentas de la derrota. Asentí con la cabeza y eché una vistazo a mi alrededor antes de preguntarle:

—¿Tiene mucho tiempo el Centro Español de Moscú?

—Vamos a cumplir veinte años. Al principio era la sede en Moscú del Partido Comunista de España, ¿sabe? Aquí compartí mil charlas y discusiones con Pasionaria, antes de que ella regresara a España. ¿Tiene usted noticias de Dolores Ibárruri?

—Sé que vive en Madrid. Ahí sigue, bregando, camino de los noventa años.

—Ya. El tiempo es un enemigo imbatible —dijo con voz lánguida—. Por cierto, si quiere tomar algo pídaselo ya al camarada camarero, porque va haciéndose tarde.

«El camarada camarero.» Apreté los labios para reprimir la sonrisa. Me resultó simpático aquel fortuito juego de palabras, aunque no se me escapó el hecho de que su invitación quedaba a medio camino entre la cortesía y el apremio. Negué con la cabeza. El hombre que estaba limpiando con una bayeta la barra del bar nos echó una de esas miradas que dan a entender que ya está llegando la hora de empezar a recoger el local.

—Únicamente le voy a robar unos minutos, Andrés... ¿Cómo prefiere que le llame, Andrés o Andréi? —le pregunté, más que nada, para romper el hielo.

—Como usted prefiera. En Asturias, de guaje, me llamaban Andrés, pero al entrar en el partido pasé a ser Tudela y aquí todo el mundo me conoce ya como Andréi. Así que tiene usted para escoger.

Decidí llamarlo Andrés. Era su nombre original y los nombres de origen hay que respetarlos, porque alguien los busca para nosotros con todo el amor del mundo cuando venimos a la vida. Esa es al menos mi historia...

—Andrés, ya le informé, cuando hablamos por teléfono, del motivo de mi visita.

—Pero supongo que no habrá atravesado usted toda Europa solamente para hablar conmigo. No quisiera que se hubiera tomado tantas molestias para nada.

El comentario pretendía ser cortés, pero dejaba a las claras que el veterano comunista no tenía el propósito de revelarme información valiosa ni de ponerme al corriente de ningún hecho extraordinario. A pesar de ello, no me di por vencida.

—No, puede estar tranquilo —comenté—. En realidad, he venido para hacer unos reportajes que me ha encargado la revista para la que trabajo en Francia.

—¿Qué revista es?

—*Le Nouvel Observateur*. ¿La conoce?

—No, pero no ha de extrañarle. Aquí no llegan muchas noticias del otro lado de eso que a ustedes les gusta llamar telón de acero.

Su respuesta me sonó a puya ideológica propia de los mejores tiempos de la guerra fría, que ya empezaba a vivir la era del deshielo. Pero, ya fuera fría o caliente, nunca había sido mi guerra, así que no le di mayor importancia.

—Es un semanario cultural y político —le informé sin entrar en detalles—. Mañana viajaré a Stávropol, la ciudad en la que nació el nuevo secretario general del PCUS.

—Mijail Sergueyévich Gorbachov —recitó el nombre con solemnidad, aunque no me quedó claro si aquella solemnidad era una cuestión meramente cultural o reflejaba la afinidad ideológica con el personaje.

—¿Qué opina de él? En Francia se dice que trae ideas nuevas.

—¿Nuevas para quién? ¿Para ustedes o para nosotros? —preguntó el otrora comisario político sin esperar respuesta—. Lo que yo pudiera opinar no creo que sea relevante. Además, dejé de opinar el mismo día en que llegué a la URSS. En los tiempos de Stalin no resultaba muy saludable tener opinión propia. Los que tenían opiniones propias acababan predicándolas en un gulag de Siberia, en el menos malo de los casos. Lo mejor era no meterse en los asuntos del Estado, aunque el problema es que asuntos del Estado eran todos. No fueron tiempos fáciles, créame.

Con una simultaneidad casi mecánica, los ocupantes de las dos mesas más cercanas a nosotros comenzaron a recoger las fichas de dominó y las piezas de ajedrez. Acabada la tregua de la partida, parloteaban y reían, mezclando el ruso y el español en su conversación sin orden ni concierto.

—¿Y bien? —preguntó el asturiano apurándome—. ¿Qué quiere que le cuente? Entre lo que nunca supe y lo que ya he olvidado, me temo que no voy a serle de gran ayuda para ese asunto que está usted investigando.

—Deje, por favor, que al menos lo intente. Solamente quería conocer su versión de lo que pasó aquel día. Porque estaba usted en la Ciudad Universitaria de Madrid en aquella fecha...

—Sí, eso aún lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer. El 19 de noviembre de 1936, a la una de la tarde, más o menos. Yo acompañaba a un equipo de filmación del PCUS que un par de horas antes le había hecho una pequeña entrevista, la última entrevista de su vida. Y voy a decirle más, aunque supongo que usted hace bien su trabajo y ya estará al corriente de eso: yo fui una de las últimas personas que habló con él antes de que lo tumbara aquella bala.

Sí, estaba al corriente de eso. Guardé silencio, con la frágil esperanza de que el viejo militante del PCE, sin nada ya que perder a esas alturas de la vida, siguiera hablando por propia iniciativa. Pero no lo hizo. Era evidente que aquel hombre sabía bien hasta dónde conviene contar y a partir de dónde es conveniente callar.

—¿Y de qué hablaron ustedes? —le pregunté al ver que su relato se quedaba estancado.

—Solo intercambiábamos unas palabras. No fue en el momento de la filmación, sino más tarde. Coincidimos de nuevo en la glorieta de Cuatro Caminos. Los vi llegar en coche, a él y a otros dos de la CNT, y les hice una señal para que pararan un momento. Yo tenía informes de cómo estaban las cosas un poco más adelante, en primera línea de fuego, porque en aquel sector también estaban combatiendo comunistas de las Brigadas Internacionales. Les avisé de que tuvieran cuidado. En las plantas altas del Hospital Clínico quedaba algún francotirador fascista con capacidad para hacer daño.

—¿Qué le dijo él?

—Nada. Asintió para hacer ver que se daba por enterado, me dio las gracias y su coche y el coche de su escolta retomaron la marcha a gran velocidad. Él no era amigo de seguir consejos de gente ajena a su columna, y menos aún si esos consejos venían de un comisario político del Partido Comunista. Además...

—Sí? —lo animé a acabar la frase.

Andrés Tudela cogió aire para llevarlo con urgencia a los pulmones. Parecía que aquella conversación lo estaba agotando, o agobiando, no sabría decirlo. Después aún se tomó unos segundos antes de responder.

—Pues que a mí Durruti siempre me pareció un hombre temerario —opinó—. U straja glazá vilikí.

—¿Qué significa? —le pregunté ante aquellos sonidos tan alejados de mi registro fonético.

—Es un refrán ruso. Significa que el miedo tiene los ojos grandes. Y unos ojos grandes vigilan más que unos pequeños, ¿no le parece? Durruti tenía más cojones que el caballo de Espartero, pero los hombres valiosos han de saber hasta dónde tienen derecho a ser valerosos.

—No entiendo lo del caballo, Andrés...

—Ah, perdone. Es un dicho castizo. ¿Pero usted no es española?

—Sí y no. La mía es una larga historia —le dije esforzándome en que la maniobra de evasión sobre mis orígenes no resultara evidente.

—Bueno, el dicho es por una estatua ecuestre de bronce que hay en Madrid, dedicada al general Espartero. Y resulta que su caballo los tiene muy grandes, ya me entiende.

—Sí, ya le entiendo.

—Pues eso, que Durruti era un hombre valioso, no se lo voy a negar, pero si algo me ha enseñado la vida es que a la muerte no hay que temerla ni buscarla, simplemente hay que esperarla.

Más que aquella disertación filosófica sobre la vida y la muerte, me impactó que hablara de la valía y del valor como las dos caras de una misma moneda. O como dos vasos

comunicantes. O como los dos platos de una balanza. O como dos antagonistas. ¿Quién podría imaginar que una reflexión que empezaba citando los atributos genitales de una estatua ecuestre iba a tener un epílogo tan poco mundano como aquél?

—Dígame una cosa más, solo una cosa más... —añadí, consciente de que se agotaba mi tiempo.

—No tengo ni la menor idea —se apresuró a contestar Andrés Tudela sin dejarme siquiera que lanzara la frase.

—¿Perdón? —pregunté desconcertada.

—Le acabo de responder a la pregunta que estaba usted a punto de hacerme.

—¿Pero es que sabe lo que iba a preguntarle?

Lo miré fijamente. Traté de leer en su mente, como él había hecho en la mía. Pero fue inútil, su mente estaba escrita en cirílico.

—Sí, señora —respondió con seguridad—. Usted quiere saber quién mató a Buenaventura Durruti. Y yo no tengo la menor idea. O quizás sí que lo sé: lo mató la guerra. La guerra, que ha acabado con más de cien millones de vidas en lo que llevamos de siglo. Durruti fue una más de esas víctimas, tantas, muchas, demasiadas... Le tocó a él aquel día como podía haberme tocado a mí en Trubia, en Madrid o en Leningrado después. Llámelo suerte, azar, casualidad, destino o lo que le

apetezca. Pero da igual cómo lo llame, lo importante es que tiene usted ahí la respuesta.

Guardé silencio, abrumada, reducida a la nada en ese instante. Él, ajeno a mi perplejidad, se puso a recoger, una a una, las cartas que había esparcido por la mesa y cuando tuvo el mazo completo lo sujetó con una goma y lo dejó en una esquina, al borde, donde la mesa ya casi daba paso al precipicio. En la televisión que nadie miraba comenzó a sonar el himno soviético acompañando unas imágenes patrióticas de militares que desfilaban, tiesos como espátulas, al paso de la oca y banderas rojas con la hoz y el martillo en amarillo ondeando al viento a cámara lenta. Los últimos sones dieron paso a un fundido en negro y el aparato enmudeció por completo.

—Terminan pronto las emisiones televisivas aquí, ¿no? — comenté. Fue un apunte insustancial, me sentía desubicada por el cansancio de viaje.

—No, no se engañe. Acaban las emisiones para la Rusia central, pero en otras repúblicas siguen. Tenga en cuenta que esta es la nación más grande del mundo y cuando en un extremo es mediodía, en el otro van camino de la medianoche.

—Es un país grande este. Y supongo que también es un gran país.

Un comentario absurdo para solapar un comentario insulso. No estaba fina aquel día.

—Lo fue. En algún momento. A su manera —respondió encadenando frases a medio formular, como si quisiera que yo imaginara aquello que faltaba—. ¿De verdad cree que tiene alguna importancia saber quién mató a Durruti? Aquello queda muy lejos. Ha pasado mucha agua bajo el puente desde entonces.

—Para mí sí tiene importancia. Y quiero creer que para más gente —me justifiqué en un tono que pudo haber sonado altanero.

—¿Para quién más? ¿Para sus lectores parisinos? ¿Cuánta gente entregó la vida en la Resistencia, luchando contra los nazis durante la ocupación de Francia? ¿Cuántos muertos, propios y ajenos, dejó el Gobierno de De Gaulle en las guerras coloniales de Argelia, Camerún e Indochina? ¿Tiene intención de investigar cómo murió cada uno de ellos?

Touché!, como nos gusta decir a los franceses. Estaba perdiendo aquel combate de esgrima dialéctica. Pero no solté aún el florete.

—Durruti era una de las figuras hegemónicas del bando republicano —le recordé—. ¿No cree que merece la pena intentar descubrir al menos si la bala que lo mató venía de las líneas enemigas o no?

—Si yo ya sé dónde quiere llegar usted... Piensa que lo matamos los comunistas, que Stalin dio la orden de acabar con él. Pues le diré una cosa: Stalin ordenó muchas muertes, aquí y en España, pero la de Durruti no fue una de ellas.

—Es una de las teorías que se manejaron.

—Y también se manejaron otras. Por ejemplo, que realmente lo mató una bala enemiga, porque aquel sector estaba infestado de tropas moras. O que murió por accidente al dispararse su Naranjero, aquellos subfusiles eran poco fiables. O que lo asesinaron los propios anarquistas, algunos de ellos ya intuían el giro de los acontecimientos.

—¿A qué se refiere?

—A la militarización de la Columna Durruti. Yo sospecho que él iba a acabar aceptándolo, aunque traicionara con eso sus principios de anarquista. Porque sabía, de igual modo que lo sabíamos los comunistas, que lo primero, lo más importante, era derrotar al fascismo, y a partir de ahí que cada cual defendiera lo suyo. Y a las milicias anarquistas les faltaban cosas tan importantes como la disciplina, el orden y el rango.

—De hecho, las columnas confederales acabaron integrándose en el ejército.

—Sí, era necesario e inevitable. Medio año después de su muerte, la Columna Durruti pasó a ser la 26^a División del Ejército Popular de la República.

Dejó de hablar en ese momento. Ya solo quedábamos en la sala el camarero, Andrés y yo. Un silencio mudo y sordo, sin orejas, se sumó a nosotros. Encogí los hombros en una respuesta mímica. Era mi forma de reconocer y de aceptar que no iba a lograr más información que aquella. Supongo que el viejo comunista fue consciente de mi cambio de actitud,

porque esbozó una sonrisa espaciosa, de alivio. Al oír pasos levantó la cabeza, dirigió hacia el fondo del salón su mirada vaporosa y exclamó:

—¡Ahí viene Varinka! Es mi nieta, va a llevarme a casa.

Con cierta sorpresa, descubrí que Varinka no era otra que la mujer con ojos de caviar que me había abierto la puerta unos minutos antes, así que crucé con ella una segunda sonrisa cuando llegó a nuestra mesa.

—Encantada —le dije.

—Varinka es periodista, como usted —me informó Andrés—. Bueno, como usted no... En la Unión Soviética el periodismo se ejerce de forma distinta. Los periodistas aquí no se molestan en buscar la verdad, saben que hay cosas más importantes. La verdad es un concepto etéreo y dúctil, cambia de color, de forma y de bando con facilidad. ¿No cree?

Arqueé las cejas. El cansancio, convertido ya en agotamiento, de aquella larga jornada que había comenzado librando batalla por coger un taxi en la hora punta matinal de París hizo que no me planteara romper una lanza o siquiera una astilla en defensa de mi oficio.

—¿Dónde trabaja usted, Varinka? —le pregunté a la mujer de apariencia seráfica.

—En Radio Moscú Internacional, en el servicio de emisiones en español.

El viejo comunista se levantó con movimientos torpes, apoyando las manos en la mesa para hacer palanca, y abortó aquella conversación naciente entre nosotras.

—Tenemos que irnos, Libertad. ¿Quiere usted que la acerquemos en coche a su hotel?

—Pues, no sé... Si no les supone una molestia.

—¿Dónde se aloja? —preguntó él.

—En el Maksim Gorki.

Abuelo y nieta pronunciaron unas cuantas frases en ruso, citando dos o tres veces el nombre de mi hotel, como si trataran de ponerse de acuerdo sobre la ubicación o sobre la ruta que había que seguir.

—No hay problema. Prácticamente nos coge de camino —anunciaron Varinka y su sonrisa perenne.

—Que no se diga que los moscovitas no somos gente hospitalaria con los visitantes —añadió Andrés Tudela ejerciendo casi de guía turístico—. Y dígame, ¿qué impresión le ha causado Moscú?

—No podría responderle a esa pregunta todavía —le mentí, no quería decirle que la ciudad me resultaba a primera vista deprimente—. He venido directamente desde el aeropuerto y el taxista conducía como un piloto de carreras. Además, se puso a llover a mares.

—Ah, sí, señora, la lluvia de agosto. Le parecerá extraño, pero agosto es el mes en el que más llueve en Moscú.

II

A las tres en punto de la tarde, según mandaban los cánones, el cardenal salió al patio porticado del palacio arzobispal y alzó los ojos al cielo, como si quisiera medir con la mirada la temperatura ambiente que había a esa hora en la capital maña. El cocido de garbanzos bailaba aún en su estómago una jota aragonesa y se sentía hinchado y gaseoso como un zepelín. Se ajustó la muceta y la roqueta con cara de fastidio y dio a su acompañante órdenes precisas de intendencia.

—Has de decirle a la hermana Mercedes que a partir de ahora prepare platos más livianos —dijo el purpurado—. Ya estamos en junio y no salgo bien parado si tengo que enfrentarme a un cocido en toda regla con estos calores. Las comidas copiosas acabarán dándole un buen susto a mi salud.

—Esta noche, a más tardar, hablaré con ella de ese asunto, eminencia —respondió el secretario del cardenal.

—Luis, deja a un lado el trato formal cuando estemos a solas —refunfuñó el prelado—. Estoy cansado de decírtelo.

—Lo que usted diga, tío.

El cardenal apoyó una mano en el antebrazo de su sobrino y secretario usándolo como muleta móvil y caminó con paso lento hacia la cochera dejando tras de sí un penetrante olor a perfume que fumigó las jardineras. El prelado siempre hacía aquel viaje de sobremesa bien acicalado, pero esa tarde olía como si hubiera sumergido la cabeza en una pila bautismal llena de agua de colonia.

El chófer, un hombre de mediana edad que aguardaba con la gorra de plato prendida bajo la axila, los recibió con una de las puertas traseras del coche abierta.

—Buenas tardes, eminencia —saludó el conductor con tono neutro—. Acomódense.

—Buenas tardes nos dé Dios, Santiago —respondió con rutina el viejo cardenal.

El hombre de la gorra de plato esperó con calma a que los dos religiosos tomaran asiento en el vehículo, un Hispano Suiza Labourdette de 1921, nuevo y reluciente, negro como una sotana. Al cabo de unos segundos, echó una vistazo al habitáculo para comprobar que los ocupantes ya se habían instalado, cerró la puerta con delicadeza, caló la gorra y se apresuró a rodear el vehículo para ocupar el asiento del conductor y arrancar el motor, que ronroneó suavemente, como un cachorro de tigre.

—Tío, perdone la insistencia —intervino el secretario del cardenal—, pero debo recordarle que las comunidades de regantes del Canal Imperial están a la espera de que pongamos

fecha para la audiencia que nos han pedido. He intentado darles largas, pero siguen erre que erre.

—Que el Señor nos dé paciencia. ¿Pero qué quieren ahora?

—Que use usted su influencia para interceder ante las instancias políticas en favor de sus peticiones. Ya sabe, quien no tiene padrino no se bautiza —acudió al refranero el sobrino del prelado.

—En fin, dales cita para finales de mes, como muy pronto — musitó el cardenal con resignación.

—¿No podría ser antes?

—No. Cada santo tiene su día. Y hay asuntos de Estado más perentorios a los que debo prestar mi atención.

El chófer maniobró con oficio para sacar el vehículo de la cochera y puso rumbo al barrio de Las Delicias. La ciudad estaba echando la siesta habitual de las tardes del final de la primavera y en las calles del centro no había apenas tránsito de automóviles, ni carros, ni paseantes siquiera. Con la confidencialidad que les concedía aquel enrejado de madera con aire de confesionario que marcaba las distancias entre ellos y el conductor, los dos hombres de fe se entretuvieron durante el trayecto intercambiando opiniones y críticas, teorías y sospechas acerca de la creciente inestabilidad política y social que estaba viviendo el país.

Faltaban pocos minutos para las tres y media de la tarde cuando el vehículo cardenalicio llegó a su destino, en la finca

del Terminillo, término de Casablanca. Detuvo la marcha frente a la reja de hierro con forja artística que protegía la entrada de la Escuela-Asilo de las Hermanas de la Orden de San Vicente de Paúl. Como todos los días. El lugar y la hora estaban señalizados con mayúsculas sacramentales en la rutina diaria, inviolable, del cardenal arzobispo Juan Soldevila y Romero, que nunca faltaba, de lunes a viernes, a la cita con la institución hospitalaria y piadosa que él mismo había fundado y apadrinado. Unas visitas sistemáticas que daban alas a los rumores sobre una posible relación carnal entre el príncipe de la Iglesia y una de las siervas de Dios que regentaban el centro, aunque aquellas habladurías poco o nada afectaban al purpurado, ajeno, por rango y por edad, al alcahueteo del mundanal ruido.

El chófer con nombre del santo patrón de España dio dos toques de bocina muy breves, para generar la menor molestia posible en aquellas horas de digestión y reposo, y se aferró al volante a la espera de que alguna novicia acudiera a abrir la verja. Normalmente era cosa de un minuto o de un minuto y medio, aunque ya se sabe que hay momentos y situaciones en los que los segundos cunden como si fueran minutos y los minutos pesan como si fueran horas. Los dos pistoleros, que llevaban un buen rato apostados en los alrededores, actuaron con celeridad y soltura. Uno de ellos, de unos veinte años, alto y delgado, que vestía traje claro, boina y guardapolvo, hizo las comprobaciones visuales pertinentes desde la otra orilla de la calzada: automóvil con matrícula de Zaragoza Z-135, chófer uniformado y dos ocupantes con hábitos religiosos de distinta dignidad. Una vez confirmado que se trataba de la presa, le hizo a su compañero la señal convenida, moviendo la mano

izquierda de atrás hacia adelante, a media altura, al tiempo que con la mano derecha desenfundaba la Alkar semiautomática de siete cartuchos que llevaba oculta bajo el guardapolvo. Con nervios de acero y plomo en la mano, los dos hombres se fueron acercando al coche en diagonal, avanzando en cuña, cada uno desde un flanco. Llevaban ya las pistolas dispuestas cuando, a poco más de tres metros del vehículo, detuvieron sus pasos, levantaron las armas con movimientos sincronizados, apuntaron con pulso firme y dieron rienda suelta a los gatillos. Las balas desmenuzaron los cristales de las ventanillas y centellearon sobre la chapa igual que lágrimas de san Lorenzo mientras el Labourdette, nuevo y reluciente, de color negro fúnebre, se convulsionaba como si tuviera el baile de san Vito.

Con los cargadores ya vacíos, los dos tiradores retomaron la marcha hacia el coche, que seguía con el motor encendido, al ralentí. Se asomaron al interior y vieron a un hombre muerto y a dos heridos, paralizados, como estatuas de un mausoleo. El cuerpo del cardenal estaba boca arriba, con el rostro entornado, y la boca y los ojos abiertos como una trucha. El pistolero de menor estatura, con gorra y traje barato, abrió la puerta del copiloto. Introdujo la boca tenebrosa del arma, aún humeante, y en el habitáculo se condensó un olor insólito, una mezcla de pólvora, sangre y agua de colonia. Encañonó con la pistola al chófer, después al secretario. El conductor, herido en el cuello, se tapó la cara instintivamente con las dos manos, como si quisiera evitar el mal trago de tener que ser testigo de su propia muerte, mientras el clérigo recitaba un rezo en latín y se santiguaba con el brazo que le había quedado indemne.

—Informad a la autoridad de que esto es la respuesta a la muerte de los anarcosindicalistas Salvador Seguí y Francesc Comes, asesinados en Barcelona por los sicarios de la patronal y del cardenal —habló el pistolero de traje, casi susurrando, como si temiera despertar al muerto.

A los dos supervivientes del coche aquella frase les sonó a indulto de última hora y les faltó tiempo para dar su conformidad con pequeñas cabezadas, como autómatas, aunque su estado de commoción difícilmente les iba a permitir recordar los nombres, la ciudad y la ideología que contenía aquella breve reivindicación del atentado.

La novicia que acudía a abrir y una de las monjas del asilo que había escuchado el estruendo de las balas se atrevieron a asomar la cabeza por una puertecilla lateral, tras la reja.

—¡Santa Madre de Dios! ¡Asesinos! ¡Criminales! —gritó la monja, presa de la histeria al presenciar la dantesca escena.

Los dos pistoleros emprendieron la huida a pie, a la carrera, bordeando el muro del asilo para guarecerse de las miradas. Pasada la primera curva, lanzaron las pistolas a unos matorrales.

—Ya está hecho —dijo uno de ellos entre bufidos.

—Un cabrón más en el reino de los muertos —añadió el otro sin aflojar el paso.

Aquella misma tarde, el *Heraldo de Madrid* recogía en su edición vespertina la noticia del magnicidio eclesiástico:

Atentado en Zaragoza

El cardenal arzobispo Soldevila, asesinado a tiros

A través de una urgente conferencia telefónica entre Zaragoza y Madrid nos llega la noticia del asesinato del cardenal arzobispo de Zaragoza, don Juan Soldevila y Romero, muerto a tiros esta tarde en la capital aragonesa. Monseñor Soldevila se disponía a rendir visita diocesana a un centro caritativo cuando el automóvil en el que viajaba fue atacado por dos o tres pistoleros que, una vez que perpetraron el vil atentado, huyeron a pie.

Un médico del cercano Manicomio Provincial de Zaragoza se desplazó hasta

el lugar del suceso y certificó el fallecimiento del jerarca de la iglesia, que según se nos informa había recibido un tiro en el pecho y otro en un hombro. Evitaron la muerte milagrosamente los dos acompañantes de monseñor Soldevila. Nos estamos refiriendo al sacerdote don Luis Latre Jorro, sobrino y secretario particular del cardenal, que sufrió heridas en una muñeca y en un antebrazo, y al chófer del automóvil, don Santiago Castañera, que recibió un tiro en la parte lateral del cuello. Fue el padre Latre quien impartió los últimos auxilios

espirituales al cardenal arzobispo cuando este agonizaba.

Las más altas autoridades civiles y militares de Aragón acudieron al escenario del crimen al tener conocimiento de los hechos. El juez del distrito de El Pilar ordenó el levantamiento del cadáver y tomó declaración a las primeras personas que habían llegado al lugar.

Don Juan Soldevila y Romero tenía 79 años, era zamorano de nacimiento y aragonés de corazón. En 1889 fue consagrado obispo de Tarazona y en 1902 el papa León XIII lo puso al frente de la archidiócesis de Zaragoza y lo nombró cardenal. La condición de ministro de Dios no apartó a monseñor Soldevila de los asuntos terrenales y así pues decidió asumir responsabilidades políticas como senador en

representación de la archidiócesis de Valladolid. Humanista y teólogo eminente, por su saber y por su caridad resultó fácil vaticinar que estaba llamado a desempeñar la más alta representación en el episcopado español.

La inmediatez con la que estamos informando a nuestros lectores sobre la luctuosa noticia no nos permite facilitar datos certeros acerca de la autoría de este nuevo acto de barbarie. Sin embargo, un representante del Ministerio de Gobernación que no desea ser identificado nos ha hecho saber que se trataría de otro atentado de los grupos anarquistas responsables de anteriores asesinatos como el del presidente del Gobierno, don Eduardo Dato e Iradier, muerto a tiros hace quince meses por pistoleros que atacaron su vehículo desde

una motocicleta con sidecar en las cercanías de la madrileña Puerta de Alcalá, o el de don Fernando González Regueral, el que fuera

gobernador civil de Vizcaya, tiroteado por la espalda el mes pasado cuando salía del Teatro Principal de León con su escolta.

III

El mar Cantábrico era, aquella tarde de agosto, una planicie de agua mansa bajo un cielo con grandes manchas en forma de nubes plomizas. Por la playa de Gijón paseaban, con indumentaria y ritmo de turistas, unas cuantas parejas, algún caminante solitario y unas pocas familias con niños. Al costado de la capilla de San Lorenzo, los tenderos empezaban a atar los bultos con la mercancía y a recoger los toldos, las tablas y los caballetes de los puestos callejeros en los que vendían, los días de diario, frutos de huerta, ropa, aperos y quincalla. Las pescaderas ya se habían ido, llevándose en sus cestos de madera de avellano el género sobrante y dejando allí una fragancia intensa de pesca y mar que estaba convocando a las gaviotas.

Escartín y Durruti traían en sus pupilas una mirada reposada pero vigilante, observándolo todo con la curiosidad de los forasteros. Bajaron desde el barrio de Cimadevilla dando un paseo y al llegar a la plaza Mayor torcieron hacia el Campo Valdés y siguieron desde allí hacia el Mercado del Adobo, en el solar que pocos años más tarde iba a acoger la Pescadería Municipal. Deambulando sin rumbo desembarcaron en el trajín de voces y cajones en movimiento del desmontaje del mercado

callejero. Escartín, más interesado en las mercaderías que Durruti, retrasó la marcha fisgando en los pocos puestos que seguían en pie, y tuvo que lanzarle un silbido a su compañero para que lo esperara mientras paraba a comprar un par de manzanas rojas a una vendedora de aldea. Mordió una de las piezas y guardó la otra en el bolso de la chaqueta después de ofrecérsela sin éxito a Durruti.

—Vamos a bajar a la arena —propuso mientras le daba el último mordisco a la manzana.

—No me digas que quieres bañarte para quitarte toda la roña que llevas encima —le contestó Durruti de guasa—. Mira que aquí el agua está más fría que en Barcelona.

Escartín acabó de masticar, tiró al suelo los restos de la manzana y comentó:

—Parecen iguales, pero son distintos.

—¿A qué te refieres?

—A los mares. El de Barcelona y este —afirmó Escartín mirando hacia el norte con ojos asombrados.

—No te creas. Todos están hechos de lo mismo, de agua y sal. Y del sudor de los marineros que trabajan en ellos.

Comenzaron a caminar sobre la arena, bordeando la orilla húmeda y compacta de la bajamar. Por el horizonte, donde el cielo buscaba el encuentro imposible con el mar, asomaba la silueta humeante de un vapor que navegaba con rumbo oeste.

Los dos jóvenes interrumpieron la marcha para observarlo unos instantes.

—Oye, anoche tuve un sueño raro de cojones —dijo Durruti de repente.

—¿Cómo de raro? ¿Te habían nombrado ministro de Orden Público? —le devolvió Escartín la broma anterior de la roña—. Eso iba a ser como poner a un vampiro a dirigir un banco de sangre.

—Anda, calla... Estábamos en una ciudad grande. No te sabría decir qué ciudad era. Una con puerto.

—¿Estábamos? ¿Quiénes?

—Los Solidarios. Todo el grupo.

—¿Ascaso también?

—También. Y había barcos, unos fondeados y otros atracados en los muelles —dijo Durruti entrando de lleno en el relato del sueño—. Y, no sé por qué, todas las sirenas de los vapores empezaban a sonar al mismo tiempo, formando un barullo tremendo. Era algo así como una señal para que la gente saliera a la calle y tomara la ciudad. Había gente por todas partes: en las plazas, en las avenidas, en los bulevares, en los tranvías... Unos iban con armas, otros con banderas... ¿Y puedes creer que ni un solo policía les salía al paso tratando de parar aquello? Había un ambiente de alegría, pero también de intranquilidad, de miedo...

—¿Alegría y miedo? —repitió Escartín, al que no le cuadraba la suma de aquellos dos factores.

—Sí. Ya te digo que era un sueño raro.

—Vas a tener que preguntarle a una de esas adivinas que pasan consulta. Seguro que hay alguna afiliada, a lo mejor te hace descuento enseñando el carné sindical.

—Alcornoque, las pitonisas te leen el futuro, no te explican los sueños —le aseguró Durruti.

Los dos rieron. Prolongaron el paseo unos cientos de metros antes de pararse para otear el paisaje casi rural y poco humanizado que se asomaba al mar desde el este, entre el merendero de Casablanca y La Providencia. Después dieron media vuelta para desandar el camino sin abandonar la arena, rodeando las casetas de madera y la estructura con forma de palafito que sostenía el balneario de La Favorita. Ya estaban a punto de salir al paseo de El Muro desde la rampa cercana al Campo Valdés cuando vieron aparecer por la acera las gorras y los uniformes de dos guardias. Escartín hizo una intentona de cambiar de dirección, pero su compañero lo agarró por el brazo con discreción y firmeza para reconducirle el paso.

—Quietó, no hagas tonterías —le pidió Durruti—. Ya nos han visto. No pasa nada. Ya sabes, estamos de vacaciones.

—¿Llevas la herramienta?

—No, la he dejado en la fonda, debajo de la cama. Si nos paran déjame hablar a mí.

Uno de los guardias, el de menor edad, se adelantó al otro un par de metros y, cuando los dos jóvenes acabaron de subir la rampa, los paró.

—Un momento —les ordenó sin filigranas en el trato. Miró para atrás de reojo esperando la llegada del guardia veterano, cincuentón, con más carnes que uniforme.

—¿De dónde sois? ¿De Gijón, de la provincia...? —estrenó el veterano la rutinaria ronda de preguntas.

—No, de fuera —respondió Durruti con rapidez—. Estamos pasando unos días aquí.

—¿Por trabajo o por descanso?

—Descanso. Estamos de veraneo.

—Poco verano queda. Mañana empieza septiembre —afirmó el guardia, como si ellos no tuvieran clara la fecha en la que vivían y lo que les esperaba al día siguiente.

—Suficiente para nosotros. Porque nos vamos mañana mismo.

—¿Los nombres? —intervino el guardia más joven, deseoso de meter baza también él.

—Él es Pablo Guzmán Fernández y yo soy Abel Martín Hidalgo —contestó Durruti con los dos nombres y los cuatro apellidos inventados y memorizados unos días antes—. Somos compadres, trabajamos en la industria del vidrio, en Valencia.

—Pues sí que venís de lejos —dijo el joven uniformado—. ¿Y dónde estáis alojados?

—En Oviedo, en casa de unos familiares. Hoy hemos venido de excursión a Gijón.

—¿Quién de los dos es el que tiene familia en la provincia?

—Yo —habló por fin Escartín para evitar que su silencio levantara sospechas—. Un primo hermano. Trabaja en la Fábrica de Armas de La Vega.

La charla quedó flotando un instante en el aire, mientras los agentes rastreaban fugazmente con la mirada la indumentaria y las facciones de los dos jóvenes buscando algo que no encajara. A los guardias se les estaba agotando el repertorio de preguntas habituales y hasta ese momento todo estaba en orden.

—Y si sois de fuera, ¿cómo es que lleváis un periódico gijonés? —preguntó el guardia joven señalando con la porra el ejemplar de *El Noroeste* que asomaba por un bolso de la chaqueta de Escartín, el mismo en el que había guardado la manzana sobrante.

—Lo hemos comprado para ver la cartelera de espectáculos. No está el tiempo de playa —improvisó Durruti alzando la barbilla para mirar al cielo—, así que algo habrá que hacer para gastar el día.

—Tiene pinta de que va a acabar lloviendo, ¿no les parece? —preguntó Escartín recurriendo al comodín de la meteorología.

—Qué sé yo, compra el *Calendario Zaragozano* —le respondió de mala gana el guardia veterano, al que, definitivamente, ya le aburría la conversación.

Por tanto, les hizo un movimiento ambiguo con la mano derecha dándoles a entender que podían seguir su camino. Durruti y Escartín sonrieron de forma artificiosa y se alejaron evitando prisas y aspavientos, con la certeza de que los cuatro ojos de los dos asalariados de la seguridad pública seguían examinando sus andares.

—¿A qué venían tantas preguntas? —musitó Escartín—. Estos esbirros son cada día más pegajosos.

—Todo el mundo anda nervioso —contestó Durruti—. Te apuesto lo que quieras a que el rey ya está negociando con los generales para intentar meterlos en vereda con un gobierno militar. Tiene que salirnos bien lo de mañana, porque el tiempo juega en contra.

—¿Es de confianza ese Zulueta?

—De confianza es y los rifles están esperándonos en Éibar, recién salidos de la fábrica de Gárate y Anitua. Pero si no hay parné no hay armas, ya sabes cómo funciona esto.

Dejaron aparte ese asunto y atravesaron la franja verde de árboles y césped que separaba la acera de la calzada. Entre un

coche y un carro aparcados a aquella altura encontraron paso para cruzar la calle Ezcurdia y cuando enfilaban la calle Jovellanos se les echó encima el agradable aroma a repostería fina procedente de la pastelería La Playa.

—Huele a dulce de mazapán y a crema de yema —presumió de oficio Escartín a pocos metros del local, del que estaba saliendo en ese momento una mujer elegante y atractiva, con vestido de piel de ángel, sombrero de ala con ribete de seda y unos zapatos negros de charol.

—¿Por qué no entras a pedir trabajo? —bromeó Durruti—. Es una de las confiterías más sibaritas, ahí meriendan las burguesitas de la ciudad.

—Se nota que es un negocio bien llevado. Y ya se ve que tú conoces bien la plaza.

—Sí. Después de la huelga revolucionaria de 1917 tuve que irme de León. Me escondí en Gijón primero y después en Mieres y en La Felguera. Mira, voy a llevarte a tomar una horchata de chufas al Café Dindurra. Es un sitio tranquilo, ideal para conspirar.

Poco a poco, el cielo plateado iba adquiriendo un tono azul grisáceo, tirando a negruzco, que presagiaba lluvia para aquellas últimas horas del mes de agosto. Al desembocar en el paseo de Begoña, denominado en aquellos años veinte paseo de Alfonso XII, las nubes ya escanciaban las primeras gotas de lluvia, pocas pero grandes como lágrimas de ballena. Unos metros antes de llegar al café atrajo la atención de los dos jóvenes la cartelera del Teatro Dindurra, en el edificio que

tiempo más tarde ocuparía el Teatro Jovellanos. Se acercaron para ver el reparto de la película muda que estrenaban aquella semana. Escartín leyó en voz alta:

—«Buenos Aires, ciudad de ensueño. Director: José Agustín Ferreyra. Artistas protagonistas: Lidia Lis, Jorge Lafuente y Enrique Parigi. La mejor película argentina de 1922.»

—¿A ti te gusta el cinema? —le preguntó Durruti.

—No demasiado. Prefiero el teatro.

—¿Por qué el teatro?

—Porque en el cinema no hablan y me aburre tener que andar leyendo esos carteles que aparecen dando explicaciones... Pero estaría bien que algún día hicieran una película sobre nosotros, ¿verdad que sí?

—Sí, hombre, y una novela también... Anda, no te pongas estupendo —lo bajó de la nube Durruti—. Me parece que te están entrando aires de grandeza.

Escartín sonrió como un niño revoltoso y le dio un golpe cariñoso en el hombro a su compañero.

—La última vez que pisé un teatro fue hace tres años. En el Alhambra, en París. Cuando estaba refugiado en Francia —contó Durruti—. Pero no era teatro lo que vi. Actuaba un mago muy conocido... Harry Houdini. ¿Has oído hablar de él?

—No —contestó Escartín.

—Un escapista, especialista en fugas. Lo llaman el Rey de los Grilletes. Se las arregla para librarse de cuerdas, cadenas, candados, grilletes, sarcófagos... Todo lo que le echen. Menudo fenómeno.

—Oye, qué bien nos iba a venir contratarlo para sacar a Ascaso y a los otros de la cárcel —fantaseó Escartín—. Menuda cara de pánfilo le iba a quedar al ministro Martín Rosales.

Estaban a punto de entrar en el Café Dindurra cuando se les acercó un muchacho con buena planta y buen aspecto, pero con mirada apagada, que acababa de doblar la esquina desde la calle Covadonga.

—¿Pueden darme una limosna para comer? —les preguntó estirando una mano hacia ellos.

—¿Limosna? Vete a pedírsela a los curas, nosotros no damos limosna —le respondió Escartín.

El menesteroso, sin darse por enterado de que aquel «nosotros» atañía a los dos, volvió la mirada y la mano hacia el otro paseante, con la esperanza de tener más suerte con él.

—No veo yo que te falte una pierna o un brazo, ni que estés paralítico —le dijo Durruti con expresión seria—. ¿Tienes alguna tara?

—Estoy entero y tengo salud, gracias a Dios —respondió el otro, por jactancia o por inconsciencia.

—Ya. Eres joven y tienes salud... ¿Entonces qué haces mendigando? ¿Dónde está tu dignidad? —cargó contra él Durruti.

—Son malos tiempos, no hay trabajo.

Aquel comentario acabó definitivamente con la paciencia de Durruti, que metió la mano en un bolso de su chaqueta, sacó de ella una pistola y, agarrándola por el cañón, se la ofreció al muchacho con actitud arisca.

—Toma, funciona y está cargada —le informó—. Si tienes lo que hay que tener, entra con esto en un banco y gánate el pan. No es un trabajo, pero es mucho más digno que mendigar.

El chico palideció y enmudeció del susto. Se quedó mirando la culata del arma con los ojos abiertos como una lechuza. La reacción visceral de Durruti también dejó descolocado a Escartín, aunque no tardó en reaccionar. Le arrebató la pistola, la envolvió de mala manera con el periódico y tiró al suelo la manzana que llevaba para hacerle sitio en el bolso de la chaqueta. Sacó una perra chica de cinco céntimos, se la dio al muchacho para pagar su silencio, agarró a Durruti del brazo y lo alejó de allí a tirones. Caminaron, mirando hacia atrás unas cuantas veces para comprobar que nadie les seguía, hasta llegar a la calle Santa Dorada. Allí Escartín le tomó la delantera de una zancada y le obligó a detenerse poniéndole la palma de la mano en el pecho.

—Mereces un par de hostias. Una por el espectáculo que acabas de montar y otra, la más fuerte, por mentirme cuando vimos a los guardias y me dijiste que no traías la herramienta.

— ¿Qué hubiera pasado si nos pillan armados y tenemos que salir de aquí a tiros? Todo el plan de mañana se iría al garete.

— Pregúntate más bien qué hubiera pasado si nos pillan desarmados. ¿Cómo te crees que lo íbamos a resolver si a los guardias no les convence la historia de los turistas de Valencia y les da por llevarnos a comisaría? ¿Cómo piensas tú que íbamos a salir de esa? ¿Soltando un mitin? ¿Hablándoles del tiempo? No seas tan ingenuo. Con las ganas que tienen de echarte el guante por lo de Zaragoza...

— No hace falta que me lo recuerdes. Pero entre nosotros hay que ir con la verdad por delante. Quiero saber a qué nos enfrentamos en cada momento.

Durruti reflexionó. El razonamiento de Escartín le parecía correcto, aunque su respuesta quedó a medio camino entre la disculpa y el pretexto.

— Tienes razón —reconoció—. Lo he hecho para no preocuparte. Ya te dije que me encargaba yo de llevar el asunto con los guardias. Y ha salido bien, ¿o no?

— Del mismo modo que pudo haber salido mal.

— Estaba todo controlado, hombre. Era pan comido.

Escartín también entendía, en cierta manera, las razones de su compañero, pero prolongó su enfado unos segundos.

— Y lo de sacar la pistola en medio del paseo... No me jodas, Pepe.

—Ha sido un calentón, qué quieras que te diga —afirmó Durruti forzando una sonrisa para archivar el caso—. Está poniéndose fea la tarde, lo mejor es que vayamos tirando para Oviedo. Mañana va a ser un día largo y hay que estar frescos.

Las gotas de lágrima de ballena no tardaron en dar paso a una lluvia continua que fue arreciando hasta convertirse en un aguacero rabioso de agosto. Los dos anarquistas apresuraron el paso en dirección a la estación del Norte, mientras el agua azotaba sus caras y golpeaba sus cabezas. Eran como dos argonautas a los que quisieran anegar los dioses para evitar que robaran el vellocino de oro.

Pasaban pocos minutos de las nueve de la mañana cuando un Jeffery Special Model de color gris ceniza, con media docena de hombres apiñados en su interior, aparcó en una esquina de la calle Instituto, sin llamar la atención, cerca de la entrada de la sucursal del Banco de España en Gijón. Gregorio Suberviola, albañil, navarro, descendió en solitario por la puerta del copiloto. Hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones y caminó hasta la puerta del banco. Entró y se acercó a una de las dos ventanillas que había abiertas. Sacó una mano del bolsillo y con ella un billete verde, de cincuenta pesetas, que depositó sobre el mostrador, a la vista del cajero. Pidió que se lo cambiara en monedas y mientras el bancario reunía el metal giró la mirada por toda la sala como si llevara una placa fotográfica implantada en los ojos.

En ese mismo instante, Durruti, que ocupaba con otros tres el asiento trasero del coche, repetía con verbo veloz las últimas instrucciones.

—Esperamos a que salga Suberviola para informarnos de lo que hay y vamos pasando a la acera en intervalos de cuatro segundos, guardando la distancia con el compañero que va delante, sin pararnos para nada. Yo marco los tiempos de salida del coche. Aurelio, entras tú el primero en el banco.

Aurelio Fernández, mecánico, ovetense, el único asturiano del sexteto, asintió mientras se secaba el sudor de las palmas de las manos con un pañuelo de lino que había convertido en un ovillo de tanto apretarlo.

—Cuando estemos dentro, Aurelio y yo nos movemos hacia los laterales de la sala —siguió Escartín, aragonés, panadero—. Vigilamos las escaleras que dan al piso de arriba y la celda de los cajeros, para no llevarnos ninguna sorpresa. Después...

—Después entro yo —tomó el relevo Eusebi Brau, catalán, herrero—. Me planto en medio de la sala, saco del bolso unas monedas y me pongo a contarlas para no levantar sospechas.

—Y por último llego yo y los cuatro desenfundamos la maquinaria —añadió Durruti—. Suberviola estará fuera en todo momento, vigilando la entrada, y tú, Vivancos, te quedas con el motor en marcha, pendiente también de cualquier bicho viviente que se mueva por la calle.

Miguel García Vivancos, murciano, estibador y harinero, asintió con la cabeza sin despegar del volante ni media yema de un dedo.

—Tenemos que andar con ojo, actuar deprisa y largarnos de la ciudad cagando hostias —lo resumió Durruti de forma gráfica.

—Compañeros, ha llegado la hora de hacer caja para la clase obrera —proclamó Escartín para reforzar los ánimos del grupo.

Suberviola salió del banco con la misma tranquilidad con la que había entrado. Ladeó la cabeza con aire distraído y escenificó dos gestos reservados: se ajustó el nudo de la corbata con tres toques y se frotó con una mano la pernera de los pantalones un par de veces.

—Bien, a la vista hay tres clientes y dos empleados —informó Escartín, el encargado de traducir el recuento visual que había hecho Suberviola.

Durruti clavó la mirada en su reloj. Las agujas eran brazos abiertos en cruz marcando casi las nueve y cuarto. Con el intervalo de tiempo acordado, como un diapasón, recitó los tres nombres:

—Aurelio... Escartín... Brau...

Antes de salir él del coche, cerrando filas, le dio a García Vivancos una palmada en el hombro, a modo de promesa no verbalizada de que todo iba a ir bien. Saltó del vehículo con la habilidad de un volatinero de circo y enfocó la vista hacia Suberviola, que había pegado la espalda a la pared de un edificio para tener más campo de visión. Durruti entró con decisión en la oficina bancaria, desenfundó una Luger de nueve milímetros y apuntó con ella al frente.

—¡Esto es un asalto! ¡Las manos arriba y que no se mueva nadie! —gritó la fórmula clásica.

Los otros tres integrantes de Los Solidarios enseñaron en ese momento sus armas para blindar las palabras de su compañero. Los tres clientes y los dos empleados del banco, todos ellos hombres, obedecieron sin pestañear. Durruti avanzó hacia la ventanilla de la izquierda, donde el cajero, un hombre de rostro alargado y semblante lánguido y desvaído que se asemejaba a un personaje de El Greco, esperaba con las manos alzadas, temblorosas, y el alma entre los dientes.

—Meta aquí todo el dinero que tenga bajo el mostrador. No se olvide ni una peseta, no solemos dejar propinas, y menos aún en los bancos —le advirtió Durruti entregándole una bolsa de tela.

Simultáneamente, Aurelio rompía a culatazos la cerradura de la celda que protegía a los dos empleados para que Escartín y Brau entraran a registrar el habitáculo y vaciar la caja, que obligaron a abrir al otro bancario. Durruti volvió sobre sus pasos y se situó en la entrada, en un punto desde el que tenía visión panorámica de la escena. Aurelio pidió a los clientes que se echaran a un lado, indicándoles con el cañón de la pistola dónde debían situarse, para dejar libre de todo estorbo el espacio central.

Alarmado por el jaleo, un hombre de edad cercana a los sesenta años se hizo visible por las escaleras rectas que comunicaban con la planta superior del banco.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó, desconcertado, mientras descendía con paso inseguro.

—¡Quieto! ¡No dé un paso más! —lo amenazó Aurelio desde abajo haciéndole ver su pistola.

Durruti se acercó hasta la posición del asturiano y le pidió que cubriera su puesto junto a la puerta para poder hablar con el recién llegado.

—¿Es usted el director del banco? —le preguntó intimidándolo con la Lugar.

—Sí, soy don Luis Azcárate Álvarez. ¿Y ustedes quiénes son? —le devolvió la pregunta el hombre.

—Lea los periódicos en los próximos días, ya se lo dirán. Ahora lo que tiene que hacer es quedarse calladito y quieto, ahí donde está, mientras nosotros acabamos lo que estamos haciendo, que no es otra cosa que una retirada masiva de capital.

Luis Azcárate no dijo nada. Apretó los puños, pegados a su cuerpo, para expresar su enojo y su impotencia, dejando en vilo a todos los actores que había en escena: los cuatro atracadores, los dos empleados, los tres clientes. Buscó, bajo las cejas pobladas de Durruti, la mirada impasible del que parecía el líder de la banda tratando de determinar el alcance de aquella amenaza. Y sacó conclusiones.

—¡Abandonen el banco inmediatamente! —les dijo con el tono de voz de quien está acostumbrado a dar órdenes de

obligado cumplimiento—. No sé si son ustedes conscientes de la gravedad de estos hechos y de las consecuencias que les pueden acarrear.

Escartín y Brau soltaron al unísono una carcajada, haciendo con ello que la advertencia del director adquiriera tintes ridículos.

—Mire usted, podemos hacer esto de dos formas: nos vamos con el dinero sin más, con todos sanos y salvos, o nos vamos con el dinero y dejamos a alguien en mal estado —le advirtió Durruti con ojos que cortaban como cuchillas—. No se haga el héroe.

A Luis Azcárate aquello le sonó a insolencia más que a amenaza. Bajó los últimos peldaños de la escalera y al llegar a su altura miró a los ojos a Durruti otra vez, más de cerca, por si encontraba en ellos algo nuevo que le advirtiera de que el nivel de riesgo había aumentado. Concluyó que el nivel de riesgo era asumible y se abalanzó sobre el atracador para atenazarle con sus manos la muñeca y la pistola. Ambos forcejearon tan solo unos segundos, hasta que el sonido amortiguado, engañoso, de un disparo a bocajarro acabó con la resistencia del director. El tiro le alcanzó la cara y cayó al suelo a plomo. Durruti, aturdido, miró a aquel hombre tendido a sus pies que perdía sangre por un carrillo. Ninguno de los testigos del robo abrió la boca, el miedo impuso un mutismo deshumanizado.

Una voz de Brau, que acababa de meter en una saca el último fajo de billetes, anunció la marcha.

—¡Aquí ya está toda la uva vendimiada! ¡Vámonos! — exclamó el catalán.

Escartín se desplazó unos metros hacia la pared en la que había un almanaque con los días del mes rotulados en números bien visibles. Buscó la fecha, orientó el cañón de la pistola, apretó el gatillo y la bala perforó el recuadro correspondiente al primer día de septiembre de 1923.

—Un recuerdo de nuestra visita —afirmó.

Los cuatro hombres armados huyeron del banco ordenadamente, en una fila india que cerraba Durruti, turbado aún por lo que había sucedido. Suberviola aguardó a que entraran todos en el coche antes de subirse él y cuando se disponía a cerrar la puerta delantera derecha distinguió, al fondo de la calle, la gorra de plato y el uniforme de un guardia urbano.

—¡Un urbano! —alertó—. No nos ha visto aún, pero lo hará.

García Vivancos, indeciso, dejó el pie suspendido en el aire sobre el acelerador y miró a su compañero esperando que le confirmara la ruta de escape, que habría de pasar por delante del guardia.

—¡Tira! ¡Tira! ¡Tira! —gritó repetidamente Suberviola mientras asomaba por la ventanilla medio brazo con la pistola apuntando al fondo de la calle.

Fue la confirmación de que aquel atraco, además de sonado, iba a ser sonoro. El Jeffery partió de su posición con el motor

bramando como una galerna, al tiempo que Suberviola abría fuego disuasorio sin previo aviso. El guardia, que venía patrullando en solitario y a pie desde la calle Jovellanos sin saber lo que le esperaba al doblar la esquina, dispuso del tiempo justo para echarse al suelo boca abajo mientras oía el cascabeleo de dos balas mordiendo una farola junto al portal del número 15 de la calle Instituto. El vehículo en fuga pasó cerca del guardia, que desde el suelo intentó desenfundar el arma con la mano diestra, pero los nervios hicieron que la pistola se le resbalara igual que un pez vivo. Llegó a recogerla y aún tuvo tiempo a efectuar un disparo sin mucho tino que hizo añicos el escaparate de una naviera, la Compañía Transatlántica Española.

Al embocar la calle Gumersindo Azcárate, el automóvil basculó como una cuna mecida por una mano nerviosa, sin llegar a volcar, y recorrió la vía Covadonga a todo lo que dio de sí, rastreando la salida hacia el sur. Los empleados del banco telefonearon de inmediato al cuartel de la Guardia Civil de Los Campos y en pocos minutos cuatro unidades motorizadas de la Benemérita y de la policía salieron de la ciudad en cuatro direcciones distintas: Oviedo, Avilés, Villaviciosa y Pola de Siero. Todo fue en vano. El Jeffery Special Model de color ceniza, con seis cilindros, seis hombres y más de seiscientas mil pesetas a bordo, había desaparecido sin dejar huella, como si lo condujera el mismísimo Houdini.

IV

El inspector jefe Ramón Estrada respiró hondo, llamó con los nudillos, esperó un momento, abrió la puerta del despacho e informó con pleitesía de su llegada.

—¿Da usted su permiso, señor comisario?

—Pase, pase —respondió el comisario provincial Fermín Granados con una sequedad que indicaba un estado de ánimo hostil, entre otras cosas porque ese día regresaba al trabajo tras sus vacaciones estivales.

Estrada entró con los hombros y los brazos caídos como las ramas de un sauce llorón, y se situó en el centro de la estancia, a una distancia prudencial de su superior. No tardó en identificar un fuerte olor a aguardiente, aunque no supo dilucidar si el origen era la botella que Granados solía esconder en la caja del gramófono (entre su colección de discos de Carlos Gardel, Enrico Caruso y la cupletista y actriz Paca Marqués) o si provenía directamente del aliento de alambique del comisario.

—Siéntese —ordenó el superior con la brevedad de un telegrama.

El inspector jefe tomó asiento en el sitio de las visitas oficiosas, una silla pequeña, de madera endeble y esparto, intencionadamente incómoda, que el comisario reservaba para los invitados de los que esperaba una estancia corta y nada zalamera en su despacho.

—Le traigo todo lo que tenemos hasta el momento acerca del robo de Gijón —informó Estrada, que a renglón seguido posó sobre el escritorio una carpeta de papel de estraza con los bordes retorcidos como virutas.

La cara redonda, rosada y granulada, parecida a la mortadela, del comisario Granados se quedó contemplando el cartapacio como si se tratara de un artefacto explosivo que al abrirlo fuera a llevarse por los aires media comisaría. Ganó tiempo sacando de un cajón el paquete de Pastillas del Doctor Andreu que consumía habitualmente para enmascarar el tufo a alcohol, cogió una y se la llevó a su boca, que al abrirla desprendió un olor a licorería.

—Dígame qué es lo que me espera cuando abra esta carpeta —preguntó a su subordinado—. ¿Voy a encontrar algo que despierte mi entusiasmo, mi simpatía e incluso mi gratitud eterna hacia usted o simplemente el papeleo estéril e improductivo al que me tiene acostumbrado? En este último caso diría aquello de *nihil novum sub solé*, nada nuevo bajo el sol.

El inspector jefe intentó reacomodarse buscando lo imposible: una postura confortable en una silla que en un siglo anterior bien pudiera haber pertenecido al instrumental de un inquisidor. Antes de responder, sopesó lo que iba a decir, encañonado por la mirada hinchada del comisario y, por si fuera poco, por la mirada tristona de Alfonso XIII que asomaba sobre la cabeza de Granados en un inquietante retrato colgado en la pared.

—Señor comisario, no he pegado ojo en toda la noche trabajando en este caso —dijo por fin el subalterno—. Tenemos a dos inspectores de baja por la fiebre escarlata. Y todavía no han pasado ni veinticuatro horas desde que se cometió el acto delictivo, hágase cargo.

—No, si yo no le digo que no esté usted echando horas entre las paredes de este edificio. El problema es que unos aprovechan el tiempo mejor que otros.

—Perdóneme, pero no entiendo lo que quiere decir, señor comisario —se aventuró a manifestar el inspector jefe.

—Voy a explicárselo. Estoy citado a mediodía para una reunión al más alto nivel con el gobernador civil y con Sindulfo Llanos, general plenipotenciario de la Guardia Civil que acaba de llegar en el expreso de Madrid con dos de sus ayudantes. ¿Ya va entendiendo?

A Estrada no le quedaba más remedio que aceptar el juego de adivinanzas, tan del gusto del comisario, pero no dio con la solución tras esa primera pista.

—La verdad es que no, señor comisario —reconoció.

—Claro, claro, no es usted Sherlock Holmes... *Stultorum infinitus est numerus*, el número de estúpidos es infinito, como decían los clásicos. Pues lo que ocurre, simple y llanamente, es que el general Llanos viene a hacerse cargo en persona de la investigación del suceso de Gijón. Y el general tiene la virtud de presentarse en este tipo de situaciones con dos atributos muy valiosos: una flor en el culo y un conejo en la chistera... o en el tricornio, para hablar con propiedad. Porque el general Llanos dispone de mucha suerte y de unos subordinados eficientes que le sacan las castañas del fuego, dos cosas de las que yo carezco.

«Y a lo mejor también pasa más horas sobrio al cabo del día que tú, borrachín. Que eso también ayuda», habló con la mente el inspector jefe en un intento de descubrir si su superior mostraba dotes telepáticas.

—Señor comisario, es improbable, por no decir imposible, que la Guardia Civil haya llegado más lejos que nosotros en la investigación de este caso hasta el momento —habló Estrada, esta vez moviendo los labios.

—¿Seguro? ¿Está usted dispuesto a apostarse un traslado a la comisaría de Tetuán? Tardes de verano jugando al chinchón con el visir Ahmed El-Ganmia, a cuarenta grados a la sombra y merendado por las moscas... Es un destino tentador, ¿a que sí? Sueña usted con una plaza como esa, ¿no es verdad? Porque de lo contrario estaría poniendo más celo en el desempeño de su trabajo para ofrecerme resultados.

Ese comentario y el recuerdo de los diez mil muertos de la Batalla de Annual, librada dos años antes, pusieron en guardia al inspector jefe Estrada. La amenaza del traslado al África española provocó en él un sofoco espontáneo, asfixiante como el siroco. Era el momento de soltar toda la información que tenía para intentar aplacar a su jefe.

—Sabemos que los atracadores usaron un automóvil Jeffery Special con matrícula 0-434 —comenzó diciendo—. Lo registró en 1917 un gijonés, José Pantiga, que se lo vendió más tarde a Arturo Paredes, cuñado del actual chófer, Florentino Acebal, quien también es mecánico del señor conde de Santa Bárbara de Lugones. El auto lo suelen estacionar en el Garaje España, aquí, en Oviedo.

—No me vuelva loco, inspector. El dueño, el comprador, el cuñado, el chófer, el mecánico, el conde y Santa Bárbara bendita... Ya no sé quién es quién en ese galimatías del automóvil. *Res, non verba.* Quiero hechos, no palabras. ¿Dónde apareció el chófer?

«¿Qué dónde apareció? Estaba aparcado en la curva de la trompa de tu gramófono, botarate. ¿No lo viste con esos ojos de sapo que tienes?» Estrada lo había vuelto a hacer, había intentado de nuevo, como simple desahogo, una comunicación telepática con su abominable superior.

—Señor comisario, el chófer apareció en un apeadero de ferrocarril del municipio de Llanera —dijo con tono melifluo—. Relató que dos sujetos, haciéndose pasar por veraneantes venidos de Castilla la Vieja, habían contratado sus servicios

para una excursión de un día por la costa central de la provincia. Cuando transitaba con ellos por la carretera de Gijón lo amenazaron con una pistola y lo obligaron a desviar el auto hacia un bosque de castaños, en el lugar que llaman La Venta Puga, donde los esperaban cuatro compinches. Lo maniataron y huyeron de allí a gran velocidad.

—¿Huyeron de allí a gran velocidad? En coche, me figuro.

«No, huyeron a gran velocidad en un carro de aldea tirado por bueyes, pedazo de atolondrado», habló sin hablar Estrada por tercera vez.

—Sí, señor, en el automóvil —confirmó el inspector jefe.

—¿Logró escapar el chófer por sus propios medios? —preguntó el comisario.

—No. Los delincuentes regresaron después del atraco y le soltaron las ligaduras para que se fuera a pie, pero antes le dieron cien pesetas como resarcimiento por las molestias. Y abandonaron el automóvil a un par de kilómetros de allí.

—¿Y eso es todo? —preguntó Granados con voz cavernosa.

—Hay más, señor comisario. Le ruego que abra la carpeta.

El comisario rehuyó inicialmente el requerimiento de su subordinado. Apoyó en la mesa los brazos, angulándolos como una garrapata que se dispone a chuparle la sangre a su huésped, y se levantó de la silla. Dio unos pasos hasta la ventana para entreabrir la y recibir el frescor con el que Oviedo

amanecía sin prisas aquella mañana de domingo. Tensó su chaleco de rayas tirando de él por los picos de abajo, atusó con los dedos las puntas de su bigote anticuado de húsar de las guerras napoleónicas y volvió al escritorio para abrir por fin la carpeta de papel de estraza. Lo primero que encontró en ella fue un retrato robot.

—Ese es, al parecer, el que llevaba la voz cantante —afirmó Estrada—. Lo ha hecho el dibujante siguiendo las descripciones que nos han facilitado los testigos presenciales del delito.

—Y supongo que no tenemos la menor idea de su identidad —comentó con retintín burlón el comisario.

Estrada ladeó la cabeza con un conato de sonrisa y, igual que un colegial que se sabe la respuesta a la pregunta del maestro, respondió:

—A lo mejor sí. Podría tratarse de José Buenaventura Durruti Dumange, leonés, de veintisiete años de edad, Pepe para los allegados, conocido también por el alias de el Gorila. De oficio, mecánico y ajustador. Afiliado a la CNT, uno de los cabecillas de la banda terrorista que se hace llamar Los Solidarios.

—¡Durrruti! —exclamó Granados formando, sin proponérselo, una onomatopeya con aquella ráfaga de erres que ametrallaron el temido apellido.

—El mismo que viste y calza, señor comisario.

—Ah, estupendo —ironizó el comisario superponiendo las dos manos en la frente como si le hubiera entrado un

repentino brote de fiebre—. Por si fuera poco tener los valles mineros atestados de socialistas y de bolcheviques, ahora vienen a buscarnos las cosquillas los pistoleros anarquistas. Ya no falta nadie para organizar la gran verbena. *Nihil admirari*, nada puede sorprenderme, que decía el gran Cicerón.

Al escuchar aquello, el inspector jefe Ramón Estrada se sintió como un alpinista hundido en la nieve que oye el crujido del monte previo a una avalancha. Sabía que el sarcasmo era el anuncio de un inminente ataque de ira del comisario. Así que se afanó en ganarle tiempo a la avalancha.

—La identificación no es concluyente, estamos a la espera de que nos lleguen las fotografías con la ficha antropométrica que hemos pedido a Madrid para confirmar su identidad —afirmó Estrada—. Pero cree haberlo reconocido, al ver el dibujo, el inspector Tejeiro, que estaba destinado en La Coruña el año pasado, cuando detuvieron allí a Durruti y a su lugarteniente, Francisco Ascaso Abadía.

—Sí, no siga, conozco la historia, le costó el puesto al comisario provincial coruñés. Esos dos pájaros estaban urdiendo un atentado contra el general Severiano Martínez Anido y, ya metidos en gastos, también un envío de armas en barco desde Galicia a Cataluña. Los detuvo la policía del puerto, pero cuando Martínez Anido acudió en persona a interrogarlos ya los habían soltado.

—¿Qué es lo que sucedió exactamente, señor comisario?

Lo que había sucedido exactamente lo sabía, sin faltarle detalle, Estrada, que se había informado por varias fuentes,

entre ellas el inspector Tejeiro, pero le pareció una buena maniobra de distracción llevar la conversación por aquellos andurriales.

—Pues que esos dos declararon que estaban en el puerto preparando el papeleo para emigrar a América en un vapor y en toda la comisaría no hubo nadie que tuviera media onza de sesera para confirmar la coartada, así que los dejaron irse de rositas, con las manos en los bolsillos. Cuando se enteró Martínez Anido, sus maldiciones se escucharon casi hasta en Portugal. No me gustaría a mí tener enfrente al general Martínez Anido cabreado, ese no anda con chiquitas.

El inspector jefe guardó silencio y observó con curiosidad a su superior. Se dio cuenta de que la zozobra y el desánimo iban en aumento en el comisario a medida que avanzaba la conversación. Su cara grande y redonda había pasado del rosa al rojo, adquiriendo la apariencia del corte de media sandía.

—Tenemos, pues, a media docena de atracadores, según lo declarado por el chófer al que secuestraron y por las personas que se hallaban en el banco —dijo Granados—. Si el que llevaba la voz cantante era Durruti, hay que suponer que se trataba de la banda de Los Solidarios al completo.

—Al completo no, señor comisario —puntualizó Estrada—. La comisaría central de Barcelona nos informa de que la banda está formada por más de una docena de elementos que van rotando, incluidas al menos tres mujeres y Francisco Ascaso que, como usted sabe, está en la prisión de Predicadores, en Zaragoza, a la espera de juicio.

—Sí, confiemos en que a ese malparido le den garrote vil. Pero déjeme adivinar... El que ayudó a Ascaso a enviar al cielo al cardenal Soldevila, que en gloria esté, era uno de los que ayer vació el banco en Gijón, ¿a que sí?

—Rafael Liberato Torres Escartín, aragonés de Huesca, de veintidós años de edad —declamó Estrada con afectación—. Sí, es más que probable que participara en el hecho delictivo que nos ocupa.

—¡Maravilloso! Continúe, siga dándome buenas noticias —se puso cáustico Granados—. Estrada, estoy plenamente convencido de que es usted un redomado cenizo.

—Señor comisario, yo... ¿Qué culpa tengo yo en todo esto?

Granados miró de reojo la caja del gramófono. Ansiaba un trago euforizante de aguardiente para reconquistar un optimismo que se batía en retirada, pero no era sensato revelar la posición de la botella en presencia de un subordinado.

—Siga, siga, no vamos a alargar esto *ad infinitum*. ¿Ya sabemos de cuánto es el botín exactamente? —preguntó el comisario.

—En números redondos, según el arqueo hecho por el contable del banco, estamos hablando de unas seiscientas cincuenta mil pesetas, la mayor parte en billetes de mil y de quinientas.

—Un dineral. Más aún, un potosí.

—Ciertamente. Era el primer día del mes y los delincuentes posiblemente estaban al corriente de que había dinero contante y sonante para el pago de las nóminas de la Sociedad Metalúrgica Duro Felguera.

Los ojos de batracio del comisario provincial Fermín Granados cobraron vida propia en ese momento, abriéndose de un modo espantoso, como si quisieran sobrevolar el rostro, dominado por un rictus de pavor y misterio. Su mirada se perdió en las alturas, en un punto impreciso entre la moldura de escayola y el techo del despacho. Había llegado a la conclusión de que las cosas no podían ir peor.

—Dios misericordioso... —se lamentó Granados—. Eso significa que, a consecuencia de este infausto suceso, además de torear al gobernador civil y al director general de Orden Público, al juez instructor y al presidente de la Audiencia Provincial, a la prensa de Asturias y a la de Madrid, al alcalde de Gijón, a los directivos del Banco de España y a los presidentes provinciales del Partido Conservador, del Partido Liberal y del Partido Reformista, voy a tener que vérmelas con los industriales más influyentes de la provincia, que me imagino que estarán que los lleva el demonio por este escarnio.

—No se preocupe por ellos, señor comisario. De ese dinero responde el Banco de España —quiso tranquilizarlo el inspector jefe.

—Y todavía no le he hablado del rey... —añadió el comisario haciéndose el interesante—. El monarca se ha interesado

personalmente por este caso y nos ha hecho saber que espera avances en la investigación con la mayor diligencia posible.

—¿Se ha puesto en contacto con usted don Alfonso XIII? — preguntó el inspector jefe en un arranque de ingenuidad.

—¡No sea ridículo, Estrada! ¡Cómo iba a llamarle a mí el rey de España! *Aquila non capita muscas*, el águila no caza moscas. Lo que ha hecho es transmitirle al Gobierno su honda preocupación por lo ocurrido. Y ya sabe cómo va esto: el presidente le atornilla los huevos al ministro, el ministro al gobernador y el gobernador me los atornilla a mí, que soy el último mono de esta feria.

«¿El último mono de la feria, majadero? Entonces yo soy el último escarabajo del estercolero», le contestó agriamente Estrada por telepatía sin afear su semblante en ningún momento. Las lamentaciones del comisario no le interesaban, pero estaba dispuesto a agarrarse a un clavo ardiendo si con ello seguía distrayendo la atención de su superior, así que continuó hurgando en el estiércol, como buen escarabajo.

—¿Y por qué iba a tener el jefe del Estado interés en un robo en una oficina bancaria de una ciudad de provincias que no llega a sesenta mil habitantes, por muy importante que sea el botín? —preguntó el inspector jefe

—¿Que por qué iba a tener interés? Caray, piense un poco, cabeza de chorlito. Los anarquistas están poniendo el país patas arriba. Eso sin mentar que el mayor acto terrorista de la historia de España lo cometió un anarquista y lo sufrió su

majestad, precisamente. Por lo menos estará usted al corriente de eso, ¿no?

—La duda ofende, señor comisario, por supuesto que sí — contestó Estrada con énfasis—. Mateo Morral, escondió una bomba casera en un ramo de flores y lo lanzó desde el balcón de una fonda de Madrid contra el cortejo nupcial de don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia. Hubo casi treinta muertos. En 1906, si no me equivoco.

Granados se quedó rumiando una sospecha que revoloteaba por su mente. Le pareció arriesgado comentarla, pero finalmente se animó a hacerlo.

—Estrada, no vaya a pensar usted que yo soy uno de esos ganapanes y mamelucos que piden la República. Respeto la tradición y las instituciones, no podría ser de otra forma, pero...

—¿Pero qué, señor comisario? —le tiró de la lengua el inspector jefe.

—Pues que a mí don Alfonso XIII siempre me ha parecido un rey cenizo. Como usted, un cenizo.

—¿Qué quiere decir con lo de rey cenizo? —quiso saber Estrada, que pasó por alto la alusión a su persona.

—Un gafe, un malasombra, un aguafiestas... No es solo lo del atentado del día de su boda, que también, porque dígame usted a qué persona la intentan matar el día en el que se va a casar, el día más feliz de su vida. A nadie, Estrada, a nadie. Solo

a un malnacido o a un cenizo. Y don Alfonso malnacido no es, que viene de alta cuna...

—No sé, señor comisario, qué quiere que le diga... ¿Tiene usted más indicios para sostener esa afirmación? —se la jugó con la pregunta el inspector jefe, dispuesto a caminar por la cuerda floja.

—Sí, claro que los tengo. En su reinado perdimos Cuba, las Filipinas y Puerto Rico.

—Pero por aquel entonces la regente era doña María Cristina.

—Déjeme terminar, no me ponga la mano en la horcajadura... Más tarde vino la gran epidemia de gripe, que tantas vidas se llevó. ¿Y qué me dice de la guerra del Rif? Aunque tampoco hay que extrañarse teniendo en cuenta que le ha tocado ser el número trece de los Alfonso.

«El aguardiente barato te está castigando las meninges, gilipuertas», le contestó mentalmente el sufrido Estrada.

—Señor comisario, eso del número trece no es más que una superstición, si me permite el comentario —le rebatió el subordinado.

—No, no se lo permito. De superstición nada. ¿Sabe usted cuál va a ser recordado como el *annus horribilis* del siglo XX en España?

«No, no lo sé, patán, pero supongo que es inevitable que me lo digas», replicó Estrada por el canal de las comunicaciones psíquicas.

—No, señor comisario. ¿Cuál es ese año horrible? —preguntó con una sonrisa postiza el inspector jefe.

—Pues 1921, ¿cuál si no? Dese cuenta, hombre... En 1921 fue el Desastre de Annual, los anarquistas asesinaron al presidente Dato, se fundó el Partido Comunista de España, murió el sin par Caruso. *Ars longa, vita brevis*, arte duradero pero vida breve.

—Señor comisario, Caruso era italiano y allí el que reina es Víctor Manuel III —objetó Estrada.

—No me interrumpa —le advirtió el comisario—. ¿Y sabe usted cuál es la suma de los cuatro números de 1921?

—Pues... trece.

—¡Ahí está! ¡Cómo no voy a creer en el maleficio del trece! ¡Los números cantan!

A pesar de estar familiarizado con las extravagancias del comisario, el inspector jefe se quedó petrificado al escuchar aquella cábala. Granados, envalentonado con las conclusiones a las que lo llevaba un razonamiento empapado en alcohol, se quedó mirando a Estrada a la espera de alguna señal de conformidad o de aprobación. El inspector jefe puso pose de máscara mortuoria, no movió ni un músculo de la cara, soportando con heroicidad las dos miradas: la del comisario y la de aquel Alfonso XIII pictórico del que empezaba a pensar

que también soltaba por la boca un tufo a aguardiente, aunque en ese caso, se dijo Estrada a sí mismo, habría de tratarse de aguardiente de las mejores marcas internacionales. El inspector jefe volvió a hablar con el pensamiento: «Ojalá fuera cierto lo de la maldición del rey cenizo. Ojalá te cayera encima ese retrato alfonsino y te abriera la crisma, animal de bellota».

Granados recobró el sosiego y centró su atención en la carpeta de la investigación del atraco. Lo primero que hizo fue darle la vuelta a la hoja del retrato robot de Durruti, porque su mirada de dinamita y aquellas cejas aguzadas de demonio le inquietaban. En el segundo folio había un extracto del informe de los médicos que atendieron al director bancario en la Casa de Socorro de Gijón: «El señor Luis Azcárate Álvarez llegó con una herida de arma de fuego, con entrada por el pómulo izquierdo, a la altura casi del pabellón auricular, y con salida por la parte lateral posterior del cuello, causando una fuerte hemorragia. También presentaba una contusión en la región frontal, producida al caer de bruces tras recibir el disparo».

La mirada del comisario se nubló al leer el parte médico y comentó:

—Tengo trato con el señor Azcárate. Es de Trubia. Tiene cuatro hijos, dos con la mujer actual y otros dos de la primera esposa, que murió hace unos años. El primogénito presta servicio de soldado de cuota en Madrid, en el Cuerpo de Ingenieros.

—Lo están atendiendo los mejores doctores, uno de ellos pagado por la Duro Felguera —le comunicó Estrada—. Pero el

pronóstico no es bueno. De hecho, ya le han administrado los últimos sacramentos.

Granados siguió examinando el resto del material. Detuvo la mirada en dos denuncias presentadas el día anterior en la comisaría.

—¿Y esto qué es? —preguntó extrañado—. ¿Una denuncia de Avelina Dueñas y otra de Enriqueta López?

—Sí, señor comisario. Los delincuentes llevaban unos días hospedados en dos fondas de Oviedo. Tres estaban en La Flora, la de la calle Fruela, y otros tres en La Moderna, en la calle Uría. Pidieron los cuartos por separado, como si no se conocieran, pero desde ayer por la mañana no se supo nada más de ninguno de los seis. Se fueron de madrugada con el equipaje mientras las dueñas dormían, dejando a deber la última pernoctación. Las dos mujeres vinieron a denunciarlo ayer por la tarde y a partir de ahí fuimos atando cabos.

—Ah, esto cada vez se pone más interesante —ironizó de nuevo el comisario—. No solo roban un coche en la capital de la provincia para asaltar la principal oficina bancaria de Gijón a cara descubierta y dejar malherido al director, sino que además los tuvimos durmiendo como benditos a tiro de piedra de la comisaría. Bien, muy bien, Estrada, vamos a ser el hazmerreír de toda España y, si me apura, de toda la Europa cristiana.

El inspector jefe contuvo la respiración. Contempló el cenicero que había sobre el escritorio, con los restos de un puro, y tuvo la impresión de que aquellas palabras de su

superior eran como la ceniza que escupe un volcán antes de entrar en erupción.

—Señor comisario, no podemos obrar milagros —se defendió—. Ya quisiera yo estar al mando de las Brigadas del Tigre de la policía parisina, pero aquí somos los que somos, cuatro gatos para una provincia de setecientas mil almas. Y además...

—¿Además qué? —lo desafió a seguir el comisario.

—Pues que me atrevería a decir que este es un asunto de Estado que nos queda grande. Como bien sabe, a pesar de que lleva con él una escolta de dos policías a todas partes, el propio general Martínez Anido tuvo que cambiar su residencia desde las Vascongadas a Galicia porque nadie podía garantizar su seguridad personal. Los anarquistas se la tienen jurada por la mano dura que empleó contra la CNT siendo gobernador militar de Barcelona. Lo que quiero decir es que esa gente no se anda con bromas...

—¿Y qué propone usted? ¿Quiere que entreguemos el país a los pistoleros anarquistas? —le recriminó el comisario mientras descolgaba el auricular del teléfono de la Standard Eléctrica para acercárselo—. Tome, llame al Ministerio de Gobernación, pida que se ponga el ministro y dígale que no hay nada que hacer, que lo mejor es que le den las llaves del Palacio de Oriente a ese Durruti para que se instale allí y duerma a pierna suelta en la cama del rey.

Estrada bajó la mirada hacia sus zapatos a la espera de que descendiera la temperatura en el volcán Granados antes de

proseguir. El comisario devolvió el auricular del teléfono a su lugar.

—Señor comisario, con todos los respetos, no deberíamos dar crédito a la hipótesis de que Durruti y sus secuaces siguen en Asturias. Y si ya no están aquí, pasa a ser un problema de seguridad nacional.

—Ya sé que es un problema de seguridad nacional, necio. ¿Para qué iba a viajar a Oviedo en domingo y en verano un general de la Guardia Civil al que ya no le caben las medallas en la pechera si no se tratara de un problema de seguridad nacional? Sindulfo Llanos no viene aquí para darle al gobernador civil las condolencias por el atraco. Eso es tan impecinable como que hemos tenido a media docena de pistoleros anarquistas delante de nuestras narices, paseándose por las dos ciudades con más presencia policial de la provincia. Ahora ya solo nos falta que sea la Guardia Civil la que les eche el lazo para que hagamos el mayor de los ridículos.

El inspector jefe, buscando un respiro, torció la vista hacia la pared de la derecha y cayó en la cuenta de que iba a entrar en escena otro pájaro de mal agüero. Miró el reloj con la caseta del cuco, que a no mucho tardar asomaría el pico para cantar la hora. Aquel reloj tirolés despertaba la afición cinegética de Estrada; sabía que era el objeto más apreciado del comisario, más aún que su gramófono, así es que en sus fantasías de venganza el inspector jefe se veía vaciando con saña el cargador de su pistola reglamentaria sobre el pájaro de madera polícroma. La recurrente fantasía acababa siempre de la misma forma, con Estrada agarrando el abrecartas de plata que había

en la mesa del comisario para acuchillar lo que hubiera quedado sin desfigurar del cuco de madera.

—Lo importante, en todo caso, es apresarlos, señor comisario —dijo Estrada al regresar de su mundo onírico—. Da igual que lo haga la Guardia Civil o nosotros, ¿no le parece?

—Déjese de patochadas, Estrada. Usted aún es joven, pero a mí no me quedan demasiados años de carrera y no quisiera seguir pudriéndome en esta esquina perdida del mapa —se sinceró Granados—. Y recuerde que la gloria está reservada para los vencedores. *Vae victis*.

—¿Perdón? —preguntó el inspector jefe.

—*Vae victis*. Ay de los vencidos. Lo dijo el caudillo galo Breno cuando asediaba Roma. ¿Sabe de qué hablo?

Estrada se sintió obligado a guardar un respetuoso silencio durante unos segundos por la solemnidad de la cita, pero no perdonó la respuesta prosaica.

—No conozco el caso, señor comisario —contestó.

—¿El caso? Diantre, Estrada, estoy hablando de historia, de historia clásica. ¿Pero dónde estudió usted, en un hospicio?

«Diantre rima con pedante y Granados rima con... ¿Con qué rima Granados?», se preguntó el inspector jefe en su mundo interior.

—Discúlpeme, pero sigo pensando que perseguimos fantasmas —insistió Estrada—. Esos ya han tenido que abandonar la provincia, se mueven rápido.

—Si ya han abandonado la provincia podrá explicarme por qué a estas horas hay una compañía de la Benemérita peinando a pie y a caballo el monte Naranco y el pinar de Cayés, en Llanera. Presupongo que usted estará al corriente de ello.

Esa información desarmó a Estrada, no estaba informado de eso. Tal vez le había llegado al comisario a través del Gobierno Civil o de la propia comandancia de la Guardia Civil.

—Quiero resultados, Estrada —le advirtió su superior—. Si la banda de Durruti ya ha pasado a otra provincia, que cada palo aguante su vela. Pero si siguen aquí, tenemos que dar con ellos nosotros, la policía. *De pane lucrando*, hay que ganarse el pan.

Estrada apretó los dientes para contener un mal comentario que estuvo a punto de filtrársele entre los labios.

—¿Y sabe cómo se solucionaría todo esto? —prosiguió Granados—. Cruzando el Rubicón. No sé si me entiende.

—No —respondió el inspector jefe sin esforzarse en adornar la respuesta.

—Pues que hay que hacer lo mismo que hizo Julio César cuando atravesó el río Rubicón, la frontera entre Roma y la Galia, sabiendo que podría costar una guerra. Poco o nada ha cambiado al cabo de mil novecientos años, sigue habiendo

territorios de civilización y territorios de barbarie. Nosotros somos la civilización, ellos son los bárbaros de nuestro tiempo.

—¿A quiénes se refiere exactamente, señor comisario?

—Caramba, a quiénes me voy a referir. A los Cuatro Jinetes del Apocalipsis de nuestros tiempos: el socialismo, el comunismo, el anarquismo y el republicanismo.

—¿Y por dónde caería ahora el río Rubicón? —comentó Estrada adentrándose en el terreno de las preguntas pantanosas.

—El Rubicón es el río Caudal, el río Nalón... ¿No ve que todas esas infecciones revolucionarias se incuban en los valles mineros? Esas comarcas se llaman Caudal y Nalón como podrían llamarse Sodoma y Gomorra. Allí sí mandaba yo a la Guardia Civil, con sable, a espuela y a caballo, y con órdenes tajantes. Pero con estos políticos cagones que manejan nuestros destinos...

Estrada, incómodo con aquellas consideraciones, intentó apartar la conversación del terreno político, aunque le faltó acierto.

—¿Y dónde es la reunión que tiene prevista con el señor gobernador y con el general Llanos? —preguntó.

—¿Que dónde es? En el prostíbulo de doña Encarnita.

—En el... ¿Cómo dice? —se sobresaltó el inspector jefe.

—¡Dónde carajo quiere que nos reunamos para un asunto de la máxima gravedad, tarambana! ¡En el Gobierno Civil, pazguato! —bramó el comisario.

Estrada maldijo su suerte. Cuando parecía que, por una vez, iba a librarse de las voces y de la humillación, había cometido el error de hacer la pregunta equivocada.

—Excúseme, señor comisario, como decía usted que la reunión era al mediodía y los domingos al mediodía el señor gobernador siempre acude a oír misa a la catedral...

—Pues mire usted si la cosa es importante que el señor gobernador hoy va a faltar a sus obligaciones con el catolicismo. Hala, Estrada, salga a la taberna de enfrente a remojar el gaznate, a ver si así espabila. Tómese una buena copa de coñac, pero después lo quiero en su despacho, dando el do de pecho. *Labor laetitia riostra*, en el trabajo está nuestro gozo.

«Pintamonas, estoy de tus latinajos hasta más arriba de la pernera de los calzones. Te daba yo a ti uno que te iba a durar toda la eternidad: RIP, *requiescat in pace*», le amenazó Estrada en sus ensoñaciones.

—La taberna está cerrada, señor comisario. Es domingo y aún no han dado las ocho —dijo el inspector jefe—. De todas formas, no me gusta el coñac.

—¿Anís, orujo...?

—Tampoco.

—¿No le gusta ninguna bebida de hombre? No me vaya a decir que es aficionado a la absenta, como aquellos artistas bohemios y afeminados de París que para disimular su falta de virilidad pedían el licor más fuerte —dijo Granados buscándole las vueltas.

—No, señor comisario. Yo no bebo alcohol de ninguna clase.

—No bebe alcohol, no dice palabras malsonantes, no insulta... Es usted una flor de estufa. Empieza a resultarme un personaje altamente sospechoso, inspector jefe Estrada. *Beati hispani quibus bibere vivere est.* Afortunados los hispanos, para los que beber es vivir, ya lo decía Julio César. Y, dígame, ¿la leche de cabra le gusta?

Pese a todo lo que había escuchado en los minutos precedentes, a Estrada le desconcertó sobremanera aquella pregunta.

—Sí —contestó el inspector a vuelapluma.

Granados sonrió con gesto depravado y su bigote de húsar pareció erizarse como las púas de un puercoespin. Había llevado la conversación al punto exacto para poder cerrarla renovando su amenaza.

—Si le gusta la leche de cabra, va usted a ser feliz en Tetuán —le dijo—, que será su próximo destino si no me trae, y pronto, buenas nuevas sobre esos anarquistas.

V

La luz cobriza del amanecer burlaba los muros de la casa colándose a través de una de las ventanas de la cocina, la que miraba al este. Escartín cogió la navaja con mango de nácar que estaba abierta en mitad de la mesa y cortó dos rebanadas de la hogaza de pan de centeno, una para él y otra para su compañero. Brau llegó adormilado, se sentó en una de las banquetas y dejó la pistola sobre la mesa, al lado del tazón de leche, como si el arma fuera uno de los cubiertos para el desayuno.

—¿Vas a desayunarte la pistola? Mucha hambre traes —le tomó el pelo Escartín—. Mójala primero en la leche, para que se ablande una pizca, que esas pistolas vascas tienen el cañón algo duro.

—Ya es un miembro más de la familia —respondió Brau acariciando el arma con la mano para seguirle el juego—. ¿Dónde andan los otros?

—Suberviola está fuera, haciendo la guardia. Y Durruti arriba, afeitándose.

—¿Se está poniendo guapo para salir en los periódicos?

—Déjalo, así está ocupado y todos descansamos. Tiene fuego en el culo. ¿A ti no te despertó? —preguntó Escartín.

Brau cogió la rebanada y mojó un pedazo en el tazón de la leche. En ese momento le pareció poco pulcra la idea de desayunar con la pistola tan cerca y la apartó con la mano libre hacia los márgenes de la mesa.

—A mí, no —contestó—. ¿Por qué lo dices?

—Porque a las seis y media de la mañana ya estaba con el hacha, cortando leña.

—A lo mejor quiere levantar una empalizada, por si vienen los guardias —bromeó Brau.

—Dice que hay que pagarles de algún modo a los compañeros que nos han prestado esta casa de labor. Les ha dejado el leñero lleno para todo el otoño.

Brau sonrió con la boca abierta mientras le hincaba el diente a la rebanada.

—Está muy bueno este pan. ¿De dónde ha salido?

—¿De dónde? De aquí —respondió Escartín enseñando sus manos—. Llegué a trabajar un tiempo de confitero en el Hotel Ritz de Barcelona.

—El Ritz, nada menos... ¿Y qué pasó?

—¿Qué iba a pasar? Que el anarquismo expropiador es incompatible con hacerle la repostería a los ricos. Y que ahora lo que toca es amasar dinero para la lucha, porque amasar pan lo puede hacer cualquiera.

Escartín cortó dos pedazos más de pan y repartió entre el tazón del compañero y el suyo la leche tibia que quedaba en la jarra de madera.

—Vivancos y Aurelio ya estarán cerca de Bilbao, ¿no? — comentó Brau.

—No seas gárrulo —lo riñó Escartín—. Salieron ayer al mediodía caminando campo a través. ¿Tú sabes cuántos kilómetros hay hasta las Vascongadas?

—Unos cuantos —respondió Brau sin precisar.

—Pues como de Zaragoza a Barcelona casi. Y además, llevan el dinero con ellos. Tienen que viajar despacio, sin llamar la atención. La idea era que tomaran un coche de línea o un tren en algún pueblo donde no hubiera vigilancia.

Brau columpió la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda como gesto de desacuerdo.

—A mí no me parece que haya sido una buena idea eso de separarnos —opinó.

—¿Y por qué no lo dijiste cuando se decidió?

—Porque estabais todos convencidos de que era lo mejor. Y no había tiempo para debates —argumentó Brau.

—Claro que es lo mejor. Alguien tiene que llegar a Éibar lo antes posible. Si no soltamos los cuartos, ya nos podemos despedir del cargamento de los mil rifles y los doscientos mil cartuchos. Y los seis juntos íbamos a llamar la atención más que una compañía de variedades.

Brau tragó saliva antes de pronunciar un par de frases que le pesaban en la mente como una lápida.

—Me temo que hasta los regulares de Melilla andan detrás de nosotros a estas horas —dijo—. Y no para rendirnos honores militares, precisamente.

—A partir de ahora todo va a ser más difícil, eso está claro. Cada vez será más complicado pillarlos por sorpresa y más fácil que nos sorprendan a nosotros si no andamos con ojo. Hay muchos jugándose el jornal y las medallas para darnos caza. Tenemos que medir cada paso.

Los dos callaron un instante para escuchar el canto de un pájaro, tal vez un petirrojo, que entraba a través de las dos ventanas, abiertas de par en par. Brau llevaba tiempo rumiando una pregunta incómoda y acabó soltándosela a Escartín.

—¿Te costó hacerlo? Me refiero a lo de cargaros al cardenal.

—¿Por qué iba a costarme? ¿Había que dejarlo al margen de la justicia humana solo porque entre sus joyas tuviera un anillo cardenalicio? De oro, por cierto —respondió Escartín.

—Dejemos a un lado que se trataba de un cardenal... Lo digo por lo de freírlos a tiros a él y a los que iban con él.

—Los que iban con él salvaron el pellejo, no fue nada serio. Y en cuanto al cardenal, donde las dan las toman. ¿O es que ya se nos ha olvidado que ese angelito impartía bendiciones a los pistoleros del Sindicato Libre que liquidan anarquistas en Cataluña? A esos compañeros también los fríen a tiros, yendo al trabajo o volviendo de alguna reunión, o en el portal de su casa, o paseando por la calle con su mujer o sus hijos.... Y los que les disparan no tienen que andar escondiéndose como nosotros, nones.

Brau se sintió abrumado por la respuesta. No requería una explicación tan extensa y nada de lo que le había contado su compañero era nuevo para él ni para ninguno de Los Solidarios.

—Lo del director del banco va a traernos todavía más problemas—comentó el catalán.

—Quiso hacerse el héroe y salió mal parado. Ya me dirás tú qué necesidad tenía de jugarse el pescuezo por el dinero de un banco. Lo que les sobra a los bancos es dinero.

—Ya, si yo no digo nada...

—No pienses que fue plato de buen gusto para Durruti. Forcejearon y se escapó un tiro —sentenció Escartín—. Pero,

Brau, métete en la mollera que esta lucha de clases en España ya no es una lucha, es una guerra abierta. Son ellos o nosotros. Es una pena lo de ese hombre, pero yo prefiero que el que se quedara desangrándose en el banco haya sido él y no alguno de los nuestros.

Brau no añadió nada al respecto. Cuando ya estaban terminando de desayunar, entró en la cocina Durruti, recién afeitado, metiéndose la camisa bajo los pantalones y ajustándose el cinturón.

—Salud. ¿Habéis dejado algo para mí, tragaldabas? — preguntó mientras inclinaba la jarra de la leche para ver si quedaba algo.

Solamente había dos banquetas alrededor de la mesa. Brau se levantó y le ofreció la suya.

—Siéntate. Yo ya he acabado.

—Te has cortado afeitándote —observó Escartín—. Las navajas no son lo tuyo.

—En eso tienes razón, no me gustan las armas blancas — afirmó Durruti.

—Pues la próxima vez prueba a afeitarte a tiros —lo provocó Escartín.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó Brau.

—En Colloto, cerca de Oviedo —informó Durruti—. Va a haber que esperar a que se calmen un poco las cosas para poder salir de Asturias. Hemos hecho demasiado ruido con lo de Gijón.

Brau se acercó a la ventana orientada al norte. Asomó la cabeza para contemplar un paisaje que, a un catalán como él, lo maravillaba por aquel verdor omnipresente y heterogéneo, con tonalidades que iban del esmeralda al verdemar. Los zarzales y los castaños, la hierba y los helechos, mecidos por una brisa que los hacía susurrar en aquel diálogo de la naturaleza, formaban una masa vegetal espesa, variopinta pero armoniosa. Ajeno al palique que en ese momento sostenían Durruti y Escartín, Brau llevaba dos o tres minutos ensimismado ante aquel microcosmos botánico cuando le pareció adivinar un movimiento humano entre el verdor. Acentuó la mirada, con inquietud, y descubrió unos retazos negros de trazo geométrico que bien podían pertenecer a la culata de un Máuser o a una de las puntas de un tricornio. Volvió la cabeza para pedirles a los otros que se acercaran hasta la ventana, porque seis ojos ven más que dos, pero no le quedó tiempo siquiera para mover los labios. Un disparo certero de fusil le alcanzó en la cabeza haciendo que se desplomara al instante.

Durruti y Escartín se echaron al suelo rápidamente. Durruti se arrastró hasta el cuerpo del catalán para ver si le quedaba aliento y Escartín gateó hacia la mesa para coger la pistola de Brau, que estaba donde la había dejado en el momento de ponerse a desayunar.

—¡Está muerto! —confirmó Durruti con la voz descosida.

—¡Me cago en la hostia! —exclamó Escartín con semblante desencajado—. ¿Qué hacemos? No sabemos cuántos hay ahí fuera.

—Esperemos que ellos tampoco sepan cuántos estamos aquí dentro. Eso nos daría tiempo para pensar.

Tiempo para pensar... Los dos sabían que los de la batida, quienesquiera que fuesen, no les iban a conceder tiempo. Habían tumbado a Brau de un disparo a matar, directo a la cabeza. Sin que nadie llamara a la puerta para confirmar previamente la identidad de los que estaban en la casa. Sin disparos al aire de advertencia. Sin ninguna voz de mando informando, alto y claro, de que estaban rodeados. Sin ningún negociador aconsejándoles una rendición para evitar el derramamiento de sangre. Tiempo para pensar era algo que no le podían pedir a aquel atolladero.

Mientras se devanaban los sesos para buscar arreglo a una situación que los había cogido a contrapié, una andanada de fusilería cuyo sonido procedía de otro flanco de la casa certificó que Suberviola ya había iniciado el intercambio de disparos con los atacantes.

—Voy arriba a por las demás pistolas y los cargadores. Tú vete a cubrir a Suberviola. No nos queda otra opción que intentar salir de aquí a las bravas —anunció Durruti poniendo fin al breve periodo de reflexión.

Escartín sacó el cargador por la culata de la Star 1919 de 7,65 milímetros, conocida popularmente como la Sindicalista. Comprobó que había ocho balas, volvió a meterlo de un golpe seco, se incorporó y salió corriendo hacia la entrada de la casa. Al llegar a la puerta tomó aire y, sin pensárselo dos veces, tiró con decisión del picaporte. La puerta se abrió, dejando al descubierto a un guardia civil en edad de recluta que estaba avanzando con paso secreto por la antojana de la casa. El guardia, sorprendido por el enemigo, detuvo la marcha, agitado y atemorizado, y se echó a la cara el Máuser con toda la rapidez que pudo, pero cuando se disponía a disparar Escartín le tomó la delantera. La bala perforó el corazón del guardia, que se fue al suelo convertido ya en cadáver. La imagen del muchacho mientras caía fue lo último que vio Escartín antes de que un culatazo en la nuca lo dejara sin sentido. El jefe de línea ordenó a cuatro guardias que arrastraran hasta un halagar de paja, a cubierto del fuego, el cuerpo muerto de su compañero y el cuerpo inconsciente del anarquista. Los cuatro números, con la urgencia de alcanzar una posición segura, tiraron de los dos sin remilgos, agarrando a uno por el correaje y al otro por el cinturón.

Suberviola, que ya había hallado refugio colándose por una ventana cuando Escartín abrió la puerta para cubrirle, se reunió con Durruti. Desde distintos lugares de la casa llamaron a voces al aragonés una, dos, tres veces, pero no obtuvieron respuesta. Llegaron a la conclusión de que estaba muerto o apresado, nada podían hacer por él en tales circunstancias. Ningún plan de fuga era seguro, porque no había plan de fuga. Decidieron aventurarse por el flanco este, con tanta suerte que pasaba por allí en ese momento la diosa Fortuna, la única divinidad que

congeniaba con ellos. Saltaron por la única ventana de la casa no vigilada por las fuerzas de asalto, que habían mudado sus posiciones tras el tiroteo inicial, y al pisar el prado corrieron como galgos hasta alcanzar un robledal sin pegar ni un tiro y sin que ninguna bala saliera a su encuentro. No aflojaron la carrera hasta que las voces de los guardias, cada vez más lejanas, acabaron haciéndose inaudibles entre los sonidos de la flora y de la fauna que poblaban el bosque.

Pasaron varias horas semienterrados en una poza fangosa, camuflados por el barro y los helechos. Y a media tarde, después de comprobar que todo estaba tranquilo por los alrededores, emprendieron la marcha hacia el sureste siguiendo sendas, prados y montes. Llegaron a Langreo antes del amanecer. Un veterano anarquista de Les Bories al que conocía Durruti de los días de la huelga revolucionaria de 1917 les ofreció manta y mantel, cama y mesa, aquella jornada. Y al caer la tarde un chaval de Barros llamado Higinio Carrocera los dejó en las faldas de la cordillera Cantábrica, desde donde continuaron camino en dirección a Pola de Gordón.

Ya en la provincia de León, la familia de Durruti estaba relativamente cerca, pero no era sensato comprometer la seguridad de padres y hermanos pidiéndoles ayuda. Él y Súberviola se las arreglaron como pudieron en las horas siguientes, haciendo uso de las cien pesetas para una eventual situación de emergencia, como era aquella, que habían repartido entre cada miembro del grupo, con cargo al botín del banco. Sabían que el dispositivo de búsqueda estaría ampliándose ya a las provincias limítrofes de Asturias. Tenían que seguir poniendo tierra de por medio. Paradójicamente,

solo iban a estar seguros en la ciudad menos segura de aquellos tiempos: la de los atentados del pistolero blanco, rojo y negro, la de las bombas y las refriegas a tiros, la de las muertes violentas de sindicalistas y de esquiroles, de empresarios y de obreros, la ciudad santuario del anarquismo. Llegaron, pues, a Barcelona en la madrugada del 13 de setiembre, a pocas horas de que el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, encabezara el golpe de Estado con la venia del rey Alfonso XIII. Los militares tomaban el testigo de los paramilitares del Sindicato Libre en la represión directa del anarcosindicalismo. El tablero de juego cambiaba, aunque no de forma sustancial. Los Solidarios extendieron entre sus miembros y grupos afines la consigna de que había que extremar la cautela, ponerse a resguardo y observar la evolución de los acontecimientos. La etapa de la audacia en sus acciones daba paso al periodo de la clarividencia, que habría de ser también un arma de combate. La prioridad era zafarse de la muerte y del presidio. Por tanto, el exilio o la clandestinidad. Esa era la disyuntiva. Nada más había, aun cuando siguiera sonando la despiadada balada de las balas silbantes.

VI

Llamé con delicadeza y esperé un momento antes de abrir la puerta del despacho para informar a mi redactor-jefe de que ya había regresado de Moscú.

—Con permiso, Matthieu.

—Hola, Libertad. Pasa, pasa... —me saludó mientras sus dedos descargaban un torrente de pulsaciones sobre la inseparable máquina de escribir Olivetti 35—. Dame medio minuto, estoy rematando una nota de gastos para pasársela a los de contabilidad.

Me senté en la silla de las visitas, tapizada, confortable, sin duda lo más cómodo de aquel despacho espartano de Matthieu. El mobiliario se reducía a una mesa funcional pero austera, dos sillas, una percha de tres brazos y un archivador rebosante de legajos, fotocopias y carpetas de imágenes en papel fotográfico. En la azotea del mueble, las montañas de revistas y periódicos ya casi formaban una cordillera de papel con cumbres nevadas de tinta negra que apenas dejaba sitio a nada más de allí al techo y que generaba en algunos visitantes de aquel cuarto una sensación cercana a la claustrofobia. En los

confines de la mesa estaba su radiocasete y en él sonaba aquella tarde, lo recuerdo, el *Ma liberté* de Georges Moustaki.

—¿Qué tal te ha ido por el país de los soviets? —preguntó mientras tiraba vigorosamente del folio para sacarlo del carro de la máquina.

—Bien, muy bien. Pero pensaba que ya ibas a publicar esta semana el primer reportaje que te envié desde allí.

Puse cara de pucheros como una niña contrariada y a él le hizo gracia. Era un viejo juego gestual establecido entre nosotros, aunque lo cierto es que los dos íbamos ya camino de los cincuenta años y aquello no dejaba de ser un poco pueril.

—Sí, esa era la idea, pero la agencia tardó más de la cuenta en mandarnos las fotos de Stávropol que habíamos pedido y no llegaron antes de cerrar la edición —explicó—. Y aparte de eso, estando tú allí estalló la crisis diplomática entre Francia e Italia. Supongo que ya estarás al corriente.

—Lo he leído en los periódicos mientras venía del aeropuerto. Es por la Doctrina Miterrand, ¿no?

—Eso es —confirmó él—. Francia no está por la labor de extraditar a los antiguos miembros de las Brigadas Rojas que tenemos refugiados aquí y el presidente Pertini está bastante molesto con este asunto.

—Uf, François Miterrand y Sandro Pertini... Un choque de trenes.

—Qué me vas a contar. Para que te hagas una idea, estos últimos días he pasado más tiempo hablando con el Elíseo que con mi mujer —se quejó.

—Oye, no culpes a la Presidencia de la República de tus problemas de incomunicación en la pareja, que no cuela.

Matthieu Lalonde rio la gracia, pero le noté en el rictus de la cara el cansancio y el estrés propio de aquellas situaciones. Lo que peor llevaba de su cargo era tener que lidiar con las presiones políticas cuando la información tocaba algún nervio del Estado.

Sacó del escritorio una cajita de lata que atesoraba un arsenal de esferas de chocolate, la abrió y la dejó encima de la mesa. Emanó de ella un delicioso olor a cacao y frutos secos.

—Coge una, están riquísimas —me dijo—. Son de Montauban, las famosas bolas de cañón.

—Famosas en Montauban, supongo, porque yo no las conozco.

—Es que tú eres muy parisina y muy poco francesa —me provocó mi jefe—. Voy a tener que encargarte reportajes en los Alpes en lugar de hacerte pasar los Urales. Son avellanas tostadas con una capa de chocolate negro y azúcar. Las crearon para conmemorar la victoria de los hugonotes de Montauban sobre las tropas católicas de Luis XIII. Me las ha traído Didier, el corrector, que ha estado por allí de vacaciones.

Eché mano de una de aquellas bolas de cañón incruentas y mientras la mordisqueaba reparé en que Matthieu fijaba su atención en mí con especial interés. Supe que me iba a lanzar una de sus inesperadas preguntas o uno de sus comentarios sorprendentes.

—Dime, ¿descubriste en Moscú algo que el mundo deba saber sobre la muerte del anarquista Durruti? —disparó la pregunta a quemarropa.

La bola de cañón a punto estuvo de atragantárseme en la muralla defensiva de la garganta. La tragué a medio masticar y le respondí con otra pregunta.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—¿Que cómo sé que estuviste entrevistando a un refugiado republicano español en Moscú? —preguntó él de tal forma que no quedara duda de que tenía munición para mantener un asedio.

—Más que una entrevista, se trató de una charla —me justifiqué—. ¿Quién te lo ha contado?

Matthieu dejó viva la incertidumbre unos segundos, puso cara de comediante para que no me tomara aquello como un interrogatorio y me dijo:

—Tengo un informante en el KGB. Normalmente intercambiamos vodka por bollería francesa, pero cuando él hace dieta y yo abstinencia alcohólica debemos conformarnos

con intercambiar información. Para no perder el contacto, ya sabes.

—No, en serio. Quiero saberlo —insistí.

—Se supone que esta significada revista y que este insignificante periodista que te habla están informados sobre las cosas importantes que pasan en el mundo —dijo poniéndose todavía más teatral—. Y si quedaste con ese hombre, sin duda se trata de algo importante.

Cavilé unos instantes en un intento desesperado de dar con el origen de aquella filtración, por no llamarlo chivatazo. Yo no le había revelado a nadie en París mi intención de visitar el Centro Español de Moscú y aquel encuentro con Andrés Tudela no había interferido en modo alguno en la labor periodística que me habían encomendado en la Unión Soviética. No sé cómo, pero en mi cabeza acabó encendiéndose una luz. Una luz débil y efímera como la de una cerilla, pero suficiente para iluminar mi mente.

—Creo que ya sé de qué se trata. Así que estos últimos días has estado hablando mucho con el Palacio del Elíseo... —insinué—. ¿Entre tus interlocutores había algún personaje tenebroso con responsabilidades en los servicios de inteligencia del Estado?

Matthieu hizo un extraño movimiento de ojos y levantó las manos como si fuera la víctima indefensa de un atraco.

—Tú sabes que un periodista nunca desvela sus fuentes informativas —dijo con una enfatización exagerada, para desdramatizar—. Cuestión de ética y de estética.

—Y tú sabes que es escandaloso que los servicios de inteligencia despilfarren tiempo y dinero público espiando a periodistas. Cuestión de ética y de estética también.

—Bueno, ellos no hablan de espionaje. Lo llaman algo así como información cruzada, información que les llega por algún conducto sin que la hayan buscado. Y no deja de ser una bravuconada, mujer. Es una forma de hacernos ver que sus redes de información llegan a todas partes, o eso al menos piensan ellos.

—No me digas...

Aquella frase a medias dio paso a un silencio malencarado, para demostrar que uno de los dos, o ambos, no habíamos hecho las cosas debidamente. Tanto él como yo fuimos conscientes de que le debíamos una explicación al otro, una disculpa incluso, pero faltaba saber quién daría el primer paso. Lo hizo Matthieu, quizás obligado moralmente por su cargo.

—Quiero que quede claro que yo no espío a mis redactores, ni pido a nadie que los espíe, ni consiento que sean espiados —aseguró con tono grave—. Varios medios de comunicación estamos recibiendo presiones del Elíseo para que no abordemos el asunto de la Doctrina Mitterrand con demasiada agresividad informativa.

—¿Y qué pinto yo en eso? Me mandaste a la Unión Soviética a hacer un par de reportajes sobre Gorbachov. Estaba a tres mil kilómetros de esta guerra diplomática entre París y Roma.

—Tú no pintas nada, te lo aseguro. Se trata del juego de siempre. Ya sabes, ellos hacen algo por ti y esperan que a cambio tú hagas algo por ellos ahora o más adelante.

—Y en este caso, el favor que esperan es que no aireemos ningún escándalo alrededor de la Doctrina Miterrand, porque ya tienen suficiente con la opinión pública italiana. Y para ganarse tu simpatía te cuentan lo que hice o dejé de hacer en Moscú. ¿Voy bien?

—Podría ser —reconoció implícitamente.

Matthieu echó mano a otra bola de chocolate y se la llevó a la boca con cara de desgana. Tuve la impresión de que la cogió, más que por gula, por apartar la atención de mí momentáneamente para no hacer que me sintiera aún más incómoda.

—En definitiva —seguí—, ¿qué le dijiste a tu informante?

—Que ya estaba al corriente de tu visita al Centro Español de Moscú y que no era un asunto que concerniera al Estado. Soy leal con mi gente.

—¿El Elíseo también sabe si uso bragas de encaje o de nailon? ¡Me parece intolerable! —protesté—. La revista debería presentar una queja formal a Presidencia.

—¿Qué queja quieres que presentemos si esa conversación nunca existió oficialmente?

Él estaba en lo cierto e hice lo posible por contener el enfado. Matthieu era buen periodista, buen jefe y buen compañero. Y estaba obligado por las circunstancias a ser un buen malabarista y evitar que alguna de esas bolas cayera al suelo.

—Ya que di la cara por ti, podrías decirme a qué venía esa visita al señor Burela, ¿no? —prosiguió él.

—Tudela, se apellida Tudela —lo corregí con un tonillo impertinente—. Y era un asunto personal.

—Me cuesta creerlo —objetó él.

—No te preocupes, que no voy a incluir en la lista de gastos el taxi que me llevó del aeropuerto al Centro Español.

—No me ofendas, Libertad. Sabes perfectamente que no va por ahí la cosa —protestó Matthieu—. ¿Tengo que recordarte cómo saqué a relucir este asunto? Te pregunté si habías descubierto en Moscú algo que el mundo deba saber sobre la muerte del señor Durruti.

«La muerte del señor Durruti.» El tratamiento de «señor» en referencia a Durruti me sonó tan forzado que se me escapó una sonrisa y eso ayudó a rebajar los aires de tormenta que estaban soplando en aquel pequeño territorio de alta montaña papelera.

—Como te escuche desde el más allá que lo llamas «señor» se va a revolver en su tumba, donde quiera que esté — comenté.

—¿Donde quiera que esté? ¿Te refieres al más allá o a la tumba?

—A la tumba, bobo. Hay una sepultura con su nombre en un cementerio de Barcelona, en Montjuic, pero no tengo claro que sus restos estén allí. Algunos dicen que los anarquistas desenterraron el cuerpo unos días antes de que las tropas de Franco tomaran la ciudad.

—Qué curioso.

—Sea como fuere, para sus seres queridos allí estuvieron y allí siguen estando sus restos. Su madre viajó en una ocasión desde la ciudad de León, a unos ochocientos kilómetros, para visitar la tumba. Era ya en tiempos de la dictadura, ella no sabía en qué parte del cementerio estaba enterrado y no era cuestión de ponerse a preguntar abiertamente por la sepultura del miliciano anarquista Durruti.

—¿Y cómo lo resolvió?

—Preguntó dónde estaban las tumbas de «los revoltosos». Pero como no se lo supieron decir ni con esas, la mujer añadió, con su humilde franqueza, como quien no quiere la cosa: «La de uno que dicen Durruti». Luego, al volver a casa, le contó a su hija, emocionada, que había encontrado la tumba llena de flores.

Matthieu se quedó absorto tras escuchar aquello. Proyectó su mirada hacia la ventana, invadida por la poderosa claridad vespertina de la Ciudad de la Luz. Después recuperó el don de la palabra, esforzándose en recordar la cita.

—«Llevamos un corazón nuevo...» No, así no... ¿Cómo era aquella famosa frase de Durruti? —preguntó.

—«Llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones.» La dijo en una entrevista concedida a un periódico canadiense, el *Toronto Star*.

—Veo que tienes bastante interés en el personaje.

—Estoy reuniendo información para escribir un libro sobre el movimiento anarquista español de la primera mitad del siglo —le mentí—, y Durruti fue una figura clave. Me lo ha encargado una editorial catalana. Buscaban una autora de fuera de España que enfocara el asunto con cierto distanciamiento.

Nada más concluir esa frase caí en la cuenta de que acababa de mezclar una verdad con apariencia de mentira (que la visita a Andrés Tudela había sido un asunto personal en el fondo) con una mentira que aparentaba ser verdad (que estaba preparando un libro sobre el anarquismo español). Aquello empezaba a írseme de las manos.

—Si, como dices, es un asunto personal, y por tanto ajeno a la revista, no sé si tengo motivos para echarte un cable —señaló Matthieu haciéndose el intrigante.

—¿Qué quieres decir?

—Que a lo mejor yo tengo algo que podría resultar de interés para tu investigación —siguió jugando conmigo al escondite—. Un testimonio de primera mano, un nombre, una dirección, pongo por caso...

—Matthieu, desembucha de una vez, que estoy cansada del viaje y no tengo la mente para adivinanzas.

Él volvió a abrir el cajón superior del escritorio, consagrado ya como el cajón de las sorpresas, esta vez para sacar un pedazo de papel. Lo dejó en la mesa y lo arrastró por ella hasta dejarlo a mi alcance.

—A ver si entiendes la letra, no es mía.

Picada por la curiosidad, cogí el trozo de papel de libreta sin más espera. En él estaban escritos, con bolígrafo azul, un nombre y una dirección: Émilienne Morin, rué de la Providence, 63, Quimper.

—¿Qué se supone que es? —le pregunté reprimiendo el entusiasmo.

—Venga, no me tomes por tonto —respondió Matthieu—. Sabes perfectamente quién es esa mujer y con quién compartió los que tal vez fueron los años más duros pero más hermosos de su vida.

Al escuchar aquello fui yo la que perdió el don de la palabra durante unos segundos. Porque Matthieu era un hombre noble, sí, pero poco dado al romanticismo.

—Si te interesa, vamos a medias —siguió diciendo.

—¿Qué significa eso de que vamos a medias?

—Te hago una oferta. Vas hasta Bretaña, le haces una entrevista para la revista y la publicamos el año que viene, cuando se cumpla el cincuenta aniversario de la muerte de Durruti. Y aparte, aprovechas para preguntarle lo que quieras para ese libro que dices que estás escribiendo.

Interesante. Sin duda. Muy interesante. Pero yo tenía que hacerme valer todavía un poco más antes de aceptar.

—¿Pretendes que le haga una entrevista para publicarla dentro de un año? ¿Es que va a cambiar la periodicidad de la revista? ¿Vamos a pasar de semanario a anuario? —le pregunté con socarronería.

—La mujer ya tiene ochenta y cuatro años. Aprovecha el momento y no tientes a la suerte. Todavía está lúcida, pero a esas edades el tiempo que se vive ya casi es una propina. Es mejor que la entrevistes pronto. Te doy dos, dos y dos.

—Hoy te ha dado por las adivinanzas, ¿eh? —me quejé con la boca pequeña.

—Dos días para ir y volver, dos centenares de francos para gastos y dos páginas para la entrevista. Todo lo que supere ese tiempo o ese presupuesto va con cargo a tus días de descanso o a tu bolsillo. Y tendrás que ir sola, no pienso mandarte un fotógrafo desde París. Las fotos se las encargaremos a un fotógrafo local.

Eché cuentas deprisa. El presupuesto no daba para viajar en avión y por carretera había, ida y vuelta, alrededor de mil doscientos kilómetros que debería hacer sola, hablando conmigo misma, aburriéndome como una ostra. Mis vértebras lumbares me pedían que no aceptara el reto, pero mi corazón me exigía que sí. Y ya se sabe que el corazón es un órgano más influyente que las lumbares.

—Me parece bien —acepté—. Pero deja que primero contacte con ella, no vaya a ser que no quiera hablar. Y vamos a hacer la entrevista lo más cerca posible de 1986, ya sabes que no me gusta el periodismo congelado. Cuanto más fresco, más sano.

Matthieu asintió con la cabeza y se atusó un par de veces los laterales de su barba, rebajada y canosa. Era el gesto que, por impulso natural, acostumbraba a hacer cuando reconducía algún asunto que de entrada venía mal encaminado. A continuación apuntó con el dedo al pequeño arsenal de la artillería de chocolate.

—Venga, come otro. A ver si así se te quita esa amargura de carácter que tienes —me dijo.

Le saqué la lengua en un gesto erótico o infantil, no lo tengo claro, para firmar la paz. Eché mano a otro dulce y le pregunté:

—¿Qué rey dices que las pasó canutas asediando Montauban?

—Luis XIII, en 1621. En el famoso Sitio de Montauban.

—Siendo el Luis número trece de la dinastía, no me extraña que perdiera la batalla —bromeé.

—Siento estropearte la teoría del maleficio, pero las tropas de aquel mismo rey, dirigidas por el cardenal Richelieu, acabaron tomando la ciudad ocho años más tarde —sentenció Matthieu—. A la larga, la historia siempre derrota a la superstición.

VII

El ordenanza, un hombre delgado como un tallo de flor que vestía traje azul marino con chaqueta de tres cuartos, recorrió apresuradamente el espacioso despacho de Severiano Martínez Anido, teniente general de Infantería y a la sazón ministro de Gobernación. Al llegar al escritorio, le entregó en mano los dos diarios de formato sábana.

—Señor ministro, aquí tiene los periódicos que había pedido —dijo el ujier—. ¿Manda alguna otra cosa vuecencia?

—Sí —afirmó el general—. Haga llamar al director general de Orden Público. Es urgente.

El ordenanza hizo acuse de recibo irguiendo el cuerpo y articulando una pronunciada inclinación de cabeza, en una pose a medio camino entre lo civil y lo militar, antes de abandonar el despacho con el nerviosismo propio de un venado que huele la presencia de un depredador hambriento.

Martínez Anido empezó por el ejemplar de *ABC*. Echó una ojeada a la portada, monopolizada por una imagen de la reina madre María Cristina inaugurando con el presidente Primo de

Rivera los nuevos cuarteles militares de San Sebastián, y sin entretenérse siguió el rastro en páginas interiores de la pieza informativa que le interesaba.

Última hora

Detenido en Burdeos el anarquista Durruti

El ministro cerró el periódico capitalino, lo desterró simbólicamente a una esquina de la mesa y cogió el ejemplar de *La Voz de Guipúzcoa*, repitiendo con él la operación de búsqueda de la noticia, que en este caso le llevó algo más de tiempo. Dio con la información bajo un titular enigmático y dubitativo.

Mientras en Gijón se anuncia su apresamiento, en la capital de la Gironda desconocen tal hecho

¿Está detenido Durruti en Burdeos?

Sorprendidos de que nuestro corresponsal en Burdeos, monsieur Melsy Cathulin, no nos hubiera facilitado la relevante noticia de la supuesta detención del anarquista Durruti en Francia, nos hemos puesto en contacto con el mencionado corresponsal a través de una conferencia telefónica internacional y el

mismo nos ha asegurado que ni la Prefectura de Policía ni ninguno de los periódicos locales y provinciales del departamento de la Gironda conocía ese hecho, cosa extraña por la conmoción que había generado en su día en toda la provincia francesa el audaz asalto a la fábrica de muebles Harribley.

Por su implicación en aquel robo, en el cual dos personas perecieron y otras tres resultaron heridas de diversa importancia, la policía detuvo a tres sujetos de ideología anarquista, dos de los cuales, apellidados Recasens y Castro, acabaron sus días bajo la hoja de la guillotina en diciembre del año pasado. Se las arregló para escapar el principal de los pistoleros que, según testimoniaron Recasens y Castro antes de desfilar por el patíbulo, era aragonés y usaba los alias de el Maño y el Negro. Las fotografías del fugado no ofrecían semejanza con las de Buenaventura Durruti, conocido con el mote de el Gorila.

Recordamos que Durruti es un pistolero con un largo historial delictivo. Después de emplearse en Francia como obrero de la Renault, en 1922 trabajó en San

Sebastián como ajustador mecánico en la fábrica de los señores Hermanos Mágica, donde estaba considerado un operario excelente. No destacó como hombre de acción hasta agosto de aquel año, cuando, acompañado por otros dos, dio un golpe en el despacho de los industriales Mendizábal. Penetraron los tres pistola en mano y, amenazando la vida del señor Ramón Mendizábal, le obligaron a abrir la caja de caudales para entregarles todo el numerario que había en ella, además del dinero que la víctima portaba en la cartera.

El asalto quedó sin castigo, porque Durruti y sus compinches huyeron de la ciudad, y aunque más tarde lo detuvieron y lo trasladaron a San Sebastián, hubo de ser puesto en libertad por no poder

probarse su culpabilidad en tales hechos.

Durruti y su compañero Francisco Ascaso tomaron pasaje para América en un vapor, con pasaportes falsos, y en aquel continente protagonizaron diversos asaltos a oficinas de la Banca San Martín de Argentina, el Banco de Chile en Santiago y el Banco de Comercio de La Habana, y también en los despachos de la fábrica mexicana de tejidos La

Carolina, todos ellos como banda delictiva que empleó en alguna ocasión el nombre de Los Errantes y definía sus acciones como «anarquismo expropiador». Se cree que una parte del botín de tales asaltos la destinaron a financiar escuelas racionalistas para niños de familias humildes en Hispanoamérica, así como el semanario anarquista francés *Le Libertaire*, entre otros proyectos.

El general Severiano Martínez Anido, con la ira y la impotencia brotando como malas hierbas en sus entrañas, cerró de un manotazo el segundo de los periódicos y se puso a tamborilear con los dedos de una mano en el escritorio, componiendo un sonido de reminiscencias castrenses. Así pasó cuatro o cinco largos minutos, reconcentrado, esforzándose en distinguir el grano de la paja para sacar conclusiones fiables. Aquellas dos informaciones de prensa eran bastante inoportunas, una por imprecisa y la otra por provocadora.

Los informantes que tenía destacados en el Cono Sur, con órdenes de rendir cuentas y responder solo ante él, aseguraban que Durruti y Ascaso continuaban en Sudamérica,

unas veces en Argentina y otras en Uruguay, burlando con habilidad y fortuna a las policías de las dos orillas de Río de la Plata. Pero eso no era algo que Martínez Anido pudiera revelar a las autoridades de ambos países. No podía comunicarles por conducto oficial que sabía que los dos peligrosos anarquistas españoles seguían allí, que lo sabía de buena tinta porque tenía agentes no declarados del Gobierno español violando la soberanía nacional de Uruguay y de Argentina. No, eso no.

Sobraba aquella falsa noticia de *ABC* acerca de la detención de Durruti, que sin duda habría llegado ya a los despachos gubernamentales de Buenos Aires y Montevideo por mediación de sus embajadas en Madrid y que podría provocar un efecto desmovilizador en las policías de Argentina y Uruguay, haciendo que abandonaran la búsqueda de los anarquistas españoles al dar por cierto que ya habían regresado a Europa.

¿Cómo era posible que un periódico oficialista y tan cercano a palacio publicara una información de esa índole? ¿Quién y con qué propósito había engatusado a *ABC* para que se hiciera eco de esa falsedad? Su primera sospecha se dirigió a Manuel Álvarez Caparrós, teniente coronel de la Guardia Civil y director general de Orden Público, al que acababa de mandar llamar a través del ordenanza. Pudiera ser, pensaba Martínez Anido, que el alto oficial de la Benemérita pretendiera hacerle la guerra a la subversión por cuenta propia y con ideas propias, algo que podría explicarse por la proverbial tendencia a la independencia de la Guardia Civil, pero al mismo tiempo algo impropio en un militar, obligado a respetar la cadena de mando en la toma de decisiones. Y la Benemérita no dejaba de ser un cuerpo militar.

Después estaba la información, más cercana a la realidad, de *La Voz de Guipúzcoa*, que ofrecía demasiados detalles, cosas que no se podía tolerar que trascendieran a la opinión pública, menos aún bajo un Gobierno rígido como el de Primo de Rivera.

El caso de *ABC*, concluyó el ministro, exigía una investigación y el de *La Voz de Guipúzcoa*, un escarmiento, una sanción a modo de advertencia. Sin embargo, en lo tocante a las incorrecciones publicadas por el periódico monárquico habría de actuar con sumo cuidado para no importunar al editor del rotativo, el influyente Torcuato Luca de Tena, y también para no apuntar con el dedo acusador al teniente coronel Caparros. Con la campaña de África aún en curso y una parte del movimiento obrero como amenaza latente a pesar de la represión, era sin duda un mal momento para tensar la cuerda entre la Benemérita y el ejército. Las circunstancias exigían cerrar filas.

El teniente coronel Manuel Álvarez Caparros se presentó en el despacho ministerial en poco tiempo. Entró con el tricornio en la mano, se cuadró y preguntó:

—¿Me ha mandado llamar, mi general?

—Sí —respondió el ministro deslizando el periódico por la mesa en dirección a su interlocutor—. Quiero saber cuál es el origen de esta absurda información sobre Durruti que publica *ABC*.

El director general de Orden Público deslizó a su vez su mirada hacia la primera página del periódico, pero no lo cogió.

Sabía bien a qué información se refería el general Martínez Anido.

—Estamos indagando de dónde podría proceder esa filtración, mi general —contestó.

—¿Filtración? ¡Eso no es una filtración, es una falsedad! —elevó el tono Martínez Anido—. Y una falsedad que no nos hace ningún bien, más bien al contrario. Estoy convencido de que no tardarán en volver a Europa, pero ahora mismo esos criminales siguen actuando en Sudamérica. Y, créame, es lo mejor para nosotros en estos momentos. Si los cogen en Argentina es fácil que nos los entreguen, siempre y cuando no decidan juzgarlos y fusilarlos allí mismo, que sería lo más práctico. Pero en Francia... Esa es harina de otro costal.

—Lo que le puedo decir, mi general, es que yo respondo, por mi honor y con mi cargo, de mí y de mis ayudantes más cercanos. La noticia falsa no proviene de nosotros —respondió el teniente coronel ajustándose al guión—. Tengo al capitán Valdés investigando este delicado asunto.

—De acuerdo. Pero quiero respuestas, porque respuestas es lo que me pide a mí el general Primo de Rivera.

El teniente coronel Caparros asintió y calló desde la penumbra. El despacho era sombrío y el cielo de Madrid estaba siendo invadido por un escuadrón de nubarrones de uniforme oscuro aquella tarde de invierno. Martínez Anido trató de aclarar su mirada, rodeada por unas ojeras profundas y quemadas como cráteres de obuses. Buscó la ventana enrejada

que tenía a la derecha y sus ojos, humanos después de todo, mendigaron un poco de luz. Dijo a continuación:

—Prepare una orden de secuestro de *La Voz de Guipúzcoa*. En esa información dan una idea demasiado romántica de los pistoleros anarquistas.

—¿Un secuestro sin amonestación previa, mi general?

—Sí —respondió con rotundidad el general y ministro—. ¿Pero usted ha leído eso de que Durruti es «un hombre de acción» y «un operario excelente»? Es escandaloso, solo falta que esos gacetilleros suban a los anarquistas a los altares. Que el secuestro sirva como aviso para navegantes.

—¿De cuánto tiempo? —preguntó Caparros.

—En principio, bastará con dejarlo fuera de la circulación un día. Un domingo, que es cuando tienen mayor tirada y más ingresos por anunciantes. Con eso ya tomará buena nota su editor. Lo conozco del tiempo que pasé en San Sebastián. Es un liberal con inclinaciones republicanas, pero no tiene madera de héroe. Pasará por el aro, no le quepa duda.

Caparros dio por buena la orden y retomó el asunto principal.

—Mi general, volviendo a la cuestión de la banda de Durruti, creo que no deberíamos descartar la hipótesis de que no tengan intención de regresar a España —especuló el alto mando de la Benemérita—. Ya sabe usted que estos anarquistas no albergan querencias patrióticas ni sentimientos nacionales, les da igual actuar en España, en Cuba o en

Argentina. Y si resulta que allí han encontrado un buen caldo de cultivo para propagar sus ideas y un terreno favorable para llevar a cabo sus acciones...

—Quítese de la cabeza esa absurda idea —le contestó Martínez Anido sin dejar que siguiera exponiendo su punto de vista—. Por supuesto que tienen intención de volver. Están recaudando dinero en Hispanoamérica para poder financiarse aquí en el futuro. Piensan volver y nosotros debemos estar preparados para recibirlos como se merecen. No hace falta que le recuerde a usted la que liaron esos anarquistas en Vera de Bidasoa hace un par de años.

Caparros no discutió la predicción de su superior ni quiso alargar la conversación, ambos tenían trabajo pendiente. Martínez Anido le dio permiso para retirarse y el mando de la Guardia Civil escenificó de nuevo el saludo marcial y abandonó el despacho.

El general y ministro se quedó de nuevo a solas, batallando en silencio con el fantasma de Los Solidarios, que ahora además tenían franquicia en Sudamérica, donde algunos de ellos se hacían llamar Los Errantes. Llevaba seis años persiguiendo sombras, desde que el rey Alfonso XIII y el presidente Eduardo Dato lo nombraron gobernador civil de Barcelona para que aplicara un tratamiento de choque que erradicara la epidemia anarquista en todas sus cepas: sindicalistas, obreros, abogados defensores... Tras ver cómo el zar Nicolás II perdía la corona y la vida con la Revolución rusa, Alfonso XIII dio la consigna de que Barcelona no podía convertirse en un segundo San Petersburgo. Martínez Anido

respondió con puño de hierro, haciendo uso y abuso de la ley de Fugas, que daba manga ancha para disparar y matar a cualquier detenido; bastaba con que los policías o guardias que lo custodiaran declarasen que había intentado huir. Cientos de obreros y sindicalistas habían muerto en aplicación de esa ley o tiroteados por los pistoleros del Sindicato Libre, en su mayor parte mercenarios carlistas y antiguos combatientes prusianos de la Gran Guerra, a los que daba sustento económico el sector más recalcitrante de la patronal y apoyo político y administrativo Martínez Anido. Algunos de ellos incluso habían sido acreditados como inspectores de tranvías para disponer de más libertad de movimientos en sus safaris urbanos a la caza de anarcosindicalistas.

Allí, atrincherado en la soledad de su despacho ministerial, Severiano Martínez Anido se entregó, una vez más, al mortificante ejercicio de tratar de ponerles rostro a todos y cada uno de Los Solidarios, a imaginar las voces y los acentos (catalán, aragonés, castellano, vasco, andaluz, murciano, asturiano...) de quienes formaban parte de aquella célula armada. Poco o nada sabía de ellos al margen de lo que mostraban las fotografías, desalmadas y desfasadas; de lo que contaban las fichas policiales, poco fidedignas, y de lo que recogían los inverosímiles informes policiales sobre algunos de aquellos enemigos públicos, los que habían llegado a apresar y que en algún caso habían huido, como ocurrió con Ascaso en la cárcel de Predicadores, o el propio Durruti, detenido y puesto en libertad repetidamente por falta de pruebas.

Al menos una veintena de hombres y mujeres actuaban bajo la marca de Los Solidarios. Y lo que empezó siendo un principio

ideológico —rechazaban el profesionalismo en la lucha armada, razón por la cual todos habían de tener oficio y trabajo— acabó convirtiéndose en una ventaja estratégica, porque Los Solidarios aplicaban un sistema de rotación a la hora de actuar que les ponía muy difícil a las fuerzas de seguridad prever quién iba a perpetrar qué acción, con quién y en qué momento.

Los resultados en la cruzada contra los pistoleros libertarios eran insuficientes, insatisfactorios, reconocía en su fuero interno el general, estragado entre las sombras amenazantes de su despacho. Treinta meses después del ruidoso atraco al Banco de España en Gijón, solo dos de los seis supuestos autores habían quedado fuera de combate: Eusebi Brau, muerto en el enfrentamiento con la Guardia Civil cerca de Oviedo, y Rafael Torres Escartín, detenido, fugado y vuelto a detener, que había enloquecido por las palizas recibidas bajo custodia policial y que acabaría sus días en la tapia del manicomio de Reus, fusilado por los vencedores de la guerra civil. A Martínez Anido ni siquiera le había concedido el destino la ocasión de ver cara a cara a ninguno de Los Solidarios, no siendo a aquel infeliz de Escartín, al que quiso interrogar demasiado tarde, cuando ya se les había ido la mano con el detenido, que quedó hecho un despojo. Y aquel encuentro había resultado descorazonador para él, porque cuando le preguntó al aragonés dónde estaban los demás miembros de la banda, ofreciéndole a cambio salvar su vida, las palabras que aquel loco vomitó, empapadas de sangre y con una sonrisa en la que sus dientes parecían costuras rotas de una camisa de fuerza, fueron una respuesta inexpugnable: «En todos sitios y en ninguno. Dispersos, inalcanzables...».

Y por contra, frente a lo poco que el general y ministro sabía de Los Solidarios, Los Solidarios sabían mucho de él: sus hábitos, sus gestos, su forma de andar, del tono de su voz, sus fobias, sus manías, sus desvelos... Habían reunido información a raudales desde los dos atentados frustrados contra él, el primero en San Sebastián y el segundo en La Coruña.

La inconfesable verdad de Severiano Martínez Anido era que, con sesenta y cuatro años cumplidos y tres campañas bélicas apuntadas en su cartilla militar —las guerras con métodos tradicionales de Filipinas y África, y la guerra urbana que estaba librando con el obrerismo y el anarquismo—, el cansancio podía ya más que la entrega, y la desgana mandaba ya más que el brío. Pese a todo, era consciente de que no podía permitirse el premio del retiro dejando a medias la partida. Era hombre de cuartel y de palacio, y no podía defraudar a Primo de Rivera ni a Alfonso XIII, que esperaban de él más que avances, resultados concluyentes, en aquella guerra deforme.

Para insuflarse fuerza de espíritu, el militar convertido en ministro abrió un cajón de su escritorio. Donde una mirada neutra solo hubiera visto chatarra, él vio las condecoraciones castrenses más honrosas y valiosas. Extrajo el pequeño saco de terciopelo negro con cinta plateada que contenía las tres cruces rojas al Mérito Militar ganadas en una guerra que perdió, la de Filipinas, casi treinta años atrás. Colocó las tres distinciones en formación sobre la mesa y, pasando revista a aquella tropa inservible llamada a ser carne de la herrumbre, descargó sobre ella una mirada caduca. Se sentía fuera de sitio en el nuevo escenario, echaba en falta las guerras clásicas, con

enemigo visible y cuantificable, con unas formas y unos plazos concretos de batalla.

Volvió a la realidad y a aquel Madrid de 1926 mirando hacia el reloj y el calendario de mesa acantonados en un lateral de la mesa: doce menos cuarto de la mañana, 27 de febrero. En Buenos Aires era verano y todavía no había amanecido, pero al general y ministro no le quitaba el sueño tener que quitárselo a otros. Decidió enviar un cablegrama de entrega inmediata con nuevas órdenes para los hombres que tenía destacados en Sudamérica. Y, con las órdenes, la amenaza insinuada de que todos ellos serían relevados de sus puestos si no llevaban a término su misión. Ya no bastaba con que reunieran información sobre los movimientos de Durruti y Ascaso, ya no podían seguir yendo un paso por detrás de ellos. Había que localizarlos. Y eliminarlos. Antes de que cruzaran el océano para regresar a Europa. Había que empezar a descabezar, de una vez por todas, a esa hidra de siete cabezas que se hacía llamar Los Solidarios.

Severiano Martínez Anido guardó las medallas en aquel saco que se asemejaba a la capucha que colocan a los reos en el cadalso. Cogió el auricular del teléfono y reclamó nuevamente la presencia en su despacho del ordenanza para dictarle instrucciones urgentes.

VIII

París, 17 de diciembre de 1926

Querida familia:

Os mando estas líneas para informaros de nuestra situación. Hemos cumplido tres meses de condena en la prisión parisina de La Santé y ya hemos firmado la petición de libertad, pero como el Gobierno español nos reclama la policía francesa nos ha traído al centro de detención del Palacio de Justicia, en La Conciergerie, que es donde estamos, no como prisioneros, sino en calidad de retenidos por la policía internacional.

No hagáis caso de los rumores. En La Santé no se trabaja. Los trabajos forzados son para los condenados a más de seis meses de prisión y por asuntos más graves que el nuestro. Y aquí, en la Prefectura del Palacio de Justicia, no dejan que trabaje nadie y menos todavía los que estamos reclamados por otro país, porque a nosotros no nos aplican la justicia francesa.

En el tiempo que pasé en La Santé no me dejaron escribir en español, decían que el juez no me autorizaba. Ahora, como veis, ya me autorizan y esta es la prueba palpable de que no estoy

en aislamiento ni en trabajos forzados, como dicen esos tontos de la prensa. El trato es bueno; basta con deciros que se dirigen a mí como «monsieur Durruti», aunque ya sabéis que el tratamiento de señor no va conmigo.

Por la confirmación de los otros tres meses de cárcel tampoco tenéis que preocuparos. No es más que un apaño entre el abogado y nosotros para que, en caso de que la policía quisiera entregarnos a las autoridades españolas, podamos ganar tiempo mientras cumplimos esos tres meses. Ya hemos presentado apelación al Tribunal Supremo, de modo que vamos a tener que pasar otra vez por los juzgados. Todos estos trámites son necesarios para contrarrestar las presiones de los gobiernos de España y Argentina para que les concedan nuestra extradición. Os cuento todo esto para que madre esté tranquila y no haga caso de las bobadas que escriben algunos reporteros.

El recorte de periódico que me enviáis confirma que nuestro juicio fue escandaloso. Todas las intervenciones y acusaciones giraron alrededor de la figura del rey y ya os podéis dar una buena idea de en qué línea iban. Nos acusan de organizar un complot para atentar contra Alfonso XIII durante su visita a París en el mes de julio pasado.

Con relación a la pregunta que padre hace sobre el tiempo que me queda de cárcel, he de decirle que yo ya he terminado con la justicia francesa, pero queda todavía la cuestión de América. Espero que no tarde en arreglarse.

Los compañeros están trabajando mucho, con los abogados y la Liga de los Derechos del Hombre. El martes celebraron un mitin para pedir nuestra libertad. Nos han anunciado que van a hacer otros, en el caso de que no nos dejen libres. En Buenos Aires también están haciendo todo lo que pueden los compañeros argentinos para evitar que nos lleven allí para juzgarnos.

De España no os quiero decir nada, porque vosotros estáis mejor informados que yo. De mi vida aquí poco puedo contáros. Paso el tiempo leyendo, pintando o escribiendo. Recibo visitas dos veces por semana y los domingos me traen ropa limpia y dinero para que coma en la cantina. No me falta lectura, pues aquí hay una biblioteca y me dejan los libros que pido. Hay algunos en español, pero ya los he leído todos, así que leo en francés.

El director me ha autorizado a comprar revistas ilustradas, que me trae una mujer encargada de los pedidos de los detenidos. Revistas ilustradas es lo único que dejan meter. Los periódicos están prohibidos.

Rosa dice que Benedicto no me escribe porque le da vergüenza, pero que se acuerda de mí. Yo no hago distinción entre mis hermanos, me acuerdo de todos vosotros, escribáis o no.

Perico me dice que me manda cuatro líneas para consolar mis penas. ¡Gracias, Perico! Te agradezco tu consuelo. Pero he de decirte que mis penas las soporto yo con mis ideales, que son más fuertes que todas esas bajezas humanas. Mis ideas son

profundas, nacieron en el seno de esta sociedad injusta, representan el amor a la libertad. Son sólidas como el acero y son las que me consuelan, porque tengo la convicción de que son buenas. Así que, querido Perico, no tengas pena por mí, porque no me siento desgraciado. Esta cadena que me impide ser libre está podrida y no podrá retenerme por mucho tiempo. Espero tu carta en francés, para que practiques. Dime cómo vas con la mecánica y has de aplicarte en el estudio, porque cuando seas mayor te será de mucha utilidad.

Clateo me dice que lamenta que no pueda pasar las navidades en vuestra compañía. Yo también lo siento, Clateo, pero no por ello hay que preocuparse. No soy yo el único que las va a pasar en prisión, hay muchos más. ¡Y cuántos pobres no van a tener ese día qué comer ni dónde dormir! Así está hecha esta sociedad, unos tienen mucho y otros no tienen nada. Las navidades son para los ricos, que las celebran con el sudor del trabajador. Hacen que ese día sea para ellos de champán y risas a costa del llanto en el hogar de los desheredados. Las juergas de los ricos son hijas de las miserias de los pobres. Pero esto pronto terminará. La revolución pondrá fin a este desorden social.

Se despide de vosotros vuestro hijo y hermano, que os quiere y no os olvida,

Pepe

El aire de París abrasaba aquellos días de julio de 1927. Un nutrido grupo de periodistas, fotógrafos y camarógrafos, y

unos cuantos militantes de la Liga de los Derechos del Hombre estaban agotando los minutos de espera protegidos por sombrillas y paraguas en el Muelle del Reloj. Un cántaro de agua fresca de procedencia desconocida, que circulaba entre los allí presentes, acabó convirtiéndose en objeto de deseo y de trifulca cuando dos de los informadores empezaron a levantar el tono de voz y a levantarse la mano el uno al otro y el otro al uno. La pareja de gendarmes franceses que montaba guardia a pocos metros, en una de las puertas del Palacio de La Conciergerie, observó la escena con neutralidad suiza, hasta que se hizo evidente que los dos contrincantes iban a comenzar a intercambiar sopapos en cuestión de segundos. Fue en ese momento cuando uno de los agentes abandonó el oasis de sombra bajo el edificio para ir a administrar paz a la zona de prensa.

—¡Ya está bien! —advirtió abriendo los brazos entre los dos beligerantes con la mirada al frente, como *El hombre de Vitruvio*, de Leonardo da Vinci—. Parece mentira, caballeros, van a acabar protagonizando ustedes las crónicas de mañana de sus periódicos, pero en las páginas de sucesos y delitos.

Los dos litigantes guardaron las distancias por la mediación del gendarme, aunque no desaprovecharon la ocasión para cruzar una letanía de insultos no demasiado ofensivos. Una mujer de la Liga de los Derechos del Hombre, vestida acorde a la moda desenfadada de aquel París de los dorados años veinte, intentó hacer entrar en razón a los protagonistas del altercado.

—Señores, ustedes no han de combatir con los puños, sino con la pluma —les dijo buscando con sus palabras la trascendencia.

—¡Tiene razón la dama, Pierre! ¡Clávale la pluma en la espalda a ese bolchevique! —gritó una voz anónima, que evidenció de esa forma que la enemistad entre los dos periodistas no tenía su origen en un mísero trago de agua.

Una carcajada coral respondió a aquel comentario. El gendarme miró hacia atrás para ver si su colega se animaba a acercarse para echarle una mano en la misión pacificadora, pero el otro, que estaba en la gloria a la sombra, se encogió de hombros y alzó la vista al sol culpando a la canícula de su apatía.

—¿Cuándo van a soltar a los Tres Mosqueteros Anarquistas? —preguntó un periodista aprovechando la presencia del agente que había ido a prohibir el tráfico de puñetazos en aquella zona.

—Yo no sé nada, caballero —respondió el gendarme sin complicarse la vida—. Si los han citado a todos ustedes aquí a esta hora será porque van a producirse novedades dignas de su interés, digo yo, pero nosotros no tenemos información al respecto. De todas formas, les pido un poco de urbanidad y de paciencia.

Un murmullo de fastidio y desaprobación recorrió la heterogénea delegación del cuarto poder, deshidratada por el calor y cansada por la impuntualidad en la puesta en libertad de los anarquistas.

—¡Como tarden mucho más, me voy tirar al Sena! —advirtió un camarógrafo señalando con gesto trágico al tramo de río que rodeaba la Isla de la Cité.

—¡A ver si es verdad! ¡La última vez que te bañaste fue para celebrar el Tratado de Versalles! —gritó un antagonista del camarógrafo.

—¡Pues ya han pasado ocho años desde aquello, cochino! —añadió otra voz no identificada.

Las risotadas del grupo sonaron todavía más fuertes y burlonas que las anteriores, como si la elevada temperatura de la atmósfera parisina estuviera poniendo en riesgo la cordura colectiva.

—¡Por Dios y por todos los santos, suelten ya a los anarquistas o aquí va a haber mártires del periodismo! —suplicó un reportero con la cara colorada como una amapola y un regato de sudor bajándole desde las sienes hasta los tirantes.

Una mujer entrada en años se escandalizó al escuchar confundidas en la misma frase las palabras «Dios», «santos» y «anarquistas». Giró la cabeza hacia las cercanas torres de la catedral de Notre Dame y se santiguó con la prisa de alguien que teme que en ese momento pueda acabarse el mundo.

—¡Eso, que suelten a los anarquistas, por Dios y por el papa Pío XI! —se guaseó otra voz procedente del ala izquierdista de la marabunta.

Una maraña de carcajadas y de abucheos resonó como una traca de petardos entre el palacio y el río. El gendarme no intervencionista decidió que había llegado el momento de renunciar al placer de la sombra. Dirigió sus pasos hacia aquella concentración de paraguas, sombrillas y sombreros de paja dispuesto a reforzar el principio de autoridad que intentaba imponer su compañero. Pero fue un viaje inconcluso, porque a medio camino sintió el rechinar del portón de madera de La Conciergerie.

El enjambre de periodistas, fotógrafos, camarógrafos y activistas comenzó a moverse hacia el lugar con unidad, protegiéndose del sol como una centuria de legionarios romanos en formación de tortuga, pero con un andar cómico y artificialmente rápido como el de las películas que Buster Keaton, Harold Lloyd o Charles Chaplin rodaban en aquellos años. Cuatro hombres procedentes del interior del edificio se dejaron ver en ese momento. Entre ellos, se dispuso a tomar la palabra el de más edad, ataviado con traje de un color aburrido, sombrero de hongo y sonrisa muy blanca, que se daba un aire al gran actor francés de la época, Maurice Chevalier.

—Calma, por favor —alzó los brazos sobreactuando—. Mis representados responderán a sus preguntas, no pierdan ustedes la paz ni la compostura.

Los fotógrafos empezaron a disparar y los camarógrafos hicieron girar las manillas con la soltura de un instrumentista de organillo. A modo de banda sonora surgió un aplauso de

pocos decibelios que los activistas de derechos humanos tributaron a los Tres Mosqueteros Anarquistas.

El abogado asumió con boato la función de maestro de ceremonias que le correspondía.

—Damas y caballeros de la prensa nacional e internacional, distinguidos señores de la cinematografía, nobles miembros de la Liga de los Derechos del Hombre —saludó con grandilocuencia—, tengo el honor de presentarles, bajo este sol y esta luz meridiana de París, a tres hombres libres en el más amplio sentido de la palabra. Aquí, a mi lado, tienen ustedes a Gregorio Jover, Francisco Ascaso y José Buenaventura Durruti, tres militantes de la lucha obrera que hoy, por fin, van a poder caminar por las calles de la capital de Francia como unos ciudadanos más, sin muros ni alambradas que detengan su paso. Este momento que estamos viviendo se ha hecho realidad gracias al apoyo, altruista y filantrópico, de miles de personas que en los últimos meses se han movilizado en Francia y en otros países del mundo civilizado para reivindicar la libertad de estos tres hombres. Estoy hablando de personas de todo orden y condición, desde obreros anónimos a renombrados intelectuales de la talla del escritor español don Miguel de Unamuno. Y déjenme añadir que...

—¡Que hablen los Tres Mosqueteros! —exigió uno de los reporteros abortando el discurso del abogado, que ya había rebasado con mucho su minuto de gloria.

El letrado, dándose por enterado, puso fin a su dispendio de verborrea.

—Por supuesto —dijo—. El caballero Durruti, que es el que más soltura tiene con el francés, responderá a sus preguntas. Le entrego la palabra.

Durruti dio un paso al frente, rompiendo la posición de tres en raya que dibujaban él, Ascaso y Jover. Articuló una sonrisa y levantó el puño en un gesto programado para los fotógrafos, que atraparon con ansiedad la imagen.

—Señor Durruti —abrió la ronda un periodista con apariencia de dandi—, ¿qué se siente al recuperar la libertad después de más de un año de cautiverio, primero en La Santé y ahora en La Conciergerie?

—Sentimos lo mismo que todos ustedes: mucho calor. Y ganas de tomar una cerveza... suponiendo que Francia no haya seguido en estos meses el mal ejemplo de Estados Unidos en lo referente a la ley seca.

—¡No! ¡Como nos prohíban la cerveza nos hacemos todos anarquistas! —gritó una voz.

Las risas, unas nerviosas y otras de sofoco, acompañaron el comentario frívolo.

—¿Qué planes tienen para los próximos días? —quiso saber otro reportero—. ¿Descansar?

—¿Descansar? No, ya hemos descansado lo suficiente estos meses. Ahora lo que toca es retomar la lucha con más fuerza. Luchar y seguir luchando —dijo Durruti buscando la mirada cómplice de Ascaso y de Jover.

—Este proceso de cárcel y retención ha durado trece meses, desde que los detuvieron a las puertas de la fonda de la calle Legendre. La policía encontró armas al registrar sus cuartos. ¿Tenían previsto cometer actos criminales en territorio francés con ese armamento?

—Las armas eran para proteger nuestras vidas —respondió Durruti—. Ya saben ustedes que cientos de militantes anarquistas han sido asesinados en España desde los tiempos del Gobierno de Eduardo Dato y ahora, con la dictadura de Primo de Rivera, no descartamos que los pistoleros al servicio del Gobierno militar y de la patronal puedan tener la intención de actuar también a este lado de los Pirineos.

Un murmullo generalizado, mitad de aprobación y mitad de incredulidad, siguió la estela de esa frase.

—¿Insinúa usted que Francia no sabe imponer la legalidad en su territorio ni proteger su soberanía? —intervino uno de los periodistas del bando conservador.

—Eso lo dice usted, no yo.

La respuesta evasiva de Durruti derivó en un silencio de tanteo que duró unos segundos, el tiempo justo para que los cronistas tomaran apuntes y marcaran en sus libretas algún subrayado antes de continuar.

—Señor Durruti, se lo preguntaré sin medias tintas... —le advirtió otro periodista—. ¿No es cierto que cuando los detuvo la policía francesa estaban ustedes preparando un atentado

para acabar con la vida del rey de España, aprovechando su visita a París?

La pregunta alarmó al abogado, que consideró que lo más acertado iba a ser responder él mismo.

—Le contestaré yo, si me lo permite —dijo—. Mis defendidos no han estado retenidos estos meses por ningún supuesto intento de atentado contra el monarca español, sino por las demandas de extradición formuladas por los gobiernos del Reino de España y de la República Argentina. En el caso de España, relacionaban a mis clientes con la muerte de un cardenal católico en la ciudad de Zaragoza y con la participación en un robo cometido en una oficina bancaria de la ciudad de Gijón, hechos que el Gobierno y la Asamblea Nacional de la República Francesa han reconocido, desde el principio, como delitos de origen político, al margen de quién o quiénes hayan sido sus autores.

—Francia concedió la extradición a Argentina para que sus defendidos fueran juzgados allí por robo a punta de pistola, pero el buque de guerra de la armada argentina que iba a trasladarlos nunca llegó a puerto francés. ¿Qué hay detrás de todo eso, señor abogado? ¿No le parece un poco extraño? —preguntó el mismo periodista.

El letrado hizo una mueca de fastidio torciendo los labios, recompuso el discurso y siguió actuando delante de aquel tribunal mediático.

—Hasta donde nosotros sabemos, el navio de guerra Bahía Blanca, que como usted bien dice fue enviado por las

autoridades argentinas para extraditar a mis representados, sufrió una avería en altamar y Francia no accedió a mandar a los detenidos en un barco de la marina francesa, como pedían desde Buenos Aires. El plazo para hacer efectiva la extradición expiró, de acuerdo con el espíritu del Código de Instrucción Criminal. Eso es todo, caballero. No hay que buscarle cinco pies al gato.

—Muy extraño, qué quiere que le diga... —insistió el periodista.

—En cualquier caso —continuó el abogado—, para conocer la versión de los hechos del Gobierno argentino le recomiendo que dirija usted esa perspicaz pregunta a su embajador en París, el señor Álvarez de Toledo.

El informador barrió el aire moviendo de izquierda a derecha su cabeza. Pensaba, al igual que una parte importante de la opinión pública, que el Gobierno argentino había decidido dejar correr el proceso de extradición para no heredar de Francia las protestas internacionales por el encarcelamiento de los tres anarquistas.

—Señor Durruti, ha citado usted hace unos momentos al que fue presidente de España, Eduardo Dato —tomó el relevo otro reportero—. Promulgó la llamada ley de Fugas, que dio carta blanca para las ejecuciones extrajudiciales de muchos obreros y sindicalistas.

—Así es. Está usted bien informado sobre la situación política en España —le dio Durruti un poco de coba al reportero.

—Sí, gracias —prosiguió el periodista—. Pero Dato murió en un atentado cometido por tres anarquistas catalanes, de los que dos siguen en paradero desconocido cinco años después. ¿Aplican ustedes la ley del talión, el ojo por ojo?

—¿A quién se refiere con «ustedes»? —preguntó Durruti para ganar tiempo.

—A los llamados anarquistas ilegalistas, los que siguen la vía de las acciones armadas.

—En primer lugar, lo del ojo por ojo es un precepto bíblico y nosotros no comulgamos con ninguna religión. Ya decía Kropotkin que «la única iglesia que ilumina es la que arde».

Durruti esbozó una sonrisa angelical tras aquella frase que parecía sacada del ideario del anticristo. Se oyeron algunas descalificaciones y dos reporteros de signo ideológico opuesto aliñaron aquel alboroto atizándose un par de empujones, aunque la cosa no fue a más.

—¿Va a negar que ustedes tres tienen relación con el grupo terrorista denominado Los Solidarios? —preguntó otro informador.

—Sí, lo niego —respondió Durruti endureciendo el gesto—. Nosotros tenemos relación con el grupo de autodefensa obrera Los Solidarios, que responde con sus acciones a los asesinatos de anarcosindicalistas y a la represión política del anarcosindicalismo. No sé qué es lo que entiende usted exactamente por terrorismo...

Llegados a ese punto, el abogado entendió que lo mejor iba a ser poner fin a la rueda de prensa. Levantó la mano derecha para sobrevolar con ella la posición de la marabunta periodística y la agitó como un metrónomo marcando el compás de una melodía. Era la señal convenida. Un Peugeot 153 de color verde agua, aparcado en el otro extremo del Muelle del Reloj, trotó hasta allí con sus doce caballos emitiendo varios bocinazos para avisar de su llegada.

—Los señores Jover, Ascaso y Durruti han de retirarse ya. Gracias por su atención —afirmó el abogado, que abrió la puerta trasera del vehículo e invitó a entrar a los tres anarquistas. Él se sentó en la parte delantera y pidió al chófer que arrancara sin más espera.

Los disparadores y las manivelas de las cámaras siguieron captando imágenes hasta que el coche atravesó el río por el puente más cercano para perderse en el tráfico de la ciudad.

Unas calles más allá, el abogado se dirigió al conductor.

—Pare donde pueda, yo me bajo aquí —anunció.

—¿No viene con nosotros a tomar algo para celebrarlo? —le preguntó Ascaso.

—Me gustaría, pero tengo mucho trabajo pendiente. Hemos hecho lo más difícil, que era conseguir su puesta en libertad, pero ahora hay que buscar para ustedes un país de acogida antes de que se agote el plazo de quince días que nos conceden las autoridades francesas para que abandonen el país.

Jover, Durruti y Ascaso se quedaron pensativos. Los tres sospechaban que solo dos de ellos iban a seguir el camino de un nuevo exilio, aunque no tocaba hablar de ello en ese momento. El abogado salió del coche y, cuando ya se disponía a cerrar la puerta, volvió a meter la cabeza en el habitáculo para añadir algo.

—Ah, disculpen, no he hecho las presentaciones —dijo alargando una mano hacia el chófer, un joven largo y fino como un tallarín—. Aldo Cañero será su acompañante estos días en París. Chófer y protector, llegado el caso. Es de total confianza.

—Gracias, pero sabemos defendernos y conocemos París. No necesitamos guardaespaldas ni guías turísticos —se hizo el remolón Ascaso.

—No es ni una cosa ni la otra. Es anarquista italiano. Y refugiado político, como ustedes. Stalin, Mussolini y Primo de Rivera están llenando París de anarquistas, ya ven qué curioso —dijo el letrado con tono divertido—. Aldo todavía no domina el francés, pero seguro que se podrán entender.

El abogado con un aire a Chevalier cerró la puerta del copiloto, se puso el sombrero y se despidió gesticulando al otro lado del cristal. El chófer, que hasta entonces no había abierto la boca, giró medio cuerpo, les estrechó la mano a los tres y exclamó:

—É un onore per me, compagni!

—El honor es nuestro —respondió Ascaso—. Los anarquistas italianos ya habéis tumbado a un rey y nosotros todavía estamos en ello. Vais a tener que darnos unas lecciones.

—Eh, si, Umberto I. Lo mató en 1900 un anarchico de la Toscana, Gaetano Bresci —respondió el italiano mezclando idiomas.

Durruti, sentado en la parte izquierda del asiento trasero, le dio una palmada en la espalda y le preguntó:

—¿Cómo tenemos que llamarte, compañero? ¿Aldo o Cañero?

—Ni una cosa ni la otra —respondió el chófer repitiendo una de las últimas frases que había dicho el abogado—. Tutti quanti mi chiamano Vaporetto.

—¿Vaporetto? ¿Por qué te llaman así? —quiso saber Jover.

—Perché sono di Venezia. Y también por esto —dijo enseñando una pipa negra que llevaba en un bolso de la chaqueta.

—Guarda ese cacharro, no vaya a ser que algún gendarme lo tome por una pistola y nos vuelvan a enjaular —bromeó Ascaso—. Déjanos disfrutar de la libertad por lo menos unos días.

El veneciano sonrió mientras volvía a guardar en el bolso el artefacto de fumar y siguió conduciendo en dirección a la calle Du Repos, en el distrito veinte de París, junto al cementerio de

Pére Lachaise. Allí había alquilado el Comité Internacional de Defensa Anarquista un discreto piso para que los tres anarquistas pudieran reunirse con algunos familiares que habían viajado desde España al tener conocimiento de que la puesta en libertad era inminente.

Aquella misma noche, horas después de ver en los ojos de Jover una combinación de alegría y tristeza cuando abrazó a su compañera y a los dos hijos de corta edad, Ascaso y Durruti acordaron hablar con él.

—Gregorio, tú te vas a quedar en Francia —le espetó Durruti—. Ya está decidido.

—¿Cómo que está decidido? ¿Quién lo ha decidido? —reaccionó Jover.

—Este y yo —contestó Ascaso señalando a Durruti—, que tenemos mayoría de dos tercios en el gabinete de los Tres Mosqueteros Anarquistas, como nos llaman los periódicos.

—¿A qué viene eso? —preguntó Jover.

—Viene a que no sabemos dónde vamos a ir a parar —dijo Ascaso—. Ningún país nos va a recibir con los brazos abiertos, lo más probable es que tengamos que seguir moviéndonos en la clandestinidad, cambiando de residencia cada dos por tres. Y tú tienes que pensar en tu compañera y en tus hijos.

—Ya está todo arreglado —continuó Durruti con las explicaciones—. El comité te va a facilitar una identidad falsa y un trabajo en lo tuyo, en un taller de ebanistería en Béziers.

Jover no pudo disimular la sorpresa, no solo por la propuesta, que era más bien una imposición, sino también por la rapidez con la que habían urdido un plan para que él se estableciera con su familia en Francia.

—¿Una identidad falsa? Entonces voy a vivir en la misma clandestinidad que vosotros —comentó.

—Hombre, no es lo mismo. Vas a tener un salario digno y un lugar tranquilo para criar a los chiquillos, que no es poco en estos tiempos para gente como nosotros —adujo Ascaso.

—Y aquí ya no hay más cera que la que arde —añadió Durruti—. Ya sabes que, pasados quince días a partir de hoy, la policía tiene orden de detenernos si seguimos en el país. No hay más que hablar, compañero. Un linotipista va a traerte mañana mismo los papeles con tu nueva identidad.

Jover, circunspecto, extravió su mirada en el rosetón de escayola del techo, sin tener muy claro si quedaba algo por añadir a lo que los tres acababan de decir. No esperaba aquello. No contaba con aquel arreglo. Pero sabía que, en el fondo, iba a ser lo mejor para todos.

—Ya sé que estamos al lado de un cementerio, pero no es motivo para que te pongas fúnebre, chico —le dijo Durruti con su arranque zumbón.

—Pero...

—No hay peros que valgan —le cortó Ascaso—. Tú tómatelo como un parón en la militancia revolucionaria. Hay más días

que longanizas y vamos a tener que recurrir a ti en el futuro para más de un embrollo, ya verás.

No fue necesario seguir hablando. Gregorio Jover estaba sin argumentos para rechazar o cuestionar aquella decisión. Repasó mentalmente todo lo que habían compartido en los últimos años: las asambleas sindicales, los tiroteos con los pistoleros del Libre en las calles de Barcelona, la huida a América latina, los meses de prisión en París... El turolense formuló internamente el deseo de que el destino volviera a reunirlos, daba igual cómo y dónde.

Sellaron el acuerdo con una sonrisa, un abrazo y un vaso de vino.

—Hala, Gregorio, dedica un brindis a los Tres Mosqueteros Anarquistas —le dijo Durruti.

—Sí, venga, un brindis... pero de tres palabras solo, una para cada uno y todas para todos —le desafió Ascaso.

—¿De tres palabras? —preguntó Jover—. Celebremos la vida.

Y los tres alzaron sus vasos rojos en la noche negra.

IX

Los primeros días de libertad de los Tres Mosqueteros Anarquistas ranscurrieron con el ritmo reposado del paseo y la tertulia, mientras el comité de asilo creado para buscar una salida a su caso apuraba las opciones y los plazos para dar con un país dispuesto a acogerlos. Hacía tiempo que París había dejado de guardar luto por las víctimas de la Gran Guerra y la ciudad más cosmopolita del mundo en aquel momento era un hervidero de cultura, gentes, modas y política.

Con arreglo a lo convenido, Jover y su familia se mudaron al sur de Francia, cerca de la frontera con España, y Ascaso y Durruti aprovecharon los días de residencia legal que les quedaban en el país para alternar con anarquistas exiliados de media Europa que habían hallado en Francia refugio, seguridad y trabajo. La muerte de un millón y medio de soldados en los campos y en los mares de Europa entre 1914 y 1918 obligó a Francia a abrir sus fronteras sin muchos reparos ni exigencias para poder reponer esa mano de obra que había entregado la vida en el frente.

Durruti y Ascaso destinaron uno de aquellos días de verano a una visita que tenían pendiente. Salieron de buena mañana del

apartamento en el que estaban alojados, elegantemente vestidos. Ascaso llevaba un traje de tono gris granito, camisa aguamarina y corbata marrón. Durruti vestía un traje de color canela, con una pajarita de granate raso ornamentando la camisa blanca.

Recorrieron con andar relajado la calle La Roquette y buscaron la orilla derecha del Sena a través del bulevar de La Bastilla. Tras cruzar el río, siguieron la marcha a través del bulevar del Hospital de la Pitié-Salpétrière, para tomar desde allí el bulevar de Sant-Marcel, muy tranquilo a esas horas tempranas. Llegaron al Hotel La Demeure. Entraron, saludaron a la recepcionista y preguntaron en qué habitación se alojaba el hombre de apellido extraño al que querían ver. La mujer anunció la visita. Subieron a pie las tres plantas de escaleras de madera seca y crujiente. Ascaso llamó a la puerta con los nudillos enérgicamente y no tardó en abrir una mujer pequeña, de pelo castaño, con gafas de montura oscura y tez pálida como la nata.

—Hola. Son ustedes los anarquistas españoles, ¿verdad? —preguntó ella.

—Buenos días. Sí, somos nosotros. Él es Francisco Ascaso y yo soy José Buenaventura Durruti.

—Entren. Soy Halyna Kuzmenko, la compañera de Néstor Ivánovich. Y esta es Yelena, nuestra hija —dijo presentando a una niña de pocos años que leía un libro sentada junto a la ventana—. Él está en el baño, saldrá ahora. No anda bien de salud...

—¿Algo grave? —se interesó Durruti.

—Heridas de bala y de metralla, muchas y mal curadas. Siete veces le hirieron. Eso y los años de trabajos forzados. Es un regalo del destino que siga vivo.

—Sí, nosotros también le debemos al destino unas cuantas — comentó Ascaso resoplando.

Una mano huesuda abrió la puerta del baño en ese momento y tras ella apareció Néstor Majnó. Un hombre pequeño y demacrado, con ojos rasgados y una mirada penetrante a la que le hacían visera unas cejas espesas y brunas. Su bigote, ordenado y artístico, formando un arco de medio punto, parecía más propio de un oficinista con un empleo anodino que del hombre que había puesto en pie la milicia anarquista más poderosa del mundo. La pelambre, negra y densa, era de lo poco que ofrecía una imagen saludable en su físico. En su semblante asomaba el vacío de la derrota. Ascaso y Durruti encubrieron con una sonrisa de salutación la congoja que sintieron al verlo. Estaban delante de una persona de treinta y siete años con el aspecto de un anciano.

—Hermanos, os damos la bienvenida a este humilde cuarto de hotel que en el lenguaje del exilio es lo único que podemos llamar hogar —dijo mientras abrazaba a los dos visitantes—. He seguido vuestras tribulaciones judiciales por la prensa y por lo que contaban los compañeros franceses que vienen a verme. Salgo poco a la calle últimamente.

Halyna pidió a los tres hombres que se sentaran en las sillas dispuestas alrededor de una mesa camilla con tapete de ganchillo.

—Solo queríamos hacerte llegar el saludo del anarquismo ibérico y transmitirte nuestra admiración por la lucha del movimiento libertario en Ucrania —comenzó diciendo Durruti con cierta solemnidad.

—Aparte de desearte que te recuperes lo antes posible —apostilló Ascaso aportando un toque mundano—. Haces falta.

Majnó plegó los párpados un instante y tensó los labios en un amago de sonrisa antes de empezar a hablar.

—Las heridas del cuerpo duelen menos que las del espíritu —señaló—. Las traiciones, la desorganización, esos enemigos internos... Levantamos de la nada nuestro Ejército Negro, resistimos el empuje del Ejército Blanco por el sur, del Ejército Rojo por el norte, y de los prusianos por el oeste, cuando Lenin quiso entregarles nuestro territorio. Llegamos a ser grandes y sólidos como una montaña. Pero no fuimos capaces de derrotar a esos enemigos internos. No supimos hacerles entender a nuestros milicianos que la libertad de cada uno es responsabilidad de todos y que de la responsabilidad de cada uno depende la libertad de todos.

—Pero es mucho lo que conseguisteis con tan poco —afirmó Durruti.

—Sí, aunque lo perdimos con la misma rapidez con la que lo habíamos ganado —respondió Majnó—. Siendo niño, mi madre

solía contarme por las noches, alrededor del fuego, historias de los cosacos zapórogos, los siervos ucranios y bielorrusos que huyeron de los señores feudales para vivir en libertad a orillas del Dniéper. Se asentaron más allá de los rápidos del río, y desde aquel lugar defendieron con las armas y con las vidas su libertad frente a la aristocracia polaca. No podía imaginarme yo entonces que llegaría un día en el que me sentiría heredero de la lucha de aquellas gentes. Step ta voliakozats 'ka dolía.

—Néstor, no saben nuestro idioma —le reconvino cariñosamente Halina acariciándole la mejilla con el dorso de su mano.

—Perdón. Es un proverbio ucranio. Quiere decir que la estepa y la libertad son el destino del cosaco.

Ascaso y Durruti asintieron extasiados. Majnó continuó hablando.

—Empezamos con un puñado de campesinos y llegamos a reunir a veinticinco mil hombres y mujeres. Y colectivizamos una superficie de tierra equivalente a la mitad de Francia. No pretendíamos otra cosa que hermanar al campesinado con la madre tierra. Combatimos al mismo tiempo contra las dos Rusias, la zarista y la bolchevique, hasta que nos derrotaron. Hubo traiciones internas. Y Trotski envió contra nosotros un ejército de ciento cincuenta mil soldados, nada pudimos hacer. Fusilaron a todo ser vivo que se interpuso en su camino.

Un violento ataque de tos tuberculosa interrumpió su narración.

—Tiene los pulmones enfermos por los años que pasó condenado a trabajos forzados, en tiempos del zar Nicolás II —informó su compañera.

—Pero esa historia ya es vieja, mujer —le quitó importancia Majnó—. Y no salí tan mal parado teniendo en cuenta que inicialmente me querían mandar a la horca. Por «actos terroristas», decían. No había cumplido todavía los dieciocho años, así que me conmutaron la pena por una cadena perpetua en la prisión de Butirka, en Moscú. Un sitio poco recomendable. Cuando uno entraba en una de aquellas celdas sentía como si la mitad de su cuerpo ya estuviera en la tumba.

—Y te soltaron con la amnistía de 1917 —dijo Ascaso para darle pie a seguir.

—Eso es. Los bolcheviques sacaron a la calle a los presos políticos. De aquella todo eran buenas palabras, promesas y esperanza. Llegamos a creernos que podría ser posible construir una patria común en la que los bolcheviques y los anarquistas defendiéramos cada cual lo nuestro sin entrar en conflicto.

—Ya tenemos claro que eso es imposible —afirmó Ascaso—. Los bolcheviques quieren un Estado fuerte, pero la libertad no tiene sitio en ningún Estado. La libertad y el Estado son como el agua y el aceite, no se pueden mezclar.

Majnó le dio la razón con un movimiento vertical de cabeza antes de continuar.

—El caso es que nuestros batallones de obreros y campesinos se las habían arreglado solos para echar a los austroalemanes de Ucrania. Y cuando hube de viajar a Moscú para entrevistarme con Lenin yo ya empecé a desconfiar. Me dijo, en un tono paternalista, que veía a nuestros campesinos contaminados por el anarquismo y que los anarquistas estábamos obsesionados con ganar el futuro, mientras que los bolcheviques se centraban en ganar el presente. La realidad es que ellos buscaban el poder absoluto y no les tembló el pulso para transformar la lucha de ideas en una guerra brutal entre hombres.

El ucraniano detuvo el discurso, como si ya no quisiera seguir recordando. O como si ya hubiera contado todo lo que era digno de ser contado. Durruti y Ascaso se cruzaron una mirada pasajera antes de sacar a comentario el asunto de su salida de Francia.

—El comité que nos está buscando un país de acogida ha contactado con la embajada soviética en París —dejó caer Ascaso—. Dicen que en Moscú estarían dispuestos a acogernos.

La mirada de Majnó se oscureció al escuchar aquel anuncio. Sacudió la cabeza de un lado para otro con una energía que no había mostrado hasta entonces.

—No, no podéis hacer eso —se apresuró a decir—. Si entráis en la Unión Soviética, lo más probable es que ya nunca podáis salir de allí. Os exigirían una declaración pública de sometimiento al poder de los soviets, y a pesar de ello

seguiríais estando bajo sospecha, sois elementos peligrosos para ellos.

—Lo cierto es que no tenemos mucho donde escoger — reconoció Durruti—. Bélgica ya nos ha negado el asilo, Francia no nos quiere, la Italia de Mussolini está descartada... En México, Argentina, Cuba y Uruguay nos busca la justicia por unos trabajillos que hicimos por allí en estos años... Y en Estados Unidos ya vemos cómo están las cosas, con los compañeros Sacco y Vanzetti camino de la silla eléctrica, si nadie lo remedia. Quedan la Unión Soviética o Alemania, pero en Alemania el partido católico que gobierna con los socialdemócratas dice que no está dispuesto a acoger anarquistas implicados en la muerte de un cardenal.

—Si llegamos a matar al rey en vez de a un cardenal nos acogerían sin ningún problema de conciencia —afirmó Ascaso—. Qué fariseos son los gobiernos burgueses, ¿verdad?

Los tres se miraron con complicidad. Durruti recordó en ese momento que Néstor Majnó había escrito poesía en el pasado.

—¿Estás escribiendo algo ahora? —le preguntó.

—No, ya no. Eso que veis ahí pretendían ser mis memorias — dijo señalando hacia un taco de hojas colocadas encima de una cómoda—. El resultado de dos años de escritura nocturna, en las horas de insomnio que me regala la enfermedad. Pero llegué a 1919 y dejé de escribir. Ese año los bolcheviques ejecutaron o deportaron a Siberia a medio millón de ucranianos, bajo la acusación de que colaboraban con los majnovistas. Es doloroso escribir sobre eso. Aunque lo más

doloroso es pensar que tal vez todo aquello no haya valido la pena. Demasiada sangre para regar una derrota.

Durruti llevó la conversación a otro terreno para hacérsela más llevadera a Majnó.

—Néstor, nos han dicho que trabajas en la fábrica de la Renault.

—Sí, aunque ahora estoy de baja por esto del pulmón — respondió.

—Yo también fui obrero de la Renault. En 1917, cuando fracasó la huelga revolucionaria en España y tuve que venirme a París. Y ya ves, diez años más tarde aquí estoy de nuevo.

—Creo que en España tenéis mejores condiciones para poner en marcha una revolución social —retomó la palabra el ucraniano—, allí hay un campesinado y un proletariado con tradición de lucha. Confío en que, cuando os llegue el momento, lo hagáis mejor que nosotros. Majnó nunca ha rehuido ningún combate, así que si sigo vivo cuando empiece el vuestro, que también será el mío, podéis contar con este hombre que os habla, como un combatiente más. Mientras los enemigos de nuestra libertad sigan recurriendo a las armas para reprimirnos nosotros estamos obligados a responderles también con las armas.

Y con eso dio por acabado su manifiesto, que caló en el espíritu de Durruti y de Ascaso como si estuvieran viviendo una irrepetible epifanía. Majnó daba ya señales de fatiga y ellos dos entendieron que era hora de irse. Se despidieron del

comandante del Ejército Negro y de su compañera y su hija, y regresaron a las calles de París, que a esas horas ya estaban cobrando color y calor.

—¿Te has fijado en los ojos de Majnó? —le preguntó Durruti a Ascaso cuando llevaban recorrido medio bulevar—. Tenía la mirada de alguien que ha visto un mundo nuevo y que después lo ha perdido de vista de repente, como si se tratara de un simple espejismo. Debe de ser duro, mucho. Ya no le queda nada.

—No exageres, algo le queda —le contradijo Ascaso—. Tiene una compañera y una hija. Y gente que lo admira y lo respeta. Y le queda la dignidad, esa no se la quita ya nadie a estas alturas de la vida.

—Ya, pero en la tierra por la que luchó y por la que animó a luchar a miles como él la propaganda soviética lo ha convertido en un bandido, un asesino y un borracho. ¿Qué crees tú que puede ser peor, no divisar nunca ese mundo nuevo o llegar a tenerlo ante tus narices y acabar perdiéndolo definitivamente?

Ascaso agachó la cabeza para abstraerse del paisaje urbano de París mientras cavilaba buscando la respuesta a una pregunta tan agria y pesimista como aquella.

—Lo peor es vivir toda una vida sin ni siquiera divisar ese mundo nuevo, aunque sea de lejos —dijo por fin—. Pepe, si alguna vez llegamos a tenerlo al alcance, solo una bala podrá evitar que lo conquistemos.

Durruti metió las manos en los bolsillos, en un gesto característico en él, y caminó un buen trecho sin hablar, reflexionando sobre todo aquello. Después, volviendo a lo inmediato, cayó en la cuenta de que llevaban un día y medio sin tener noticias de su ángel de la guarda veneciano.

—Oye, ¿qué sabemos de Vaporetto? —preguntó a su compañero.

—Anda liado. Está echando una mano en el Comité por la amnistía de Sacco y Vanzetti.

—¿Qué quieres que hagamos esta tarde, maño? —le preguntó a Ascaso rodeándole el cuello con un brazo.

—No sé... ¿Volvemos a pasar por la Librería Anarquista? Si está abierta es gracias a la aportación de Los Solidarios, hay que hacer un seguimiento de nuestra inversión.

—Eh, no te apuntes ese mecenazgo, espabilado —reaccionó Durruti—, que en el golpe del Banco de España tú no participaste.

—Coño, porque estaba preso. Tardasteis demasiado en sacarme de Predicadores. Con lo que me gusta a mí «visitar» bancos...

—Había cosas mucho más importantes que sacarte a ti de la cárcel —le tomó el pelo Durruti—. Déjate ya de monsergas e invítame a un café, que no llevo ni medio franco conmigo.

—No sé cómo te arreglas, pero siempre andas sin blanca.

—Los buenos libertarios no creemos en el dinero —estiró la broma Durruti—. Venga, yo me encargo de buscar un café bonito y tú tiras de cartera. Otro día pago yo.

—Sí, ya me conozco tus pagos en tres plazos: tarde, mal y nunca.

Rentabilizaron al máximo la calderilla que llevaba Ascaso en la cartera, que les alcanzó para comprar el diario anarcocomunista *Le Libertaire*, acompañar su lectura con un par de tazas de café humeante y almorzar a mediodía unas baguettes, el tipo de bocadillo que se estaba popularizando entre la clase trabajadora de Francia y que había nacido, indirectamente, como consecuencia de una conquista laboral. Una ley de 1920 regulaba el horario de trabajo de los panaderos, a los que eximía de tener que trabajar antes de las cuatro de la madrugada. Así es que para poder atender la demanda de pan de los obreros que desayunaban a primera hora para irse a trabajar idearon unas barras que requerían menos tiempo de cocción, porque eran más delgadas, y que acabaron llamando baguettes.

Al caer la tarde, con una luz de bronce barnizando el cielo parisino, atravesaron de nuevo el río Sena y callejearon por el distrito veinte, que ya no iban a abandonar hasta el final del día. Llegaron a los pies del parque de Belleville, el más alto de la ciudad, y por un sendero empedrado subieron la colina con paso atlético para contemplar el París voladizo que rompía la llanura con sus buhardillas y sus tejados y sus chimeneas, y con la estilizada silueta de hierro de la Torre Eiffel, en la que se

alojaba la primera estación de radio que había sido instalada en Francia.

Al descender la ajardinada colina, dirigieron sus pasos hacia el barrio de Menilmontant. Continuaron hasta el número 72 de la calle des Prairies, donde estaba ubicada la Librería Internacional Anarquista, que ya habían visitado en días anteriores. Entraron, saludaron con familiaridad a la librera, Bertha Faver, y se pusieron a hojear volúmenes, siguiendo cada cual su rumbo y sus gustos de lectura. Durante varios minutos, nadie más que ellos tres ocupó el local, hasta que entró por la puertecita de color verde helecho una joven de veintitantos años, con ojos cristalinos y azules como zafiros, de pelo corto, que llevaba un sombrero de campana enfundado casi hasta las cejas. Traía un bolso de mano y vestía una blusa blanca de gasa, falda negra de pliegues y zapatos cerrados sin tacón. Durruti no pudo evitar mirarla y dedicarle una sonrisa mínima de bienvenida antes de devolver la atención a los libros haciéndose el interesante.

La joven llegó hasta el mostrador, charló unos instantes con Bertha y seguidamente comenzó a recorrer la librería en una ruta sin prisa, palpando con la mano la cubierta y los lomos de algunos volúmenes de tapa dura. Al llegar a la altura del hombre de la breve sonrisa de bienvenida, se detuvo sin llamar la atención y miró de reojo la cubierta del libro que sostenía Durruti en las manos en ese momento.

—«En cualquier caso, ningún remordimiento» —leyó la mujer en voz alta—. Un título muy sugerente. ¿Es novela o ensayo?

A Durruti le pilló a traición aquella voz intrusa que rasgaba el silencio litúrgico de libros y estanterías, aunque había percibido su acercamiento por el delicado olor a lavanda que desprendía la chica. «Qué entrometida», pensó sin querer pensarla, porque en realidad aquella pregunta había activado su interés.

—Es una novela sobre Jules Bonnot —respondió el leonés—. ¿Ha oído hablar del personaje?

—Sí, algo sé de él —dijo ella—. Anarquista francés, asaltador de bancos, amante de las armas y de los coches, chófer del escritor británico Arthur Conan Doyle...

—Y el primero que utilizó un auto en un atraco. Un Delaunay Beleville 1908 de veintiocho caballos.

—¿Entiende usted de eso? —preguntó la chica.

—¿De coches o de atracos? ¿A qué se refiere?

—A las dos cosas.

Aquel juego ingenioso de preguntas y respuestas de doble filo le resultó entretenido a Durruti.

—¿Yo? Muy poca cosa —se puso cínico—. Solo lo que he leído en alguna revista gráfica en el casino, señorita...

—Émilienne. O Mimi. Como prefiera —respondió ella ofreciéndole la mano con cortesía pero con firmeza.

—Yo soy Pepe —dijo él correspondiendo al saludo—. Y aquel que anda hurgando por aquellos estantes es mi amigo Paco.

Ascaso saludó con la mano desde el otro extremo del local al oír que se referían a él.

—¿Españoles? —siguió interrogándolo Émilienne.

—Sí. Hemos venido a Francia un par de meses, para trabajar en la vendimia.

Ella frunció la nariz, en un gesto que certificaba su incredulidad.

—¿La vendimia? ¿En París?

—No, en el sur... En París estamos de visita estos días — continuó fabulando Durruti.

—Y dígame, ¿el oficio de vendimiador está perseguido por la ley en España? ¿También en Argentina?

—¿Cómo dice? —se sorprendió Durruti ante aquellas dos preguntas.

—Eso explicaría por qué querían extraditarlos. A ustedes dos y al otro «vendimiador», Gregorio Jover.

Durruti se llevó la mano a la boca para tapar una sonrisa de niño pillo. Se dio cuenta entonces de que era absurdo pretender pasar inadvertidos cuando su caso había alcanzado tanta relevancia judicial, política y mediática.

—Déjelo ya —le aconsejó ella dando una palmada al aire—. No está hablando con una despistada dama de la burguesía parisina que entra por error en una librería anarquista.

En ese momento se les acercó Bertha, que desde el mostrador ya se había percatado de que había buena sintonía entre ellos dos.

—Veo que ya habéis hecho las presentaciones —dijo la librera con una mirada cómplice—. Mimi trabajó como taquígrafa en *Ce qu'il faut dire*.

—Lo que hay que decir —tradujo Durruti el nombre del periódico como si estuviera pensando en voz alta—. El periódico anarquista que se repartía en las trincheras exigiendo la salida de Francia de la Gran Guerra.

—Ese mismo —añadió Bertha—. Y participó muy activamente en la campaña de propaganda para lograr vuestra libertad.

Al escuchar esos apuntes del currículum de la chica, Durruti se sintió avergonzado por la broma que le había intentado gastar acerca de su identidad. Tenía que hacerse perdonar de alguna forma.

—¿Te interesa la historia de Bonnot, compañera? —preguntó pasando al tuteo y dándole ya trato de correligionaria—. Me gustaría regalarte el libro.

Sin paciencia para esperar la contestación de Émilienne, sondeó con una mirada a Ascaso antes de soltarle una voz.

—¡Paco, afloja cinco francos!

—¡Anda y que te den! —le respondió su compañero devolviéndole el grito—. Cinco francos... Si quieres los pinto, pero vas a tener que darmelos los pinceles. Gastamos lo último que nos quedaba en los bocadillos, bien lo sabes. Además, ¿cómo era eso de que los buenos libertarios no creemos en el dinero?

—Vale, no pasa nada. Me da la impresión de que aquí nos fiarán, por los servicios prestados —dijo Durruti mirando a Bertha con gesto dulce—. Podemos firmar un pagaré a nombre de Los Solidarios, si hace falta.

Bertha sonrió y le hizo una señal, abriendo y cerrando la palma de la mano repetidamente, para que le acercara el libro al mostrador y así poder envolvérselo.

—Yo en realidad solo venía a ver a mi amiga Bertha —se justificó Émilienne—. Pero te agradezco el regalo.

—¿Qué piensas de personajes como Bonnot? —le preguntó Durruti.

—A Bonnot lo mató la policía. Y tres miembros de su banda acabaron en la guillotina. ¿Consiguieron algo con las armas? ¿No crees que el Estado lleva las de ganar en ese escenario?

—Depende del punto de vista —respondió Durruti—. De todas formas, espero que te guste el libro.

Se intercambiaron una mirada fresca y profunda, como una corriente de agua subterránea. Bertha aflojó la luz de la librería, señal inequívoca de que había llegado la hora de cerrar. Ella y Ascaso estaban apoyados a ambos lados del mostrador, charlando en un tono confidencial. Durruti se preguntó en ese instante si era posible que la vida les concediera una tregua en mitad de una era tan feroz como aquella.

Sea como fuere, aquella mañana había brillado para ellos el verano de París. Y aquella tarde nacía un idilio entre Francisco Ascaso y Bertha Faver. Y una historia de amor entre Émilienne Morin y Buenaventura Durruti, a prueba de exilio y de guerra, que iba a durar más que una vida, una vida y media.

X

Una docena de hombres con caras serias rodeaban la mastodóntica mesa ovalada de madera de caoba. Los que ostentaban cargos de menor rango —secretarios de Estado y directores generales— habían decidido guardar silencio, un silencio evasivo, a la espera de que fueran sus superiores los que iluminaran el camino con alguna propuesta ingeniosa, alguna frase que actuara como vacuna oral contra el brote de pesimismo que se había propagado por aquel asunto. Pero los tres ministros se iban pasando la mirada entre ellos, en una especie de ruleta rusa visual para rifarse el muerto. Cuando el mutismo ya empezaba a ser incómodo, el titular de Interior, el anciano Albert Sarraut, se sintió obligado, por veteranía más que por el cargo, a tomar la palabra.

—Señores secretarios, subsecretarios y directores generales, les pido que nos dejen a solas a los ministros —dijo en un tono de voz que sonó más a ruego que a orden—. Este delicado asunto hemos de resolverlo al más alto nivel y con la máxima reserva.

Los mandos medios de los tres ministerios, que llevaban varios días sometidos a presión para tratar de encontrar una

solución, acogieron aquella frase liberadora del mismo modo que los caballos de un hipódromo acogen el pistoletazo de salida. Archivaron los papeles en sus carpetas apresuradamente y abandonaron la sala a galope tendido antes de que alguno de los otros dos ministros intentara desautorizar a Sarraut y declarara salida nula en aquella carrera de subordinados en fuga.

El último de los cargos medios que salió del salón cerró la puerta ahorrándose la despedida. Dos de los ministros se levantaron de la mesa monumental y se sentaron en las sillas más cercanas a su colega, para no tener que hablar a un volumen de voz arriesgado.

—No me resisto a preguntarte dónde vas a pasar las vacaciones este año, Albert —comentó Paul Painlevé, ministro de Guerra.

—Repito sitio, en la Borgoña. Suponiendo, claro está, que seamos capaces de solucionar antes este engorroso tema —advirtió Albert Sarraut con un rechinar de dientes—. Falta una semana para agosto y nuestras vacaciones están en el aire, queridos colegas.

El silencio aterrizó de nuevo sobre la mesa, que ahora, con tres hombres solos en un extremo, se veía aún más grande y desangelada.

—¿Qué sugieres tú, Albert? —abrió fuego el ministro de Guerra—. No deja de ser un problema tuyo. Yo estoy aquí más bien por deferencia. O por hacer bulto, como prefieras considerarlo.

—¿Cómo que es mi problema? Querrás decir que es un problema del Consejo de Ministros, del Gobierno y de la República Francesa —se puso en guardia el ministro policial.

—Está bien, no te enfades, llevas razón —admitió el responsable de la política castrense—. Pero tendrás que reconocer que el que menos pincha y corta en este embrollo soy yo.

A no ser que estéis pensando en que meta a esos tres anarquistas en un buque de guerra y los mande a la Polinesia francesa a pelar cocos.

—No hará falta ir tan lejos —insinuó Aristide Briand, ministro de Asuntos Extranjeros.

Las caras de sus dos colegas se volvieron hacia él. Observaron, como víctimas de un sortilegio, la boca incandescente del puro que estaba chupando Briand, a la espera de que ampliara la información. Pero al ministro del Quai d'Orsay, ávido lector de Agatha Christie, en ocasiones le gustaba imitar a los personajes más intrigantes de las novelas de Hércules Poirot y no soltó prenda en esa primera intervención.

—Habla ya, Aristide —lo apremió el titular de la cartera de Interior—. ¿Han tenido éxito tus gestiones? ¿Algún país acepta acoger a esos tres?

—No, ningún país —contestó el jefe de la diplomacia para no alimentar falsas esperanzas—. Hoy me he entrevistado de nuevo con el embajador de Bélgica y he mantenido una

conferencia telefónica con su ministro, pero la respuesta sigue siendo la misma. No quieren pistoleros anarquistas en la pequeña y apacible Bélgica.

—¿Entonces de qué estás hablando? —disparó el ministro de Guerra—. ¿Qué estás tramando?

—Estaba recordando que el primer episodio de la Gran Guerra fue la invasión de Bélgica por los alemanes. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, hombre, sí... ¿Pero qué quieres decir con eso? —se impacientó el ministro castrense.

—Que si los belgas sobrevivieron a la invasión de sesenta mil alemanes belicosos y de malas pulgas no me parece a mí que la ocupación de su territorio por tres anarquistas españoles pueda resultar un factor desestabilizador para la pequeña y apacible Bélgica.

Paul Painlevé y Albert Sarraut confirmaron con un cruce de miradas que ninguno de ellos tenía idea de dónde quería llegar el críptico Aristide Briand. Él se dio cuenta y vio llegado el momento de desvelar el misterio.

—Lo que yo propongo es que a esos tres...

—A esos dos —lo corrigió el ministro de Interior—. Gregorio Jover se ha esfumado. Se lo ha tragado la tierra. Sospechamos que los anarquistas franceses le han buscado una nueva identidad para que se quede en Francia.

—O se ha enrolado en la Legión extranjera. Muchos lo hacen —especuló el ministro de Asuntos Extranjeros.

—¿Un anarquista legionario? Aristide, querido amigo, el calor del verano está guisándote el cerebro —le puso en evidencia su colega de Interior—. La primera vez que detuvieron a Durruti en España fue como prófugo del ejército, le formaron un consejo de guerra por no presentarse a filas. En cualquier caso, yo no voy a destinar ni un solo gendarme a dar con el paradero de ese Jover. Si no volvemos a saber de él nunca más, mejor. Un problema menos.

—Correcto tu razonamiento, Albert —le dio la razón Painlevé—. Acaba de una bendita vez, Aristide.

El ministro de la diplomacia se hizo aún de rogar. Se puso en pie y comenzó a caminar en círculos mientras marcaba con las bocanadas intermitentes del puro unas señales de humo que parecían mensajes en código morse.

—Lo que yo propongo es que a esos dos los pasemos...

—Por las armas, que los pasemos por las armas —volvió a interrumpirlo el ministro de Interior—. ¿Eso es todo lo que se te ocurre? Ojalá pudiéramos.

—Nooo, déjame hablaaar... —respondió contrariado el titular de Asuntos Extranjeros—. Lo que quiero decir es que los pasemos al otro lado de la frontera belga. Hoy mismo. Esta misma noche. Por supuesto, en una operación invisible, inexistente, indemostrable, imperceptible...

La propuesta dejó in albis a sus compañeros de gabinete. Aristide Briand siguió exponiendo su plan.

—La operación tiene que correr por tu cuenta —dijo mientras encañonaba con su puro al ministro de Guerra—. Tres o cuatro militares sin galones ni uniforme que conozcan bien el territorio de frontera. Lo único que han de hacer es franquearles el paso, vigilar, sacar el pañuelo de despedida y dar media vuelta. Es sencillo, hasta un tonto lo podría hacer.

—¿Sencillo, dices? ¡Tú los tienes cuadrados, Aristide! — reaccionó el ministro de Interior saltando de su asiento como un resorte—. Si hacemos eso y sale a la luz, vamos a dinamitar las relaciones diplomáticas con Bélgica para las próximas dos o tres generaciones.

—La idea es que nunca salga a la luz —explicó el autor del plan—. Y yo, qué queréis que os diga, prefiero poner en riesgo las relaciones con la pequeña y apacible Bélgica que con España. Si esos anarquistas no abandonan Francia en el plazo establecido tendremos que detenerlos nuevamente, y eso supondría reactivar el conflicto diplomático con el Gobierno de Primo de Rivera, que seguiría presionando para lograr la extradición. España está en manos de un presidente liberticida y de un rey libertino, pero no deja de ser un aliado para garantizar la estabilidad en nuestros territorios de Marruecos. No es preciso que os recuerde que compartimos con España intereses coloniales en el Rif.

Los tres callaron. Aristide Briand esperaba el veredicto. Paul Painlevé y Albert Sarraut estaban sopesando el riesgo y la

oportunidad que ofrecía aquella eventual solución. El ministro de Guerra acabó dando un paso al frente.

—Puede hacerse. Tengo hombres que pueden hacerlo —aseguró sacando pecho—. Pero que quede claro que el mérito, si tenemos éxito, o la responsabilidad, si fracasamos, los compartiremos los tres.

A Sarraut le faltó tiempo para sacudir la cabeza en un gesto elocuente de negación antes de decir:

—Ni lo sueñes, Paul. Si algo sale mal, salvese quien pueda. Esta operación es secreta y, por tanto, extraoficial.

—Quiero al menos el aval del primer ministro —siguió batallando Painlevé para lograr el blindaje político.

—Sí, el aval de Poincaré lo tendrás, no te preocupes, pero de palabra solo —prosiguió el responsable de Interior—. Si se tuercen las cosas no tengas la menor duda de que te va a echar a los leones de la Asamblea Nacional. ¿Por qué crees que no está aquí ahora? Se ha sacado de la manga una gira oficial de cinco días por el África ecuatorial para lavarse las manos en este asunto. Lo único que quiere es que esté resuelto cuando él vuelva, le da igual cómo.

—Estamos olvidándonos de un detalle importante —apuntó el ministro de Guerra—. ¿Y si los anarquistas españoles no están dispuestos a colaborar con su silencio? ¿Qué pasa si no quieren irse a Bélgica o si una vez allí van soltando a los cuatro vientos que los hemos infiltrado en el país de forma ilegal?

—Olvídate de eso —intervino el ministro de Asuntos Extranjeros—. Van a colaborar, ellos tampoco tienen alternativa. O pasan a Bélgica o acabarán, muy probablemente, en la Unión Soviética peinándole el bigote a Stalin. Y ese sí que no entiende de garantías procesales ni de principios constitucionales.

Con esas Painlevé se quedó ya sin munición para defender su posición. Lo único, pensó, si acaso podría ganar algo de tiempo.

—De acuerdo. Yo asumo el riesgo por la parte que me toca —confirmó con voz engolada—. Lo único innegociable son los plazos. Necesito cuarenta y ocho horas para montar la operación con garantías.

—Concedidas —contestó Sarraut rápidamente para que su colega no tuviera tiempo de reconsiderar su ofrecimiento.

—Sí, no queremos que sea una chapuza. Hay que hacerlo bien —añadió Briand sin aportar nada—. Entonces... ¿ya puedo alquilar la casa de campo para las vacaciones de agosto?

Durruti, Ascaso y sus acompañantes sin identidad llegaron a la cabaña, a pocos kilómetros de la frontera, avanzada la tarde. Apuraron las últimas horas de luz solar conversando de temas de poca enjundia, hasta que la oscuridad de la noche sin luna confundió los contornos de aquel paraje. Tres militares de paisano los llevaron a paso de desfile hasta la intangible frontera de los dos países francófonos y allí les entregaron una cantimplora llena de agua y un zurrón con pan, queso y fruta, un discreto fajo de billetes de francos belgas, una brújula militar a la que habían rascado los distintivos del ejército y una

lámpara de carburo. Los hombres sin nombre se despidieron de ellos con un apretón de manos, deseándoles una buena excursión nocturna. Después vigilaron su marcha tan solo unos metros, hasta que la oscuridad engulló a los dos anarquistas en fuga, a los que por fin perdía de vista la Tercera República Francesa.

Tanteando el terreno con la lámpara para no pisar en falso, Ascaso y Durruti caminaron con rumbo fijo en aquella noche ciega de luna, arrumados por los sonidos zoológicos y por las fragancias botánicas de los bosques de Bon-Secours, entre hayas, robles y un laberinto fresco de corrientes y riachuelos. Tardaron un par de días en presentarse en Bruselas, donde ya estaban informados de su llegada varios libertarios belgas, que les dieron ropa y alojamiento. Allí recibieron la mala noticia de la ejecución, en la prisión estadounidense de Boston, de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. Las huelgas obreras, las manifestaciones pacíficas, las vigilias nocturnas en los cinco continentes, las cartas de petición de clemencia, los artículos de prensa, los actos de boicot, los sabotajes contra objetivos estadounidenses... nada de todo aquello había servido para salvar la vida de los dos anarquistas italoamericanos, condenados a muerte, en un juicio sin garantías, por un robo a mano armada habido en las oficinas de una fábrica que dejó un balance de dos muertos, un cajero y un vigilante.

Pocos días después, en uno de sus inocentes paseos matinales por la capital belga, cerca del jardín de Mont des Arts, la policía identificó y arrestó a Durruti y a Ascaso. No pasaron mucho tiempo detenidos. Los devolvieron a territorio francés discretamente y, tras ello, las autoridades belgas

informaron a las francesas por conducto extraoficial de aquel pago con la misma moneda que acababan de hacer. En Francia se activó el protocolo habitual de registros, redadas y vigilancia en ambientes anarquistas para intentar dar con ellos. París se convirtió para Ascaso y Durruti en una enorme ratonera por la que no podían caminar sin miedo a pisar alguno de los cepos que estaba montando para ellos la policía. Sus contactos locales decidieron alejarlos de la capital. Una entusiasta militante pacifista, Emile Bouchet, les dio cobijo en su casa de Joigny, cantón de la región de Borgoña, a orillas del río Yonne, muy cerca del lugar donde apuraba sus vacaciones de verano el ministro de Interior, aunque ni Albert Sarraut ni Francisco Ascaso ni Buenaventura Durruti llegaron a descubrir esa sorprendente coincidencia.

De nuevo el destino barajaba y repartía las cartas, y la buena estrella de Los Solidarios ganaba la mano y se llevaba la baza, aunque aún quedaba mucha partida. Medio año más tarde, en febrero de 1928, los detuvo la policía francesa en Lyon, ciudad a la que habían viajado para participar en un congreso de anarquistas españoles en el exilio. Cumplieron seis meses de prisión en aplicación de una ley de extranjería y del presidio pasaron directamente a un nuevo exilio, primero en Alemania y desde allí otra vez a Bruselas, donde por fin se desembarazaron de la etiqueta de clandestinos. El Gobierno belga autorizó su presencia en el país con la insólita condición de que asumieran una identidad falsa para no hacer ruido. En la distante España, mientras, la dictadura de Primo de Rivera, y con ella el reinado de Alfonso XIII, comenzaban a descomponerse.

XI

En ocasiones, cuando se abonaba al humor fácil, mi redactor-jefe echaba mano de su repertorio de chistes recurrentes, en el que había uno sobre mi coche, un Citroen 2CV al que solía llamar carromato. «No te ofendas, Liberté, pero como tu automóvil tiene solo dos caballos hay que considerarlo un carromato, porque para ser diligencia debería tener por lo menos cuatro», me dijo en una ocasión. «Si tengo que ofenderme por algo —le respondí con el semblante nublado— no va a ser porque te burles de mi coche, sino por cambiarme el nombre. Soy Libertad, no Liberté. El nombre es una de las pocas cosas que no le debo a Francia, sino a mi madre, una refugiada española.» Matthieu Lalonde, ya lo he dicho, era un buen periodista y una buena persona; el buen periodista sintió la necesidad de preguntar para descubrir qué había detrás de aquella reacción exagerada, pero la buena persona sabía que me sangraba el alma cuando tenía que hablar de algunos aspectos de mi pasado. Así es que se disculpó por aquel comentario, yo me disculpé por mi reacción y ambos pasamos página.

Había llegado el momento de viajar a Quimper. Matthieu no se interesó en saber en esa ocasión si tenía pensado hacerlo en mi «carromato» de tres puertas y color vainilla, aunque ya se lo imaginaba. Mi jefe me había puesto un límite de doscientos

francos de gastos y dos días de ausencia de la redacción para aquella escapada informativa y, por lo tanto, tocaba hacer de la necesidad virtud. Le pedí a mi «dos caballos» que trotara hasta el fin de la tierra francesa con brío, porque íbamos al encuentro de un personaje emparentado con la historia, con aquella historia que de alguna manera formaba parte de la mía.

Salí de París a primera hora de una mañana fría de noviembre, con el depósito de combustible lleno, y a media tarde, un poco antes de lo previsto en mi plan de ruta, ya estaba circulando por el departamento de Finisterre. Recorrió los seiscientos kilómetros de carretera sin separar las manos del volante y sin apartar la mente de la entrevista que me esperaba aquel mismo día. Y en esas horas de conducción solitaria pensé que quizá me había hecho demasiadas ilusiones con aquel encuentro. Era posible que aquella mujer tuviera la intención de contarme cosas nunca dichas hasta entonces, pero también era posible que, con ochenta y cuatro años cumplidos, ya no le respondieran los recuerdos de fechas y hechos sobre los que el paso del tiempo había echado la losa de medio siglo. Cuando divisé, a tiro de ballesta, las agujas de granito de las torres de la catedral gótica de Saint-Corentin despuntando entre las casas de la ciudad medieval de Quimper supe que ya no iba a tardar mucho en salir de dudas.

Atravesé el río Odet por el puente Max Jacob, al que da nombre el poeta y pintor bretón y judío, amigo de Picasso, muerto en el campo de concentración de Isla de Francia. Aparqué delante de una crepería. Entré y pregunté por la calle Providence, con la esperanza de que no cayera a desmano. La mujer que me dio las indicaciones, camarera o propietaria del

restaurante, no sé, me dijo que estaba a solo tres manzanas de allí. Dejé el coche donde lo había aparcado y caminé hasta el lugar. El océano Atlántico comenzaba a una decena de kilómetros de allí en línea recta y el aire llevaba impregnado un aroma de mar. Los edificios aportaban el olor a piedra y a madera húmeda propia de una urbe con siglos de vida y lluvia sobre sus hombros. Llegué al lugar que buscaba y me detuve a la altura del número 63. Era una casita de dos plantas, de fachada grisácea y tejado de pizarra. En la puerta, recién pintada en un tono frambuesa, había un picaporte de bronce con forma de puño. Di con él tres golpes y esperé. Y reconocí, por alguna fotografía que había visto recientemente, a la mujer que acudió a abrir. Era la hija, solo unos años mayor que yo. Ella tenía entonces cincuenta y cuatro, yo acababa de cumplir los cuarenta y nueve.

—Hola, soy Colette —se presentó.

—Hola. Libertad Casal, redactora de *Le Nouvel Observateur* —respondí.

Nos besamos con complicidad y diría que también con cercanía, esa cercanía que, no sé por qué, de vez en cuando surge por generación espontánea entre personas que acaban de conocerse.

—No te esperábamos hasta más tarde —confesó.

—Había poco tráfico, el viaje me ha llevado menos de lo previsto.

—¿Vienes sola? —preguntó, y sacó la cabeza hacia la calle para comprobar que no había nadie más, rezagado, antes de cerrar la puerta.

—Sí, no he podido traer reportero gráfico de París, hay mucha actividad informativa estos días —le conté como excusa—. Hará las fotos un fotógrafo local, ha quedado en ponerse en contacto telefónico con vosotras para buscar el día y la hora que mejor os venga.

—No hay problema. Émilienne está en el salón, la primera puerta a la izquierda —me indicó.

Atravesé el pasillo de la modesta vivienda disfrutando de la transición aromática entre el olor a humedad de la calle y el aroma hogareño a café y magdalenas caseras recién hechas.

—Buenas tardes, Libertad. Pase y siéntese. Está usted en su casa —dijo Émilienne Morin mientras se levantaba del sillón de escay para darme un beso.

—Hola. No me trate de usted, haga el favor —le pedí.

—Ni tú a mí. Y llámame Mimi.

—De acuerdo —convine con ella—. Pero a la hora de escribir la entrevista el trato ha de ser de usted. Cuestión de estilo periodístico, ya sabes.

Mimi abrió los brazos y los plegó haciendo sonar las palmas de las manos para darme a entender que eso ya le daba igual.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó.

—Bien, pero se hace largo para una persona sola al volante —comenté—. Está lejos Quimper.

—Depende del punto de vista. Para nosotros lo que está lejos es París y no al revés, lo vemos desde nuestra perspectiva. Y ya no te digo nada de Marsella o Montpellier... A mi edad eso ya parece un viaje espacial.

Agradecí el sentido del humor y la vitalidad de aquella mujer. A pesar de que las arrugas dominaban su rostro, sus ojos emitían una potente señal de vida. Tenía una cabellera plateada pero vigorosa y poblada como un campo de espigas. Su aspecto, en general, era saludable.

—Confío en que no hayas venido a Bretaña solamente para hablar conmigo —manifestó mientras cogía el encendedor para encender el cigarrillo de tabaco negro que se había llevado a los labios.

Me chocó aquel comentario déjà vu. Era prácticamente el mismo que me había hecho Andrés Tudela tres meses antes en el Centro Español en Moscú, aunque la intención de uno y otro parecían bien diferentes.

—Sí, es el único motivo de mi viaje —respondí ante su sorpresa—. Ya sabes que el año que viene se cumplirán cincuenta años de la muerte de Durruti y, por suerte o por desgracia, las efemérides son una de las materias primas del periodismo.

—Lo sé —dijo ella con un aire amargo—. Ahora es un personaje de leyenda, sobre todo en España. Me disgusta.

—¿Por qué te disgusta? —pregunté, por interés personal más que profesional. Todavía no había comenzado la entrevista.

Mimi ajustó con dos dedos de una mano las gafas de montura ancha y oscura, y alargó la mirada hacia su hija, que estaba de pie, apoyada en el marco de la puerta del salón, escuchando con atención.

—Colette visitó España con dieciocho años, en los tiempos más duros del franquismo —afirmó—. Tuvo que responder a mil preguntas de la policía al entrar en el país y no dejaron de vigilarla hasta que abandonó España, como si se tratara de una delincuente peligrosa. Pero, cuando ya se iba, un miembro de la Policía Armada burló aquella cuarentena ideológica que le habían impuesto a mi hija, se acercó a ella y le dijo en voz baja: «Tu padre era un hombre que tenía lo que hay que tener».

—Pero eso es un halago, un reconocimiento...

—Sí y no. Él y otros hablaban y hablan de Durruti en esos términos porque está muerto. Si viviera, habría que ver qué pensarían y qué dirían. Muchos de esos mismos iban a verlo como un enemigo y una amenaza, y probablemente preferirían verlo muerto.

Colette, desde la puerta, también quiso dar su testimonio de aquel episodio de juventud.

—Tengo mal recuerdo de aquel viaje —reconoció—. Al cambiar de tren en la frontera para entrar en España ya había dos policías esperándome en el vagón para hacerme preguntas y más preguntas. En Madrid tuve que presentarme tres veces en la Dirección General de Seguridad, me seguían por la calle a todas horas sin disimular siquiera... Después de aquello, no volví a España hasta después de la muerte del dictador.

—¿Y tú, Mimi? —dirigí la pregunta a Émilienne— ¿Has vuelto alguna vez desde 1938?

—Solo una. En 1961 estuve en León visitando a Rosa, la hermana de Pepe. Eso sí, nunca perdí el contacto con los anarquistas españoles que han vivido refugiados en Francia todos estos años.

Colette desapareció pasillo adelante y en poco tiempo regresó con una bandeja de bambú con rebordes en la que traía una cafetera, dos tazas, una jarrita de leche, un azucarero y un plato con media docena de magdalenas. Lo desplegó todo en la pequeña mesa con mantel estampado y nos hizo una señal para que fuéramos a sentarnos allí.

—¿Cómo quieres el café, Libertad? —me preguntó la hija agarrando el mango de la cafetera italiana.

—Con una nube de leche nada más. Gracias.

Aproveché el hueco que los bártulos de la merienda dejaban libre en la mesa, entre Mimi y yo. Abrí el bolso de bandolera y fui colocando las tres herramientas de trabajo: una libreta de

muelle y cuadrícula, un bolígrafo de tinta azul y la grabadora de mano con el casete de sesenta minutos ya preparado.

—Os voy a dejar. No me necesitáis y tengo cosas que hacer en mi casa —anunció Colette.

Besó a la madre en la mejilla con ternura y se despidió de mí con una sonrisa, dándome las gracias por la visita y deseándome buen viaje de regreso a París.

—Colette vive cerca de aquí —me dijo Mimi cuando ya se había ido—. Está casada desde hace más de treinta años. Con Roger, un buen hombre. Poca gente sabe de quién es hija. Ella está orgullosa de su padre, pero no quiere que la atosiguen. Y desde que se casó ya no lleva el apellido Durruti, sino el del marido, Marlot. Me han dado dos nietos muy hermosos.

Asentí y bebí un sorbo de café.

—¿Tú tienes pareja, Libertad? —me preguntó Mimi. Aquello inauguraba la fase de confidencias.

—No, por suerte o por desgracia no. Tuve una que valió por todas —me sinceré con ella—. Di mucho y recibí mucho de él, pero la rutina fue doblegando al amor silenciosamente. Y después de aquello me quedé sin valor, y también sin ganas, de buscar otra relación seria.

Mimi me observó con la mirada inmóvil, como si no supiera qué decir en ese instante. Tuve la sensación de que le había impresionado mi franqueza y de que iba a corresponderme contándome ella también alguna confidencia. Le pedí permiso

para grabar la entrevista, apreté la tecla, el piloto rojo se encendió y los carretes comenzaron a girar.

—Te entiendo. Yo no me uní a ningún otro hombre después de él. Hubo aspirantes —reconoció con coquetería—, pero la «sucesión» no era fácil. Con la muerte de Pepe perdí algo irreemplazable en mi vida. Puedo decirte que nuestro amor duró una vida y media, la media vida que él vivió y la vida entera que yo tuve la suerte de vivir por los dos.

—¿Cómo os conocisteis? —le pregunté.

—Fue en la Librería Internacional Anarquista de París. Yo nací en Países del Loira, en Angers, aunque mi familia se mudó a París siendo yo una cría. Mi padre era anarcosindicalista, un obrero de la construcción, y desde muy joven yo también frecuenté esos círculos y esas ideas.

—¿Lo de la librería fue un flechazo? —me atreví a etiquetarlo. Pero después, al escuchar la grabación, me pareció una pregunta frívola y la eliminé de la entrevista.

—Llámalo como quieras. Él me miró, yo lo miré... et voilá. Yo había estado casada con un anarquista italiano, pero la cosa no funcionó y nos divorciamos al cabo de dos años. Con Pepe no hubo boda, fuimos coherentes con nuestro ideario. No quisimos pasar por ningún registro para oficializar nuestra relación. Eso de imponerles papeles a los sentimientos no iba con nosotros.

Mimi acabó el cigarrillo y aplastó la colilla en el cenicero de vidrio. La última bocanada de humo se esparció por el aire

como vaho, a cámara lenta. Ella volvió a mirar hacia mí a la espera de otra pregunta.

—¿Y cómo evolucionó la relación desde aquel primer encuentro? —continué.

—Un poco a trompicones, porque él no podía dar un paso sin que la policía mandara sus antecedentes penales detrás de él. Seguimos viéndonos hasta que lo expulsaron de Francia. Después me escribía desde Bélgica, desde Alemania... Estando en Bruselas por segunda vez ya me pidió que fuera a vivir con él. Y en aquel periodo se puede decir que llevamos la vida de una pareja normal y corriente. Él trabajaba como mecánico y poco más, porque las autoridades belgas habían amenazado con expulsarlo del país si participaba en actividades políticas o sindicales. Yo lo aficioné a leer libros de autores clásicos de la literatura francesa y él compartía conmigo sus vivencias del pasado, aunque era reacio a revelar algunas de las cosas que había hecho. Tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—Del juicio ético que yo pudiera hacer.

—Fueron los años de mayor estabilidad y de mayor tranquilidad para vosotros, me imagino.

—Sí, dejando aparte el grotesco caso italiano —contestó—. La policía belga sometió a Pepe y a Paco a investigación y a interrogatorio porque un periódico los relacionó con un anarquista italiano que estaba preparando un atentado contra

el ministro de Justicia del Gobierno de Mussolini. Pero la cosa quedó en nada.

—¿Y cómo era Durruti en las distancias cortas, en la vida familiar, en el día a día...? —le pregunté.

—No era perfecto, porque nadie lo es, ¿verdad que no? Pero tenía una simpatía y un sentido del humor especiales. Era una de esas personas que ríen por dentro, no sé si me entiendes. Cuando me presentaba a alguno de sus compañeros, solía decir: «Ella es sindicalista... a secas». Y sabía que no era así, pero le gustaba tomarle el pelo a todo el mundo, aunque sin maldad, sin ánimo de ofender.

Hice una pausa para acabar el café, que ya se me había enfriado. Miré hacia el mueble de salón que tenía a mi derecha y vi en él, entre las fotografías con marco y pie que ocupaban uno de los estantes centrales, una imagen en blanco y negro en la que estaban Durruti, Émilienne y Colette con la apariencia de una familia cualquiera de clase media de los años treinta. Durruti llevaba un sombrero Fedora claro, con una cinta negra, gafas de montura gruesa, un abrigo largo, pajarita, pantalones de pernera ancha y zapatos negros y resplandecientes. Miraba a la cámara con rostro serio mientras sostenía en el cuello a la pequeña Colette. La cría, con falda, chaquetón oscuro y gorro de lana, observaba desde las alturas a su madre, a la izquierda de la foto, cubierta con un largo abrigo de paño a cuadros, que le agarraba una manita a la pequeña.

Mimi se percató de que aquella fotografía antigua captaba toda mi atención en ese momento y me dio una serie de datos sobre la imagen.

—Está hecha en Barcelona, en febrero de 1936, cuatro meses antes de que empezara la guerra civil —me dijo—. Fue nuestra última fotografía juntos. En mayo, viendo que la situación política empeoraba, enviamos a Colette a París con mi madre y allí se quedó.

Seguí mirando aquella imagen que me hacía viajar en el tiempo y Mimi se animó a añadir un detalle personal.

—Pepe acababa de estrenar ese abrigo —aseguró—. Tuve que pelear con él dos semanas para poder comprárselo. Era un hombre espartano, no quería gastar dinero en sí mismo, siempre veía cosas y causas más necesitadas de dinero que él. Recuerdo que ese abrigo costó ochenta y cinco pesetas, en los Almacenes Alemanes, que estaban en la calle Pelayo de Barcelona.

Mimi tenía una memoria prodigiosa. Era de esa clase de personas que son capaces de ir levantando acta de los detalles pequeños y cálidos de la vida cuando el Mundo, con mayúscula, tiembla y se derrumba a su alrededor. Nunca supe si se trata de un mecanismo de defensa del ser humano ante la hecatombe o, sencillamente, de seres humanos bendecidos por el optimismo, gente capaz de hallar y de atesorar el lado hermoso de la vida incluso en los peores días y en los escenarios más crueles.

Desligué mi mirada de la fotografía y continúe la entrevista diciendo:

—Para seguir un orden cronológico, háblame del regreso a Barcelona después de esos tres años largos en Bruselas.

—Pepe ya había hecho alguna visita clandestina a España, no podía mantenerse al margen de lo que ocurría allí. Con la proclamación de la República nos fuimos los dos a vivir a Barcelona. Él y Ascaso se marcharon en cuanto escucharon por la radio la noticia de que Alfonso XIII abandonaba España, y en Bélgica nos quedamos las mujeres. Yo aún tuve que esperar unas semanas, para el papeleo y para embalarlo todo y mandarlo a Cataluña. En la mudanza perdí una caja con todos mis libros, entre ellos uno al que le tenía mucho cariño, uno sobre Bonnot.

—¿Jules Bonnot? ¿El de la Banda de Bonnot? —pregunté.

—El mismo. Aunque lo más duro no fue perder los libros, sino el hecho de que en aquel momento me di cuenta de que se estaban acabando los que fueron, desde un punto de vista egoísta, los tres mejores años de mi vida. Seguimos queriéndonos, pero su vida de militante iba a dejar a partir de entonces muy poco tiempo para nosotros. Yo ya contaba con eso cuando acepté irme a vivir con él.

Mimi encendió otro cigarrillo y se disculpó por su adicción a la nicotina.

—No te voy a engañar. Cuando salgo a la calle o estoy en casa de Colette prácticamente no me acuerdo de esto —dijo

levantando el cilindro de tabaco—, pero aquí fumo como un carretero. Me imagino que es un efecto secundario de la soledad.

Nunca he fumado, pero respondí con un gesto comprensivo. A fin de cuentas, estaba en su casa.

—Seguimos en 1931. Aquel mismo año nació Colette — indiqué.

—Sí. Puede decirse que Colette es republicana a todos los efectos: nació en la República Española y vivió desde muy niña en la República Francesa. Llegué a Barcelona embarazada de dos meses. Me habían dicho que allí no llovía casi nunca y yo le había regalado mi impermeable a una compañera en Bruselas antes de partir para aligerar el equipaje, pero cuando llegué a Barcelona estaba lloviendo a cántaros.

—Por lo que tengo entendido, fueron tiempos de apuros económicos para vosotros.

—Sí, fueron los años de mayor penuria. Pepe pasaba más tiempo detenido o preso que en casa, y cuando estaba en libertad todo eran congresos, reuniones, mítines, asambleas, manifestaciones... Daba la sensación de que no le preocupaban demasiado nuestros problemas de economía doméstica y eso yo no lo llevaba muy bien. A él era difícil que lo contratara algún empresario, estaba en todas las listas negras de la patronal. Salimos adelante con la ayuda de algunos compañeros de la CNT, con el dinero que enviaban mis padres desde Francia y con los trabajos que yo iba encontrando. No

podía ejercer de taquígrafo por la barrera del idioma, así que empecé lavando botellas en la fábrica de Cinzano.

—¿La marca italiana de vermú? —pregunté.

—Sí, tenía fábrica en Barcelona. Más tarde entré a trabajar de taquillera en el Teatro Goya. Y ya ni me acuerdo de las veces que tuvimos que cambiar de casa por no poder pagar el alquiler: Horta, Sants, El Clot, una habitación en casa de García Vivancos, que también era de Los Solidarios, después un piso compartido con Ascaso...

La tecla de la grabadora saltó. Abrí el cajetín, le di la vuelta a la casete y seguí grabando.

—Disculpa, Mimi, ya podemos continuar —le dije—. Llegamos al estallido de la guerra civil. ¿Cómo lo vivisteis?

—Pepe y los demás sabían que iba a haber un golpe militar y estaban preparándose para responder. Él en casa no hablaba mucho de sus actividades y había cosas de las que estaban al corriente todos menos yo. Por ejemplo, el entrenamiento con armas de fuego en los meses anteriores a julio de 1936. Tenían un campo de tiro en los alrededores de Barcelona.

—Se inició la guerra y la reacción de los anarquistas fue determinante en Barcelona. Y después Durruti partió con las milicias hacia Aragón —resumí los hechos para darle pie a que siguiera.

—Sí, la famosa Columna Durruti. La equiparon con poco tiempo, pero con mucha voluntad. El día que salían, después

de despedirnos, yo me subí a un camión de víveres, el que llamaban «el camión de las sardinas». Me escondí, no le dije nada a Pepe, porque no sabía si él iba a estar de acuerdo con que yo me uniera a la columna. Alguien debió de verme y se lo contó, porque en una de las paradas se bajó del coche en el que viajaba, vino hacia el camión, abrió el toldo y me descubrió. Puso mala cara, como diciendo: «¿Qué haces tú aquí?». Pero a continuación sonrió con picardía y se fue sin decir palabra. Él sabía que, como anarquista y como compañera suya, yo tenía derecho a viajar con la columna.

Aquel recuerdo iluminó la cara de Mimi, que reflejó algo parecido a la felicidad de un instante. Me sentí incómoda por tener que invadir ese momento, pero tocaba abordar la muerte de Durruti.

—Noviembre de 1936... —dejé caer.

—Sí, el 20 de noviembre es un día maldito para mí por partida doble —contestó sin rehuir el tema—. El 20 de noviembre de 1935 había muerto mi padre y en la misma fecha, al año siguiente, le tocó a Pepe.

—¿Cuál es la última imagen que recuerdas de él? —intenté ahondar en el asunto.

—Cuando salía para Madrid, lo acompañé al campo de aviación para despedirnos allí. Ya no nos volvimos a ver nunca más. Tantas veces había pensado yo en la posibilidad de que muriera en una huelga, en una detención o cuando lo deportaron a África... Tantas veces había visto peligrar su vida que yo ya me había hecho a la idea y ni siquiera pensaba en

ello. Pero cuando llegó la hora fue tremadamente duro. Y sin embargo su entierro, en Barcelona, lo recuerdo aún con emoción y con orgullo. Aunque te resulte extraño esto que voy a decir, fue un entierro lleno de vida. Tuve la impresión de que a pesar de que enterraban a un hombre su ideal seguía vivo en aquella muchedumbre en movimiento alrededor del féretro.

Esperé unos segundos para que Mimi se sobrepusiera antes de continuar. Todo aquello le afectaba aún, tanto tiempo después.

—¿Cómo te enteraste de que lo habían herido de gravedad? —le pregunté. Yo había leído informaciones contradictorias al respecto.

—Hablábamos prácticamente todos los días por conferencia entre Barcelona y Madrid. Una tarde lo llamé y la persona que cogió el teléfono me informó de que no podía ponerse, sin más. A esas horas ya estaba agonizando en el hospital de milicias, pero nadie me informó de ello. El doctor Santamaría, uno de los médicos que lo atendió, me dijo que la última palabra que pronunció fue mi nombre. No sé si es verdad, ya no sé qué es verdad de todo aquello.

No dije nada. No le conté lo que yo sabía sobre aquellas últimas horas de vida de Durruti. Me faltó valor. O consideré que para ella no iba a ser importante como sin duda lo había sido para mí.

—¿De dónde crees tú que procedía la bala que mató a Durruti? —le pregunté sin medias tintas.

Mimi me miró fijamente. Hizo un amago de coger la cajetilla de tabaco, pero su mano se quedó a medio camino. Renunció al cigarrillo y posó sus brazos en los laterales del sillón.

—Yo no estaba allí, no puedo contestar a eso —me dijo—. Cualquier respuesta que te pudiera dar sería una mera especulación.

—¿Pudo tratarse de una muerte por accidente? —seguí preguntando.

—La muerte siempre es un accidente, ¿no te parece? —se puso filosófica—. Un accidente que interrumpe la vida de un modo irreversible.

—Sí, es cierto —le di la razón mientras apuntaba y subrayaba en mi libreta esa frase—. ¿Prefieres que pare la grabadora, Mimi?

Ella negó con la cabeza. No quise agobiarla, esperé a que siguiera hablando cuando lo considerara oportuno.

—Lo que a mí me contaron, confidencialmente, fue que se le disparó el fusil. Pero yo a Pepe no recuerdo haberlo visto nunca con un fusil en el frente. Siempre lo recuerdo con la pistola, la cartuchera y los prismáticos. No me convenció del todo la explicación de que se trató de un accidente. García Oliver y aquel asturiano... ¿Cómo se llamaba?

Por primera vez en la entrevista le falló la memoria. Alzó la mirada al techo y tensó los músculos de la cara, esforzándose en recordar el nombre que le faltaba.

—¿Aurelio Fernández? —sugerí. Debía de ser él, era el único asturiano que había pertenecido a Los Solidarios.

—Efectivamente, Aurelio —confirmó Mimi moviendo la cabeza en vertical—. Fueron García Oliver y Aurelio Fernández los que me dieron esa versión. Sé que no tenían motivos para mentirme, porque eran compañeros y amigos de Pepe, pero también sé que ninguno de ellos estaba con él cuando ocurrió.

—La versión oficial dijo que se trató de una bala disparada desde posiciones franquistas.

Mimi negó con la cabeza y con las manos simultáneamente, agitándolas con viveza para enfatizar lo que iba a decir.

—No, me cuesta creerlo. Dijeron eso porque era lo que más le convenía a la propaganda republicana, era el final más épico posible para un héroe del pueblo. Un personaje como él no podía morir en la cama, ni mucho menos por un disparo accidental. Pero el tiro se hizo a pocos centímetros de distancia. El doctor Santamaría me entregó la cazadora que llevaba Pepe y en ella podía verse el contorno del fogonazo, con restos de pólvora. Se trató de un disparo cercano, y el enemigo no estaba tan cerca.

—¿Te entregaron sus pertenencias cuando murió? —le pregunté.

Mimi sonrió con un poso de tristeza antes de responder.

—Sí, lo poco que tenía —señaló—. Una maleta con una muda de ropa interior, la navaja y la pasta de afeitar, los prismáticos.

... Ah, y una libreta de bolsillo, con un único apunte del 15 de noviembre en el que dejaba constancia de que había pedido a un subcomité del sindicato un préstamo de cien pesetas para gastos personales. Él era así. Pasaron millones de pesetas por sus manos y nunca se quedó con un solo céntimo que no fuera suyo. Rendía cuentas de todo.

—¿Conservas esa cazadora?

—Por desgracia, no. La guardé tres años, pero cuando los nazis ocuparon Francia ya no era seguro tenerla conmigo, me deshice de ella. Pero déjame que te diga algo: lo sorprendente es que ni la FAI, ni la CNT ni el Gobierno de la República, que entonces tenía cuatro ministros anarquistas, exigieron una investigación oficial para esclarecer las circunstancias de su muerte. O si la hicieron, yo no recibí información alguna sobre los resultados.

—El país estaba en medio de una guerra civil. Tal vez no hubo tiempo ni medios para ello... —opiné.

Mimi suspiró y compuso en sus ojos grandes y azules una mirada tranquila. No supe qué significado darle. Tal vez denotaba que al haber compartido ante el mundo aquellas dudas razonables renovaba su fidelidad a la figura del hombre al que había amado en vida nueve años y al que seguía amando medio siglo después de su indescifrable muerte.

—De todas formas —añadió finalmente—, con el paso del tiempo traté de convencerme a mí misma de que si no lo hubiera matado aquella bala aquel día, él habría muerto en cualquier otro lance de la guerra. Porque no era como los

generales de la República, que no exponían la vida en primera línea. Él fue jefe de milicias, pero nunca quiso ser un militar. Y predicaba con su ejemplo. El peligro siempre había formado parte de su vida.

Eché un vistazo a la grabadora y pulsé el botón de Stop. La cinta se detuvo antes de alcanzar el ecuador de la cara B. Me rendí a la evidencia. El misterio de la muerte de José Buenaventura Durruti seguiría siendo eso, un misterio. Quizás ya nadie iba a ser capaz de desvelarlo, porque el paso del tiempo es como una escoba basta y áspera que va barriendo la pelusa del odio y del rencor, pero que también arrastra la verdad que encuentra a su paso, dejando solo el polvo del olvido.

Con la grabadora ya en letargo, Mimi quiso dictar una última idea.

—No es mucho lo que tuve de él —admitió—. La revolución fue la que más tiempo y entrega recibió de Pepe, pero sigo echándolo de menos. Y si estuviera aquí ahora, nos reñiría por hablar tanto de él. No le gustaban los personalismos, solía decir que la voz y el protagonismo hay que dárselo siempre al pueblo.

—¿Crees que si hoy viviera seguiría siendo el mismo? ¿Creería en lo mismo? ¿Lucharía del mismo modo? Lo digo porque la vida nos cambia, el paso de los años nos atempera...

—No podría responder a eso —reconoció—. Y tampoco quiero vivir en guerra con el pasado. Solo sé que el pasado pasó. Y que no se puede hacer dos veces la misma revolución.

Cuando pronunció esas palabras, la voz de Émilienne Morin ya sonaba a silencio.

XII

Las horas muertas de la sobremesa eran las únicas en las que el bar La Tranquilidad hacía honor a su nombre. El santuario hostelero del anarquismo barcelonés tomaba aire en ese tramo horario para afrontar, con la entrada de la tarde y la caída de la noche, el creciente runrún de obreros y sindicalistas convocados por la conspiración y la revolución, de intelectuales enroscados en tertulias teñidas de utopía, de filántropos, de bohemios, de crápulas... Allí se libraban apasionados debates que podían derivar en insultos o en tanganas. Allí abundaban las redadas policiales, periódicas y previsibles. Y los confidentes taimados, con las orejas afiladas como murciélagos, clientes apestados y apostados tratando de atrapar al vuelo nombres, culpables y paraderos que pudiera agradecer la policía. Y la compraventa de armas de fuego en un secreto a voces, porque en aquel café lo mismo despachaban licores quitapenas que pistolas quitamiedos, seguro de vida para conducirse por una Barcelona protectora y hostil, al mismo tiempo, con el anarcosindicalismo; una Barcelona en la que no cabía la tregua ni el perdón, pero sí la esperanza.

Los bien informados sabían que en La Tranquilidad podían apalabrar una Star Sindicalista por cuarenta y cinco pesetas —

el precio de un par de buenos zapatos, y tanto el arma como el calzado servían para correr hacia la salvación cuando silbaban las balas en las calles—, con la posibilidad de pagarla en cómodos plazos de una peseta a la semana o de un duro al mes, y sin intereses, porque en aquel ecosistema de comunismo libertario no funcionaban las reglas de la banca ni se acataban las leyes de dioses, reyes o tribunos. Otros aseguraban que en aquel café del número 69 de la avenida del Paralelo se sorteaba cada fin de semana una Sindicalista o incluso una Smith & Wesson estadounidense, como si se tratara de una inocente rifa de la comisión de fiestas de distrito. No era cierto. ¿O sí lo era? El censo de cañones, gatillos y culatas de la Barcelona de entonces no desmerecía al del Chicago de aquellos tiempos.

En la fachada de La Tranquilidad estaba rotulado el nombre del establecimiento, en letra chupada, blanca, con tipografía sobria y parca, sin remates propios de los cafés con clientela de flor y nata, porque el bar de los anarquistas solo aspiraba a ser moderno en una ciudad modernista. A ambos lados de la puerta, prestando servicio de terraza, había dispuestas durante el día cuatro mesas de madera, con dos sillas cada una. Y tras ellas cuatro ventanales cuarteados en pequeños marcos, también de madera, que le daban a la cristalera una apariencia de panal de abejas, de abejas obreras.

De puertas adentro, el local ofrecía todo lo necesario para albergar veladas largas y acogedoras que se internaban en la madrugada envueltas en una atmósfera de humo de hebra de tabaco y de efluvios etílicos, de aroma de café y rosquillas de anís y leche merengada. En la barra se iniciaba la cadena de

montaje desde la que salían, a un ritmo de pequeña industria, los pedidos con los que los camareros sofocaban la sed y aplacaban el hambre de los tertulianos repartidos por las numerosas mesas. En las noches especiadas y especiales, el dicharachero Andreu Ormella se sentaba con su acordeón bajo el retrato pictórico de Francesc Ferrer i Guardia, pedagogo, libertario, catalán, fusilado en 1909 como supuesto instigador de la insurrección cívica de la Semana Trágica de Barcelona. El acordeonista, escoltado por un cenicero y por un porrón de vino peleón, regalaba sus interpretaciones musicales, más cercanas al tormento que al talento, aunque acababa poniendo en pie a la parroquia atea al interpretar *Hijos del pueblo* y *A las barricadas*. Su acordeón, tan viejo que las arrugas del fuelle parecían biológicas, lucía la heroica cicatriz de bala de un pistolero del Libre que una tarde buscó a Andreu y se topó con la coraza de su instrumento.

La épica de las pistolas obreras y la lírica de la música libertaria que rezumaba aquel local atrajo, en aquellos años, la mirada imantada de novelistas como Pío Baroja o André Malraux, que citaron el bar en sus páginas de *El cabo de las tormentas*, el autor vasco, y de *La esperanza*, en el caso del francés. La Tranquilidad había vivido sus días menos tranquilos y más atribulados durante el septenio de Primo de Rivera, cuando las redadas dieron paso a los precintos administrativos y a la toma del establecimiento por las fuerzas del orden en más de una ocasión. La represión y el acoso gubernativo acabaron alejando del local a los pocos anarquistas combativos que no habían dado con sus huesos en el presidio, en el cementerio o en el exilio, y que se vieron obligados a hacer vida social en otros sitios, como el cercano Café Chicago, algo

menos estigmatizado por la policía de la dictadura monárquicomilitar.

Con la proclamación de la República, la primavera urbana, clara y mediterránea de Barcelona también llevaba luz y color al café de los libertarios. Durruti, que ya lo había frecuentado en los años previos a su salida de España, acudía a él habitualmente desde el regreso del exilio europeo. Era una de sus oficinas oficiosas y allí se entrevistaba, en aquellos días de mudanza de régimen en los que la República aún estaba tirando los muebles viejos de la dictadura, con personajes como el escritor y periodista soviético Ilyá Ehrenburg, que preparaba un libro sobre el movimiento obrero español. Durruti aprovechaba también la relativa tranquilidad de La Tranquilidad para reactivar allí algunos contactos perdidos en los años de destierro y para sondar el sentir de los nuevos cenetistas y faístas que habían ido surgiendo, a pesar de Primo de Rivera y de la represión, en las catacumbas ácratas con forma de ateneos o clubes literarios. O, como era el caso aquella sobremesa, aprovechaba para arañar allí unos minutos de aposento y poder escribir a su familia en León, a la cual aún no había tenido ocasión de visitar desde su regreso a España.

Miró el reloj de pared que identificaba las horas con números romanos, esperó que el camarero dejara la taza en la mesa, observó un instante el café negro como una bocamina y tomó el lápiz para terminar la carta que estaba escribiendo en un folio con membrete del Sindicato de Industria Fabril y Textil de la CNT de Barcelona. En ella se disculpaba ante su hermana Rosa por la tardanza en enviarle aquellas líneas, le decía que se encontraba bien, pero muy atareado, sin tiempo para nada,

enredado en labores organizativas de las que no podía dar detalles y haciendo además de cicerone de dos delegados de la Federación Anarquista Francesa que estaban de visita fraternal en Cataluña. Le contaba que, cinco días atrás, el Primero de Mayo, había intervenido en un mitin en el Palacio de las Bellas Artes de Barcelona y que al bajar de la tribuna se había acercado a saludarlo un chico leonés que estaba a punto de volver a su tierra y al que Durruti le pidió que pasara a visitar a Rosa y al resto de la familia de su parte. Informaba también a su hermana en la carta de que Mimi iba a llegar de Bruselas en apenas unos días y que mientras tanto él se alojaba en un hostal del Paseo Nacional, en La Barceloneta, donde tenía pensión completa por solo ocho pesetas diarias...

Ya había rematado la carta cuando llegó Ascaso a La Tranquilidad, con media hora larga de retraso. A Durruti le había venido bien esa propina de tiempo para escribir con calma, pero no le perdonó la regañina.

—¿Dónde te metes, maño? Llevo un buen rato esperando por ti. Ya me estaba entrando el sueño, me he tenido que tomar dos cafés —exageró.

—He ido a visitar a la madre de Brau —respondió Ascaso.

—Ah, vaya... ¿Y está bien? ¿Necesita algo?

—Está estupendamente, ya le queda poco para el retiro. No necesita nada, eso me ha dicho. Te envía un saludo, dice que a ver cuándo te dignas a pasar a verla.

—Sí, es una de las cosas que tengo pendiente. Hay mucho que hacer y el tiempo da para poco.

Durruti sabía que aquello era una justificación, más que una explicación, y no pudo evitar sentir una punzada de culpa. Habían pasado ya dos semanas desde su regreso y aún no había encontrado el tiempo necesario para acercarse al mercado de Pueblo Nuevo a intercambiar un par de besos y cuatro palabras con la mujer. Cuando Eusebi Brau murió, en el enfrentamiento con la Guardia Civil en Asturias, Los Solidarios acordaron destinar un pellizco del botín del atraco de Gijón a su madre, que era viuda y dependía hasta entonces en buena medida de la ayuda económica del hijo, con el que además compartía piso. El grupo arrendó para ella un puesto de venta de fruta y verduras en el mercado, y en él seguía trece años después.

—Tenemos que actuar con el tema de los presos —entró en materia Ascaso—. Más denuncia, más presión, más movilización...

—Sí, no queda otra —le dio la razón Durruti—. Porque no entra en los planes de la República sacar de las cárceles a nuestra gente.

El Gobierno provisional, presidido por el conservador Niceto Alcalá Zamora, preparaba en aquellas fechas una amnistía para los presos políticos, pero dejando fuera de esa medida de gracia a los militantes de la CNT y de la FAI encarcelados por su relación con delitos violentos durante el régimen de Primo de Rivera que iban desde los actos de sabotaje con explosivos

rudimentarios hasta el enfrentamiento a tiros con agentes del orden. Cuatro miembros de Los Solidarios continuaban en la cárcel por uno u otro motivo.

—Es un asunto urgente el de los presos. No hace falta que te lo recuerde, Pepe —insistió Ascaso.

—No, no hace falta que me lo recuerdes —contestó Durruti más bien molesto— Bien que lo sé. Pero en estos días todos los asuntos son urgentes. También lo es responder al ordago de Maciá.

El ordago de Maciá. Francesc Maciá i Llussá. Dirigente de Esquerra Republicana de Catalunya. Y a la sazón presidente de la Generalitat. Había aprovechado la proclamación de la República para proclamar él, a su vez, la república catalana. Una república catalana dispuesta a federarse con otras repúblicas ibéricas. Y buscaba la sintonía y la simpatía de los afiliados de la CNT más abiertos al catalanismo. Una amenaza, por tanto, para el apartidismo que postulaban quienes pensaban como Durruti y Ascaso.

El ordago de Maciá, que ya se había granjeado, voluntaria o involuntariamente, el recelo y la enemistad de una buena parte del anarquismo. Porque en la epístola de contenido baladí que Durruti le había escrito a su hermana únicamente le contaba una anécdota del Primero de Mayo, la nimia historia de la charla con su paisano leonés al pie de la tribuna de oradores. Nada le decía, para no inquietarla y para no eternizarse en la escritura, sobre lo que había ocurrido aquella misma mañana al concluir el mitin. Nada le revelaba de la gran marea de cerca de

cien mil anarcosindicalistas que inundó las calles de Barcelona en una marcha encabezada por una pancarta con la leyenda «La fábrica, para los obreros. La tierra, para los campesinos». No le informaba de que al desembocar la parte delantera de la manifestación frente al Palau de la Generalitat para entregar allí el manifiesto del Día del Trabajo alguien abrió fuego contra los manifestantes desde el interior del edificio. No le decía que seguidamente los agentes del Cuerpo de Seguridad también la emprendieron a tiros con la gente y que desde la marea anarquista empezaron a hablar las balas cuando salieron a relucir un puñado de pistolas que había entre la militancia de vanguardia. Tampoco le desvelaba el hecho más extraordinario de todos: que un puñado de personas en desbandada habían acabado buscando refugio en el acuartelamiento militar de Artillería de la calle Comercio y que de su interior había salido un destacamento al mando de un capitán dispuesto a evitar la masacre de civiles, aunque para ello hubieron de encañonar en actitud amenazante a una sección a caballo de la Guardia Civil que ya se preparaba para cargar, sable en mano, contra los obreros. Tampoco le contaba que al día siguiente un rotativo anarquista reflejó los hechos con parabienes a aquellos militares providenciales, «hermanos soldados, generosos y valientes, que no empuñan sus fusiles para matar al pueblo». ¿La Guardia Civil al servicio de un presidente de la izquierda independentista catalana? ¿El ejército defendiendo, arma en mano, al pueblo anarquista? Ver para creer lo que se vivía en aquella España.

—¿Cuándo tienes el mitin en Bilbao? —le preguntó Durruti a Ascaso.

—La semana que viene.

—Pues vas a tener que aprovechar el viaje para dejarte caer por Éibar. Ya toca reclamar la mercancía que tenemos allí.

La CNT estaba ganando músculo en la ría del Nervión, y el mitin previsto llenó hasta la bandera el frontón Euskalduna, un recinto donde habitualmente competían los mejores jugadores de cesta punta y que tenía aforo para tres mil quinientas personas. Ascaso compartió el cartel de oradores aquel día con Ricardo Sanz, obrero textil valenciano también vinculado a Los Solidarios, y con José María Martínez, exminero y taxista representante del anarquismo gijonés.

A la mañana siguiente, el aragonés se hizo acompañar por Sanz en el viaje a Éibar para negociar con uno de los empresarios armeros de la firma Gárate y Anitua la entrega de los rifles y la munición por valor de un cuarto de millón de pesetas que habían adquirido con una parte del botín del atraco asturiano. Recibieron del industrial buenas palabras y, envueltas en ellas, la garantía de que el cargamento no había sufrido merma ni deterioro alguno en aquellos ocho años, aunque el empresario se negó en rotundo a entregar el pedido sin contar antes con autorización gubernamental. La insólita petición acabó sobre la mesa del gobernador civil de Guipúzcoa, el cual remitió el caso al ministro de Gobernación, Miguel Maura, que optó por la decisión salomónica de permitir el traslado de las armas a Cataluña, pero para ser puestas bajo custodia de la Generalitat, con el compromiso por parte de esta de que en ningún caso irían a parar a manos anarquistas. Los Solidarios, pagadores y propietarios del cargamento a fin

de cuentas, accedieron, en la creencia de que siempre iba a resultar más fácil para ellos tener acceso a las armas en Barcelona que en Éibar. En otro giro extravagante de los acontecimientos, el Gobierno de Maciá acabó destinando aquellos rifles que le habían llovido del cielo a la milicia armada catalanista de los Escamots. ¿Los anarquistas sufragando el armamento de un cuerpo de seguridad al servicio del independentismo? ¿La Generalitat abasteciéndose de armamento financiado con el botín del atraco a una sucursal del Banco de España? Ver para creer lo que se vivía en aquellos días.

Mientras Ascaso recorría frontones, depósitos de armas y, de forma oficiosa, despachos oficiales, en Barcelona Durruti había encontrado trabajo como mecánico en una factoría textil y se había instalado con Émilienne en una sombría vivienda de la calle Freser, cerca de la fábrica de cerveza Damm. Ella estaba embarazada de cuatro meses y el piso no ofrecía más mobiliario que una mesa carcomida, un par de sillas y una cama con somier pero sin colchón. Rosa Durruti, que llevaba años sin ver a su hermano, se subió un buen día al tren en la estación de León y se plantó en Barcelona. Comprobó con sus propios ojos las penosas condiciones en las que vivía la pareja y abroncó a Durruti por algo que ella atribuía a su dejadez. Él se encogió de hombros, sonrió con inocencia y se limitó a decir: «Rosita, no te preocupes, estamos bien. Mimi está teniendo un buen embarazo. Ya verás qué sobrino más hermoso vas a tener». Daba la impresión de que con cada paso que le acercaba a la épica, Durruti se alejaba un paso de los asuntos domésticos, sobre todo en lo tocante a la economía familiar. No obstante, por aquellas fechas cobró las dos mil seiscientas

pesetas que le habían sido reconocidas como indemnización por el despido de la compañía ferroviaria para la que trabajaba cuando se declaró la huelga general de 1917. Aquellos dineros llevaron algo de confort a la casa de Mimi y Pepe. Bien acogidos y mejor administrados, dieron para comprar un colchón y un armario ropero, mantas y sábanas, un par de zapatos para cada uno de ellos y una acogedora cuna para la criatura que estaba en camino.

La actividad pública de Durruti llegó a ser febril en aquellos meses. En los círculos anarquistas de Barcelona y de toda Cataluña se demandaba cada vez más su verbo encendido y atronador, y su discurso sin concesiones ni renuncias. Su voz ronca y su mirada, energética como el carbón cuando arde, le quitaban el frío a una buena parte de aquella clase trabajadora cercada por la miseria y azotada por los abusos de la patronal. Había días en los que tenía que participar en un par de mítinges nocturnos, allí donde fuera: fábricas, talleres, cines, teatros, cafés, ateneos, sedes sindicales, embarcaderos, parques públicos, recintos deportivos... Sus intervenciones se alejaban de los cánones dialécticos y consuetudinarios de la izquierda de la época. Él no acompañaba a los demás oradores antes y después de su intervención en la tribuna, a la vista de todos, sino que seguía el acto embutido entre el público, como uno más. Subía al escenario cuando le presentaban, descargaba un discurso fulminante y descendía del estrado para perderse de nuevo entre la gente. Se dejaba ver y escuchar donde lo reclamaran, con más osadía que prudencia, haciendo oídos sordos a los compañeros que le pedían que vigilara sus pasos, porque Severiano Martínez Anido había abandonado España al caer la monarquía, pero en Cataluña aún quedaban pistoleros

dispuestos a prestarle un último servicio al general metiéndole una bala entre ojo y ojo al sindicalista Durruti.

La rueca del anarquismo siguió hilando su tejido social, en rojo y negro. Los Solidarios cedieron su marca a un grupúsculo vinculado a la FAI que, con ingenuidad, se había presentado bajo ese nombre en un congreso anarquista. Jover, García Oliver, Ascaso, Durruti y compañía no plantearon ningún reparo para renunciar a una denominación que habían popularizado pero no registrado, y convinieron en pasar a llamarse Nosotros desde aquel mismo momento.

Crecían el desacuerdo y el desencuentro entre los libertarios contemporizadores y los netamente anarquistas, entre los que estaban dispuestos a tender puentes con las estructuras y los exponentes del nuevo régimen republicano para lograr avances sociales y laborales y quienes no querían oír hablar de otro avance que no fuera hacia la socialización de los medios de producción y hacia el fin de toda forma de represión sobre el anarquismo. La vorágine política siguió tallando fechas y sucesos como muescas casi ilegibles en la madera de un carrusel que giraba cada vez más deprisa, dando vueltas alrededor de la evolución y de la involución, girando en torno a la revolución y a la contrarrevolución. El Gobierno provisional comenzó a repoblar las cárceles con lo que la prensa llamaba «presos gubernativos»; fundamentalmente, sindicalistas y anarquistas implicados en huelgas revolucionarias y en desórdenes públicos. Hubo quema de conventos y de iglesias en Madrid y Valencia, los jornaleros asaltaron cortijos en Córdoba, una manifestación de marineros donostiarras se zanjó con media docena de muertos por disparos de la Guardia

Civil, cuatro obreros murieron tiroteados cuando se encontraban bajo custodia policial en Sevilla...

Barcelona vivió en agosto un temporal de llamas, pólvora y mechas. Una huelga general reclamó la puesta en libertad de los presos políticos. La respuesta llegó en forma de despidos de obreros. Y la respuesta a la respuesta fueron los artefactos explosivos de fabricación casera que tumbaron numerosos postes telefónicos. La joven Guardia de Asalto intentó tomar a las bravas la sede del Sindicato de la Construcción, en la calle Mercaderes. El comité de bienvenida cenetista los recibió a balazos y el episodio de preguerra dejó un balance de cerca de un centenar de detenidos. Con un clima social tórrido, el ala condescendiente de la CNT alentó la publicación en la prensa del Manifiesto de los Treinta, respaldado por una treintena de nombres y hombres —porque mujeres en él no había— que reprochaban a la República los pocos avances sociales, pero de igual modo repudiaban los actos violentos patrocinados por la FAI. Aquella acusación apuntaba con precisión hacia las cabezas visibles de los grupos de acción.

Durruti, Ascaso y García Oliver concertaron una reunión con dos de los promotores del manifiesto. Ambas partes querían un lugar neutral y discreto para el encuentro. Ascaso propuso el taller mecánico de un cenetista de confianza en la Colonia Castells, un barrio que había nacido pocos años atrás con obreros andaluces que llegaban para trabajar en la fábrica de barniz y charol que daba nombre a la colonia. Juan Peiró, director del diario anarquista Solidaridad Obrera, y Ángel Pestaña, miembro del Comité Nacional de la CNT, acudieron a

la cita en tiempo y forma, pero Ascaso, Durruti y García Oliver, poco dispuestos a dejarse sorprender, ya llevaban allí un rato.

—Yo os espero fuera, aquí somos demasiados. Quedáis dos para dos —dijo Ascaso antes de salir del taller con paso ralentizado y cerrar el portón haciendo más ruido del necesario.

Lo había dicho bien. Quedaban dos para dos. Y por capricho del azar, se trataba de dos catalanes (García Oliver y Peiró) y de dos leoneses (Durruti y el berciano Pestaña). Tras saludar con distanciamiento a los recién llegados, Durruti se aproximó a un tablero de conglomerado a modo de mesa bajo un cuadro del que colgaba un surtido de llaves, destornilladores y alicates. Sobre el tablero había un ejemplar de *La Vanguardia*, el periódico de mayor tirada en la España de aquellos años. Lo cogió entre las manos, lo abrió por una página determinada y leyó una oración compuesta del Manifiesto de los Treinta.

—«Queremos una revolución nacida de un hondo sentir del pueblo, como la que hoy se está forjando, y no esa revolución que se nos ofrece, la que pretenden traer unos cuantos individuos que, si a ella llegaran, fatalmente se convertirían en dictadores al día siguiente de su triunfo.» ¿Quién ha sido el artista que ha escrito esto? Podía dedicarse a los juegos florales y a las justas poéticas...

—Si habéis convocado este encuentro para faltarnos al respeto... —protestó a medias Pestaña.

—¿Quién falta al respeto a quién? —le interrumpió Durruti retomando la lectura del texto—. «La Confederación es una

organización revolucionaria, no una organización que cultive la algarada y el motín, que rinda culto a la violencia por la violencia, a la revolución por la revolución...»

Durruti lo dejó ahí. Cerró el periódico, lo enrolló y lo prensó con su mano izquierda. Sus ojos, como los dos cañones de una escopeta, apuntaron a Peiró y a Pestaña esperando de ellos una explicación.

—Ahí hemos expuesto nuestro punto de vista —intervino Peiró—. Tenemos derecho a expresar nuestra opinión, os guste o no, la compartáis o no. Y nuestra opinión, la conocéis de sobra, es que estáis haciéndole un flaco favor a la CNT con vuestra forma de actuar descontrolada. Acabaréis convirtiendo Barcelona en una de esas ciudades del Far West. ¿Es eso lo que buscáis?

—¿Pero tú quién te has creído que eres para darnos a nosotros lecciones de revolución y de anarquismo? —contestó Durruti con agresividad en la formulación pero sin alzar la voz.

—Yo no doy lecciones, pero tampoco las acepto. He pasado por la cárcel dos veces, he sufrido dos atentados... —le recordó Peiró—. Si se trata de pedir diplomas de militancia o de enseñar las heridas de guerra, a mí me sobran. La diferencia es que yo no pienso que los problemas de la clase obrera, que son muchos y muy graves, se vayan a resolver robando bancos y pegando tiros. Si la revolución consistiera en robar y matar, los ladrones y los asesinos serían los mayores revolucionarios.

—Joder, ya usáis el mismo lenguaje que la prensa de la burguesía —le echó en cara Durruti—. Lo que tú llamas robar

bancos nosotros lo llamamos anarquismo expropiador. A ver cuándo dejáis de jugar al anarcosindicalismo para empezar a hacer anarcosindicalismo. Son cosas distintas.

Los cuatro guardaron silencio a la espera de que enfriaran los ánimos de aquella mañana de verano. Al cabo de unos segundos, García Oliver puso los brazos en jarra, aspiró una buena bocanada para tonificarse con el aire impregnado de grasa y empezó a hablar.

—Vuestro manifiesto es la señal que estaba esperando el Gobierno para dar más vueltas de tuerca a la represión, para encerrar más anarquistas en la Modelo. El mensaje que le habéis enviado con ese libelo es que una parte de la Confederación, la que vosotros abanderáis, no tiene intención de mover un dedo para proteger a los «violentos» de la FAI y de los grupos de acción que, no deberíais olvidarlo, también pertenecemos a la CNT.

Peiró y Pestaña intercambiaron miradas para determinar quién habría de contestar a esa acusación.

—A nosotros no nos carguéis ese muerto —tomó la palabra Pestaña—. La represión la justifican ellos como respuesta a vuestras acciones. Es una espiral. A más violencia, más represión. Y algunos lleváis años actuando como unos vulgares terroristas.

—Te equivocas, querido Pestaña —le corrigió García Oliver—. Nosotros no somos unos vulgares terroristas, somos los mejores terroristas al servicio de la clase obrera. Porque así es

como se hace una revolución, no con manifiestos desmovilizadores que le hacen el caldo gordo a la burguesía.

—¿Sacar obreros a la calle para que los machaquin a golpe de matraca y de metralla es lo que entendéis por hacer la revolución? —preguntó Peiró.

Durruti asumió que en aquel taller sería posible reparar todo tipo de averías mecánicas pero que ni allí ni fuera de aquellas cuatro paredes había mecánico ideológico capaz de hacer funcionar el entendimiento entre las dos facciones, porque a una le faltaban piezas y a otra le sobraban. Aplastó con las manos el periódico, lo dejó caer en un cubo con un líquido petroleado y observó mientras se teñía de negro.

—Esto que habéis escrito es papel mojado —les advirtió con un tono moralizante—. Lo que para vosotros era negro sobre blanco, para nosotros no es más que negro. Para nosotros el anarquismo es nuestro mono de trabajo, para vosotros más bien parece un disfraz. Así que a partir de ahora, que cada cual siga su camino.

A ninguno de los cuatro le quedó ganas de alargar una discusión estéril a todas luces. Aquello era la confirmación de que el anarcosindicalismo se bifurcaba en diferentes ramales que ya no iban a volver a unirse... O tal vez sí.

Durruti y García Oliver acompañaron a Pestaña y a Peiró hasta la salida en medio de un silencio infranqueable. Abrieron el portón y vieron que, aunque era la una de la tarde, el día estaba oscureciéndose como si se estuviera avecinando la noche. Jirones de nubes negras iban borrando todo el azul del

cielo de Barcelona. De un momento a otro empezaría a estornudar agua la tormenta. Ángel Pestaña miró a las alturas arrugando la frente y descargó una sentencia.

—¿Sabéis qué sois vosotros? —les preguntó a Durruti y a García Oliver sin esperar respuesta—. Sois como la lluvia de agosto, una promesa engañosa de frescor cuando más abrasa el aire.

—Yo soy de secano. En mi tierra la lluvia siempre es una buena noticia —le respondió Durruti sin dejar que reposaran sus palabras—. Además, nuestra gente tiene la piel dura y sabe cómo protegerse del aire abrasador. Llevamos haciéndolo toda la vida.

XIII

Aquel llanto se abrió paso entre la miseria para llevar la alegría a la casa del número 9 del Rollo de Santa Ana. El bebé notificó su llegada al mundo con unos maullidos ensordecedores, como un gato montés que defiende su territorio. «Vaya, va a salirme contestaría la criatura», pensó Santiago, con más esperanza que temor al formular ese presagio. Tiró de la cadena para sacar del bolsillo el reloj y comprobó que ya habían quedado atrás las diez de la mañana de aquel martes, 14 de julio de 1896. Enrolló la cadena de níquel alrededor del instrumento de medir el tiempo, volvió a guardarlo y retomó su ansiosa ronda de vueltas en círculo buscando un atajo imposible que acortara la espera. Pasaron tres, cuatro, tal vez cinco minutos, hasta que alguien abrió la puerta del cuarto. Una voz femenina emitió el parte, urgente y escaso, de la matrona.

—Es niño. Está sano —resumió la mujer en dos frases reducidas a la mínima expresión.

—¿Y Anastasia? —preguntó Santiago aplazando la celebración.

—Está bien. Fue un parto más fácil que el primero. Ya puedes pasar a verlos.

Santiago avanzó con paso trémulo hacia la estancia en la que acababa de florecer la vida. Entró, miró, calló, se inclinó y sonrió mientras una mano minúscula le agarraba con vigor el dedo pulgar.

—Viene con fuerza el cabrito —comentó el padre del bebé forzudo—. ¿Estás bien?

Anastasia movió la cabeza de arriba abajo para responder afirmativamente.

—Aquí tienes a José Buenaventura —dijo la mujer, de apenas veinte años, entornando los ojos hacia la criatura que sostenía en los brazos—. Habíamos quedado en ponerle ese nombre si era un niño.

—Habíamos quedado en llamarlo José si era niño y Rosa si era niña. Lo de Buenaventura no lo habíamos hablado —comentó el padre.

—Es el nombre del santo del día...

Santiago movió los labios y el bigote en un gesto que lo mismo podía representar sorpresa que fastidio, pero no dejó de saborear la dulzura de aquel momento. Y mentalmente formuló un deseo complejo y sencillo por igual: que a sus hijos les fuera concedido el derecho a crecer, trabajar y vivir en una sociedad más justa y menos mísera que la que les había tocado en suerte a él y a su esposa. León era en aquellos años una

capital de provincias de apenas quince mil habitantes. El padre de Santiago, Lorenzo Durruti, había llegado a la ciudad a mediados de siglo, desde tierras vascofrancesas de Lapurdi, en los Pirineos Atlánticos, para ponerse a salvo de las campañas de reclutamiento que llevaba a cabo el imperio de Napoleón III, implicado en las guerras de Cochinchina y Crimea. En León encontró, el abuelo paterno de José Buenaventura, un lugar de acogida, un sustento regentando una tasca y una mujer en la persona de Josefina Malgor, asturiana de Navia. Santiago heredó de su padre el apellido y la pobreza, y fue el anhelo de combatir esta última lo que hizo que se acercara al socialismo. Mientras José Buenaventura y su hermano mayor —Santiago, como el padre— crecían en los años inciertos de entre siglos, media docena más de hijos salieron del atareado vientre de Anastasia: Vicente, Clateo, Benedicto, Marciano Pedro, Manuel y, por fin, la destinataria del nombre Rosa, que puso fin a la prole.

Treinta años más tarde, José Buenaventura le confesó por carta a su única hermana que a él le había crecido la conciencia social antes que los dientes, porque lo primero que había aprendido a identificar en esta vida era «el sufrimiento, el sufrimiento que veía no solo en nuestra casa, sino también en las de nuestros vecinos. ¡Cuántas veces vi llorar a madre porque no podía darnos el pan que pedíamos! Y eso que padre trabajaba como un mulo. ¿Por qué no podíamos comer el pan que necesitábamos a pesar de que nuestro padre se deslomaba en el trabajo?».

El hambre de su familia fue un freno, pero con el andar del tiempo acabó convirtiéndose en un acelerador para Santiago.

José Buenaventura tenía siete años cuando a su padre lo detuvieron por ser uno de los instigadores de la huelga de curtidores que paralizó el sector de las pieles en la capital leonesa. Los obreros, que trabajaban de sol a sol para ganarse un jornal de una peseta y media, reclamaban con aquel paro más salario y menos labor, la reducción de la jornada a diez horas diarias. La estancia en prisión de Santiago y de su hermano Ignacio —padre también de familia numerosa— no pasó de dos semanas, mientras que la huelga se extendió durante nueve meses, hasta que se agotaron las últimas monedas de cobre que daban de comer a las familias de los huelguistas y la solidaridad de los tenderos que les fiaban los víveres ya no dio para más.

Santiago Durruti Malgor asumió con dignidad la derrota, abandonando aquel ramo laboral. Encontró trabajo como carpintero, con un salario de dos pesetas diarias, en los talleres leoneses de la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, empresa de capital privado que, entre otros proyectos, comunicó Asturias con la Meseta. El suegro de Santiago, el catalán Pedro Dumange, padre de Anastasia, tenía intención de pagarle estudios a José Buenaventura en Valladolid, pero el muchacho ya había decidido, con catorce años cumplidos, que él quería ser obrero, como su padre. Y así es como entró de aprendiz en el taller mecánico y de herrería de Melchor Martínez el Ceremonias, partidario del PSOE de Pablo Iglesias, que de viva voz le hizo entrega de una promesa a Santiago: «Voy a hacer de tu hijo un buen mecánico, pero también un buen socialista». Pasados dos años, el maestro le dijo al aprendiz que ya no le quedaba mucho más que enseñarle de mecánica ni de socialismo y José Buenaventura, con el carné de

afiliado de la Unión de Metalúrgicos de UGT en su bolsillo, pasó a trabajar en el montaje de lavaderos en la cuenca minera leonesa.

Al margen de las penurias económicas, Santiago y Anastasia no sufrieron mayor desgracia en aquellos años que ver marchar a su primogénito para la guerra de Marruecos, a la que enviaban como carne de cañón a los hijos de familias humildes mientras las pudientes compraban para sus vástagos el derecho a no guerrear. La enfermedad, obstinada y constante, atrapó a Santiago a mediados de los años veinte y en el último mes de 1931 la muerte, cansada ya de aquel juego, remató la partida. Murió con la congoja de llevar más de diez años sin ver a su segundo hijo, que había pasado la mayor parte del tiempo en la clandestinidad, en la cárcel o en el exilio. Pero esa misma muerte que le había privado del reencuentro fue la que le ahorró el atroz sufrimiento de ver morir a cuatro de sus hijos, víctimas de la violencia política de uno y otro signo, en un quinquenio de revolución y de guerra. Habría de tocarle a Anastasia, a la que la vida baqueteó con más saña, llorar la pérdida de aquellos cuatro hijos que iban a morir por ser socialistas, comunistas, anarquistas o falangistas, según el caso y el momento.

En el viaje en tren entre Barcelona y León, Durruti iba alternando la mirada entre sus dos mujeres, Mimi y la recién nacida Colette, y el paisaje de la España interior que desfilaba por la ventanilla del vagón a un ritmo parsimonioso, como si el tiempo se hiciera flemático al dejar atrás Cataluña. Había despachado en poco más de una hora la lectura del último número de *Tierra y Libertad*, el rotativo que apadrinaba la FAI

en Valencia, y tras ello, para no oír el quejido de las horas ante la lentitud de aquel viaje, sacó de un bolsillo de su chaqueta la carta que le había remitido Rosa y releyó las tres frases que justificaban aquel trayecto: «Padre está muy enfermo. Pepe, haced un esfuerzo y venid a visitarlo. Dadle al menos el consuelo de que pueda conocer a su nieta».

Nada más poner pie en el andén de la estación de León, Durruti recibió la noticia de que su padre acababa de dar el último aliento. El destino, que en otras ocasiones se había puesto de su parte, en este caso, en cambio, le había impuesto el macabro trueque de una vida por otra, porque a los pocos días de nacer su hija moría su padre, justo cuando viajaba para que abuelo y nieta se enlazaran al menos con una mirada.

El viejo Santiago, apreciado y respetado en León, recibió en su entierro el homenaje de las dos organizaciones sindicales que rivalizaban en la lucha obrera: la UGT, a la que estuvo añliado en vida, y la CNT, en la que militaba ese hijo titánico que encabezaba el cortejo fúnebre con su madre y sus muchos hermanos. Los cenetistas leoneses no dejaron pasar la oportunidad que les brindaba la visita de Durruti y le pidieron que prolongara su estancia allí el tiempo necesario para organizar un mitin. Más de tres mil personas se citaron, un domingo de diciembre, en el graderío de madera del campo de El Petardo. Acudieron a escuchar a Durruti, al que presentaron en los carteles como representante del Sindicato Textil de la CNT de Barcelona, gentes de todos los barrios de la capital y de muchos pueblos de la provincia, y otras llegadas desde Zamora, desde Valladolid, desde Asturias, desde Galicia. José Buenaventura Durruti Dumange se hallaba a un kilómetro

escaso de aquella humilde vivienda de Santa Ana que le había visto nacer y que había visto crecer sus primeros dientes y, antes que ellos, su conciencia. Vestía endomingado, con traje oscuro, la americana ajustada con tres botones y un pañuelo claro asomando por el bolso superior de la chaqueta. La mañana mesetaria, en la antesala del invierno, llegaba fría pero soleada y él fundió su discurso con una aleación de rabia, orgullo y emoción.

Compañeros, camaradas:

Vuestra presencia en este mitin y mi presencia en esta tribuna deben mostrar claramente a esos cabrones de la burguesía y del Gobierno que la CNT y la FAI son fuerzas que aumentan con la represión y más solidarias aún en la adversidad. Los anarquistas no salimos domados de las prisiones ni volvemos amaestrados de las deportaciones, sino más firmes en nuestros propósitos, más seguros en nuestros objetivos.

Llevamos medio año de República y el pueblo está en las mismas condiciones de miseria y de dolor que las que padecía en tiempos de la monarquía y de la dictadura. Nada ha cambiado: la misma burocracia, los mismos mandos militares, la misma policía y la misma represión, aunque ahora, eso sí, reforzada con la creación de ese cuerpo de matones que llaman Guardia de Asalto.

Y por si esto no fuera suficiente, la burguesía de lo que llaman República pretende manchar el buen nombre de los libertarios llamándonos «ladrones» y «bandoleros». Pero

los trabajadores sois nuestros mejores defensores ante esas acusaciones, porque bien sabéis que los ladrones y los bandoleros no se levantan a las seis de la mañana para ir a sudar el jornal a la fábrica. Los verdaderos ladrones no se levantan de la cama a las seis de la mañana y sus mujeres no se ven obligadas a dejarse las rodillas fregando suelos y limpiando la mierda de los ricos para sacar adelante a sus familias, como hacen nuestras compañeras cuando el Gobierno nos encarcela o nos destierra.

Los verdaderos ladrones son los burgueses, que se enriquecen con el robo de nuestro trabajo. Son los traficantes del comercio, que hacen negocio con nuestra hambre. Son los financieros de la banca, que especulan con el dinero empapado en sangre y sudor proletario. Son los políticos, que se llenan la boca de promesas y cuando llegan a diputados no hacen otra cosa que engordar como cerdos... Pero vosotros, clase trabajadora, de sobra los conocéis, así que para qué seguir hablando de ellos.

Frente a esta realidad, de nada sirven los lamentos. Hemos de reaccionar, y pronto. La clase obrera tiene el deber, si no quiere negarse a sí misma, de buscar su salud al margen de las artimañas de los políticos y de los partidos, esa escuela burocrática de poder que no hace otra cosa que vivir de la sopa boba en el pesebre del Estado. La política de la clase obrera, no os dejéis engañar, no tiene más parlamento que la calle, la fábrica y los centros de producción, ni más camino que la revolución social, a la que solo se podrá llegar a través de una incesante lucha revolucionaria.

Que los republicanos lo sepan. O la República resuelve los problemas de los campesinos y de los obreros industriales, o va a ser el pueblo el que los resuelva. Que no olviden que los obreros y los campesinos son los únicos productores de riqueza. Nosotros somos quienes ponemos a andar la maquinaria en las fábricas, somos nosotros quienes picamos el carbón y otros minerales en las minas, nosotros somos quienes construimos las ciudades, los que sembramos y cosechamos la tierra... Así pues, ¿por qué no íbamos a ser capaces de construir en mejores condiciones para sustituir todo aquello que deba ser destruido?

¡Adelante, por la revolución libertaria y libertadora! ¡Por la revolución social, siempre en marcha!

XIV

La goleta, de dos mástiles y cuarenta metros de eslora, había sido botada en la ciudad de Baltimore, en la costa atlántica de Estados Unidos, y allí fue registrada como *Friendship*, si bien el armador español que adquirió el navio castellanizó su nombre. La *Amistad* fue empleada para travesías en aguas cercanas, sobre todo entre La Habana y la bahía de Honduras, con flete de la industria azucarera o transportando pasaje entre un puerto y otro. Corría el año 1839 y el reinado de Isabel II cuando dos terratenientes de baja estofa y mala calaña decidieron darle un uso más lucrativo al barco. Aquel verano arribó a la capital de Cuba el mercante negrero portugués *Tecora* con un cargamento de ébano vivo, como lo llamaban en la época: medio millar de esclavas y esclavos africanos a los que habían cazado como animales salváticos unos meses atrás en Sierra Leona. Al tocar puerto en La Habana, bajo el sol implacable del Caribe, a los que habían tenido la fortuna de sobrevivir a las palizas, la enfermedad y la desnutrición durante la travesía los vendieron bajo manga, porque la esclavitud aún no había sido abolida en los dominios españoles pero ya era ilegal importar esclavos de otros territorios de aquel imperio venido a menos. Pedro Montes y José Ruiz, dos acaudalados latifundistas, compraron medio centenar de aquellos esclavos

sin derechos ni identidad y los hacinaron en las bodegas del Amistad, con falsa documentación para hacerlos pasar por nacidos en la isla cubana. Cuando el barco puso rumbo a la provincia oriental de Camagüey, en la que Montes y Ruiz tenían sus plantaciones, los esclavos se las arreglaron para librarse de sus cadenas. Empuñaron unos machetes de cortar caña y con ellos dieron muerte al capitán y al cocinero de la goleta, cada uno de ellos responsable de una afrenta grave a los ojos de los amotinados, porque el capitán había matado a uno de los africanos al iniciarse la sublevación y el cocinero tenía aterrorizados a los esclavos, a los que les decía una y otra vez que los iban a pasar a cuchillo en cuanto tocaran puerto. Los amotinados decidieron respetar las vidas de los terratenientes una vez que arrancaron de ellos la promesa de que les llevarían de regreso a África sanos y salvos. Los dos esclavistas les engañaron y pusieron proa al norte para fondear en aguas de Long Island, estado de Nueva York. La goleta no tardó en agotar sus exigüas provisiones y acabó abordándola la tripulación de un bergantín de la marina estadounidense, que la condujo al puerto de New Haven.

La corona española pidió que devolvieran aquella partida de esclavos a sus «legítimos» propietarios, pero la influyente prensa de Norteamérica descorchó con aquel caso un debate social y político sobre la esclavitud y, tras un largo proceso judicial, la Corte Suprema de los Estados Unidos declaró a los africanos inocentes de los cargos de asesinato y piratería, al mismo tiempo que les concedía la libertad, a pesar de que la sentencia no cuestionaba la esclavitud en términos generales. Los treinta y cinco supervivientes regresaron a Sierra Leona en 1842. Pisaron tierra africana, de nuevo y para siempre, en

Freetown, una ciudad fundada y poblada por miles de antiguos esclavos que habían pasado a ser seres libres.

A Durruti y a Ascaso les había contado la historia del Amistad, allá por 1925, un viejo machetero, analfabeto y negro como la pez, que les ofreció arroz, ron, charla y hamaca una noche de tránsito en Camagüey. Fue cuando tuvieron que huir de la hacienda de Santa Clara en la que trabajaban como cortadores de caña, durante su estancia en Cuba. El latifundista de la plantación les había encargado a los guardias rurales que les propinaran una paliza casi mortífera a tres macheteros que habían promovido una huelga de brazos caídos, y Durruti, Ascaso y alguno más no tardaron en responder a la agresión del patrón, el cual apareció apuñalado junto a un trozo de papel que atribuía aquella acción a «La justicia de Los Errantes».

Los dos anarquistas habían guardado en la memoria, como oro en paño, el relato del Amistad que compartió con ellos el viejo machetero, al que le olía el aliento a libertad y a salitre mientras desgranaba con voz argentada una historia que no había leído en ningún libro ni en revista alguna, porque leer no sabía. Era una historia que le habían transmitido las voces recias de sus antepasados, tal vez descendientes de aquella estirpe de esclavos que trabajaba en las plantaciones de los señores Montes y Ruiz. Lo que entonces no podían imaginar ni por asomo Ascaso y Durruti es que llegaría un día en el que habrían de recurrir a esa historia de negritud y océano para espolear a unos compañeros de destierro haciéndoles ver el paralelismo que había entre lo vivido por los sierraleoneses en la travesía desde África a América y lo que estaban viviendo

ellos en otra travesía forzada entre Europa y África. El golfo de Guinea, desde el que habían partido millones de seres humanos apresados y esclavizados rumbo a las plantaciones de América, era ahora el destino de una partida de obreros y sindicalistas desterrados por la República española sin proceso ni sentencia.

A Ascaso y Durruti no les llevó mucho esfuerzo prender la llama del discurso. Juntaron dos de los bidones mugrientos que había en la bodega del barco, se encaramaron a ellos y empezaron a hablar con tono militante, turnándose porque la escasez de fuerzas y la sequedad en la boca dejaban poco margen para la oratoria. Tampoco hizo falta. Sus compañeros de destino empezaban a sentirse iracundos y hostiles como animales salvajes a los que se impone la vida en cautividad. Y les resultó estimulante la historia del barco negrero Amistad, habituados como estaban a que el obrerismo clásico apelara a referencias históricas más manidas. Así pues, con pocas frases acordaron todos a una pasar a la acción en cuanto Ascaso y Durruti rebañaron con un par de consignas aquel mitin.

El pasaje cautivo, obreros encallecidos en las luchas de barrio y de piquete, se adueñó del barco en un abrir y cerrar de ojos. Un cerrajero del Sindicato de Industria de la Edificación hizo los honores de desarticular la escotilla que daba acceso al mundo exterior y un centenar largo de anarcosindicalistas hambrientos, entumecidos y enfurecidos alcanzaron la cubierta y el puente de mando del vapor Buenos Aires sin que reaccionara la embarullada tripulación.

Para el vigía del cañonero Cánovas del Castillo, que le daba escolta militar a través del Atlántico, el primer indicio de que algo no iba bien fue aquel inesperado anclaje en alta mar; el Buenos Aires paró máquinas en mitad del océano y ancoró sin previo aviso. La confirmación de los peores augurios le llegó al capitán de fragata Enrique Pérez Miranda, entrado en años y sobrado de batallas, por mediación de su segundo, el teniente de navio Román Salvatierra.

—Mi capitán, el vigía de la cofa informa de que el Buenos Aires ha arriado del asta la bandera de la República —informó el oficial con tono agrio—. Y la han sustituido por dos camisolas anudadas.

—¿Cómo? ¿Qué dos camisolas? —preguntó el capitán entrecerrando los ojos.

—Pues, una negra y otra roja, formando un estandarte.

—¿Negra y ro...? ¡Me cago en mis muertos! —atronó la voz del capitán como un leviatán marino, sembrando el desconcierto entre la oficialidad—. ¡Maniobra de aproximación por estribor y zafarrancho de combate!

Los nuevos gobernantes del Buenos Aires observaron cómo viraba el rumbo el poderoso Cánovas, que había participado seis años atrás en el Desembarco de Alhucemas cañoneando a las tribus rifeñas de Abd el-Krim, al mismo tiempo que la plataforma de uno de sus dos cañones de cuatro pulgadas de proa giraba sobre la torreta para apuntar hacia el pique de popa del vapor. Estaba claro, había llegado el momento de negociar para evitar males mayores.

—Propongo al compañero Ascaso como negociador para tratar con los milicos —planteó Durruti a la asamblea permanente de amotinados en la cubierta del Buenos Aires.

—Salvatierra, arríe un bote y mire a ver qué piden esos puñeteros anarquistas —ordenó el capitán Pérez Miranda al teniente desde el puente de mando del Cánovas del Castillo.

Mientras el comisionado castrense Román Salvatierra, aletargado aún tras aquel giro de los acontecimientos, convocababa en el pescante a media docena de infantes de Marina armados con fusiles para que lo acompañaran en misión negociadora, las miradas de Durruti y del capitán Pérez Miranda, parapetadas ambas detrás de unos prismáticos, tropezaron la una con la otra en medio de un mar en bonanza. Desde la cubierta del vapor, Durruti le lanzó un saludo gamberro con la mano y Pérez Miranda le replicó con gesto avinagrado, alejando los prismáticos de su cara rápidamente.

Los tripulantes del bote dieron los últimos golpes de remo con una pujanza de galeotes, maniobraron para acostarlo al casco del barco y miraron hacia arriba a la espera de recibir alguna indicación desde la cubierta del Buenos Aires. Una escala de gato de fibra vegetal y escalones de madera cayó desde las alturas dando tumbos como un borracho, mientras asomaban por la cubierta unas cuantas cabezas para controlar a los de abajo.

—Que suba solo el que tenga mando —advirtió desde arriba Ascaso sin necesidad de gritar para hacerse oír—. Con un militar a bordo nos basta y nos sobra.

El teniente Salvatierra ascendió con destreza por la escala de gato y al llegar arriba lo agarraron por las axilas para tirar de él sin miramientos, como si fuera la carga menos frágil y valiosa de un mercante, dos hombres robustos que le facilitaron el tránsito a la cubierta. Ascaso, con mirada defensiva, lo recibió a la vera del capitán del vapor, que sobrellevaba como podía la humillación de aquella deshonrosa pérdida del barco. Durruti los acompañaba, un par de metros por detrás, y el resto de los amotinados observaban la escena diseminados por toda la cubierta, como una guerrilla que asegura su territorio. Solo dos de ellos llevaban el pecho descubierto y el teniente dedujo que se trataba de los donantes de las camisolas con las que habían formado la bandera rojinegra que suplantaba a la tricolor como pabellón de popa.

—¿Se encuentra usted bien, capitán? —preguntó el teniente antes de pasar a otros temas.

—Sí, nadie ha sufrido daños —respondió el capitán.

El teniente suspiró aliviado y seguidamente orientó la mirada hacia Ascaso.

—¿Qué es lo que quieren, señores? —preguntó sin rodeos.

—Tranquilo, hombre. ¿A qué vienen esas prisas? —contestó Ascaso con un deje vacilón—. A nosotros nos mandan al destierro, no hemos quedado allí con nadie, así que prisa por llegar no tenemos...

El teniente, joven, con peinado de tiralíneas bajo la gorra y rostro apolíneo, entrecruzó las manos tras la espalda, a la

altura de la culera, armándose de paciencia y decoro mientras barría con mirada de estratega la cubierta de aquel buque de ciento veinticinco metros de eslora. La apariencia del militar, candorosa y pomposa, chocaba con la de los circunstanciales anfitriones, desaliñados y barbiespesos, con miradas sediciosas y emitiendo un olor corporal que tiraba para atrás.

—Lo primero son las presentaciones, no hay que perder las buenas costumbres. ¿Cómo se llama? —siguió azuzándolo Ascaso.

—Román Salvatierra.

—¿Salvatierra? Menudo apellido para un oficial de Marina. ¿Y qué rango tiene? —preguntó haciendo ostentación de que desconocía el significado de los galones que el otro llevaba vacunados en el brazo almidonado de la chaqueta.

—Teniente de navio —respondió el oficial.

—Muy bien. Yo soy Ascaso, de la Federación Anarquista Ibérica. Mire esto, teniente de navio —dijo señalando con el pulgar hacia atrás.

El militar estiró el pescuezo y vio en el suelo un cesto cargado de plátanos. Ascaso giró el cuerpo como una bisagra bien engrasada, dobló el espinazo para coger una de las piezas de fruta, la peló a medias y se la ofreció. El teniente la rechazó con un gesto que intentó ser amable, aunque sin disimular su desorientación ante aquel ofrecimiento.

—¿Sabe que desde hace cuatro días no nos dan otra cosa para comer que plátanos? Plátanos para el desayuno, plátanos para la comida y plátanos para la cena. Y menos mal que aquí no se merienda... —afirmó Ascaso asestándole una mirada acusatoria al capitán del Buenos Aires—. Esto parece un barco platanero, oiga.

—No, he de reconocer que no lo sabía —confesó Salvatierra con inesperada franqueza.

—Así es. Y los plátanos son para los monos —prosiguió Ascaso—. ¿Le parece a usted que nosotros somos monos, teniente de navio?

Ante esa pregunta, Salvatierra no pudo evitar deslizar su mirada furtivamente hacia Durruti, al que de joven le habían endosado el alias de el Gorila por sus supuestas facciones simiescas y su complexión.

—No, por supuesto que no —respondió sin vacilar el oficial—. Ustedes son personas.

—Pues resulta que en esta bañera flotante no embarcaron otra cosa que plátanos en la escala que hicimos en Senegal, en el puerto de Dakar. Y no cargaron nada más en las escalas siguientes de Guinea, en Bata y en Santa Isabel de Fernando Poo. Corríjame usted si estoy equivocado.

El teniente pegó los brazos a sus costados y congeló su mirada como un mascarón de proa impertérrito ante los golpes de mar y de viento.

—Si me permite preguntarlo, ¿cómo tienen información tan precisa sobre la ruta que estamos siguiendo? —cayó en la trampa el oficial con su pregunta.

Porque los anarquistas, a los que habían embarcado en los puertos de Barcelona y Cádiz a punta de fusil, habían hecho la mayor parte de la travesía encerrados en la bodega, sin más paisaje a su alcance que la tiniebla y la penumbra. Nunca supieron el rumbo que había de tomar el barco. En realidad, nadie lo supo nunca a ciencia cierta. Ni siquiera el ministro de Marina, José Giral. Ni el ministro de Guerra, Manuel Azaña. Ni el presidente del Consejo de Ministros... que también era Manuel Azaña. Lo único que tenía claro el Gobierno cuando ordenó el embarque, amparándose en la excepcionalidad de la ley de Defensa de la República, era que había que poner mar y tierra de por medio entre España y aquellos anarquistas responsables, entre otras graves acciones, del levantamiento minero que había proclamado el comunismo libertario en el Alto Llobregat y que sofocó el ejército al ocupar la ciudad de Manresa.

—Ah, ya veo, se supone que no teníamos que saberlo —le respondió Ascaso a Salvatierra en un tono más combativo—. Nos sacan de la península como apestados y ni siquiera tenemos derecho a saber dónde cojones nos están llevando.

—Lo único que le puedo decir es que la escala en Santa Isabel de Fernando Poo no estaba prevista, esa no. Se hizo para evacuar a los compañeros de ustedes que habían enfermado de septicemia —confesó el teniente tratando de desembarrancar la situación.

—¿Y qué es lo que nos espera ahora en esta ruta turística, teniente de navio?

A Salvatierra le empezaba a sonar a cofia marinera, nunca mejor dicho, que el tal Ascaso le pusiera la guinda a las frases con el tratamiento de «teniente de navio». Su primer impulso fue responderle con atrevimiento, pero lo cierto es que prefería ser objeto de burla de un centenar de ácratas airados que tener que vérselas con el capitán Pérez Miranda en estado de furia. Y furioso iba a ponerse el capitán si el teniente volvía al Cánovas sin haber zanjado el estrambótico caso del transatlántico español escoltado por un buque de guerra que enarbola pabellón anarquista en medio del océano.

—Pues, verá... Yo no estoy autorizado a facilitar información acerca del destino de la expedición —intentó escabullirse de la pregunta Salvatierra.

—Es usted al que han enviado los del barco de guerra. No hay nadie más a quien podamos preguntarle, así que más vale que responda. Nos queda poca paciencia y tenemos poco que perder. Los que ve aquí estamos dispuestos a morir matando, si es necesario.

Salvatierra reaccionó a esa amenaza sacudiendo la cabeza como si quisiera librarse del picotazo de un insecto tropical.

—Por Dios, señores... Aquí nadie ha hablado de morir ni de matar —respondió el negociador, al que la camisa militar no le llegaba al cuello en ese momento.

A Ascaso le resultó extraño que las palabras «morir matando» alteraran de tal forma a un oficial de marina de guerra.

—Ya, ya... Y eso son solo maniobras en altamar, ¿verdad? — preguntó el aragonés apuntando con el plátano en la mano hacia la pieza de artillería del Cánovas que amenazaba al Buenos Aires.

—¿Eso? Estoy en situación de garantizarles que no tienen intención de abrir fuego. Se trata del protocolo habitual de actuación ante situaciones como esta —informó el teniente, que inopinadamente había empezado a referirse a los del Cánovas en tercera persona, tal vez para apurar sus opciones como inexperto negociador de crisis.

Ascaso alzó los hombros y los dejó caer para exteriorizar su indiferencia ante lo que hicieran o dejaran de hacer desde el cañonero.

—¿Y qué si lo hacen? —preguntó—. Siempre sería más digno que nos maten a cañonazos que dejarnos morir de hambre o septicemia. Se lo he dicho, tenemos poco que perder.

—¿Entonces lo que reclaman ustedes son mejoras en la alimentación para lo que quede de travesía? —preguntó el oficial algo que parecía obvio.

—Muy bien, teniente de navio, es usted despierto, no tardarán en crecerle los galones. Mejor alimentación y medicinas para los enfermos. Y que no nos lleven encerrados en la bodega como la carga de un barco esclavista. Queremos

libertad de movimientos por la cubierta y por los sollados durante el día, hasta que toquemos puerto. Y acceso diario al agua y al jabón.

Durruti esperó que Ascaso acabara de resumir las peticiones y se acercó a él para susurrarle al oído unas palabras y entregarle un cuaderno con tapas rígidas y oscuras.

—Ahí van detalladas las reivindicaciones —anunció Ascaso acercándose a Salvatierra el tomo que le acababa de dar su compañero.

El teniente lo cogió y descubrió que se trataba del cuaderno de bitácora del Buenos Aires. Comprendió de ese modo cómo habían obtenido la información sobre las fechas y las escalas que habían ido jalonando aquella errática travesía.

—Pero si esto es el cuaderno de bitácora del barco... ¡Y le han arrancado la mitad de las hojas! —exclamó el militar, sobresaltado como un monje amanuense que ve quemar una biblia en una invasión vikinga.

—No nos hacía gracia la prosa del capitán, era un poco triste —respondió Ascaso—. Y así no se despistan al leer nuestras peticiones, que están ahí escritas con buena caligrafía.

Salvatierra leyó por alto las reivindicaciones y dio su aprobación sin buscarle cinco pies al gato.

—De acuerdo, señores, son asumibles —sentenció antes de dirigirse al capitán para restablecer el statu quo anterior del

buque—. Capitán, encárguese de dar cumplimiento a todo esto que reclama el pasaje.

El capitán, viejo lobo marino de orejas gachas, no planteó objeción alguna, evidenciando con aquel dejarse llevar que todo aquello ya le llegaba a destiempo. La edad del Buenos Aires rondaba el medio siglo y el peso de los años había arrastrado consigo la majestuosidad de aquel barco botado en Escocia que llegó a cubrir la ruta regular entre Génova y Buenos Aires con sus correspondientes escalas internacionales en Marsella, Barcelona, Málaga, Santa Cruz de Tenerife y el puerto brasileño de Santos. Lo que en otra época, pasada pero no muy lejana, había sido un digno transatlántico era ahora una gigantesca carraca que resoplaba por las cuatro chimeneas y que no veía el momento de poner proa al desguace. Para su capitán se trataba también de una de sus últimas travesías, si no la última, antes de echar el ancla en la jubilación. La Compañía Transatlántica Española (la misma, casualmente, a la que había reventado su escaparate en Gijón una bala perdida durante el atraco al Banco de España) completaba aquel cuadro del abandono. Era la propietaria de la nave, que había prestado al Gobierno de la República para realizar aquel porte de desterrados. Una vez que cumpliera la inusual misión, el armador no tenía otro plan para el buque venido a menos que atracarlo en el puerto menorquín de Mahón y dejarlo pudrir bajo el sol del Mediterráneo.

Una vez que dejó sentadas las bases para el acuerdo con Ascaso, el teniente Román Salvatierra se propuso restaurar el principio de autoridad en el barco, restituyendo de ese modo la honra del capitán.

—La escolta que les estamos dando es militar, pero este buque en el que ustedes están pertenece a la marina civil. Y el que manda a bordo es el capitán —explicó el teniente sin emplear subterfugios—. De todas formas, no tengan la menor duda de que se van a ver satisfechas las demandas que me acaban de entregar.

—¿Y ahora va a tener el detalle de decírnos a dónde nos dirigimos? —le preguntó Ascaso con pocas esperanzas de obtener la verdad como respuesta.

—Solo puedo decirles que la siguiente escala es Villa Cisneros, para cargar carbón. Allí se supone que recibiremos órdenes definitivas.

—¿Cargar carbón en el Sáhara? Pero si allí lo que más hay son fosfatos y arena. ¿Qué pasa, que Azaña también le ha declarado la guerra a la geografía? ¿La República ha quemado todos los mapas?

Román Salvatierra, marino, hijo y nieto de marinos de guerra, guardó silencio, aconsejado por la prudencia. Entendió que no entraba en sus atribuciones y, sobre todo, que no formaba parte de sus obligaciones salir en defensa del presidente Manuel Azaña. Él y el capitán Pérez Miranda eran los únicos en aquellas aguas que estaban al corriente de la retahila de despropósitos de aquella expedición, comenzando por la orden inicial de descargar a los prisioneros en la Guinea Española y continuando por la contraorden de buscar nuevo destino cuando en los despachos oficiales de Madrid cayeron en la cuenta de que las enfermedades tropicales iban a diezmar a los

deportados, convirtiéndolos en mártires sacrificados por la República. La improvisación de la operación era tal que el capitán del cañonero le había llegado a comentar al teniente, en una de sus escasas confidencias navegando ya en aguas del trópico de Cáncer, que lo que vivía España era un conflicto entre el anarquismo político y la política anárquica, y que él no tenía nada claro cuál de esos dos fenómenos podría resultar más lesivo para la patria.

En los días que restaron de travesía, los prisioneros disfrutaron de un régimen de libertad de movimientos a bordo del tullido Buenos Aires, ventilados por la brisa limpia pero caliente que de vez en cuando soplaban en cubierta. Para enriquecer el menú fue necesario transportar desde el Cánovas del Castillo un cargamento considerable de víveres, empobreciendo de ese modo la despensa y el rancho de la marinería de guerra. Y, ya fuera por corresponder el gesto o por chirigota, desde el Buenos Aires devolvieron el favor enviando a la dotación del cañonero un bote cargado hasta los bordes de plátanos. El sobrepeso provocó que la lancha volcara a medio camino entre los dos barcos. La fruta acabó sirviendo de alimento para los peces, aunque ningún marinero lloró la perdida.

Ambos buques arribaron finalmente al Sáhara español y allí hicieron desembarcar a la mayor parte de los deportados, entre ellos a Ascaso. Durruti y otros siete hubieron de proseguir la travesía forzosa hasta el archipiélago canario, para quedar confinados en Fuerteventura. El leonés le envió desde lo que entonces era Puerto de Cabras (Puerto del Rosario en nuestros días) un telegrama a Émilienne dando fe de vida y mandándole

las señas de su nueva residencia, en la que le esperaba un nuevo periodo forzoso de inactividad, con lectura y pesca, charla y conspiración, en compañía de sus pocos compañeros de destierro.

En setiembre de 1932, todos los deportados que se había llevado el Buenos Aires regresaron a Barcelona, donde la CNT y la FAI les tributaron un multitudinario recibimiento. Aquellas vacaciones impuestas en Canarias terminaron de convencer a Durruti y a Ascaso, si aún no lo estaban, de que no quedaba resquicio alguno para buscar la convivencia y el entendimiento con un régimen que perseguía a los anarquistas y que reprimía el anarquismo. A la corta edad de un año y medio, la República ya estaba enfermando de gravedad, como anteriormente le había ocurrido a la monarquía parlamentaria y a la dictadura monárquica. En los años siguientes, las huelgas revolucionarias y las intentonas golpistas, los atentados y la represión fueron agrietando el quebradizo suelo que pisaba el nuevo régimen. El fallido golpe militar de la Sanjurjada en Sevilla, la masacre de Casas Viejas en Cádiz, la huelga revolucionaria anarquista de Zaragoza, la revolución de 1934 en Asturias... La situación sociopolítica empezó a desplazarse desde el esperpento al espanto. España se precipitaba por un desnivel que llevaba al abismo de una guerra civil.

XV

Lluís Companys abrió el ventanal del despacho presidencial y dejó que entrara una brizna de aire que llevaba una caricia de frescor en aquella noche de verano. Su mirada ojerosa buscó la luna en un cielo plagado de estrellas y dio con ella al sobrevolar con la vista una buhardilla con tejado a dos aguas, en la confluencia de la plaza San Jaime con la calle San Honorato. El barrio Gótico y la luna se observaban en silencio, como dos amantes nuevos que no quieren enturbiar el momento con alegatos huecos. Companys deseó que se eternizara aquel remanso de paz. Contempló el astro e imaginó que allá arriba tal vez también vivirían seres imperfectos con capacidad para amar y para odiar, pero con un gen distinto, benévolos, que les confería el don de respetar y de perdonar, y que aplacaba el deseo de ver muerto al que piensa diferente. Por fuerza habría de ser así, razonó, en un cuerpo celeste capaz de proyectar su hermosura, íntegra y exquisita, a cuatrocientos mil kilómetros de distancia. *Catalunya, triomfant, tornará a ser rica i plena...*

Una melodía puso fin al encuentro entre la luna tácita y el presidente taciturno. Los pensamientos de Companys bajaron del cielo cuando oyó unas voces femeninas, algo lejanas, tres o cuatro, cómo saberlo, que habían empezado a cantar *Els*

Segadors. Bajó la mirada hacia la calle tratando de localizar a las intérpretes, pero a nadie vio allí fuera. La plaza estaba iluminada por cuatro sucedáneos de luna: las dos farolas que flanqueaban la entrada al palacio y otras dos de mayor envergadura que exportaban luz hacia los flancos del edificio. Recordó entonces con añoranza los colores y los sonidos de aquella plaza llena de gargantas alegres y de rostros risueños cinco años atrás, el día en que su predecesor, Francesc Maciá, proclamó la República y de la mano de ella el nacimiento de una Cataluña soberana. Al irse aquel recuerdo, tan velozmente como había venido, le llamó la atención que la plaza siguiera aún vacía, con la noche del 19 de julio, domingo, ya avanzada. No habría de pasar mucho tiempo antes de que el pueblo o los militares llegaran allí para proteger o para tomar el palacio.

Endarrera aquesta gent tan ufana i tan superba...

El presidente de la Generalitat devolvió cuerpo y mente al interior del despacho. Cerró el ventanal y con la yema de dos dedos ajustó el pestillo concienzudamente, como si así pretendiera abortar la posibilidad de que alguien tomara el edificio precisamente a través de aquella frágil ventana. Fue como el gesto del niño que esconde la cabeza bajo las sábanas creyendo que con eso queda a salvo de cualquier amenaza, real o irreal, que aceche al otro lado del embozo. Sonrió al darse cuenta de la inutilidad de aquel gesto y decidió dejar el ventanal entreabierto para que aquellas voces anónimas siguieran intercalando el himno catalán entre sus reflexiones.

Bon cop defalg, bon cop defalf, defensors de la térra...

La inquietud volvió a él cuando su cara de ardilla se giró hacia el cajetín de madera barnizada con el aparato de radio LaFayette que había a la derecha de su escritorio. En él había escuchado, hacía media hora, la voz sobrecojida del locutor de Radio Barcelona anunciando poco menos que el fin de los tiempos: «Ciudadanos de Barcelona, tropas del regimiento de Infantería adscritas al acuartelamiento de Pedralbes y escuadrones a pie del regimiento de Caballería de Montesa están saliendo en estos momentos de los recintos militares para dirigirse hacia el centro de la ciudad. Ha llegado la hora de detener a las tropas facciosas. ¡Cada cual a su puesto! ¡Que cada ciudadano cumpla con su deber! ¡Viva la República! Visca la Generalitat de Catalunya!». Que cada ciudadano cumpla con su deber. Cada cual a su puesto... Él, Lluís Companys i Jover, estaba en el suyo, tratando de cumplir con su deber, como uno más. Había pasado las últimas horas analizando los acontecimientos con sus colaboradores más cercanos en la plaza Palacio, en el edificio de la Consejería de Gobernación, pero al caer la noche ya había decidido que su puesto en aquel momento no era otro que su despacho presidencial.

Ara és hora, segadors, ara és hora d'estar alerta...

Companys no tenía ninguna duda sobre las intenciones de los mandos militares que se estaban levantando mientras Barcelona se acostaba: rodear la ciudad con las tropas y avanzar a continuación hacia la plaza Cataluña abriendo una brecha sangrante a través de la Gran Vía, la avenida Catorce de Abril y el Paralelo para tomar el puerto, el edificio de Telefónica, el Ayuntamiento y la Generalitat, los centros neurálgicos de comunicación y de toma de decisiones. Él había

echado las cuentas una y dos veces, y tres y cuatro, y las volvió a echar y las repasó con la vana esperanza de poder incluir en el tablero alguna pieza con la que no hubiera contado hasta ese momento. El ejército ya estaba profanando las calles de Barcelona, secundando el intento de golpe de Estado que había iniciado el general Francisco Franco en África. Y de la Guardia Civil podía esperar cualquier cosa, porque tanto pesaba en ella el parentesco con el ejército como su tradición de obedecer a la autoridad legalmente constituida. Era de esperar que la Guardia de Asalto y el Cuerpo de Seguridad rindieran fidelidad a la República y lealtad a la Generalitat y, por descontado, también los trescientos mossos d'esquadra, aunque estos suponían una fuerza armada menos efectiva que efectista. Para Companys entraba en lo posible que también se posicionara de su lado el Cuerpo de Carabineros, encargado de vigilar costas y fronteras y de combatir el contrabando, si bien no ponía la mano en el fuego por ellos. Y después estaban los núcleos de resistencia que pudiera armar Estat Catalá desde el ala más combativa del independentismo, y la militancia de Esquerra Republicana de Catalunya, el partido del Gobierno. Y a ello podía sumar el apoyo aéreo de la Escuadra de El Prat de Llobregat. Sí, esa sí, porque estaba al frente de ella el teniente coronel Felipe Díaz Sandino, masón, izquierdista, encarcelado por el Gobierno republicano de derechas en 1934 por desobedecer la orden de bombardear el Palau de la Generalitat cuando Cataluña declaró la independencia por segunda vez.

Per quan vingui un altre juny, esmolem ben bé les eines...

Pero ni siquiera con todo eso y con la eventual obediencia de la Benemérita —que le había garantizado en conversación

telefónica el general de brigada José Aranguren— alcanzaban los efectivos para frenar el avance de más de tres mil militares bien armados y duchos en el uso de esas armas, dotados de artillería pesada y, por si fuera poco, reforzados por células de falangistas, requetés y monárquicos que a esas horas ya estaban peregrinando a los cuarteles para recitar en las garitas de entrada el santo y seña que habían acuñado los golpistas: Fernando, Furriel, Ferrol. En resumidas cuentas (echadas una y otra vez), poco podría resistir la Generalitat sin el concurso de al menos una mínima parte de los cuatrocientos mil militantes catalanes de la CNT y de la FAI, organizaciones que llevaban días reclamándole con insistencia la entrega de armamento para defender Barcelona cuando se produjera aquel alzamiento fascista que todos temían y con el que todos contaban. Los anarquistas conocían la ciudad calle a calle, palmo a palmo, tanto en superficie como en el subsuelo, en el que llevaban tiempo almacenando armas y pertrechos; si para los griegos clásicos el inframundo que habitaba bajo sus pies era un reino poblado por las almas muertas, el inframundo barcelonés de alcantarillas y túneles subterráneos era un territorio del que podría depender la salvación de muchas almas vivas. Los anarquistas, además, tenían implantación y fuerza en todos los barrios y distritos, en todos los gremios y sectores laborales del proletariado. Y, quizás lo más determinante, era gente dispuesta a batirse el cobre y a jugarse la vida cuando llegara el momento. Y el momento ya estaba llegando.

Que tremoli lenemic en veient la nostra ensenya...

Companys sintió ganas de ir a caminar unos minutos por el patio de los naranjos, en el que le gustaba recluirse cuando se trataba de buscar soluciones imposibles. Pero no debía abandonar el despacho en esas horas aciagas bajo ninguna circunstancia. Oyó el rumor confuso de pasos, voces y timbres de teléfonos que sonaban incesantemente al otro lado de la puerta, aunque él había dado orden de que no le pasaran ninguna llamada, ningún telegrama, ningún despacho, hasta que lograra hablar en persona con los delegados anarquistas. Miró el reloj para constatar que se retrasaba la visita del Comité de Enlace con la Generalitat de la CNT, creado en los días previos para empezar a planificar en secreto la defensa de Cataluña. Durruti le había dicho por teléfono que en treinta minutos los tendría allí, y ya había pasado cerca de una hora.

Com fem caure espigues d'or, quan convé seguem cadenes.

Cuando dejaron de sonar las voces cantoras de la calle, el ruido de oficina que venía del otro lado de la puerta se hizo aún más abrupto. Mientras convivía con la espera, el dilema siguió devanándole los sesos a Lluís Companys. ¿Qué hacer? Negarse a entregarles armas a los confederales era sinónimo de allanarles el camino a los militares para que tomaran Barcelona y Cataluña en un santiamén. Facilitarles armas implicaba el riesgo de ceder de facto el poder a las milicias anarquistas, que detestaban el Estado, ya fuera español, catalán o andorrano. Lo primero suponía entregarse al golpismo sin apenas resistir, lo segundo significaba defenderse pero alimentando posiblemente una guerra de consecuencias incalculables. Y las dos opciones traicionaban, de una u otra

forma, el ideario y el proyecto político de Companys y de su Gobierno.

Durruti colgó el teléfono y se acercó con paso aplomado al ventanuco del despacho de las visitas del Sindicato de Transportes de la CNT. Asomó la cabeza para rastrear con la vista la calle, sin tránsito de vehículos ni gente a esa hora, y alzó la barbilla para mirar a aquella luna entrometida y fisgona que curioseaba sobre los tejados de la ciudad. Aunque, acostumbrado como estaba a vivir entre la clandestinidad y la amenaza de muerte, más que mirarla se dedicó a vigilarla.

Antes de que sus pensamientos tomaran altura, una señal alegórica llegó a sus oídos. Se trataba de un sonido incierto, lejano, que se iba propagando por el aire de Barcelona. No tardó en identificarlo. Era un alarido de sirenas que llegaba desde el este. Unas pocas al principio, algunas más después. Varios piquetes de marineros, estibadores y sindicalistas habían ido abordando los barcos atracados en el puerto y estaban haciendo sonar las sirenas de los buques para llamar al levantamiento en armas de los obreros. Y siguiendo los pasos de aquellas sirenas estaban empezando a aullar otras, las de las primeras fábricas que estaban tomando bajo su control los anarcosindicalistas. Fue en esas cuando Durruti recordó, en un extraño requiebro de su mente, aquel sueño que había tenido años atrás, antes del atraco de Gijón. El sueño de la ciudad con puerto y de las sirenas de buque que sonaban, casi componiendo un himno. El sueño de los obreros que salían en tropel a las plazas y a las calles. Se acordó de Escartín, al que se lo había contado aquella tarde de agosto, paseando por la

playa, y lamentó que no pudiera estar ahora allí viviendo ese momento.

El sonido del teléfono se impuso sobre el ruido de las sirenas. Durruti corrió hacia él, hambriento de noticias. Descolgó. Era Ascaso.

—¿Cómo está la cosa por ahí, Paco? —le preguntó.

—No está mal. Hemos sacado casi doscientos fusiles de dos transatlánticos y de cuatro mercantes en el puerto.

—¿Algún problema con eso?

—Ninguno, no te preocupes —le tranquilizó Ascaso—. Estamos distribuyéndolos entre todos los que nos enseñen un carné del sindicato, no hay tiempo para más comprobaciones. ¿Qué tal vosotros?

—Hacemos lo que podemos. Hemos vaciado tres armerías y estamos desarmando a los serenos, pero de momento no da para mucho: unas cuantas pistolas, unas escopetas de caza... Tenemos eso, la ametralladora Hotchkiss y las dos metralletas checoslovacas del piso de Jover, además de los Winchester que teníamos escondidos, las bombas caseras del Sindicato del Metal... Bueno, y las pistolas que se están trayendo de casa algunos compañeros.

—He pasado por la plaza San Pedro —siguió informando Ascaso—. Los vecinos han levantado allí una barricada con los adoquines de la calle. Hay hombres, mujeres y niños dispuestos a defenderla con las manos vacías. Si llegan allí los militares va

a haber una carnicería. Así no vamos a ninguna parte. Sin armas no somos ni zanja ni pared.

—Habrá que resistir, con armas o a escupitajos, si es necesario. Para algo tiene que servirnos la gimnasia revolucionaria de la que habla siempre Juan, ¿no?

Ascaso no las tenía todas consigo.

—Pepe, ha llegado la hora de la verdad —dijo con una solemnidad involuntaria—. Si nos doblegan esta vez no nos vamos a poder permitir el lujo de sobrevivir a la derrota.

Bien lo sabían ambos, pero Durruti no quiso seguirle el juego de ponerse trágico. Le quedaba en la recámara una buena noticia y se la dio para subirle el ánimo.

—Acabo de hablar con Asturias. Con Higinio.

Con Higinio. Higinio Carrocera. Aquel chaval que con quince años había guiado a Durruti y a Escartín desde la cuenca minera para atravesar la cordillera hacia León después del tiroteo con la Guardia Civil.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Ya está en marcha nuestra gente por allí? —preguntó Ascaso.

—Ni te lo imaginas... Me llamaba desde el Ayuntamiento de Langreo. Está a punto de salir con una columna de cuatrocientos confederados camino de Gijón para asaltar el cuartel de Simancas.

A Ascaso le impresionó aquello.

—¿Pero tienen armamento? —quiso saber.

—Los fusiles que habían enterrado en el monte y en las caserías después de lo del 34. Y los que les sacaron hoy a los guardias de La Felguera. Estuvieron zumbándoles toda la tarde a las puertas del cuartel para que no salieran a la calle, hasta que se rindieron.

—¡Ese sí que los tiene bien puestos! —lo celebró el aragonés.

Durruti hizo una pausa no muy extensa pero que por teléfono pareció eterna. Levantó la vista hacia la pared de aquel cuarto destinado a la atención al público y clavó la mirada en un cartel que rezaba: «Compañero, sé breve. La revolución no se hace con palabras, sino con actos».

—Escucha —dijo apurando la conversación—, vendrá ahora a recogerme Juan para ir a ver a Companys. Ya no hay tiempo para negociaciones ni para más zarandajas con estos. O nos dan las armas o vamos a tener que cogerlas nosotros mismos. Nos vemos justo en media hora en la plaza San Jaime. No te retrases.

Durruti colgó sin esperar siquiera a escuchar la confirmación de Ascaso. Salió del despacho con premura y en la sala principal del local identificó, en el meollo de un nutrido corrillo de gente, a Juan García Oliver, que le informó de que había un coche a la puerta para llevarlos al Palau de la Generalitat, pero que antes tendrían que pasar por el caserón sindical de Santa Mónica a poner paz. Una compañía de la Guardia de Asalto se

había presentado allí exigiendo que entregaran los fusiles que los cenetistas habían sacado de los barcos y la situación amenazaba con acabar mal. Durruti descubrió entonces que los acontecimientos estaban sucediéndose a un ritmo desenfrenado y que la información que le acababa de dar Ascaso sobre el reparto de armas no estaba actualizada.

El coche en el que viajaban, un Ford V8 de color azul turquí con las siglas CNT-FAI rotuladas en blanco sobre el capó y las puertas, llegó a la rambla Santa Mónica en compañía de un camión con una docena de milicianos, repartidos entre la cabina y la caja, hombres y mujeres jóvenes en su mayoría. Mientras García Oliver y Durruti intercambiaban en el interior del coche las últimas instrucciones, los milicianos, armados con pistolas, escopetas de caza y mosquetones, tomaron la iniciativa desplegándose por todo el perímetro, en función de las indicaciones estratégicas que les dio uno de ellos. Los guardias de asalto, que estaban apostados frente al caserón de la sede sindical, apuntando con sus armas hacia el edificio, recibieron con tensión aquella maniobra de la milicia anarquista, que los iba a dejar entre dos fuegos si a alguien, de uno u otro lado, se le ocurría dar la orden de disparar.

—¿Quién está al mando aquí? —preguntó Durruti avanzando con determinación hacia la posición de los guardias.

Antes de alcanzarlos salió a su encuentro, con paso enérgico, el comandante Viçenc Guarner, menorquín, militar de formación, participante en las campañas de África.

—Yo estoy al mando —contestó el oficial.

—Comandante Guarner —dijo Durruti nada más reconocerlo—, ¿qué le trae por aquí?

—Tengo orden de desarmar a los ocupantes de este edificio.

—¿Y quién ha dado esa orden? —preguntó Durruti llevándose las manos a las caderas en actitud desafiante.

—La Consejería de Gobernación de la Generalitat.

Durruti esgrimió una sonrisa mordaz. Miró a la izquierda, al frente y a la derecha. Hizo un cálculo aproximado de los milicianos desplegados en la calle. Y de los que asomaban las armas por las ventanas de la planta baja del edificio. Y de los que estaban semiocultos en las ventanas abalconadas de la primera planta.

—Hay circunstancias en las que lo más razonable es no dar y no cumplir órdenes que empeoren las cosas —dijo Durruti posando la mano en la cartuchera de su pistola Astra 400 de nueve milímetros—. Y esta es una de esas circunstancias.

—Yo no negocio mis órdenes con ninguna milicia —defendió su posición Guarner.

—A ver si le queda clara una cosa, comandante. A estas horas los uniformes, los galones, las estrellas, las insignias y todo lo demás ya no representan nada ni representan a nadie en Barcelona. Aquí ya no hay más autoridad que el pueblo. Y el pueblo necesita armas para defender la ciudad.

Guarner apartó la vista de su interlocutor para situarla sobre la fachada del edificio, colmada de armas que parecían cañerías de metal dispuestas a evacuar todo el plomo que había en el sindicato. Trató de valorar la situación con ponderación. No quería cargar sobre sus espaldas el peso de un baño de sangre, pero tampoco estaba dispuesto a marcharse de vacío y con su dignidad de oficial quebrantada.

García Oliver, rezagado hasta entonces, dio unos pasos al frente hasta alcanzar a los dos hombres para intervenir en la negociación.

—Imagine que la salvación de Barcelona dependa de esas armas que quiere confiscarnos —teorizó García Oliver—. ¿Está dispuesto a asumir esa responsabilidad? Y, lo más importante, ¿considera que tiene usted la autoridad necesaria para hacerlo?

El comandante no movió ni un músculo de la cara, manteniéndose en actitud indócil, a salvo de cualquier intento de persuasión.

—Yo cumple órdenes —insistió—. Soy un oficial, no un político como ustedes.

—¿Como nosotros? —preguntó García Oliver molesto con aquella consideración—. No, no se equivoque. Nosotros no somos políticos, somos anarcosindicalistas.

Los tres callaron. Calló la milicia, calló la guardia, callaron las armas, calló la plaza. El silencio pasó entre ellos de puntillas, para no hacer ruido. De repente se oyó una violenta explosión,

como el trueno de una tormenta que se avecina. Durruti contrajo la mirada. Él tampoco quería resolver aquello con un vendaval de pólvora, pero ya estaban produciéndose las primeras escaramuzas armadas. Y ellos ya iban con retraso al encuentro con Companys. Agarró por el brazo a García Oliver y se apartaron unos metros para mascullar unas cuantas frases. Volvieron con una reprimenda y con una propuesta para el comandante.

—Guarner, lo mejor que podría hacer usted es llevarse a sus hombres a las puertas de algún cuartel para entablarla a tiros con los militares antes de que salgan a la calle. Eso iba a ser más útil para todos —le dijo Durruti con rudeza—. Pero ya que insiste, deje que entremos a hablar con los compañeros para ver cómo solucionamos esto.

El oficial al mando asintió con cara de pocos amigos y se aproximó al pelotón de guardias para informar de que los dos cenetistas iban a entrar en el edificio para parlamentar con los de dentro. Un sindicalista salió a la puerta del caserón para recibir a García Oliver y a Durruti, y los hizo entrar casi a empujones para apartarlos rápidamente de la línea de tiro. Una vez dentro, les informó de que, como el tiempo escaseaba, ya habían repartido todos los fusiles y carabinas de los barcos entre la militancia, todos menos unos pocos que tenían allí, apuntando a los guardias de asalto, y una docena más apilados en una caja, inservibles por fallos en el percutor o en el cargador. Durruti y García Oliver los inspeccionaron por alto. Rápidamente maquinaron un plan. Cargaron entre los dos la caja con el armamento averiado, la sacaron del caserón y la depositaron a los pies de Guarner. Ahora solo era cuestión de

convencer al comandante de que únicamente habían sacado de los barcos aquellas armas y unas pocas más que se habían extraviado inexplicablemente durante el traslado. Guarner, que de ingenuo tenía poco o nada, no tragó el anzuelo y solo dio el brazo a torcer cuando García Oliver le dio su palabra de que él y Durruti estaban a punto de reunirse con el presidente Lluís Companys para abordar en persona el espinoso asunto de la posesión de armas, apostillando de paso que si llegaban tarde a ese encuentro iba a ser por culpa de la terquedad de Guarner.

Cuando el coche azul turquí con las siglas propagandísticas de la CNT-FAI arribó a la plaza San Jaime ya había en ella cerca de dos centenares de personas, unas de uniforme, protegiendo la entrada y el perímetro del Palau de la Generalitat, y otras con ropa de civil, aguardando con ansia que Companys o alguien de su Gobierno salieran al balcón para tranquilizarles con su presencia o para impartir alguna consigna que aplacara los nervios. Ascaso ya esperaba en el cruce con la calle San Honorato. Les hizo una señal con el brazo para indicar su posición y cuando pasó a su lado se subió al pescante del Ford V8, que atravesó los últimos metros hasta la puerta a velocidad reducida y apartando a la gente con insistentes bocinazos.

El presidente de la Generalitat, informado de la llegada de los representantes anarquistas, reclamó la presencia del comisario general de Orden Público, el capitán de Caballería Frederic Escofet, y del consejero de Gobernación, Josep Maria Espanya. Los tres recibieron en el despacho presidencial a Durruti, Ascaso y García Oliver, que entraron con paso poco

ceremonioso, como si se tratara de una visita de embajadores de una potencia enemiga.

—Señores, buenas noches... Aunque no es precisamente una buena noche —los saludó Companys con tono apagado—. ¿Dónde están los otros dos miembros del Comité de Enlace?

—¿Dónde quiere que estén? Tratando de defender Barcelona. Ellos y otros muchos militantes de la CNT y la FAI. Defendiendo Barcelona sin armas —se quejó Durruti abiertamente.

—Señor Durruti —respondió Companys con una sonrisa desganada bajo su bigote—, ya sabe lo que dice el refrán catalán: *qui gemega ja ha rebut*, quien se queja ya ha recibido. Porque tengo entendido que ya han conseguido ustedes algunas armas por procedimientos ocurrentes y poco convencionales.

—Y yo tengo entendido que dieron ustedes la orden de recuperar esas armas por el procedimiento de la fuerza, si fuera necesario —respondió Durruti repartiendo la mirada y las culpas entre el presidente y sus dos mandos de seguridad—. García Oliver y yo llegamos a tiempo de evitar el enfrentamiento, pero piensen que la próxima vez no vamos a tener tanta consideración. Llevamos dos semanas tratando de acordar con ustedes la entrega de armas. Su pretexto siempre ha sido que no disponían de armamento y resulta que ahora que logramos nosotros armas por nuestros propios medios mandan a una compañía de la Guardia de Asalto a

recuperarlas. No sé a qué están jugando, pero les advierto de que los confederales ya no estamos para juegos.

Companys movió la cabeza en un gesto apenas apreciable con el que pretendía manifestar cierto grado de comprensión, pero al mismo tiempo su desacuerdo con el punto de vista de los cenetistas.

—Mil fusiles —tomó el relevo García Oliver—. Solo les pedíamos un millar de fusiles y, si lo recuerdan, a cambio les garantizábamos que con esas armas no íbamos a permitir que los militares pusieran un pie fuera de los cuarteles.

—Pero ahora los militares ya están en la calle —intervino Ascaso—. ¿Tienen alguna idea brillante para pararlos? Dígannos cómo está la situación.

El consejero Espanya estableció contacto visual con Companys para ver si este le daba autorización para facilitarles información al respecto. El presidente le indicó con la mano que podía hablar.

—Está garantizada la fidelidad de la Guardia de Asalto —confirmó Espanya—. Acabamos de detener a un capitán que tenía en su poder planos e instrucciones de los golpistas, pero respondemos de la lealtad del resto de la oficialidad del cuerpo.

—¿Y qué hay de la Guardia Civil? —siguió preguntando Ascaso.

—Están de nuestro lado, tengo el compromiso del general Aranguren —atestiguó Companys—. Podemos contar con los dos tercios y con los cuatro escuadrones de Caballería que tiene a su mando.

—¿Creen ustedes que, si se da el caso, la Guardia Civil va a ser capaz de abrir fuego contra el ejército? —planteó Durruti la incógnita.

Nadie respondió en primera instancia. Las miradas, inevitablemente, confluyeron en Companys.

—Estamos al albur de los acontecimientos —reconoció el presidente ensombreciendo su semblante—. Hemos llegado a un punto crudo de la historia, lo sabemos todos lo que estamos en esta sala.

—No nos fiamos un pelo de la Guardia Civil —remachó Ascaso—. Lo mejor será que se queden acantonados en sus cuarteles.

Lluís Companys, que estaba en el centro de la estancia flanqueado por Escofet y por Espanya, giró media vuelta, dio la espalda a sus interlocutores y caminó hasta la ventana. Sin abrirla, apartó la cortina unos centímetros y echó una mirada furtiva al exterior. La plaza era un embalse que iba a llenarse y a desbordarse con un incesante goteo de gente que estaba desembocando desde las calles San Honorato y Obispo. Las banderas cuatribarradas y las rojinegras se entremezclaban, sobrevolando una superficie de rostros expectantes. Aquella osmosis anarconacionalista le resultó al presidente sorprendente y natural al mismo tiempo, dada la situación.

Apartó la mano dejando que la cortina volviera a su posición y devolvió la mirada a sus visitantes.

—Tenemos la razón, pero por desgracia en este trance también necesitamos tener la fuerza —sentenció Companys—.

Saben ustedes, señores García Oliver, Ascaso y Durruti, que yo defendí, como abogado, a no pocos militantes anarquistas en los años de la dictadura de Primo de Rivera. Y que perdí compañeros y amigos en la lucha contra el totalitarismo.

—También sabemos que hizo detener a no pocos cenetistas hace dos años, cuando proclamó el Estado catalán —le recordó Ascaso desde el ala dura de la negociación.

—Tiene usted razón. Los hechos están ahí y son heridas recientes. No tendría sentido alguno negarlos —convino Companys—. Pero les pido que hagan el esfuerzo de tratar de entender que la mía es quizás la posición más incómoda. Al mismo tiempo que ustedes me reclaman la entrega de armamento, los mandos leales de la Guardia Civil me piden todo lo contrario, que les dé la orden de desarmar no solo a los militares sediciosos, sino también a la milicia anarquista que está en ciernes. Y es francamente difícil sostener ese equilibrio de fuerzas y de intereses, pero necesitamos la participación de todos para poder superar estas horas graves. Han de saber, señores, que la Generalitat está dispuesta a luchar por la democracia, cualquiera que sean el escenario y las circunstancias.

Sin premeditación, pero con intención, Companys había concluido su disquisición con una frase arcana, de significado

recóndito, como si con ello pretendiera ganar tiempo, un tiempo que tal vez le podrían conceder los allí presentes, pero no los militares. Era consciente de ello.

García Oliver, Ascaso y Durruti se miraron para consensuar la respuesta.

—Molt bé, president. Esperem que no s'hagi vosté de penedir d'aquesta decisió —le advirtió García Oliver en un último intento de que reconsiderara el embargo de armas a los confederados.

—El meu problema, estimat amic, és que tiñe molt poc marge per prendre decisions —respondió Companys con amargura. Sí, sabía que tenía poco margen de decisión y no trató de ocultárselo a los allí presentes.

Los tres miembros del Comité de Enlace abandonaron el despacho y el edificio con una urgencia casi descortés. El coche partió de la plaza nuevamente a toques de bocina, dejando libres unos pocos metros cuadrados que ocuparon en cuestión de segundos las personas que seguían fluyendo como el agua de una presa rota desde las dos bocacalles. Las distancias entre la gente y los guardias de asalto que protegían la sede presidencial fueron estrechándose hasta que los agentes ya casi sentían en su cara el aliento de la primera línea de civiles. Los guardias comenzaron a alzar las carabinas Máuser por encima de sus cabezas, en parte por ganar espacio y en parte por señalizar su posición a modo disuasorio. Sonaron las primeras explosiones cercanas, rotundas, violentas como una tormenta de verano, que no dejaban lugar a especular sobre su

origen. La masa dedujo que aquel sonido declaraba el inicio de una batalla y en la plaza brotaron las primeras voces reclamando armas para la defensa: «Armes! Armes!», «Volem armes!»...

El gentío comenzó a estrujar a los guardias de asalto, que trataron de encontrar con la mirada al compañero que tenían al lado o al oficial al mando, esperando que alguien comunicara órdenes, y que esas órdenes no fueran trágicas, sangrientas. El capitán de la compañía, un hombre alto, con una espalda como un armario, de mediana edad y nariz partida de boxeador, tuvo una duda que le duró menos que un instante, una millonésima de segundo. La resolvió llevándose la mano diestra a la cartuchera para desenfundar la pistola reglamentaria, agarrarla por el cañón y entregársela a uno de los manifestantes. Los demás guardias entendieron y acataron la orden que nadie llegó a dar y siguieron el ejemplo, quedándose ellos con las armas largas y cediendo sus pistolas, en unos casos, o dejando mansamente que los obreros las retiraran de sus cartucheras. En pocos segundos, más de un centenar de civiles abandonaron la plaza siguiendo distintas direcciones y armados con pistolas semiautomáticas Astra 900 de diez cartuchos.

Las primeras luces del alba desvelaron el escenario de una Barcelona que sangraba por los cuatro costados. Los confederales abrieron fuego sin contemplaciones contra las partidas de falangistas y requetés que intentaban reunirse con las tropas golpistas. Uno de los primeros enfrentamientos entre militantes y militares tuvo lugar en la plaza Universidad; otro, en la Brecha de San Pablo, muy cerca del bar La Tranquilidad. En la plaza España retumbaron los cañones del

ejército, destrozando la vida de una docena de obreros. Los golpistas se apoderaron del edificio de la Compañía Telefónica y del hotel Colón, en la plaza Cataluña. Sindicalistas de UGT confiscaron la dinamita del depósito del puerto. Los cenetistas se hicieron fuertes en puntos estratégicos de la ciudad, agazapados en portales, encumbrados en las azoteas, protegidos tras los árboles, parapetados en coches y en tranvías, apostados tras las barricadas de muebles, adoquines y sacos terreros, ocultos en las bocas de metro... Abrieron las celdas de la Modelo. Entregaron a las llamas iglesias y conventos en los que buscaban refugio cuadrillas de golpistas. Combatieron codo con codo, quién podría haberlo imaginado, con la Guardia de Asalto y con grupos comunistas, socialistas y catalanistas desperdigados aquí y allá, cada cual persiguiendo su punto de referencia y de estabilidad en medio del caos. A medida que crecía el día, los anarquistas iban armándose y rearmándose, reafirmando su hegemonía, ganando piezas de artillería, afianzando posiciones, lanzando camionetas a toda pastilla contra los nidos de ametralladora del ejército para silenciarlos, mientras la aviación republicana del aeródromo de El Prat atacaba desde el cielo los asentamientos de los sublevados.

A la una y media de la tarde de aquel día que quiso durar un siglo, una columna de guardias civiles descendió por la Vía Layetana golpeando el suelo con sus tacones, en formación de dos, con los Máuser al hombro. Al llegar a la altura de la Comisaría General de Orden Público, el edificio al que Lluís Companys había trasladado su centro de operaciones al inicio de los combates, los tricornios dejaron de avanzar. Companys, alertado por uno de sus ayudantes, los vio llegar desde el

balcón, en el que le acompañaba el diputado y compañero de partido Josep Tarradellas y varios hombres armados. Los dos políticos contuvieron el aliento. Nadie sabía a ciencia cierta si la misión que traían los guardias era rendir el edificio o protegerlo. Companys necesitaba poner fin a la incertidumbre con prontitud.

—Visca la República! Visca Catalunya! Visca la Guardia Civil! —gritó el presidente de la Generalitat desde lo alto, inclinando ligeramente hacia adelante su cuerpo enjuto.

El coronel Antonio Escobar, veterano oficial de la Benemérita, católico, conservador, levantó la vista hacia el balcón con una mirada impenetrable, se cuadró, hizo el saludo militar y gritó:

—¡A sus órdenes, señor presidente!

Y la primera orden de Companys fue que subiera de inmediato para estrecharle la mano. A continuación, el coronel sacó a relucir un asunto que le inquietaba sobremanera.

—Señor presidente, si me permite que exprese mi opinión —dijo con verbo ceremonioso—, habría que desarmar de inmediato a la milicia anarquista. Barcelona no puede quedar en manos de una turba sin mando ni control. Están quemando iglesias, disparan contra oficiales insurrectos que quieren rendirse...

—Coronel, yo ya no soy dueño de la situación, ni en Cataluña ni en Barcelona siquiera —se sinceró también con él el presidente—. Entiendo y comparto su preocupación, pero la

CNT está entregando a estas horas muchas vidas de sus militantes en las calles de esta ciudad. Sin ellos no hubiera sido posible detener el avance de los golpistas.

Escobar recibió aquella confesión con el desánimo creciendo en su mirada. Se sintió desamparado, desautorizado por la autoridad política.

—Presidente, yo no quisiera tener que vérmelas entre dos fuegos, con los sublevados por una parte y con los anarquistas por otra —prosiguió el oficial de la Benemérita.

—Ni yo, coronel. Por eso, lo más conveniente sería no tocar ese asunto por el momento, porque estamos ante la política de los hechos consumados. No vaya a pensar usted que los anarquistas iban a entregar las armas pacíficamente. Y yo no quiero ser el detonante de una guerra civil dentro de otra guerra civil. Eso supondría elevar al cuadrado todo este horror. Ahora mismo solo podemos elegir en qué territorio queremos estar, si en el de la libertad o en el del totalitarismo.

—¿Y qué diferencia hay si la barbarie acaba instalándose en ambos?

El sonido espeso de un aparato aéreo en vuelo rasante sobre los tejados dejó a Escobar sin respuesta y puso remedio a aquella charla informal que estaba derivando en desencuentro. El oficial y el presidente asomaron las cabezas al balcón con recelo y alcanzaron a distinguir las alas y los patines de un hidroavión que estaba pasando por encima del edificio. Escobar observó con ojo de azor el fuselaje y dijo:

—Es un Junkers W 34 de fabricación alemana.

Companys puso cara de incógnita. Más allá de aquel apunte técnico del coronel sobre la denominación de origen del aparato, no sabían de qué bando procedía ni cuáles eran las órdenes que le habían sido encomendadas a su tripulación.

—Llame al aeródromo de El Prat —ordenó Companys a uno de sus asistentes a través del teléfono—. Quiero hablar lo antes posible con el coronel Díaz Sandino.

No podían saber que a bordo de aquel hidroavión, que volaba en solitario como un pájaro sin bandada, iba el general de Infantería Manuel Goded, colaborador de Franco en la represión de la revolución de 1934 en Asturias y que ahora, tras imponer la ley marcial en las plazas de Mallorca e Ibiza, que estaban bajo su mando, había viajado a Barcelona con su estado mayor para ponerse al frente de los sublevados. Por desgracia para él y para su causa, el general llegaba tarde a la cita, irremediablemente tarde. Goded salió de Palma de Mallorca victorioso y llegó a Barcelona derrotado. Al alcanzar la capital catalana, su hidroavión trazó a baja altura un par de vueltas de reconocimiento, las justas para que el acérrimo general oteara las columnas de humo de los cuarteles ardiendo, las posiciones de los militares totalmente sitiadas y la senyera enarbolada en los edificios institucionales, el signo evidente de que no había triunfado el levantamiento. Y como aquel era ya, para él, un día de derrotas, el sentido del deber derrotó al sentido común del general Goded, que en vez de dar media vuelta y regresar a Baleares decidió amerizar en aguas jurisdiccionales de la muerte. Les había prometido su apoyo y

su presencia a los mandos militares de Cataluña y estaba dispuesto a cumplir la promesa, aunque sin tener conciencia de lo costosa que iba a resultarle. Con un vehículo blindado se abrió camino a través de la costa desde los pantalanes de la Aeronáutica Marina hasta la Capitanía General, pero una vez allí no le quedó otra que rendirse a la Guardia Civil en pocas horas, ante el empuje de las fuerzas republicanas y anarquistas. Companys lo convenció para que se dirigiera por radio a los insurrectos pidiéndoles que no derramaran más sangre. Aquel Goded, de algo más que cincuenta años, apuesto, repeinado, de fino bigote, ojos profundos y rostro cinematográfico, que había sido culo de mal asiento con los tres regímenes políticos que le había tocado vivir (monárquico, dictatorial y republicano) y que unos años atrás había cambiado en un cuartel el grito de «¡Viva la República!» por «¡Viva España y nada más!», aquel mismo Goded se vio obligado a proclamar ante el micrófono que la suerte le había sido esquiva, que había caído prisionero, que había que poner fin a la sangría. Acabó sus días en el barco prisión Uruguay, donde un consejo de guerra sumarísimo lo envió al pelotón de fusilamiento, a él y a otros altos oficiales golpistas.

Barcelona despertó el 20 de julio de 1936 asfixiada por un hedor de guerra. La parte baja de las ramblas fue teatro de operaciones de uno de los últimos combates. Un puñado de militares y unos cuantos afines de ultraderecha resistían como podían en el cuartel de Atarazanas y en la Maestranza de Artillería.

Durruti, Ascaso, García Oliver y Aurelio Fernández encabezaban el asalto a aquel reducto. Los confederales habían

logrado hacer callar a la ametralladora que desde lo alto del monumento a Colón hizo estragos en la víspera, pero aún no habían sometido Atarazanas, el último bastión fascista en la ciudad. Mientras estaban estudiando con mirada fotográfica un plano de la zona, desplegado sobre el capó de un taxi, se acercó a ellos una miliciana para pedirles que echaran la vista atrás un momento. Por la rambla descendía una mancha verdinegra de uniformes, armas y tricornios.

—Ve a ver qué quieren ahora —le encargó Ascaso a Durruti—. Si vienen con intención de echar una mano, diles eso de que bastante ayuda quien no estorba.

Durruti le dio a su compañero y amigo una palmada en el hombro para tranquilizarlo y salió al encuentro del piquete de la Guardia Civil, al frente del cual venía el coronel Antonio Escobar. Se saludaron con la frialdad y la dureza de un iceberg.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó Durruti dejando la afabilidad para otro día o para otra guerra.

El coronel no respondió de inmediato. Aupó su mirada sobre los altos hombros de Durruti para observar el último baluarte de los golpistas. No divisó figuras humanas, tan solo el cañón de algunos fusiles despuntando en diagonal desde el tejado, como astillas clavadas dolorosamente en el cielo blando de Barcelona.

—Déjennos esto a nosotros. Ustedes ya han tenido suficientes bajas aquí —dijo Escobar recorriendo con la vista el paisaje de cadáveres sin retirar diseminados en tierra de nadie.

—Precisamente por eso —contestó Durruti—. Esos muertos que ve ahí son nuestros muertos. Esto es cosa nuestra. Llévese a sus hombres donde los necesiten, aquí no hacen falta. Además, tenemos el apoyo de la Guardia de Asalto.

Escobar no insistió, sabedor de que de nada serviría. Los guardias civiles dieron media vuelta y se fueron por donde habían venido. Durruti volvió a la reunión del capó del taxi, que ya estaba prácticamente zanjada. Le informaron de los últimos detalles y fueron a la plaza del Teatro para ultimar los preparativos del asalto definitivo. Cuando ya se disponían a iniciar el avance hacia Atarazanas, Ascaso se palpó los bolsillos de la chaqueta, como si buscara algo importante, y tras encontrarlo dijo:

—Dadme un minuto para fumar medio cigarrillo.

Hasta aquel momento, con la luz de oro del mediodía desparramándose por la costa barcelonesa, Durruti no había reparado en la indumentaria de su amigo, al que habitualmente le gustaba vestir con humilde elegancia. Lo miró con los ojos de un ciego que acabara de recobrar la vista. Vestía una americana larga y desgarbada que le cubría la culera igual que un frac, con la cresta de un pañuelo blanco despuntando en el bolso a la altura del pecho. Y unos pantalones oscuros, de raya diplomática. Y el pelo enlacado y unas sandalias con calcetines claros. Parecía que el levantamiento militar lo hubiera sorprendido en una tarde de juerga, en mitad de una romería de barrio.

—Vaya pintas traes tú para hacer la revolución, maño —se mofó de él Durruti tirándole de una oreja, como quien reprende a un chiquillo descuidado.

Ascaso no respondió. Falseó el gesto para sonreír, con el cansancio dibujado en el rostro. Le dio una calada profunda al cigarrillo, succionando con ella las mejillas, que adquirieron la apariencia de dos fosas. Miró para el pitillo con un reflejo de nostalgia, como si estuviera despidiéndose del tabaco, y chupó la última calada achinando los ojos, que en ese instante parecían las rendijas de un búnker inexpugnable. Tiró el cigarrillo a medio gastar y agarró el fusil ametrallador con decisión.

—Acabemos con esto, Pepe, que llevamos dos días sin dormir —dijo con un tono de voz mecánico.

Durruti alzó la mano izquierda mientras articulaba con los dedos de la otra mano un silbido para avisar al conductor del camión que acababan de blindar artesanalmente. El vehículo, un Ebro B35 acolchado de arriba abajo con colchones, arrancó con un leve carraspeo del motor y empezó a moverse a paso de carruaje fúnebre por el último tramo de la rambla, mientras la ametralladora Hotchkiss 1914, apuntalada sobre la cabina, comenzó a escupir balas entre movimientos convulsivos. Varios milicianos con armas automáticas se colocaron detrás del vehículo, pegándose como lapas al chasis trasero para no brindarle un blanco fácil al enemigo. El camión avanzó regateando los primeros cuerpos sin vida que estaban secando al sol en aquel tramo frequentado por la muerte. Al aproximarse a la calle Santa Madrona, el tiroteo que caía en

granizo desde una de las garitas del cuartel puso en compromiso el avance. Los confederados a pie buscaron refugio donde pudieron. Ascaso echó a correr hasta una de las casetas del mercadillo de libros usados y allí aguardó unos segundos para desanublar su mente. Cerró los ojos para calcular mentalmente los metros que había ganado y los que aún quedaban por ganar. Tenía cerca la primera de las garitas, al alcance de una carrera serpenteante, con quiebros rápidos para desquiciar a las miras de los fusiles. No se lo pensó dos veces. Salió del parapeto de madera con mirada inflamable, zigzagueando como una serpentina y descargando una tromba de disparos sobre la garita. Pero un tirador con puntería olímpica siguió los ángulos alternantes de su carrera y atrapó sus pasos. El disparo alcanzó a Ascaso entre los ojos. La muerte, con el encargo cumplido, dejó que su cuerpo danzara en el aire unas décimas de segundo antes de hacerlo caer igual que una marioneta a la que le cortan los hilos que la amarran a la vida. Su fusil ametrallador quedó apuntando a la costa, como una vara de zahori que anuncia la cercanía del agua.

A sus espaldas, el mundo se detuvo. Durruti, a pocos metros, lo vio caer y ahogó un grito de advertencia que ya llegaba tarde. Apretó los dientes con la fuerza de un cepo, sintiendo un dolor desgarrador, y volteó la vista atrás, hacia la posición de García Oliver, lívido tras ver caer a Ascaso. Continuó el chasquido de las balas, ajenas al duelo. Las pupilas de Durruti se empañaron con una llovizna provocada no solo por el humo y la pólvora sino, sobre todo, por una tristeza infinita.

XVI

El Paseo de Gracia era, de principio a fin, una fiesta popular desde las primeras horas de aquella mañana de julio. Barcelona había dado sepultura, con más prisa que pausa, al medio millar de muertos de los enfrentamientos armados de los días precedentes y, por esa amnesia sobrevenida y terapéutica que suelen imponer los partes de guerra y el instinto de supervivencia, la ciudad pasó del llanto a la alegría en apenas cien horas.

Dos camionetas decoradas con las siglas y los colores del anarquismo recorrían sin descanso el kilómetro y medio de avenida pidiéndole a la población, a través de altavoces de sonido estridente, que acudiera a donar víveres para las milicias que partían hacia Aragón, repitiendo machaconamente un llamamiento que el propio Durruti había hecho a las ocho de la mañana desde los micrófonos de Radio Barcelona. Cuando las camionetas se cruzaban en la calzada, circulando cada una en un sentido, la megafonía y el pandemonio del público agolpado en las aceras componían una amalgama cacofónica, reflejo de aquella Barcelona antifascista en la que cada familia ideológica interpretaba un himno y un discurso propios.

Pasadas las diez de la mañana, el Hispano Suiza Victoria Rollston de color gris antracita que traía a Durruti descendió hacia la plaza Cataluña entre dos autocares atestados de milicianos y colchones. Al volante del coche iba un confederal de no más de veinte años, con rostro descansado y pupilas despiertas, y acompañaba a Durruti en el asiento trasero Enric Pérez Farras, jefe de los Mossos d'Esquadra, al que Companys enviaba a Aragón con la misión imposible de asesorar militarmente a la Columna Durruti, que no estaba por la labor de dejarse asesorar ni de militarizarse.

Al llegar a la avenida Portal del Ángel se detuvo el Hispano Suiza, que llevaba la lona de la capota remangada hacia atrás y la leyenda «Cap de milicies (Jefe de milicias)» pintada en blanco en el parabrisas. Durruti se apeó, cerró la puerta trasera y el coche se reincorporó a la marcha cuando se lo permitió el tráfico denso de vehículos con banderas que fluían como glóbulos rojos por aquella arteria que llevaba al corazón de la ciudad. Algunos peatones reconocieron al delegado de la Columna Durruti en cuanto puso un pie en la acera y se acercaron a él para profesarle estima, mostrarle su simpatía, darle ánimos, desearle suerte. Uno de ellos lo observó admirado, como si estuviera ante la aparición de un santo pagano. Durruti, incómodo con aquella creciente popularidad, sonrió tímidamente, repartió unos saludos con voz pastosa y agachó su mirada de azabache hacia el asfalto mientras se dirigía a un lugar más apartado. Aprovechó la circunstancia de que había aparcado al otro lado de la calle un vehículo blindado de aspecto aparatoso y atravesó los carriles esquivando el tráfico para ir hacia él. Era un camión, irreconocible, tiznado, recubierto con unas planchas delgadas

de metal rugoso que le daban la apariencia de un armadillo con ruedas, un engendro futurista propio de alguna de aquellas novelas de Julio Verne que leía en las noches de cautiverio en La Conciergerie para mejorar su francés. Giró alrededor de él, inspeccionándolo y tocando con los nudillos aquí y allá para tantear la consistencia de la armadura, que al percutirla sonaba como un gong oriental golpeado por un mazo. Uno de los del Sindicato del Metal que estaban remachando clavos y repasando las costuras notó su interés en la obra y le preguntó:

—¿Cómo ves el invento, compañero?

Durruti se llevó una mano a la barbilla, frotándola como si fuera la lámpara de Aladino de la que iban a salir las palabras apropiadas para definirlo.

—Parece de una película de marcianos —comentó—. ¿Pero tú crees que esto puede aguantar un ametrallamiento intenso? ¿Es que pensáis que los fascistas disparan alramuces en vez de balas?

—No se puede cortar el caldo en tajadas —respondió el obrero apelando al refranero—. ¿Qué quieres, milagros? Esos hay que encargarlos en las iglesias.

—No, si quisiera milagros me haría católico —contestó Durruti—. Pero el blindaje de los vehículos hay que tomárselo muy en serio. No nos vamos de gira al campo.

—Solo hemos tenido tres días para equipar la columna y además con las fábricas paradas...

En eso no pudo quitarle la razón. Antes de retomar el paso, Durruti echó otra mirada al armatoste y le guiñó el ojo al metalúrgico a modo de disculpa no declarada, porque sabía que aquella queja tenía fundamento. Todo estaba siendo construido sin la argamasa que da el sosiego, con plazos frenéticos: la respuesta al levantamiento militar, la puesta en marcha del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, la huelga revolucionaria, la colectivización de los medios de producción... Y, con el mismo carácter de hecho inesperado y apresurado, la claudicación de Companys al día siguiente de la victoria en Barcelona, cuando llamó al Comité de Enlace para poner su cargo a disposición de la CNT, reconociendo el poder de aquel movimiento libertario que no reconocía otro poder que el del pueblo. «Con toda justicia se puede afirmar que si hemos ganado esta batalla ha sido gracias a la tenacidad y al sacrificio de vuestra gente —les había confesado el jefe del Govern—. Si no me necesitáis como presidente de Cataluña, pasaré a ser un soldado más contra el fascismo. Pero si creéis que desde este puesto puedo ser de utilidad para una lucha que no sabemos cuándo ni cómo va a concluir, podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que cree en la libertad.»

Durruti, con cuarenta años recién cumplidos, se despidió aquella mañana de Barcelona recorriendo el Portal del Ángel, la calle Fontanella y la plaza Cataluña, donde echó una mirada periscópica de trescientos sesenta grados. Los milicianos, las milicianas, con fusiles y banderas al hombro, seguían llegando por todas partes, como aguas pluviales. Había coches y camiones, camionetas y autobuses, ambulancias e incluso taxis confiscados por la columna de dos millares de confederales

que partía para combatir a los militares a las puertas de Zaragoza. Vio llegar a los mineros del Alto Llobregat, algunos de los cuales habían compartido con él la travesía de la deportación a África. Venían en dos autobuses con los nombres escogidos para sus unidades especiales de combate: Los Dinamiteros y Los Hijos de la Noche. Fue entonces cuando vino a su memoria el recuerdo del Ejército Negro de Ucrania y las palabras con las que su fundador se despidió de él y de Ascaso en París: «Confío en que, cuando os llegue el momento, lo hagáis mejor que nosotros. Majnó nunca ha rehuido ningún combate, así que si sigo vivo cuando empiece el vuestro, que también será el mío, podéis contar con este hombre que os habla, como un combatiente más».

Un brote de tristeza asaltó a Durruti en medio de aquel ambiente de fiesta. Majnó ya no vivía para ver ese momento. Ni tampoco Ascaso, que habría de estar con él allí, acelerándolos a todos, urgiendo los preparativos para salir con las milicias a recuperar su tierra aragonesa. El «militante de la prisa», como lo llamaban sus compañeros de Los Solidarios. Prisa por ir a la huelga, prisa por empuñar las armas, prisa por liberar a los presos... Prisa por morir, con solo treinta y cinco años, al dar un mal paso en el asalto a Atarazanas, cuando ya tenían ante sus ojos un mundo nuevo.

La visión de un hombre alto y jovial, con el aire despistado que tienen los que se enteran de todo, apartó a Durruti de aquellos pensamientos melancólicos. El personaje caminaba con movimientos calamitosos, con pluma y cuadernillo en la mano y una cámara fotográfica colgando de una fina correa sobre el costado. Miraba atrás y adelante, explorando los

rostros del gentío, como si buscara una aguja en un pajar. El hombre, sin duda oriundo de otras latitudes, acabó rindiéndose en aquella búsqueda visual y pidió primeros auxilios informativos a un corrillo de sanitarios que apuraban unos bocadillos junto a una ambulancia. Uno de ellos, con la boca llena de pan y embutido, hizo mímica para señalizar con el dedo índice la posición de Durruti. El tipo espigado le dio las gracias y en pocas zancadas llegó hasta él y le estrechó la mano.

—Pierre van Paasen, corresponsal del *Toronto Star* —se presentó el periodista con la brevedad de una noticia de última hora.

—José Buenaventura, miliciano en prácticas de la Columna Durruti —contestó Durruti sacando a relucir su vis cómica—. Si llega a tardar un poco más iba a tener que perseguirme hasta Aragón para hacerme la entrevista.

Van Passen ladeó la cabeza y presentó sus disculpas por el retraso.

—Perdone, pero no es fácil encontrar un medio de transporte en Barcelona con todo esto que están ustedes organizando —manifestó en un castellano casi perfecto.

—Denos tiempo, la revolución aún está en obras —respondió Durruti—. Venga, dispare, que no pienso retrasar la salida de la columna ni siquiera por un periodista canadiense.

Van Passen asintió mientras abría el cuaderno. «Es un hombre alto, moreno, de rasgos morunos...», escribió para la

entradilla de la entrevista. Las dos furgonetas que pregonaban la recogida de alimentos ya habían cumplido la misión y quedaron aparcadas en una esquina de la plaza Cataluña, generando en torno a ellas una burbuja de silencio balsámico. De los altavoces injertados entre las copas de los árboles del paseo empezaron a brotar las notas musicales de *A las barricadas* y la muchedumbre se preparó para corear la letra. El periodista norteamericano aprovechó y le pidió a Durruti que se colocara el gorro de las milicias confederales que llevaba en la mano para poder fotografiarlo en medio de aquella arboleda de puños en alto y banderas rojinegras, como un Robín de los Bosques del anarquismo.

Negras tormentas agitan los aires, nubes oscuras nos impiden ver...

—Parten hoy ustedes de Barcelona. ¿Qué dejan tras de sí? — comenzó preguntando el periodista.

—Dejamos una revolución libertaria en marcha, que no es poca cosa. Dejamos los hoteles más lujosos de la ciudad habilitados como comedores populares, una mesa franca donde se sirve un plato de comida caliente a toda persona que tenga hambre. Dejamos las fábricas en manos de los trabajadores, que son la piedra angular de la industria. Dejamos la seguridad ciudadana a cargo de las patrullas de control populares, porque ya no son necesarios los cuerpos de seguridad al servicio del Estado y de su represión... Y dejamos la promesa de que volveremos con la victoria sobre el fascismo.

Aunque nos espere el dolor y la muerte, contra el enemigo nos llama el deber...

—Marcha usted al frente de una columna plena de entusiasmo, pero mal equipada, con combatientes sin experiencia en la lucha a campo abierto, con solo tres baterías de artillería. .. ¿Cree que va a ser fácil doblegar a un enemigo disciplinado y poderoso?

—Nadie ha dicho que vaya a ser fácil. En dos o tres semanas afrontaremos batallas decisivas. Ellos tienen Zaragoza y Pamplona, con sus grandes arsenales y sus fábricas de armas. Hay que tomar Zaragoza y después salir al paso de los legionarios del general Franco que avanzan desde el sur. El pueblo trabajador está informado, sabe que en esta contienda hay dos bandos: el de los que luchan por la libertad y el de los que quieren aplastarla definitivamente a sangre y fuego. Los obreros sabemos que si triunfa el fascismo va a traer más miseria y más esclavitud. Pero los fascistas también saben lo que les espera si son derrotados.

El bien más preciado es la libertad, hay que defenderla con fe y con valor...

—Los gobiernos de Hitler y Mussolini apoyan a los militares rebeldes. ¿Esperan ustedes, a cambio, la ayuda de potencias europeas como Francia o Gran Bretaña?

—No esperamos la ayuda de ningún Gobierno para una revolución libertaria, no somos unos ilusos. Nosotros vamos a hacer la guerra y la revolución al mismo tiempo. Ningún Gobierno estará con nosotros en ese camino, pero sí lo estará

el pueblo. Porque nosotros no luchamos por el pueblo, sino con el pueblo, somos el pueblo. Los trabajadores que combatirán en el frente y en la retaguardia no lo harán por defender los privilegios de la burguesía, sino que se batirán por el pan y la dignidad, por el derecho a vivir dignamente. No nos batimos para obtener condecoraciones ni para ser diputados o ministros. Cuando logremos la victoria y volvamos de los frentes a las ciudades y pueblos, ocuparemos los puestos en las fábricas, talleres, campos y minas de los cuales salimos. Nuestra gran victoria será la que logremos en los puestos de producción.

Alza la bandera revolucionaria que del triunfo sin cesar nos lleva en pos...

—Pero, aunque ustedes venzan, lo que heredarían sería un montón de ruinas.

—Siempre hemos vivido en la miseria y nos acomodaremos a ella durante algún tiempo aún. Sabemos que no vamos a heredar otra cosa que ruinas, la burguesía va a tratar de arruinar el mundo en la última fase de su existencia. Pero no nos dan miedo las ruinas, porque llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones. Y ese mundo nuevo está creciendo en este instante.

A las barricadas, a las barricadas, por el triunfo de la Confederación.

El canadiense anotó esas últimas frases agobiado, como si temiera que se las fuera a llevar el viento antes de que le diera tiempo a registrarlas. Quiso seguir, pero Durruti levantó la

muñeca izquierda enseñándole el redondel del reloj, que marcaba las doce del mediodía. Van Passen le dio las gracias, se despidieron y echó mano a su cámara Kodak de fuelle para hacerle las últimas fotografías a bordo del Hispano Suiza, que a la hora convenida había vuelto a recogerlo al mismo lugar donde lo había dejado.

Un rugido de bocinas y de motores retumbó en todo el distrito de Ciudad Vieja, desde la Barceloneta al Raval. Los hombres y mujeres de la milicia aprovecharon los últimos segundos para dar y recibir besos y abrazos de familiares, amigos y correligionarios, y la caravana empezó a moverse como una larga culebra de caucho, chapa y pintura, que fue estirándose hacia el oeste a través de la avenida del Paralelo.

No habían transcurrido aún veinticuatro horas desde la salida de Barcelona cuando la Columna Durruti vivió su bautismo de fuego, en Caspe. Se toparon a la entrada del pueblo zaragozano con una partida de milicianos que habían salido de Cataluña por su cuenta y riesgo, y que llevaban tres días dialogando a tiros con la Guardia Civil para intentar hacerse con el control del puente de Caspe. La llegada de la columna desniveló la contienda y medio centenar escaso de guardias no pudieron contener a dos millares de confederales, que tomaron el pueblo a media mañana.

Las milicias, vigorizadas por ese episodio, avanzaban hacia el Ebro cuando se vieron sorprendidas por el latigazo de tres aviones enemigos, que las ametrallaron sin mucha insistencia, pero dejando bajo sus alas una docena de muertos. El ataque sembró el desconcierto entre los confederales, salieron

corriendo en desbandada con las primeras ráfagas que llovieron desde el cielo.

—¡Aquí falta orden, disciplina e instrucción! —se quejó con contundencia Enric Pérez Farrás, que tenía galones de comandante de Artillería del ejército cuando la Generalitat lo puso al frente de los Mossos d'Esquadra.

A Durruti le indignó aquel comentario inoportuno u oportunista, con la docena de muertos aún calientes, y le replicó con tono fermentado:

—Esos mismos hombres que hoy han salido corriendo mañana o pasado mañana estarán luchando como leones, pero solo si los tratamos como obreros valientes que se asustaron con un ataque que nos ha cogido desprevenidos a todos, no como desertores o cobardes, que es lo que haría la disciplina de cuartel que tú defiendes. Esa disciplina conduce al odio y al embrutecimiento, y aquí no tiene sitio.

El hombre de Companys era consciente de que llevaba las de perder y, tras aquel desahogo en el que había endurecido la voz, no quiso enconar los ánimos. No obstante, las desavenencias tácticas e ideológicas entre ellos dos no dejaron de crecer hasta que Pérez Farrás decidió volver a Cataluña y el puesto de asesor militar que dejó vacante lo cubrió José Manzana, un sargento, también del Arma de Artillería, que había luchado con los anarquistas en las barricadas de Barcelona.

Sin embargo, la desbandada que había presenciado con el ataque de los tres aviones franquistas preocupaba, y mucho, a

Durruti, que reunió a la columna en la plaza Mayor de Bujaraloz para entonar una arenga desde el balcón del Ayuntamiento, tensando el discurso:

Compañeros, nadie forma parte de esta columna contra su voluntad. Cada uno de nosotros ha decidido libremente integrarse en esta primera columna de la CNT y la FAI, y la misión de esta primera columna es bien ingrata. Ya lo dijo Juan García Oliver por la radio en Barcelona el día de nuestra partida: los anarquistas salimos para conquistar Zaragoza o para dejar la vida en el intento. En Zaragoza hay miles de obreros bajo la amenaza de los fusiles fascistas, fusiles que ya están acabando con la vida de muchos de nuestros hermanos allí. ¡Están esperando nuestra ayuda y resulta que nuestra respuesta es cagarnos de miedo en cuanto aparecen tres aviones!

Esto no se puede repetir, no podemos escurrir el bulto. El enemigo no solo es mortal, al igual que nosotros, sino también vulnerable. No queremos a nuestro lado gente que se arrugue con los primeros disparos y que no responda al ataque devolviendo el golpe. Por tanto, pido a quienes han salido corriendo que tengan la honestidad de entregar su arma para que la empuñe otra mano más firme que la suya. Con quienes queden vamos a proseguir la marcha. Vamos a conquistar Zaragoza, vamos a libertar a los trabajadores de Pamplona, vamos a darnos la mano con los mineros de Asturias y vamos a vencer para construir un mundo nuevo sobre esta tierra nuestra y de todos. Y a los que decidan libremente volver a Barcelona después de este amago de combate les quiero pedir

que no vayan contando lo que aquí ha ocurrido... porque es algo que nos cubre de deshonor y vergüenza.

El ideario de milicias anarquistas que alentaba Durruti entraba en conflicto en ocasiones con la propia condición humana. Un día, al visitar un puesto avanzado, se tropezó con el responsable de una centuria en un sector que no era el suyo. Le preguntó qué hacía allí y el miliciano le informó de que andaba buscando a cuatro hombres que habían abandonado la guardia. Dieron con ellos en un pueblo cercano, bebiendo vino en la tasca.

—¿Sois conscientes de la gravedad de lo que acabáis de hacer? —les espetó Durruti en cuanto los tuvo enfrente—. ¿Qué hubiera pasado si el enemigo llega a entrar por el puesto que habéis abandonado alegremente y aniquila a vuestros compañeros? ¡Decidme!

—No hay cuidado, en ese sector no se mueve un alma desde hace días —intentó justificarse uno de los milicianos.

La respuesta encolerizó a Durruti, al que se le agotó la paciencia.

—¡Entregadme vuestros carnés del sindicato! —gritó con la sangre hirviéndole en las venas— ¡No merecéis pertenecer a la CNT, no sois dignos de esta columna! ¡Sois escoria! ¡Volved a vuestras casas! ¡Pero primero quitaos la ropa, hasta los pantalones, porque esa ropa que lleváis pertenece al pueblo!

Los cuatro hombres, obedeciendo sin rechistar, se quedaron en calzoncillos y Durruti ordenó que los llevaran de tal guisa a

Barcelona en un camión. Aquel episodio le refrescó la memoria sobre la advertencia que Néstor Majnó les había hecho en París: «No supimos hacerles entender a nuestros milicianos que la libertad de cada uno es responsabilidad de todos y que de la responsabilidad de cada uno depende la libertad de todos».

La columna fue creciendo con gentes de las localidades que iba tomando y con otras que llegaban desde diferentes provincias, hasta duplicar el número inicial de milicianos. La línea del frente anarquista, que se situó a veinte kilómetros largos de Zaragoza, atraía a periodistas de toda Europa y América, deseosos no solo de escribir una crónica de guerra tintada por la épica, sino también de observar en primera persona y contarle al mundo la experiencia de colectivización de tierras que los confederales iban poniendo en marcha en los pueblos aragoneses. A Durruti le gustaba reunirse con el vecindario de las poblaciones a las que llegaban. Se enfundaba el sombrero de paja campesino, convocaba a la gente en la plaza del pueblo y les decía que desde ese mismo momento el campesinado pasaba a ser dueño y señor de la tierra, y que de esa tierra habría de salir sustento y prosperidad para todos.

En una entrevista que le hizo la prensa anarquista contaba que «cada pueblo que conquistamos empieza a desenvolverse revolucionariamente, eso es lo mejor de esta campaña. Se emociona uno, chicos. A veces, cuando estoy a solas, me pongo a meditar sobre la obra que estamos llevando a cabo y es entonces cuando más me pesa la responsabilidad. Una derrota de mi columna sería terrible, porque nuestra retirada no se parecería a la de ningún ejército; tendríamos que llevarnos con

nosotros a todos los habitantes de los pueblos por donde hemos pasado. Desde la primera línea de fuego hasta Barcelona todos son combatientes, todos trabajan para la guerra y para la revolución. Nuestra mayor fuerza no está en las armas, está en el pueblo».

En Bujaraloz, donde la columna estableció su cuartel general, estructuraron la unidad administrativa, en la que Émilienne Morin ya trabajaba desde el día en que la sorprendieron viajando como polizón en un camión de suministros. Durruti acabó teniendo como secretario personal a un religioso de treinta y dos años que al estallar la guerra había abandonado su parroquia para huir al monte con lo puesto, por miedo a las represalias del bando republicano. Un anarquista de la comarca intercedió por él y lo llevaron en presencia del delegado de la columna, que lo recibió en el cuarto espartano que hacía las veces de despacho.

—Siéntese —le ordenó Durruti—. ¿Cómo se llama usted, páter?

—Mosén Jesús Arnal.

—¿Y cómo prefiere que lo llamemos, Jesús o Arnal?

—Mosén Arnal —respondió el religioso con el rostro rígido como el cartón.

Durruti retiró la vista de los papeles que estaba revisando en ese momento, lo radiografió con una mirada esquinada y le dijo:

—Lo de mosén aquí sobra.

—Es el tratamiento que nos dan a los clérigos en los territorios del antiguo reino de Aragón.

—También es el tratamiento que daban a los aristócratas de medio pelo —matizó Durruti presumiendo de que estaba informado—. A mí me llaman compañero o camarada Durruti, pero me figuro que usted no está por la labor de darme ese tratamiento, ¿verdad que no?

El cura negó sacudiendo bruscamente la cabeza. Durruti soltó una risotada.

—¿De dónde es usted? —siguió interrogándolo.

—Nací en Candasnos, pero soy el párroco de Aguinaliu.

—Vaya, otro oscense —comentó Durruti acordándose de Ascaso.

—¿Estoy detenido? —preguntó el sacerdote.

Durruti tardó unos segundos en responder, intencionadamente, mientras se ajustaba las gafas de montura redonda, gruesa y negra, y garabateaba un par de firmas en los documentos que tenía ante él en la mesa.

—No, no está detenido —puso fin al misterio—. Mire, páter, la situación es la siguiente: está usted en territorio libre y libertario, puede ir a donde le plazca, pero si anda por ahí a su aire yo no voy a poder garantizar su seguridad.

—Si es un territorio libre, como usted dice, ¿por qué no puedo moverme por él libremente? —preguntó el sacerdote.

Durruti concibió rápidamente la respuesta y, sin asomo ya de sonrisa en su cara, le respondió:

—Pues porque hay anarquistas que no les tienen demasiada simpatía a los de su gremio. Tuvimos que vénoslas con más de un cura uniformado con sotana que nos recibió a tiros desde los campanarios de las iglesias de Barcelona en los primeros días de la guerra.

Arnal siguió a la escucha. Le hubiera gustado ahondar en aquel tema, hablar de la quema de templos y conventos por los anarquistas, según las noticias que le habían llegado a él, pero le pareció prioritario saber cuál iba a ser su destino.

—Tiene dos opciones —siguió hablando Durruti—. Una es intentar cruzar las líneas enemigas para que lo agasajen los del otro bando, porque ya sabe que allí están ustedes muy bien vistos. Pero se trata de una excursión peligrosa, yo no se la aconsejo.

—¿Cuál sería la segunda opción? —se apresuró a preguntar Arnal.

—La segunda es que se quede con nosotros. Pero trabajando, claro está, porque aquí todo el mundo en edad de trabajar debe hacerlo. No queremos parásitos.

—¿Un trabajo? ¿De qué índole? —preguntó el cura entre expectante y asustado.

—Echándonos una mano con el papeleo de oficina a la compañera Émilienne y a mí. Como secretario.

—¿Yo secretario del jefe de los anarquistas? —preguntó Arnal olvidándose de la prudencia —. Me sudan los dientes solo de pensarlo.

Durruti, ahora sí, soltó una carcajada ruidosa. El cura lo observó minuciosamente, como un retratista a su modelo, esperando algún tipo de explicación. No entendía qué era lo que le había hecho tanta gracia.

—Como secretario, sí, pero no del jefe de los anarquistas. Aquí no hay jefes —matizó el leonés—. Yo soy simplemente el delegado de la columna, y por decisión de los compañeros, que pueden revocar mi nombramiento cuando les dé la gana.

El hombre de fe se secó el sudor de la frente con un pañuelo que sacó del bolso de la sotana. Se había quedado cuajado ante aquella propuesta, pero acabó dejándose llevar por el pragmatismo.

—Me temo que no hay mucho donde escoger —dijo con más resignación que entusiasmo.

—Si eso es un sí, sea usted bienvenido, páter. Hable con el miliciano que está en la puerta para que le dé ropa de paisano, porque si va por ahí con el mono de trabajo católico no me extrañaría que alguien intente darle un susto de muerte.

Arnal se levantó del taburete, se dirigió a la puerta, la abrió y vio al miliciano con sonrisa de querubín impostor que lo debía acompañar al ropero.

—Este es Vaporetto —informó Durruti al cura—. Es italiano, lleva diez años escapando de Mussolini. No hay forma de entenderse con él en español aún, pero habla el mismo idioma que el papa, así que no creo que tengan problemas para entenderse. Vaporetto, llévalo a por ropa normal y tráemelo de vuelta pronto, que aquí hay mucha faena.

—Ma che cazzofa un prete fra anarchici! —exclamó el veneciano, desconcertado por el reclutamiento de un cura para una columna anarquista.

Jesús Arnal no tardó en confraternizar con Durruti, que encontró en él un ayudante honesto y cumplidor. Los dos ponían de su parte para evitar la confrontación ideológica y doctrinal, aunque inevitablemente de vez en cuando saltaban chispas entre ellos. Eso ocurrió, por ejemplo, el día que Arnal se vio en la tesitura de tener que tramitar, como secretario, el cambio de nombre de un pueblo turolense, que con la llegada de los anarquistas dejó de ser Albalate del Arzobispo para convertirse en Albalate el Luchador. Tanto insistió el cura en que aquello era un despropósito que Durruti cogió el teléfono para llamar al barcelonés Antonio Ortiz, delegado de otra de las columnas anarcosindicalistas desplegadas en Aragón.

—¿Antonio? Necesito un favor —habló Durruti a través del aparato—. Tienes que explicarle a este cura que tengo de secretario, cabezón como buen maño que es, por qué os ha

dado por cambiar el nombre de los pueblos de Teruel. Quiere saber si no hay cosas más importantes que hacer. No, no, a mí no me lo cuentes... Espera...

Y seguidamente le acercó el auricular a Arnal y lo dejó solo en el cuarto discutiendo con Ortiz mientras él salía a estirar las piernas y a echar un trago de agua del botijo.

El cura encajó con buen talante aquella encerrona telefónica, pero la relación entre ambos se enturbió tan solo unos días después, cuando Arnal fue testigo, contra su deseo, del interrogatorio a un enemigo que había sido capturado. Dos milicianos lo condujeron en presencia de Durruti, al que le llamó la atención antes que nada su juventud.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó ahorrándose las presentaciones.

—Dieciséis.

—Pues has empezado pronto a pegar tiros, ¿no crees?

—No lo hago por gusto —respondió el prisionero.

—¿Qué es lo que no haces por gusto? ¿Pegar tiros? ¿Fusilar campesinos y sindicalistas? ¿Y esto qué es?

Con la última frase, Durruti arrojó sobre la mesa una medalla de la Virgen del Pilar y un carné de Falange Española que le habían encontrado encima al prisionero.

El muchacho no dijo nada. Enfocó los ojos hacia Arnal como si buscara una señal de comprensión o de auxilio, como si intuyera que bajo aquel ropaje de paisano había un hombre de fe. Arnal acabó ladeando la cabeza, impotente y avergonzado por tener que presenciar el interrogatorio.

—Teniendo en cuenta que a tu edad es posible que uno no tenga las ideas claras, vamos a darte una oportunidad —dijo Durruti—. Tú decides si quieres quedarte en la columna como miliciano, olvidándote de las ideas mesiánicas de José Antonio, o si quieres irte al cementerio como mártir falangista. Tienes hasta mañana para pensártelo.

El chico siguió acuartelado en su silencio, como si hubiera renunciado a su defensa. Arnal percibió en sus ojos una neblina de obstinación que no le iba a dejar aceptar la posibilidad de indulto que acompañaba a aquel ultimátum. Durruti trazó un movimiento en el aire con un brazo para indicarles a los dos milicianos que podían llevárselo. Cuando los tres abandonaron el cuarto, Arnal se dirigió al delegado de la columna.

—¿Vas a ordenar la muerte de un muchacho por llevar una medalla de la Virgen?

—Tú sabes que esa no es la razón, no me vengas con esas. Yo a ti no te he pedido en ningún momento que renuncies a tus santos ni a tus vírgenes ni a tus escapularios. Eso es cosa tuya.

—¿Entonces de qué se trata? Por Dios, ni siquiera estás seguro de que haya tenido nada que ver con esos fusilamientos de los que hablabas —insistió el cura.

—Le estoy dando la oportunidad de pasar a formar parte de la columna, aunque sea bajo vigilancia durante algún tiempo. Que decida él. Si ya es mayorcito para andar a tiros, también lo es para decidir sobre su vida. Y te recuerdo que no soy yo el que tiene la última palabra en estos asuntos. Aquí la toma de decisiones no es individual, se hace colectivamente.

—Pero los dos sabemos que tu opinión podría ser determinante —dijo el cura—. Esta columna lleva tu nombre.

—Es un falangista. ¿Qué quieres, que lo dejemos suelto para que se cargue al primero que encuentre en su camino?

—Un falangista de solo dieciséis años....

—En esta columna hay algún miliciano de esa edad —le recordó Durruti—. ¿Tú te crees que los fascistas los van a mandar a casa si caen en sus manos?

Los dos callaron a partir de ese momento. Jesús Arnal tragó aquel silencio sin apenas masticarlo, con amargura. Tuvo el terrible presentimiento de que ni aquel anarquista ni aquel falangista iban a dar el brazo a torcer. Recogió los papeles que tenía desparramados por su mesa, los guardó con poco esmero en un cajón y se encaminó a la puerta con un andar abatido. Cuando se disponía a salir, Durruti le llamó con un tratamiento que solo usó con él en aquella ocasión.

—Mosén Jesús Arnal... —le dijo, dando tiempo a que el cura, sorprendido, se girara para mirarle a los ojos—. La guerra es una puta mierda. Debemos darnos prisa en acabarla, porque si

dura mucho saldremos de ella siendo bestias en mayor medida que personas.

XVII

El ministro de Justicia de la República, Juan García Oliver, apuntó a su interlocutor con una mirada de calibre grueso al recibir la noticia. El jefe del Gobierno y al mismo tiempo ministro de Guerra, Francisco Largo Caballero, apoyó los codos en los brazos del sillón, unió las manos y entrelazó los dedos, dándole a García Oliver los segundos precisos para que asimilara lo que le acababa de decir. El político socialista era consciente de que aquello resultaba difícil de digerir para los cuatro anarquistas con cartera ministerial. «Primero traidores, ahora cobardes», dijo para sus adentros García Oliver. Porque no faltaron los que vieron como una incoherencia o incluso una traición a los ideales clásicos del anarquismo que los confederales entraran a formar parte del Gobierno de unidad. Tener ministros anarquistas resultaba tan grosero y tan grotesco como tener un papa ateo, habían sugerido algunas voces críticas en la CNT. Y sin embargo allí estaban, formando parte del Ejecutivo presidido por Largo Caballero, Federica Montseny (la primera mujer ministra de la historia de España) y los tres Juanes: García Oliver, López y Peiró. Y, para más inri, este último había sido antagonista de García Oliver en la ruptura ideológica que consumaron en aquel taller mecánico

barcelonés al que había acudido con Ascaso y Durruti una mañana de agosto.

—¿Pero cómo que nos marchamos si nosotros acabamos de llegar? —le preguntó, con sorna catalana, el ministro García Oliver cuando se recompuso de aquel anuncio de evacuación del Gobierno—. ¡Comprometen a los confederales para que entremos a formar parte del Ejecutivo y ahora se nos pide que huyamos de Madrid con el rabo entre las piernas!

El comentario hiriente y el tono vehemente alteraron al sexagenario Largo Caballero.

—¡Aquí nadie está huyendo! —se defendió el presidente del Consejo de Ministros —. Pero Madrid puede caer en cuestión de días. Los regulares del general Yagüe ya han entrado en Getafe. Los tenemos a una docena de kilómetros de la Puerta del Sol.

—Eso no significa nada. La Columna Durruti lleva dos meses a veinte kilómetros de Zaragoza y por desgracia no hay motivos para pensar que vayamos a tomarla de forma inminente. Eso sí, la hubiéramos tomado ya si nos hubieran dotado del armamento pertinente.

Largo Caballero obvió el último comentario interesadamente y se centró en completar la información sobre la situación en el frente madrileño.

—Las tropas del general Mola ya avanzan hacia la Casa de Campo —dijo con voz desangelada—. Y van a atravesar en

breve el Manzanares, entre el hipódromo y el puente de los Franceses, si nada lo remedia.

García Oliver trató de reflexionar. Él se había movido como un pez en el agua por las calles de Barcelona en las horas decisivas del mes de julio, pero no tenía un conocimiento exhaustivo de la topografía ni del paisaje urbano madrileño.

—Si cae Madrid, y si con Madrid cae el Gobierno, va a ser el fin —alertó Largo Caballero enfatizando el discurso—. A algunas potencias europeas les iba a faltar tiempo para reconocer la legitimidad del régimen fascista.

El socialista madrileño hizo otra breve pausa medida para que García Oliver sopesara la situación y sacara conclusiones.

—Agradezco al menos la deferencia de que se me comunique en persona y por adelantado —dijo el catalán suavizando las formas.

—Era lo mínimo... Soy consciente de las renuncias ideológicas que han tenido que asumir los cenetistas en estos últimos tiempos —señaló Largo Caballero—. Informaré oficialmente al Consejo de Ministros en la reunión de esta tarde. No hay alternativa. Ahora mismo vamos a ser de más utilidad en Valencia que aquí.

—¿Qué hay previsto?

—Dejo en un sobre precintado el nombramiento del general José Miaja como presidente de la Junta de Defensa de Madrid, que se hará efectivo en cuanto abandonemos la capital todos

los ministros del gabinete. Y eso ha de ser en uno o dos días, a más tardar.

—Con Gobierno o sin él, Madrid no va a caer. La ciudad se defenderá —proclamó García Oliver retomando su esencia anarquista—. Y Cataluña tiene que enviar hombres para esa defensa.

Al escuchar aquello, Largo Caballero levantó la cabeza como si acabara de escuchar una voz celestial anunciando que el apocalipsis se suspendía hasta nuevo aviso. Sus ojos clarísimos parecieron cobrar aún más luz.

—Ya se había hablado de esa posibilidad... —comentó—. ¿De cuántos efectivos estaríamos hablando? ¿Cuántos podrían reunir desde Cataluña? Habría de ser de inmediato y sin desguarnecer el frente de Aragón, claro.

—Sí, por supuesto. Podrían ser confederales procedentes de Cataluña en su mayoría. Pero con Durruti al mando, si Durruti acepta y si dan su aprobación la CNT y la Generalitat.

—Durruti en Madrid... —murmuró el jefe del Gobierno calibrando los pros y los contras.

Largo Caballero vislumbraba un atisbo de luz al final del túnel. Y García Oliver también, aunque se había arriesgado a proponer un camino que no sabía con seguridad si iba a ser transitable. El ministro anarquista estaba dispuesto a aceptar la penitencia de abandonar Madrid, exponiéndose con ello y de nuevo a las descalificaciones internas, solo si lograba a cambio alguna contraprestación que les sirviera de justificación y

defensa a los ministros cenetistas. La Columna Durruti y las otras columnas confederales se habían estancado a lo largo de un centenar de kilómetros del frente aragonés a causa de la sequía de munición y de la hambruna de piezas de artillería, que se unían a la impericia de aquel ejército sin soldados. Y ya que el Gobierno de la República se mostraba reacio a suministrarles el armamento necesario para continuar el avance, no quedaba otra que ir a Madrid a pertrecharse, sacó en conclusión el antiguo pistolero de Los Solidarios reconvertido en ministro de Justicia.

—Si hay compromiso de armarlos y equiparlos aquí, Cataluña podría movilizar tal vez a ocho mil o a nueve mil hombres —se atrevió a decir García Oliver, fantaseando y fanfarroneando en la misma frase.

—Por desgracia, eso no es posible —respondió Largo Caballero enfriando los ánimos—. Las nuevas remesas de armamento están destinadas a las primeras Brigadas Internacionales que están llegando a España. No puedo comprometerme a darles algo que no tengo.

La estrategia de García Oliver parecía haber fracasado a las primeras de cambio. Pero en cualquier caso era necesario defender Madrid, salvar Madrid. Tenía razón Largo Caballero. Si caía Madrid, poco o nada iba a importar ya el resto.

—Necesito el tiempo que me lleve poner unas conferencias telefónicas con Cataluña y con Aragón —reclamó el ministro cenetista—. Hay que encontrar una solución.

El socialista le rogó que hiciera todo lo que estuviera en su mano por darle una respuesta concreta antes de la reunión del Consejo de Ministros prevista para la tarde. Mientras se despedían, Largo Caballero descolgó el teléfono y pidió una conferencia urgente con el Palau de la Ciutadella de Barcelona, donde el jefe del Estado, Manuel Azaña, había establecido su residencia oficial temporalmente, a la vista de los últimos acontecimientos.

García Oliver abandonó el Palacio de Buenavista enfrascado en sus cavilaciones. Al salir al patio interior del edificio, donde lo esperaban el chófer y el coche para regresar al Ministerio de Justicia, se detuvo un instante para saborear el aire de la ciudad aquella mañana de otoño. Percibió en la atmósfera una sensación agridulce y sintió una potente coronada: en aquellas horas sobrecogedoras Madrid olía a angustia y a desesperación, a miedo y a desmoralización incluso, pero no a derrota.

XVIII

El camión, un pequeño Chevrolet modelo 1930, llegó al perímetro alambrado del aeródromo rebozado en tierra y polvo. Aminoró la marcha al acercarse a la entrada y el motor renqueante sonó como un tractor al ralentí. La garita del centinela no era otra cosa que un confesionario de madera, maciza y bien trabajada, que alguien había tenido la ocurrencia de llevar hasta allí desde alguna iglesia. El miliciano que estaba descansando en el asiento destinado al confesor salió del mueble eclesiástico al oír el ruido del motor del camión. Comprobó con un golpe de vista la identidad de los tres ocupantes y regresó de inmediato al habitáculo de madera para ponerse a salvo del sol inmisericorde que estaba gratinando los cerros y las llanuras de los Monegros.

El Chevrolet se adentró, a su ritmo, en el campo de aviación y cuando hubo recorrido unos metros asomaron tres cabezas tocadas con gorras de la Confederación que despuntaron de la tierra como topos. El trío de milicianos que hacía la guardia antiaérea estaba empozado en una zanja tabicada con sacos de tierra, con la ametralladora apuntando al cielo como un dedo blasfemo. El chófer del camión los saludó con un bocinazo rutinario y los chicos, dos hombres y una mujer, sonrieron y

levantaron el puño con fervor, tal vez porque reconocieron al hombre de gorra de hule y cazadora de cuero que viajaba en la cabina, entre el conductor y la mujer con pañuelo rojinegro. El vehículo avanzó en paralelo a la pista y Émilienne entornó el cuerpo hacia delante al tiempo que giraba la cabeza hacia la izquierda para observar los cuatro aviones allí estacionados.

—Una escuadra de Polikarpov. Son soviéticos —le informó Durruti—. Los nuestros los llaman moscas, los fascistas los llaman ratas.

—¿Y por qué llevan las alas pintadas de rojo? —preguntó ella.

—Para que los identifiquemos cuando pasan por encima de nosotros a baja altura y no los tumbemos a pedradas.

—¿Cómo que a pedradas?

—Digo a pedradas porque munición ya prácticamente no nos queda —comentó Durruti con una sonrisa amarga.

—¿Y tú vas a ir en uno de esos? —preguntó Émilienne con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—No, esos no son para viajes «de placer». Yo voy en aquella avioneta que se ve al fondo —respondió señalando hacia una Percival de transporte civil que había más allá.

Al pie del aeroplano ya esperaban dos hombres, charlando y gesticulando. Émilienne no tardó en reconocerlos y le preguntó a Durruti:

—¿Al final van contigo Manzana y Vaporetto?

—Sí, el sindicato insistió en que los lleve de escolta personal. Voy a tener tres sombras, la mía y ellos dos.

Vaporetto los recibió frunciendo el ceño por el retraso que llevaba el vuelo sobre el horario previsto.

—Dai, compagno! Finirá la guerra prima di arrivare a Madrid! —se quejó el italiano con una risa nerviosa mientras sacudía en el suelo los restos de picadura de pipa.

El piloto, que ya estaba en la cabina, puso en marcha el motor. Durruti no quiso eternizarse en el adiós. Le dio a Émilienne un beso pasajero y le acarició tenuemente una mejilla.

—Cuida del páter Arnal. Y procura que no se lleve a los milicianos a hacer ejercicios espirituales, que es capaz — bromeó Durruti.

—Y tú cuida de ti, Pepe —le pidió ella.

—No te preocupes, Mimi. Soy tan feo que las balas fascistas no se atreven a mirarme de cerca.

Cuando ya tenía un pie y medio cuerpo en la cabina de la avioneta, Durruti echó la vista atrás y recordó a la que no estaba en aquella despedida.

—Falta poco ya para el cumpleaños de Colette —dijo él—. Cinco añitos. Cómo pasa el tiempo.

«Cómo pasa el tiempo. La noción del tiempo de los humanos, que guarda poca relación con la medida del tiempo de una revolución», reflexionó él en un pensamiento que atravesó su mente como una estrella fugaz.

—Sí —le dio la razón Émilienne con la sobriedad de un monosílabo.

—A ver si encuentro en Madrid alguna cosa para ella. Luego ya buscamos la forma de enviárselo a París.

Mimi asintió con una sonrisa de madre, dulce como la carne de membrillo, que mantuvo en sus labios mientras veía cómo la avioneta se alejaba y se alojaba en el cielo despejado de los Monegros hasta convertirse en un punto diminuto, y después de eso nada.

García Oliver y Durruti se abrazaron a pie de pista, en el aeródromo de Cuatro Vientos. Un coche nuevo, de color azul milicia, estaba esperando con las dos puertas traseras abiertas.

—¿Y esto? ¿Privilegios de los ministros anarquistas? — preguntó Durruti con retranca.

—Gentileza de los trabajadores de la Hispano Suiza de Barcelona —respondió García Oliver—. Está blindado, porque en esta ciudad llueven obuses.

Durruti repartió una mirada de escepticismo a lo largo y ancho del vehículo oficial antes de emitir un dictamen.

—Juanito, más te vale que te encomiendes a san Bakunin Obrero, patrón de los antipatrones, porque como caiga un obús cerca no va a haber blindaje que lo remedie —le dijo.

—Hombre, no seas agorero... Además, ¿desde cuándo nos asustan a nosotros los petardos de feria que lanzan los fascistas? —comentó García Oliver quitándole hierro—. Os vamos a instalar a los tres en el Hotel Gran Vía hasta que encontremos un sitio más apropiado.

—Lo que tú digas, ministro —convino Durruti.

Antes de entrar en el Hispano Suiza, los tres recién llegados a Madrid sondaron con la mirada a García Oliver para que les indicara dónde habría de viajar cada cual, pero el ministro les respondió alzando las manos como la víctima de un atraco para dar a entender que allí no cabían formalismos. Vaporetto pidió ir delante, a la diestra del chófer, porque era su primera visita a Madrid y quién sabe si sería la última. Los otros tres se sentaron detrás. Durruti escogió asiento de ventanilla, para ir fotografiando con la mirada aquel Madrid en guerra que ya había visitado un mes antes, en un viaje relámpago para negociar el envío de armas a Aragón.

—Pasaremos un momento por el hotel, para que dejéis los bártulos, y después nos vamos al Ministerio de Guerra —le informó García Oliver—. Quiere hablar contigo Miaja, el general asturiano. Es el que preside la Junta de Defensa. Hay que convenir con él dónde y cuándo entra en acción tu columna.

—Mi columnilla, más bien —matizó Durruti—. Cataluña se ha convertido en una jaula de grillos. El Comité Regional de la CNT por un lado, el Comité Peninsular de la FAI por otro, la Consejería de Guerra, el Comité de Milicias... Otra cosa no habrá, pero comités y subcomités tenemos para dar y tomar.

—Lo sé, lo sé... No vayas a pensar que no estoy al día de lo que pasa en Cataluña —arguyó García Oliver.

—Bueno, pues después de mucho discutir acordaron que solo van a mandarnos un millar de hombres. Con eso y con lo que tenga el sindicato en Madrid habrá que apañarse.

Al enfilar el coche la Gran Vía se toparon con un desfile informal de milicianos en filas de seis que se alargaba casi hasta la entrada del Teatro Popular. El frío de finales de año aún no había llegado a Madrid y Durruti llevaba la ventanilla del coche bajada para captar el ambiente de la ciudad. Al pasar junto a la cola del desfile, cogió al vuelo un par de frases en catalán.

—¿Y estos? —preguntó—. ¿Son catalanes, de los nuestros?

García Oliver agitó los brazos como si fueran limpiaparabrisas para responder negativamente.

—Son catalanes, pero no de los nuestros. Comunistas, de la Columna Libertad. Cuando se enteró de que venía la Columna Durruti, al embajador soviético le faltó tiempo para pedirles a los del PSUC que mandaran ellos otra columna desde Barcelona. Está intentando equilibrar fuerzas sobre el tablero

con nosotros. Y, ya de paso, Stalin quiere atar en corto a Largo Caballero.

Durruti le pidió al chófer que ralentizara la marcha para poder observar con detalle a los milicianos. Vio que iban correctamente equipados, armados con fusiles checoslovacos nuevos y con ametralladoras portátiles de último modelo, y pudo leer la inscripción de un banderín que los identificaba como miembros del Partit Socialista Unificat de Catalunya. García Oliver estaba bien informado.

—Hay que joderse, mira qué botas calzan. Y armamento de primera —se quejó Durruti—. Y nuestra gente asaltando los riscos de Aragón en alpargatas. Estas cosas me ponen de mala leche...

García Oliver le agarró el antebrazo con fuerza para reclamar toda su atención. Era importante lo que tenía que decirle a continuación.

—Ve con cuidado y procura no dar ningún paso en falso —le advirtió—. Yo voy a tener que volver a Valencia con los demás ministros, me reclama Largo Caballero. Y Madrid no es Barcelona ni Aragón. Hay dos generales soviéticos con puesto permanente en la Sala de Operaciones del Ministerio de Guerra. Yo llamo a aquello la cueva de los cánidos, porque Miaja es un zorro y esos rusos son lobos esteparios. Hay dos cosas que debes tener en cuenta en todo momento: la primera, que la sombra del camarada Stalin cubre medio Madrid; la segunda, que aquí no hay versos libres, cada cual sirve a sus propios intereses ideológicos.

—Queda tranquilo, que yo no soy nuevo en esto. Y solo vengo a echar una mano para intentar salvar la situación. Y después me vuelvo a las puertas de Zaragoza, que es donde debería estar.

El ministro de Justicia no se dio por satisfecho con aquella respuesta y siguió previniéndolo.

—Esto no es Barcelona —volvió a decir—. Algunos consideran que tu presencia aquí es un arma psicológica muy poderosa para levantar la moral en el bando antifascista, pero hay otros que no quieren que «el anarquista Durruti» se apunte el tanto de la salvación de Madrid. Tenlo muy presente.

Durruti no dijo nada más al respecto. Prefirió envolver en silencio el recelo que generaba en él un destino y una misión que no había pedido ni deseado. La CNT consideraba que su presencia en aquel Madrid desesperado podría hacer enderezar el rumbo de la guerra.

En poco tiempo, las milicias confederales llegaron a Madrid desde Valencia en una flota de autobuses y camiones, dado que un bombardeo de la aviación franquista había amputado un tramo de la línea férrea. Con ellos viajó el armamento ruinoso, casi de museo, que había financiado el consulado soviético en Barcelona como gesto simbólico: rifles Winchester mexicanos de escasa efectividad y fusiles suizos de finales del siglo XIX. Durruti se soliviantó al ver aquello. Telefoneó a Cataluña y pidió que le mandaran a la mayor brevedad posible un cargamento de treinta y cinco mil bombas FAI. Eran granadas de mano que pesaban un kilo cada una y ello no

permitía lanzarlas a mucha distancia. Pero no había más y, como le dijo Manzana en ese momento citando un refrán, «A falta de caballos, trotén los asnos».

Los confederados entraron en combate a las pocas horas de poner pie en Madrid, que padecía en esas fechas un inacabable tormento de explosiones, tiros, llamas y metralla. El martilleo de la artillería y el avance de los regulares y de las tropas marroquíes a bayoneta calada exterminó en apenas un día y medio a casi la mitad de la milicia anarquista. Entre los muchos que cayeron estaba Vaporetto, que recibió un disparo repentino mientras apuraba su pipa, con las últimas luces del día, en el sector del Parque del Oeste. Durruti, desbordado por la situación, hubo de enfrentarse a un dilema sangriento: defender la posición sacrificando la vida de las cuatro centurias de milicianos que quedaban en pie o recular dejándole el camino expedito a los franquistas a una distancia de la Puerta del Sol más corta que un trayecto en tranvía.

Las Brigadas Internacionales que combatían en aquellas mismas posiciones iban siendo sustituidas por otros batallones multinacionales de refresco, pero ¿quién daba relevo a la Columna Durruti? La situación era desesperada. Durruti acudió al Ministerio de Guerra, trató de remover cielo y tierra para que relevaran a la milicia confederal. El general Miaja se comprometió a hacer todo lo que estuviera en su mano por atender esa petición, pero le pidió que resistieran aún veinticuatro horas, un día más, porque de ello, aseguró con la voz quebrada, dependía la salvación de Madrid. Que defendieran la posición y, si fuera posible, que tomaran el Hospital Clínico, una mole de siete plantas y tres alas en el

Cerro del Pimiento, convertido en infierno por los legionarios del Tercio Duque de Alba. Durruti abandonó el Ministerio con la mirada hueca de un sonámbulo. La puja que les pedían era desmesurada. Debían resistir. Hasta el último hombre, hasta la última bala...

Durmió poco y mal aquella noche en el acuartelamiento confederal de la calle Miguel Ángel. Contactó con Cipriano Mera, el cenetista al frente de la milicia anarquista madrileña. Quería acordar con él la unión de ambas columnas para asaltar el Clínico. Se citaron para el día siguiente. A las siete de la mañana del 19 de noviembre, cuando el amanecer echaba las primeras paladas de luz sobre el escenario de guerra, el leonés subió al torreón del cuartel de la Guardia Civil de la avenida Pablo Iglesias, en poder de los cenetistas, y sus inseparables prismáticos desvelaron que un puñado de milicianos ya habían entrado en el Clínico y que, por detrás de ellos, ganaba metros parte de otra centuria. La situación mejoraba. Eso fue lo que le contó, más por propagandismo que por convicción, a un equipo de filmación del Partido Comunista de la Unión Soviética que fue a su encuentro a mediodía para hacerle unas preguntas ante la cámara. Sin embargo, poco más tarde un vigía le informó de que los confederales del exterior habían dejado de avanzar, inexplicablemente. Los milicianos que habían accedido al Clínico iban a quedar vendidos a su suerte por culpa de esa indeterminación. Durruti decidió acercarse hasta allí para ver qué es lo que ocurría. Manzana, con un brazo entabillado por un tiro en uno de los primeros combates, agarró el Naranjero con la única mano útil y corrió detrás de Durruti, que no esperó por nadie para dirigirse al coche. Julio Graves, hombre de confianza, se puso al volante

del Packard de ocho cilindros, que arrancó hacia las inmediaciones del Clínico como un torpedo, siguiendo la marcha de un Hispano Suiza con chófer y tres confederales de escolta.

Desde la glorieta de Cuatro Caminos se dirigieron a la avenida Pablo Iglesias. Al enfilar la avenida del Valle los ocupantes del primer automóvil vieron que el Packard detenía la marcha sin previo aviso. Durruti había salido del coche para hablar con tres milicianos que estaban retirándose. Manzana, inseparable, abandonó el coche por la misma puerta para alcanzarle. Graves continuó al volante, vigilante, escudriñando todo el paisaje frontal que mostraba el parabrisas, sin saber qué estaba pasando fuera de ese arco de mirada. Sintió un disparo cercano. Abrió la puerta casi de un manotazo. Saltó del vehículo, agachó la cabeza, desenfundó la Sindicalista. Un lamento, enunciado en forma de cagamento, estalló en la garganta de Manzana. Graves miró más allá y vio a Durruti tendido en el suelo. Tenía un borrón de sangre dibujado en el tórax y la mirada incrédula de alguien al que coge por sorpresa la muerte. Durruti, con barba de varios días, negro en el rostro y rojo en el pecho, intentó hablar, preguntar, entender lo que había pasado. Manzana le taponó la herida. Graves se puso al volante. Los milicianos de escolta lo metieron en el asiento trasero. El Packard partió a toda velocidad, dejando atrás los vientos. En un viaje inútil hacia el Hotel Ritz, hacia el hospital de las milicias confederales catalanas.

XIX

Me gusta el mar, pero odio las playas. Una razón de peso justifica esa fobia. Mi primera residencia en Francia fue una playa. No hablo de una residencia normal. Ni de una playa cualquiera. Una residencia forzosa. Y una playa desfigurada. Un arenal transformado en campo de internamiento. Yo era un ser de solo dos años de edad. No guardo ningún recuerdo de aquello. No tenía aún uso de razón. Pero sé que allí murió mucha gente. Y que muchos más desearon la muerte. Personas que sí tenían uso de razón cuando las encerraron allí. Mi madre era una de ellas. Una de las que deseó la muerte durante meses. Hasta que la muerte acudió al reclamo. Mi madre: Rosalía Casal Domínguez. Aragonesa. Enfermera al servicio de la República. No, corrijo: enfermera al servicio de las milicias confederales. Aunque tal vez esté de más hacer esa distinción. El Gobierno francés de 1939 no la hizo. No hizo distinción entre aquellos refugiados que apestaban a miseria. Todos formaban parte de lo mismo. Un problema migratorio. Un vómito de la guerra. Civiles derrotados que un invierno invadieron los Pirineos. Una procesión de almas en pena. Al caer Barcelona. Cientos de miles de almas en pena. No querían llenar las fosas comunes de Franco.

Ni disfrutar de la paz que velan las tapias de cementerio. Ni pudrirse en la cárcel. Ni vivir en un país negado a la libertad. Familias enteras superando a pie la frontera por La Jonquera y Portbou. Y por los pasos de El Pertús y La Tor de Querol. Con las pocas pertenencias que les cabían entre los brazos. Con los Stuka de la Legión Cónedor ametrallando sus pasos en aquella ruta. La ruta del desaliento y del exilio. Y cargando a cuestas con los enfermos y con los heridos. Y con los ideales rotos, que también pesaban lo suyo. Solo hubo un lugar para ellos. Y para su hambre y para su frío. Un lugar donde no incordiaran al Gobierno de Édouard Daladier. Campos de internamiento ponzoñosos. En Rieucros y en Saint-Cyprien. En Le Barcarés y en Rivesaltes. En Septfonds y en Gurs. Y en Argelés-sur-Mer. Sí, en Argelés-sur-Mer me convertí en francesa. Y en Argelés-sur-Mer me quedé huérfana. A treinta y cinco kilómetros de una España que ya nunca más nos quiso.

Me contaron que a mi madre la mató la enfermedad. Me lo contaron cuando tuve edad para entenderlo. No supe nada más que eso. Si lo creyera, yo misma podría escoger la enfermedad que la mató para completar el corolario. Podría escoger entre la disentería o el cólera. Entre el tifus o la tuberculosis. Entre la avitamínosis o el escorbuto. Porque de todo había en Argeles, una feria de muerte. Podría ponerle apellido de diagnóstico al nombre de la enfermedad que me dejó sin madre. Si creyera en ello. Porque nunca lo creí. Sé que a Rosalía Casal Domínguez la mató la tristeza. Esa bayoneta invisible que perfora el alma. Que succiona la esperanza hasta vaciar el espíritu. Murió de tristeza. Cuando nos separaron. La muerte y la separación eran cotidianas en Argelés. Y la cruel ironía también. Porque cruel e irónico es que separaran a las

madres de sus hijos, de sus hijas, por razones humanitarias. Para que los pequeños no creciéramos entre las letrinas cavadas en la arena. Ni en los barracones de madera podrida y de lona roída. Los barracones que albergaban la tos y los lamentos. Y las maldiciones de la derrota. En una playa encerrada por el Mediterráneo y por el alambre de espino. Bajo aquel cielo severo que helaba la tramontana. Sobre aquel arenal sucio, hediondo. Custodiados por soldados africanos al servicio de Francia. Tropas coloniales de Marruecos y Senegal vigilando a los nuevos inmigrantes. Otra cruel ironía. Cuánta crueldad, cuánta ironía echa a flote una guerra. La guerra, que es un mar sin fondo y sin orillas.

Me pusieron a salvo. En la Maternidad Suiza. En la comuna francesa de Elna. Mi madre ya estaba enferma. Elisabeth Eidenbenz me encontró una mañana fría, tiritando, gateando por la arena húmeda. Como un pequeño cangrejo que busca el camino del mar. Elisabeth hacía rondas por los campos de internamiento. Iba y venía buscando mujeres parturientas. Para sacarlas de aquella prisión no declarada. Aquel día no dio con ninguna. Ninguna entre los cincuenta mil refugiados de Argeles. Lo quiso el destino. Y me llevó a mí. A la Maternidad Suiza. Un lugar concebido para nacer, no para vivir. Un lugar de paso. Pero un lugar digno y hermoso. No nací allí, aunque allí me quedé. Entre bebés y cunas. Entre pañales y sonajeros. En aquel palacio azul de tres plantas. De principios de siglo. Con cúpula de cristal. Rodeado por árboles frutales que perfumaron mi infancia. Orientado al sur. Mirando al sol de oro del mediodía. Y a los Pirineos. Y a España. Junto a la carretera de Montescot. Sí, un lugar digno y hermoso. Un hogar. Mi hogar.

Elisabeth Eidenbenz. Maestra y enfermera suiza. Un ángel aconfesional. Salvaba vidas aferrándose a la cruz. A la cruz de la bandera helvética. Y, más tarde, a la Cruz Roja, que amparó aquel centro cuando invadió Francia la cruz esvástica. Aquella Elisabeth que con veinte años se había ido a España. A una España en guerra. Para dar auxilio a los niños. Y a las mujeres embarazadas. Con el primer grupo de voluntarios del Servicio Civil Internacional. En zona republicana. Y que después fundó la Maternidad Suiza de Elna. En ella nacieron medio millar de niños. Hijos, hijas de refugiadas españolas. Más tarde, hijos, hijas de perseguidas judías. Burlando a los nazis como ella sabía. «¡Este edificio no pertenece a Francia, es Suiza! ¡Es territorio neutral! ¡Está protegido por la Cruz Roja! ¡Salgan de aquí inmediatamente!» Alzaba la voz a los gendarmes de Vichy. Y a los ángeles exterminadores de la esvástica. Mientras ella y las parteras escondían a los crios hebreos. Los ocultaban bajo sus faldas. Faldas largas, limpias y blancas. No dejaron que les arrebataran ni a uno solo de aquellos crios. A aquellos crios a los que yo quise como hermanos. Funcionó hasta 1944. Hasta que la Gestapo clausuró el centro.

Y Elisabeth desapareció de mi vida. La segunda madre que perdía. Y esta vez ya tenía uso de razón para llorar la pérdida.

Y la lloré con un mar de lágrimas. Ella se trasladó al norte de Francia. A atender comedores infantiles. Y al año siguiente se marchó a Austria. Al acabar la segunda guerra mundial. Para cuidar de los huérfanos de la derrota. Así era ella. Siempre remontando las aguas revueltas del río de la historia. Dispuesta a hacer de la cofia un pañal. Mi madre me dio la vida. Elisabeth

me dio la fe en el género humano. Con su ejemplo. Con su tesón. Con su amor. Con su valor.

Francia me dio lo demás. Una infancia en un hospicio laico de Toulouse. Una infancia solitaria pero serena. Una nacionalidad y un pasaporte. Y una carrera universitaria. Y un oficio apasionado y apasionante. Y al único hombre al que amé y que me amó. Hasta que consentimos que el cariño se alejara de nosotros. Porque hay amores que se conjugan con la misma incongruencia que un verbo irregular. Pero de eso hace ya mucho tiempo...

De lo de Toulouse también hace mucho tiempo. Poco menos que una vida ha pasado desde entonces. O ya han pasado varias vidas desde aquello. Fue lo que marcó mi existencia. Como un hierro al rojo vivo. Un hierro que te graba en el alma unas palabras extrañas. Palabras que el destino deletrea cuando ya no lo esperas. Y que te dejan a oscuras en mitad del pasadizo. Sin saber qué hacer. Sin saber si debes volver sobre tus pasos o acabar el camino. Escarbar en la tierra para encontrar la semilla o llenar el surco con la cal viva del olvido. Escogí lo primero durante un tiempo. Escogí la búsqueda sin fin y las preguntas de difícil respuesta. Para ponerles voz y rostro, para darles aliento a los seres queridos que nunca tuve. O a los que ya no tengo. Los que nunca tuve porque lo quiso el destino. O el azar. O la casualidad. «Llámelo suerte, destino, azar, casualidad...» Lo dijo aquel hombre en Moscú. Andrés Tudela, el viejo comunista. Hace ya treinta años.

El azar o el destino me llevaron a Toulouse. Cuando los nazis cerraron la Maternidad de Elna. De todas las ciudades de

Francia, tuvo que ser Toulouse. La capital del exilio anarquista español. Y quiso el destino que el señor Le Brun decidiera buscarme un profesor de español. Marcel Le Brun, director del orfanato. Un hombre bondadoso. De nobles sentimientos. De mirada entera. De corazón abierto. No quiso que yo perdiera el idioma de mis padres. De los padres que no tuve. Y buscó para mí un maestro. Un maestro de español para las tardes libres. Así llegó Isidre Borrell. Otra estrella luminosa y fugaz en mi vida. Tipógrafo. Catalán. Miliciano de la FAI. Había nacido con el siglo. Combatió en Aragón. Y en Extremadura. Luego siguió la ruta del exilio. Y en él conoció a mi madre. Y a mí. Y nos ayudó a superar la frontera. Tirando de ella. Cargando conmigo. Cuando a Rosalía Casal la abandonaban las fuerzas. Argeles nos separó después. Nos separó a los tres. Nada supo de la muerte de mi madre. Hasta que el azar, caprichoso, le habló de mí. En Toulouse. Y entró en mi vida. Para entregarme parte de mi historia. La que el destino, obstinado, había querido ocultarme.

Yo tenía siete años en Toulouse. Nunca olvidé su primera clase de español. Las dos primeras frases. «Libertad es la hija de Rosalía. Rosalía fue la enfermera de Durruti.» Isidre dictó.

Y después silabeó las palabras. Y tras ello deletreó las sílabas. Una a una. Para que yo las apuntara en mi libreta escolar. El resto de la clase y de todas las clases las ocupó la gramática.

Y la semántica. Y la fonética. Y el olvido de aquel falso descuido que el destino puso en boca de Isidre. «Ne perdez jamais ce cahier.» Eso lo dijo en francés. Para solemnizar la petición. El maestro de español se despidió de mí así. Una

tarde de octubre de 1944. Era su forma de hacerme ver que dejaba entreabierta la puerta de mi pasado. Para que yo asomara a través de ella la mirada algún día. Si quería. Si me atrevía. Si lo necesitaba. Nada más dijo en la hora del adiós. Solo aquello. «Ne perdez jamais ce cahier.» «No pierdas nunca esa libreta.» Un consejo en apariencia absurdo. Una libreta con apuntes pobres. Apuntes de español básico. Pero con aquellas dos frases del primer día.

Isidre Borrell traía un aire plácido aquella tarde. Con su corbata de diario. Lisa, de color chocolate. Corta, ridículamente corta. Con el nudo hecho a empellones. Y su boina marrón de estilo francés. Y su americana humilde. Y las puntas de sus uñas esmaltadas con tinta fresca de imprenta. De esa imprenta en la que componía palabras hermosas. Palabras como justicia, dignidad, libertad. Y su rostro risueño y amable. Aquella tarde me abrigó con un abrazo cálido. La primera vez que me abrazó. Fue también la última. Y se humedecieron sus ojos azulados, marinos, mediterráneos. Relumbraron como dos brillantes. Él sabía que no volvería. Y yo también.

Marcel Le Brun esperó un año para contarme la mitad de la verdad. La media verdad que a mí me faltaba sobre la marcha de Isidre. Esperó hasta el final de la ocupación nazi para contármelo. Isidre había vuelto a España. Pero no para acogerse a un indulto. No era verdad. Había regresado para luchar. Y para morir, llegado el caso. Con otros muchos. Miles de antifranquistas pasaron los Pirineos. Desandando el camino del exilio. En octubre de 1944. Animados por el desembarco aliado en Normandía. Era el momento de vencer a Franco. Pensaron que la gente en España se sublevaría. Ocuparon el

Valle de Arán. Y nada más. Isidre murió a la salida de un túnel. Acribillado a tiros por las tropas del general Moscardó. Se lo contó a Marcel uno de los supervivientes. Le dijo que había muerto en su tierra. Y luchando por ella. Una cosa lógica, coherente. «Porque los anarquistas viven por la libertad. Y si hace falta, mueren por ella.» Eso le dijo el superviviente. Su muerte fue la última enseñanza que recibí de Isidre. Me enseñó que en la vida hasta el dolor es ganancia.

Conservé aquella libreta de gramática de español. Por Isidre, solo por él. Por honrar su recuerdo. Años más tarde, no sé cuándo ni por qué, volví a ella. Y releí las dos frases del principio. Y sentí el deseo de empujar aquella puerta. La puerta que conducía a mis orígenes. Me hice periodista por eso, creo que solo por eso. Para aprender a investigar. Para preguntar y repreguntar. Para buscar y rebuscar las respuestas. Para escarbar en la tierra persiguiendo la semilla. En Toulouse reuní los primeros testimonios. Muchos. Y muy distintos. Diversos, diferentes. Despues viajé al país en el que nací. Cuando ya había muerto aquella España que nunca más nos quiso. Hablé con gente. Visité lugares. Exploré archivos. Frecuenté bibliotecas. Y las piezas del puzzle empezaron a encajar. Una tras otra. Formando una figura.

Mi padre fue Rafael Barrios Llopis. Estibador del puerto de Valencia. Miliciano de la Columna Ascaso. Entregó la vida en la batalla de Monte Pelado. En Huesca. Con treinta y dos años. Murió sin saber que iba a ser padre. Mi madre se fue a Madrid después de aquello. Ella tampoco supo que estaba embarazada. Hasta que se lo reveló un hombre moribundo. El hombre de la habitación número 15. En la primera planta del

Hotel Ritz. En el hospital de las milicias confederales catalanas. Cuando ella iniciaba el turno de noche. Rosalía Casal Domínguez, enfermera de treinta años. En sus manos pusieron a aquel paciente. Los médicos ya habían emitido el fatal pronóstico: desahuciado. Dieron órdenes estrictas al personal sanitario. Nadie podía entrar en la habitación número 15. Solo una enfermera para administrarle morfina. Mucha morfina. Para que no sintiera. Para que no sufriera. Para que no le doliera la bala que ya lo había matado.

El paciente a ratos dormitaba en silencio. A ratos susurraba en delirios. Y de repente abrió los ojos con lucidez. Pasada la medianoche. Fijó su mirada en mi madre. Una mirada nebulosa pero dulce. Y habló. «¿Qué nombre le vas a dar si es niña?» La pregunta desorrientó a Rosalía Casal. Nadie sabía que estaba encinta. Nadie, ni siquiera ella. «No sé... Libertad es un nombre bonito.» La enfermera respondió al tuntún. Con el único fin de complacer a un moribundo. De no quitarle la razón. De no decirle que estaba equivocado, que ella no estaba preñada. De no dejarle ver que deliraba. Y dicen que dijo Rosalía Casal que Durruti sonrió en ese momento. Con serenidad. Al escuchar aquel nombre de mujer. Mi nombre, la palabra que le había dado sentido a su vida. Y a su muerte. Y la enfermera entendió que aquella sonrisa justificaba el engaño. El inocente engaño de idear un nombre para una niña imaginaria. Un hombre acababa su vida anunciando que empezaba la mía. La vida de una niña inexistente. Como si él y yo nos hubiéramos cruzado en una sala de espera compartida por la vida y la muerte. Con tiempo para presentarnos en aquel preciso instante. Un instante inexistente en el horario humano.

Seguí investigando durante un tiempo. Despues de desenterrar mis raíces. No sé por qué lo hice. No necesito saberlo. Tal vez porque me obsesioné con ello. O porque se me daba bien hacerlo. O porque pretendí vivir vidas ajenas. Las vidas de quienes no lo vivieron todo. De aquellos hombres y mujeres a los que les quedaron cosas por vivir. Y luchas por librar. Y sueños por cumplir. Y palabras por decir. Pero nunca llegué a saberlo. Nunca supe eso que esperas que desvele. No sé quién firmó la bala que mató a Durruti. Poco importa, a decir verdad, ¿no te parece? La muerte nunca es lo más importante de una vida. Nada iba a añadir el fin de ese misterio. Medio párrafo, a lo sumo, en el libro de la vida de un hombre. Nada que fuera a tergiversar su historia. Ni a alterar el juicio por sus aciertos y sus errores.

Dejé de investigar. Aunque nunca dejé de pensar en ello. En todo ello. En todos ellos. En Rosalía y en Rafael. En Isidre y en Durruti. En sus vidas rotas, consumidas antes de consumarse. Y en el anhelo de justicia que compartieron. Aún hoy pienso en ellos. Desde estos campos verdes de la Alta Normandía. Burlando a mi vejez sobre los acantilados de Étretat. Paseando, en estos días largos de verano, en lo que es ya el corto invierno de mi vida. Y esta tarde de agua estoy viéndolos pasar. Bajo la flor del viento. Los mercantes. Y los cruceros. Borrosos y temblorosos entre la borrasca. Como buques fantasmas que atraviesan los tiempos. Surcando el océano con rumbo suroeste. Y hoy dejo que me seduzca la fantasía. Dejo que me engañe el ensueño. E imagino que la historia vivida sigue viva en algún puerto. Que ocurre a cada instante. Renovada y repetida. Fresca y ardiente. Como el fluir de los mares. Y pienso que alguno de esos barcos que estoy viendo se dirige a la

Barcelona de aquellos tiempos. A hacer sonar las sirenas que anuncian la revolución de un pueblo. Y que en otro navio van Durruti y Ascaso hacia el destierro. Cautivos pero libres. O que viajan a América. Con pasaportes falsos pero con sueños auténticos. Construyendo universos. Buscando un mundo nuevo. Bajo esta lluvia de agosto.

UN ABECEDARIO PARA ESTA NOVELA

ASCASO, FRANCISCO. Anarquista aragonés, nacido en una familia campesina oscense, panadero y camarero fueron sus oficios. En algunas crónicas de prensa e informes policiales de la época se le definió como «el lugarteniente de Durruti», un calificativo que no hace justicia a ninguno de los dos personajes. Ascaso y Durruti compartieron penalidades, cárcel, exilio, huidas, destierro y el destino común de morir en el primer año de la guerra civil, uno con 40 años en Madrid y el otro con 35 en Barcelona.

BONNOT, JULES. Anarquista francés, líder de la Banda de Bonnot, responsable de numerosos robos a mano armada y pionero en el uso del automóvil para perpetrar atracos. Murió en un enfrentamiento con la policía en 1912, a la edad de 36 años. El libro *En cualquier caso, ningún remordimiento*, citado en el capítulo donde se narra el primer encuentro entre Durruti y Émilienne Morin, es en verdad la novela biográfica sobre Bonnot, pero no data de aquellos años, sino que fue escrita en 1994 por el italiano Pino Cacucci y está publicada en español

por Hoja de Lata. No he podido resistirme a la tentación de trasladar a aquella época una obra con un título tan sugerente.

COMPANYS, LLUÍS. Abogado y político independentista catalán. Dirigente de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) y presidente de la Generalitat entre 1934 y 1940, año de su muerte. Al final de la guerra buscó refugio en París, pero con la ocupación alemana de Francia los nazis lo entregaron al régimen franquista, que lo fusiló en el castillo de Montjuic, a la edad de 58 años. En el mismo lugar y ese mismo año ejecutaron al general de la Guardia Civil Antonio Escobar, que también aparece en estas páginas (con el rango de coronel aún), por alinearse con el bando republicano, a favor del cual combatió durante toda la guerra en distintos frentes. El propio Escobar dirigió el piquete de fusilamiento, que tras ejecutarlo rindió honores militares a su cadáver.

DIEGO CAMACHO ESCAMEZ. Anarquista andaluz, hijo de jornaleros, conocido por el seudónimo de Abel Paz. Con quince años se integró en las milicias de Barcelona, al comenzar la guerra civil. Se exilió en Francia en 1939 y al volver a España pasó nueve años en prisión. Regresó a Francia hasta el fin de la dictadura franquista. Murió en Barcelona el 2009, a los 87 años. Fue autor de la biografía *Durruti. El proletariado en armas*, luego reeditada como *Durruti en la Revolución española*. Esa obra, traducida a catorce idiomas, me ha sido de gran utilidad en la fase de documentación previa a la escritura de la novela.

ÉMILIENNE MORIN. Anarquista francesa y compañera sentimental de Durruti desde que se conocieron en París, en

1927, hasta la muerte del miliciano, nueve años más tarde. En diciembre de 1931 nació en Barcelona su única hija, a la que llamaron Colette. Émilienne (Mimi para sus allegados) regresó a Francia en 1938 y murió en la ciudad bretona de Quimper en 1991, a los 89 años.

FAI. Siglas de la Federación Anarquista Ibérica, fundada en 1927 en Valencia como confluencia de la Federación Nacional de Grupos Anarquistas de España y la Unión Anarquista Portuguesa. Sus miembros eran conocidos como faístas y defendían posiciones más duras que la línea oficial de la CNT.

GARCÍA OLIVER, JUAN. Anarquista catalán, uno de los miembros más relevantes de Los Solidarios. Murió en 1980, a la edad de 80 años, en la ciudad mexicana de Guadalajara, donde hubo de exiliarse al acabar la guerra. Fue ministro de Justicia de la República en el periodo bélico comprendido entre setiembre de 1936 y mayo de 1937. Escribió un polémico libro de memorias titulado *El eco de los pasos*, en el que no quedan a salvo de sus críticas personajes como Durruti y Federica Montseny, la única ministra anarquista en la historia de España.

HIGINIO CARROCERA. Anarquista asturiano, obrero metalúrgico y una destacada figura de la Revolución de Octubre de 1934, en la que dirigió una columna de libertarios que marchó desde la localidad minera de La Felguera a Oviedo. Al comenzar la guerra partió con casi medio millar de anarquistas desde La Felguera a Gijón para asaltar el cuartel de Simancas y más tarde retrasó el avance de las tropas franquistas en la batalla de El Mazucu, en Llanes. Los

vencedores de la guerra lo fusilaron en Oviedo en 1938, a la edad de 30 años.

INTERVIÚ. Semanario de información general, sobradamente conocido, que publicó en 1977 una entrevista con Émilienne Morin y Colette Marlot (apellido de casada), la compañera y la hija de Durruti, respectivamente. La entrevista que aparece en esta novela es deudora de aquella otra, realizada por el periodista y cineasta catalán Pedro Costa Musté, recientemente fallecido. Al margen de las fuentes periodísticas de la época, me han servido de ayuda varios reportajes sobre diferentes episodios en la vida de Durruti firmados por Ana Gaitero, de *Diario de León*; Marco Menéndez y José María Ceinos, de los diarios asturianos *El Comercio* y *La Nueva España*, respectivamente.

JOVER, GREGORIO. Aragonés, carpintero de oficio, miembro de Los Solidarios. Formó, con Ascaso y Durruti, lo que una parte de la opinión pública francesa bautizó como los Tres Mosqueteros Anarquistas. Compartió con ambos la última parte del periplo por América latina y posteriormente el confinamiento en París. Fue uno de los que estuvo al frente de la Columna Ascaso, desplegada en Aragón, y al acabar la guerra se exilió en México, donde falleció en 1964, con 72 años.

KROPOTKIN, PIOTR. Escritor y geógrafo ruso, teórico del anarcocomunismo o comunismo libertario. Pasó por el exilio y la cárcel debido a sus actividades revolucionarias. Murió en 1921, en los albores de la Revolución rusa, a la edad de 78 años. Es autor de numerosas obras y se le atribuye la frase «La

única iglesia que ilumina es la que arde», que cita Durruti en uno de los capítulos de esta novela.

LE NOUVEL OBSERVATEUR. El semanario de actualidad más importante de Francia, fundado en 1964 por el filósofo de origen austriaco André Gorz y por el periodista francoargelino Jean Daniel, premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades 2004. Conviene aclarar que los personajes que se relacionan con ese medio de comunicación en la trama secundaria de esta novela son ficticios.

MIGUEL PRIMO DE RIVERA. General andaluz que, con el apoyo del ejército y la connivencia de Alfonso XIII, presidió España en un régimen dictatorial que se extendió entre 1923 y 1930. Dos meses después de verse obligado a abandonar el poder murió a causa de una diabetes, a la edad de 60 años, en su exilio parisino. Su régimen tuvo como ministro de Gobernación al general gallego Severiano Martínez Anido, que llegó a ser también ministro de Orden Público en el primer Gobierno de Franco, hasta su muerte, en 1938, a los 76 años. En 2008 el juez Baltasar Garzón abrió desde la Audiencia Nacional causa contra él, entre otras personas, por la supuesta comisión de crímenes contra la humanidad.

NÉSTOR MAJNÓ. Revolucionario anarquista ucraniano, promotor del Ejército Negro de obreros y campesinos que puso en marcha un proceso sin precedentes de colectivización de tierras y fábricas entre 1919 y 1921, en el llamado Territorio Libre o Majnovia. Doblégado finalmente por las tropas soviéticas del Ejército Rojo, falleció de tuberculosis en su exilio

parisino en 1934, a la edad de 44 años. Durruti y Ascaso lo conocieron en Francia en aquellos tiempos.

ORTIZ, ANTONIO. Anarquista catalán, ebanista de oficio y miembro de Los Solidarios. Con solo 29 años se puso al frente de la Segunda Columna o Columna Sur-Ebro, desplegada en Aragón. Abandonó el bando republicano cuando se agudizaron las tensiones internas en la CNT. Después de pasar por varios campos de internamiento franceses y argelinos se integró en el ejército de la Francia libre, combatió a los nazis en distintos frentes norteafricanos, franceses y alemanes, y fue condecorado repetidamente. Tras participar en un intento de atentado contra Franco hubo de exiliarse en Bolivia, Perú y Venezuela, sucesivamente. Murió en una residencia de tercera edad de Barcelona en 1996, a punto de cumplir los 89 años.

PCUS. Siglas del Partido Comunista de la Unión Soviética. Nació en 1912 y desapareció en 1991, con el desmoronamiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Desde la Revolución rusa de 1917 fue el único partido legal en territorio soviético.

QUAI D'ORSAY. El Muelle de Orsay parisino, en la orilla izquierda del río Sena. La denominación se usa también para referirse al Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, que en esta novela aparece citado como Ministerio de Asuntos Extranjeros.

ROSA DURRUTI. La única mujer de los ocho hijos que tuvieron Santiago Durruti Malgor y Anastasia Dumange Soler. Al acabar la guerra ya había perdido a cuatro de sus hermanos, entre

ellos el propio José Buenaventura y Marciano Pedro, el hermano falangista al que fusilaron en León sus propios correligionarios en 1937, a los 26 años de edad. Rosa vivió toda su vida en León, donde regentó un bar.

SOLIDARIOS, LOS. Grupo de acción de ideología anarquista que actuó en España desde principios de los años veinte hasta la proclamación de la República, como sucesor de otro colectivo llamado Crisol. Se calcula que al menos una veintena de hombres y mujeres pertenecieron a él, entre ellos Durruti, Ascaso y García Oliver. Vivían y actuaban por separado y su procedencia geográfica era diversa. El asesinato del cardenal Soldevila y, tres meses más tarde, el atraco al Banco de España en Gijón son las acciones más sonadas que se les atribuyeron.

TRUBIA. Parroquia del municipio de Oviedo que se menciona en esta novela por partida doble: como lugar de origen del director de la sucursal gijonesa del Banco de España, Luis Azcárate (personaje real), y en boca de Andrés Tudela (personaje ficticio), ya que fue uno de los escenarios de la revolución de 1934 con motivo del asalto de los mineros a la fábrica de armas que en ella hay.

UGT. Siglas del sindicato de inspiración socialista Unión General de Trabajadores, fundado en 1888 por el tipógrafo gallego Pablo Iglesias. Disputó con la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) la hegemonía sindical en la España anterior a la guerra. Fue el sindicato al que estuvo afiliado Durruti hasta que en 1919 se integró en la CNT, unión de sindicatos autónomos de ideología anarcosindicalista fundada en Barcelona en 1910. Se estima que la CNT llegó a tener una

afiliación de más de un millón y medio de personas durante la República. Sus miembros son identificados en estas páginas como cetenistas o confederales.

VERA DE BIDASOA. Nombre en castellano del municipio navarro pirenaico de Bera. En 1924 fue escenario de una acción armada llevada a cabo por anarquistas españoles exiliados en Francia con el fin de desestabilizar a la dictadura de Primo de Rivera. Entre ellos estaban, al parecer, algunos miembros de Los Solidarios. Hubo un enfrentamiento entre los libertarios y la Guardia Civil, con el resultado de dos guardias muertos y dos anarquistas ejecutados posteriormente a garrote vil. Un tercer anarquista que había sido condenado a muerte se suicidó arrojándose al vacío poco antes de ser ajusticiado. Numerosas voces —algunas de ellas procedentes de la Iglesia católica— habían pedido a Alfonso XIII la commutación de la pena capital, pero el monarca no la otorgó.

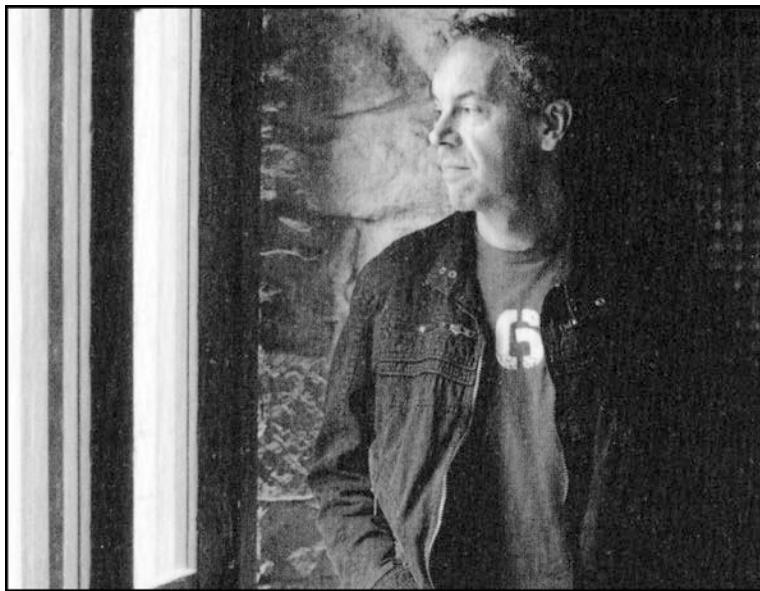
WARSZAWLANKA (Varsoviana). Tema de música popular y letra escrita desde la cárcel por el poeta socialista polaco Waclaw Swifcicki. Su versión española, obra del escritor pucelano Valeriano Orobón Fernández, es *A las barricadas*, la canción más popular del movimiento anarquista. La melodía se había popularizado en Rusia durante el periodo revolucionario y es probable que llegara a España a través de anarquistas alemanes.

XIII, ALFONSO. Último rey Borbón antes de la proclamación de la Segunda República, en 1931. El Desastre de Annual, con sus consecuencias, su apoyo a la dictadura de Primo de Rivera y la situación de pobreza generalizada acabaron acelerando el

fin de su reinado. Murió en 1941, en un lujoso hotel de Roma, en la Italia de Mussolini, a los 58 años, debido a una dolencia cardiaca.

YUCATÁN. Uno de los destinos recónditos de Durruti y Ascaso en su periplo por América latina entre 1924 y 1926, durante el cual atracaron bancos y empresas al tiempo que hacían proselitismo. A la península mexicana de Yucatán llegaron en lancha desde Cuba después de matar presuntamente en la isla caribeña al propietario de la plantación en la que estaban trabajando como cortadores de caña. El patrón había encargado a los guardias rurales que les propinaran una brutal paliza a tres instigadores de una huelga de macheteros y poco después apareció muerto de una puñalada. Uruguay, Argentina y Chile fueron otros de los países en los que Ascaso y Durruti dejaron su impronta en aquellos años.

ZARAGOZA. Una de las ciudades determinantes en la historia de Los Solidarios. Allí cometieron, en 1923, el mayor magnicidio eclesiástico de la historia de España al asesinar al cardenal Juan Soldevila. Y hacia allí iba la Columna Durruti que partió desde Barcelona en los primeros días de la guerra para liberar la capital aragonesa, en poder del bando franquista. Nunca alcanzaron el objetivo de tomar Zaragoza.



FRANCISCO ÁLVAREZ (Xixón, 1970) es periodista, traductor literario y escritor.

De entre su obra, tanto en castellano como en asturiano, destacan el volumen de cuentos *En poques pallabres* (Trabe, 1998) y los títulos de divulgación histórica *Rumbo a la Historia. Navíos emblemáticos de todos los tiempos* (Seronda, 2011) y *La tierra de la libertad. Crónica de los derechos humanos y civiles en el mundo* (Seronda, 2012).

Ha traducido del italiano al castellano las novelas *Lobos frente al mar*, de Carlo Mazza (Seronda, 2013), *Memoria del vacío*, de Marcello Fois (Hoja de Lata, 2014), Premio al Mejor Libro Italiano publicado en España ese año, *Choque de civilizaciones por un ascensor en Piazza Vittorio*, de Amara Lakhous (Hoja de Lata, 2016), y *Estirpe*, de Marcello Fois (Hoja de Lata, 2016).

Con *Lluvia d'agostu*, su primera novela, ganó el Premio Xosefa Xovellanos de novela, el principal galardón de las letras asturianas.